191

ALREVÉS

Bacalao de Bilbao

JOSÉ FRANCISCO ALONSO



UNIVERSO LOIZAGA

191

ALREVÉS

Bacalao de Bilbao

JOSÉ FRANCISCO ALONSO



UNIVERSO LOIZAGA



José Francisco Alonso

José Francisco Alonso. Bilbao (1968). Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Deusto. Trabaja, igual que su protagonista, Loizaga, como profesor de Filosofía, en este caso en la ciudad de Valladolid. Pisto a la bilbaína, Milhojas de jamón, Café cortado y Bacalao de Bilbao forman el Universo Loizaga, las cuatro novelas publicadas en Alrevés.

Bacalao de bilbao

Norberto Lopetegui, el futbolista más prometedor que jamás ha tenido el Athletic de Bilbao, no se decide a firmar la renovación para continuar en el club. La ciudad entera asiste atónita al hecho insólito de que uno de sus hijos dude sobre si continuar o no en el club. Algunos piensan que existe una suculenta oferta del Real Madrid o del F. C. Barcelona. Y, como no puede ser de otro modo, poco a poco los ánimos comienzan a calentarse en un clima cada vez más enrarecido y hostil avivado por los rumores, las sospechas e incluso la ira.

Primero comienzan a llamarle traidor. No tardan en aparecer las amenazas de muerte y es entonces cuando el profesor de Filosofía Loizaga y su amigo Román Escudero, ertzaina, además de compañero de sufrimientos futbolísticos, entrarán en acción para adentrarse en las profundidades y los tejemanejes del oscuro (sí, oscuro) mundo del fútbol.

En Bacalao de Bilbao, José Francisco Alonso sumerge a su protagonista, el ya legendario Loizaga, en una historia tan hilarante como adictiva que aborda de manera magistral el compendio de las pasiones humanas más español: fútbol, gastronomía y familia, para reflexionar (y hacernos reír) al hilo de un tema universal: la traición.

Porque de esto, en el fondo, va este libro ameno como pocos, una novela para los amantes de las grandes tra(d)iciones.

Bacalao de Bilbao



Bacalao de Bilbao

JOSÉ FRANCISCO ALONSO

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Primera edición: mayo de 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ de la Perla, 22, Local

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2025, José Francisco Alonso

© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-24-5

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Víctor Alonso, mi padre,

que me enseñó a amar el Athletic y el bacalao

A José Iragorri, mi voz en San Mamés

Y para todos los athleticzales del mundo: gracias

Porque habéis usurpado la función de los dioses que en otro tiempo guiaron la conducta de los hombres, sin aportar consuelos sobrenaturales, sino simplemente la terapia del grito más irracional: el delantero centro será asesinado.

Manuel Vázquez Montalbán,

El delantero centro fue asesinado al atardecer

No veo el fútbol como una forma de alienación moderna, lo siento más bien como una poesía colectiva.

Edgar Morin (

filósofo

)

No hay peor traición que a tu equipo de fútbol.

Escuchado en un bar

1

Bilbao, octubre de 2018.

El profesor Loizaga se colocó al cuello su bufanda del Athletic mientras su hija terminaba de arreglarse para ir al fútbol. Desde hacía unos meses vivía apesadumbrado. La niña estaba a punto de cumplir los dieciocho años y empezaba a estudiar en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Deusto. Ninguna de estas dos cuestiones le producía desvelo, más bien al contrario, cierto orgullo. Sin embargo, producto de la edad o de la reflexión, había empezado a alejarse del fútbol, y consecuentemente, del equipo de la ciudad. Ella lo negaba, «del Athletic siempre», pero surgieron nuevos intereses en su reciente vida. Al principio el padre imaginó que se trataba, otra vez, de los malditos amores, pero la objeción resultó de más profundo calado. «El fútbol es el opio del pueblo», dijo solemne creyéndose apoyada por el establishment de la cultura, hablaba por boca de la intelectualidad, un simple juego, un entretenimiento de las masas aborregadas, el gran ocultador, un desinhibidor de las conciencias sociales.

No podía consentirlo, así que ideó un plan.

—¿Qué tal estoy? —preguntó ella, mostrándose con media vuelta incluida.

Convertida en una mujer, como padre ya no tenía nada que decir.

—Creo que necesitas una nueva camiseta del Athletic. Esta te queda un poco prieta.

—¡Aita![1] —exclamó en tono de reproche.

—No es un comentario sexista, sino una evidencia —afirmó categórico—. Ahora mismo nos vamos a la tienda y te regalo una.

Loizaga abrió la puerta de inmediato para que no hubiese oportunidad de queja. «El opio del pueblo, el opio del pueblo», se repetía en silencio mientras bajaban en el ascensor.

Bilbao siempre vivía febril las horas previas al partido del Athletic. La gente se lanzaba a las calles a beber como preámbulo del gran momento, en una liturgia mantenida durante años, generaciones, más de un siglo. Los aficionados procesionaban hacia el estadio dispuestos a disfrutar de una nueva expresión del mágico misterio. Si algún intelectual no entendía esto, era su puto problema. Su hija le sonreía mientras esquivaban cuerpos con camisetas rojiblancas. En los bares cercanos se apuraban los últimos líquidos y compraban bocadillos para comer en el descanso. Y la gente hablaba muy alto, pues la dicha no entiende de sordinas, y reía sin descanso, y se juramentaba para que todo saliese según un plan previsto que implicaba tres consignas: beber, ganar y volver a beber. La vida era muy sencilla.

En la tienda del club había una larga cola de gentes dispuestas a comprar participaciones de la felicidad en forma de objeto rojiblanco. Se vendían otros productos —balones, sudaderas, llaveros—, pero todo el mundo quería adquirir la camiseta, vestirse de futbolista del Athletic y entrar en San Mamés a jugar el partido. ¿Cómo podía el fútbol ser un mero entretenimiento? El mismo Loizaga hacía años que había superado el sesgo intelectual, aquel que consideraba que lo excelente era siempre minoritario.

Enseguida, la joven eligió su camiseta.

—¿De Norberto Lopetegui? —cuestionó el profesor.

—Por supuesto.

—¿No quieres una sin nombre?

—Quiero la camiseta de Norberto —sentenció su hija.

El padre no dijo nada. Tenía sus objeciones, pues los jugadores vienen y van, mientras que el Athletic es eterno. Por otro lado, Norberto Lopetegui había nacido hijo, nieto, biznieto y tataranieto de futbolistas. Desde su fundación siempre hubo un Lopetegui jugando en el Athletic. Loizaga, que seguía pensando que la camiseta llevaba mejor el nombre de todos no llevando ninguno, se tuvo que conformar, había educado a su hija para que tomase sus propias decisiones. Pagó con gusto y la niña se enfundó la prenda.

—Ahora sí que estás guapa.

Tuvieron tiempo de tomarse una cerveza.

La entrada en San Mamés significaba el culmen de la ilusión. Si hubiese un detector de expectativas humanas colocado en las puertas del estadio la aguja reventaría. Loizaga seguía sintiendo lo mismo cada vez que accedía al campo, la misma emoción que recordaba de niño, ocho años, llevado de la mano por su madre, formando parte de algo muy grande, siendo uno más del Athletic.

Se sentaron en sus localidades después de saludar a sus vecinos en la grada. Aunque nunca se habían visto fuera de San Mamés, habían compartido los momentos más importantes de sus vidas, los nacimientos de los hijos, los ascensos laborales, los divorcios, los adioses familiares.

—Hola, Bitortxu, ¿cómo está tu aita? —preguntó Loizaga a un tipo de mediana edad.

—Sigue muy jodido, pero él resiste. Dice que no piensa morirse hasta que el Athletic gane un título.

—Pues va a ser inmortal —exclamó Loizaga—. Dale recuerdos de mi parte.

—Siempre lo hago. Y me sonríe cuando le digo que has preguntado por él.

Bitor, el padre del Bitortxu, llevaba cincuenta años de socio y solo una ceguera y media docena de cánceres habían conseguido que no fuese a ver los partidos. Así que pidió a su hijo que ocupase su lugar en el estadio, con la única condición de que le contase lo visto para poder también disfrutarlo. El partido tenía para el hijo dos tiempos, el primero en el campo y el segundo en casa del progenitor donde relataba lo sucedido siguiendo estrictamente el orden secuencial de los acontecimientos. El padre, de vez en cuanto, interrumpía la narración para preguntar («¿Y Loizaga qué decía?»), a lo que el vástago respondía («Que no era penalti»), o asuntos más técnicos («¿Quién calentaba en la banda?»), por lo que Bitortxu llevaba papel y boli para tomar apuntes. Ahora que su aita se estaba apagando, aquellos momentos se habían convertido en los mejores de la semana para el hijo.

Partido contra la Real Sociedad y tocaba sufrir. El equipo había empezado mal la temporada, ramplón, sin garra, transmitiendo miedo, con algunos jugadores bajos de forma. ¿Cómo iba a conseguir que su hija entendiese el verdadero significado del fútbol si nadie ponía de su parte? Necesitaba un poco de colaboración, era muy grande la empresa para hacerlo solo. San Mamés estaba, por supuesto, lleno, cincuenta mil espectadores con sus camisetas y sus bufandas. Cantaron el himno. La niña parecía disfrutar del espectáculo, sonreía cada vez que se miraban.

«Bienvenidos a un nuevo partido de Liga en San Mamés. Y te lo cuenta, te lo narra La emoción del bacalao, en Radio Popular-Herri Irratia. El Athletic busca una victoria que lo saque de la zona baja de la clasificación. Cambios importantes en la alineación de los rojiblancos, parece que el entrenador no encuentra su once ideal. Repite en portería con…».

«… y de delantero centro, siempre, Norberto Lobo Lopetegui, en busca del ansiado bacalao».[2]

«Rueda la pelota en San Mamés».

La joven seguía con intensidad el partido. Saltaba con las oportunidades del Athletic, se llevaba las manos a la cabeza ante las ocasiones del rival, le gritaba al árbitro pidiéndole una tarjeta amarilla para los jugadores contrarios. Todo parecía gravitar dentro de un orden cósmico perfecto. Su preocupación era infundada.

«… minuto 28 de juego, falta a favor de la Real Sociedad que despeja la defensa del Athletic, pero…, cuidado, el árbitro es avisado por el VAR…».

«… penalti, penalti favorable al equipo visitante…».

«… lanza Oyarzabal, gol, gol de la Real Sociedad».

El gol en contra trajo cierta melancolía a su rostro, no digería bien las derrotas. Se preguntaba Loizaga si no la habría educado poco resistente a la frustración, un verdadero problema, no se puede ser del Athletic sin saber perder. También era muy joven, pensó, todo se aprende.

«… ataca un Athletic herido tras el gol encajado…, centro desde la derecha de Susaeta, rebote y… bacalao, bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao, bacalao de Ikeeeeeer Muniain. Minuto 31 y el Athletic empata el partido».

Volvió la sonrisa al rostro. La vida de una joven a punto de cumplir los dieciocho parecía el parque de atracciones de las emociones. Bendita juventud, pensó Loizaga, aunque no lo quería para sí, él

vivía conforme con sus años, ya no tenía ganas de la montaña rusa ni la casa del terror ni el tren de la bruja, se conformaba con el laberinto de espejos deformantes.

«… descanso en San Mamés. Athletic 1, Real Sociedad 1».

—He traído unas carolinas para celebrar —dijo una señora entrada en años una fila detrás del profesor.

—¿Y qué celebramos? —preguntó Loizaga.

—Acabo de ser abuela. Un niño.

—Enhorabuena. ¿Y cómo se llama?

—Roberto. Mi hijo quería ponerle Norberto, pero a la madre, que es de Salamanca, le sonaba muy raro.

—¡Norberto, como Lopetegui! —exclamó la hija—. Igual nos sale también delantero centro.

—¡Ya podría ser! —asintió Carmen, mirando al cielo.

Carmen se hizo socia del Athletic en cuanto vino a vivir a Bilbao, desde un pequeño pueblo de Segovia, recién sacadas sus oposiciones a notarías. Era la primera García que asistía a los partidos del Athletic en directo, pero no la originaria seguidora en su familia. Todavía recuerda a su abuelo con sus vecinos de Barbolla escuchando la radio en el bar del pueblo cuando jugaba su equipo, siempre Iribar de portero. El abuelo Antonio adoraba a Iribar. Cuando tuvo que elegir destino escogió Bilbao, y aquí estaba, ya jubilada, comiendo unas carolinas con sus compañeros de tribuna. A Loizaga, que conocía la historia, le supo riquísimo el dulce.

—¿Dónde está Román? —preguntó Carmen.

—Deteniendo a los malos —respondió Loizaga—. Hoy he venido con la niña.

—¿Tu hija? ¡Válgame el cielo! No la había reconocido. ¡Pero si está hecha toda una mujer!

Y la joven sonrió al halago sincero. Su amigo, el oficial de la Ertzaintza Román Escudero, le había dejado el asiento, pues la gravedad del asunto así lo requería («el opio del pueblo», dijo), y veía el partido desde un bar cercano. En situaciones así se demostraba la amistad verdadera.

«Comienza la segunda parte en San Mamés, y te lo cuenta, lo narra, Raúl Jiménez en Radio Popular-Herri Irratia…».

«… ataca por la derecha la Real… Gol…, gol de la Real Sociedad».

Vuelta al desánimo.

«… Penalti…, penalti a favor del equipo rival».

«… Gol, gol de Oyarzabal».

Desconsuelo infinito.

«… Increíble, increíble ocasión fallida por Norberto Lopetegui. Solo, con la portería vacía y la manda a las nubes. La Catedral[3] se desespera».

«… Otra oportunidad desaprovechada por el nueve del Athletic. Norberto está desconocido, no es el de temporadas anteriores, ¿qué le pasa al Lobo?».

«… Final… Final del partido en San Mamés. Athletic 1, Real Sociedad 3. Mal partido del equipo y mal partido de Norberto Lopetegui. El Athletic, muy cerca de los puestos de descenso».

«… Sin comentarios, la clasificación lo dice todo».

De vuelta al hogar, el padre miró de soslayo a la hija. Se había quitado la bufanda y perdido la sonrisa. El padre temía que la idea del opio del pueblo creciese en su mente. Pero ¿qué más podía hacer? Necesitaba con urgencia una ayuda. ¿Qué tal si el equipo jugaba bien y ganaba? Quizá solo con lo último podía valer. Sentía demasiada impotencia.

Se fue a la cama sin cenar.

---

1 Aita: padre.

2 Bacalao: gol del Athletic en la jerga de los locutores de Radio Popular-Herri Irratia.

3 La Catedral es el sobrenombre con el que se conoce al estadio de fútbol del Athletic Club, San Mamés.

2

Día grande en el txoko.[4] Se cumplían quince años desde que Loizaga y sus amigos alquilaron un local en medio de la ciudad, dotándolo de lo necesario para disfrutar de una existencia plena, que en lenguaje bilbaíno significaba cazuelas, alimentos y vino. Quince años juntándose una vez al mes, como mínimo, al tiempo que transcurría la vida —se casaban, nacían hijos y se divorciaban—. Para celebrarlo pensaban comer lo mismo que la primera vez.

Menú de quince años

Jamón ibérico de bellota recién cortado

Pelea de cazuelas de bacalao

Chuletón de vaca vieja a la brasa

Dulces bilbaínos

Queso

Café y licores

Cenaban sin invitados, tan solo ellos, los que empezaron, nueve amigos, más gordos, más viejos, más cascarrabias. Ya tendrán tiempo de hacer otra jamada con la familia, ¡será por cenas! Pero hoy estaban solos. No era discriminación, si acaso nostalgia.

Como en cientos de ocasiones anteriores, se repartieron los trabajos. A Loizaga le tocó el bacalao, el plato estrella, el culpable de la existencia del txoko. Todo comenzó con una discusión sobre cuál era la forma más rica de cocinarlo, que si al pilpil, que si a la vizcaína. Discusión airada, como no podía ser de otra forma. Entonces, Loizaga propuso comerse una cazuela de cada y decidir. Y alguien, no se ponían de acuerdo quién, pronunció las palabras mágicas, «A que no hay cojones». Tardaron un mes en encontrar un txoko que les admitiera como socios. El viernes 23 de octubre de 2003 había dos cazuelas de bacalao sobre la mesa y nueve individuos contemplándolas.

Quince años después, la escena se repetía.

—Joder, Loizaga, ¡huele cojonudo! —exclamó Josean Manso.

—No sé, no sé. Creo que el bacalao de ahora es peor que el de antes.

—¿Hemos cambiado de proveedor?

—No —respondió el profesor—. Pero han cambiado los tiempos. Para mí que ya no hace tanto frío en el mar.

—¿Y a qué se debe?

—Supongo que al cambio climático.

—¡Ah, eso sí que no! —gritó Santiago Aguirreazaldegui—. A mí el cambio climático ni me va ni me viene. ¡Pero que no me toquen el bacalao!

Y esgrimió un dedo amenazante sobre el conjunto de la humanidad. Loizaga rio, ni el brazo en alto de un vasco sobrealimentado conseguiría detener el cambio climático.

Descorcharon una botella de rioja para la ocasión. Magnum, por supuesto. Ellos también disfrutaban de vinos de otros lugares, no eran fundamentalistas, apreciaban los buenos caldos siendo igual de dónde viniesen, pero en los aniversarios siempre bebían el mismo vino. Tradición.

Se sentaron a la mesa.

Dieron cuenta del jamón ibérico con ese amor que le profesan los bilbaínos.

Y llegó el solemne momento. Loizaga gritó «¡Bacalao!» y todos los comensales se pusieron en pie. Con sumo cuidado, el cocinero portó las cazuelas hasta el centro de la mesa, como quien custodia un tesoro. Caras expectantes. Levantó las tapas, sonrisas de felicidad. Entonces, Loizaga se sirvió una tajada de bacalao al pilpil en un plato y una tajada de bacalao a la vizcaína en otro. Y se sentó. Él ya había hecho su trabajo. Acto seguido, en riguroso orden aleatorio, los comensales fueron sirviéndose sus correspondientes porciones. Una vez terminado el último, empezaron. Qué plato saborear primero se dejaba al libre albedrío.

Comieron en sagrado silencio.

Tras dejar los platos limpios y relucientes procedieron a las votaciones a mano alzada. Loizaga, dada su condición de cocinero, nunca votaba. La discusión sobre cuál era la mejor forma de cocinar el bacalao quedó, una vez más, en riguroso empate. Cuatro partidarios de la salsa pilpil contra cuatro de la salsa vizcaína. En quince años ninguno de los comensales había cambiado de bando. Gente de convicciones profundas. El profesor sabía la razón de semejante inmovilismo, si quedaba la disputa sin resolver tendrían que volver a discutirlo al año siguiente. Nuevas cazuelas de bacalao, nueva votación y nuevo empate. ¡Cabrones!

Terminado el chuletón, ya podían hablar.

—¿Alguien sabe qué le pasa a Norberto Lopetegui?

Hubo un largo cruce de miradas, parecían jugadores de mus con malas cartas intentando disimular. No hacía falta explicar el contexto. Todos sabían que el delantero centro del Athletic llevaba una temporada nefasta, fallón, torpe, apático. Semejante pregunta en otro club de fútbol daba para un cruce de opiniones subjetivas, divagaciones varias, una retahíla de «a mí me parece», «supongo que», «podría ser». Pero en Bilbao mucha gente conoce a los jugadores, pues eran de casa, del barrio, quizá un familiar, un amigo de la infancia. Siempre había alguien con información veraz.

—Según tengo entendido —comenzó Óscar Elizondo, que tenía un cuñado trabajando de camarero en uno de los restaurantes cercanos a Lezama—, no quiere renovar. Acaba contrato esta temporada y la directiva no consigue que renueve.

—¡Oh! —se oyó.

A Loizaga le sobrevino el recuerdo de sus alumnos.

—Ha rechazado las tres últimas ofertas del club.

—¡Oh!

—Pero ¿no le ofrecen lo suficiente? —preguntó Javier Maguregui.

—Diez millones de euros al año —respondió Javier Palacín.

—¡Hostias!

—Casi un millón al mes —suspiró alguien.

Palacín tenía un hermano gemelo que trabajaba de administrativo en Ibaigane.[5] Nunca había emitido una información falsa sobre el Athletic. Jamás. Era la voz más autorizada que tenían en el txoko para informar sobre el Athletic, su corresponsal en el frente.

—¿Diez millones de euros? —se oyó murmurar a Maguregui.

Al instante, todos recordaron cuánto ganaban. Alguno llegó rápido a la conclusión de que necesitaba dos vidas laborales para embolsarse el dinero que le ofrecían al futbolista en un mes.

—¿Y no firma?

—Pues ¿cuánto quiere ganar? —pregunto Mikel González Vara.

—No es una cuestión de dinero.

—¿De qué, entonces?

Palacín se deshizo de un trozo de queso. Algo muy importante se disponía a decir si interrumpía la ingesta de aquel manjar. Se limpió las manos con la servilleta. Y después la boca, como si quisiera mantenerla pura. Luego, sin prisa alguna, contempló a sus ocho compañeros. Uno a uno. Les preguntó con la mirada si estaban dispuestos a escuchar la verdad, la puta verdad. Todos asintieron.

—Los títulos.

—¿Qué pasa con los títulos? —inquirió Iñaki González.

—Dice que quiere ganar títulos.

—¿Eso dice?

—Eso se rumorea que dice.

El Athletic Club llevaba treinta y tantos años sin ganar una competición, ni siquiera una miserable Copa del Rey que echarse a la boca; es más, había perdido todas las últimas finales disputadas. Como argumento tenía fuerza. Nadie en la mesa aceptaba perder ni siquiera al mus.

—Ya ganaremos.

—Los títulos están sobrevalorados.

—En el Athletic el jugador es Dios.

—Y tiene el respeto de todo un pueblo.

—Y diez millones de euros.

Entonces, Loizaga, que hasta el momento permanecía callado, algo cabizbajo dado el devenir de la conversación, levantó la cabeza captando la atención de todos.

—Una mierda de excusa. Si dice eso —y miró a sus amigos—, no entiende lo que significa el Athletic.

Asintieron con la cabeza, como un coro de niños.

—Todavía es más grave —sentenció Palacín.

—¿Más?

—La directiva del Athletic cree que la razón principal no son los títulos. Tiene una oferta de dos grandes clubes.

—¡Uhhh!

Abucheo generalizado.

—Pero ¿hay algún club más grande que el Athletic? —dijo Mikel, convencido.

—¿Qué clubes? —preguntó Santi con el brazo en alto.

Con el cambio climático quizá no podía, pero un par de presidentes de equipos de fútbol no le parecían rival suficiente.

—No puede decirse. Son habladurías. Ningún club se ha dirigido formalmente al Athletic. Se rumorea que el representante tiene dos

contratos para firmar sobre la mesa.

—¿Nacionales o internacionales?

—Nacionales.

—¿Quién puede pagar más de diez millones por temporada?

—Solo dos clubes.

—Sin nombres.

—No decimos los nombres.

Pues resultaba innecesario.

—¿Y se va a marchar del Athletic porque le dan más dinero?

—Y títulos.

Volvió el silencio que se produce ante lo incomprensible. Entonces, Loizaga pronunció la palabra que todos estaban pensando. Lo dijo bien alto.

—Traidor.

4Txoko: sociedad gastronómica. Lugar donde se juntan los amigos para cocinar y comer.

5 El Palacio de Ibaigane es la sede oficial del Athletic Club.

3

Palacio de Ibaigane, sede del Athletic Club.

—Buenos días —dijo el presidente, estrechándole la mano mientras sonreía.

Román Escudero no estaba acostumbrado a que le saliesen a recibir en las mismas escaleras de la entrada principal. Por experiencia sabía que nadie deseaba la llegada de las fuerzas del orden, y de producirse, solía ejecutarse por la puerta trasera, para después, una vez dentro, tras recibir una salva de miradas asesinas por el correspondiente subordinado de turno, hacerle esperar en un cuartucho mal ventilado, más o menos tiempo, según lo poderoso que fuese el tipo que recibía la visita. Por último, apenas cuatro respuestas cortantes mientras llamaba a su abogado. La vida del policía era más glamurosa en las películas. Tampoco estaba acostumbrado a que le sonriesen.

Román devolvió la sonrisa.

—Gracias por venir tan pronto.

El ertzaina[6] iba a excusarse, a decir que no tenía importancia, que una hora no era ni mucho ni poco…

—Y gracias por no venir vestido de uniforme.

El presidente, para justificarse, lanzó una mirada al edificio que alberga la sede del Athletic Club, como diciendo «No sé si me explico, mira dónde nos hallamos». Hacía años que no salía de la comisaría vestido de policía para atender a una petición, o lo que

fuese que iba a hacer allí. A la gente no conviene contradecirle en sus creencias.

Román volvió a sonreír.

—¡La sede del Athletic! —exclamó Loizaga.

—Perdone —se excusó Román—. Mi compañero, Loizaga.

—Mucho gusto —afirmó el presidente, estrechándole también la mano.

Cuando el ertzaina Román Escudero recibió la orden de acercarse al Palacio de Ibaigane a petición del máximo dirigente del Athletic —de manera extraoficial, no era una investigación, no había que rellenar ningún papel—, enseguida pensó en su amigo Loizaga. ¡Qué mejor forma de no levantar sospechas que acudir con un profesor de Filosofía! Por supuesto que Loizaga accedió al instante, por nada del mundo se perdería la ocasión de visitar Ibaigane.

—El gusto es mío. ¡La sede del Athletic! —exclamó Loizaga en un hondo susurro.

El presidente hizo una pequeña mueca de sonrisa, pero enseguida volvió al rostro grave.

Caminaron por el recargado interior del palacio sintiendo la importancia de la institución. Se oía el golpear de los teclados saliendo de las oficinas y una impresora escupiendo papel. No les presentaron a ningún empleado, pues estaban de incógnito. Román y Loizaga pudieron ver al hermano gemelo de Palacín fotocopiando unos papeles, a quien, por supuesto no saludaron, pues ni se conocían. Entonces, a Loizaga le entraron unos inoportunos retortijones de estómago. ¿El bacalao producía gases? ¿Desde cuándo? No, no, imposible. El bacalao era el mejor alimento del mundo. El estómago de un bilbaíno estaba predestinado a disfrutar del bacalao en todas sus versiones posibles. Los gases eran obra del

chuletón, pensó. No, del chuletón tampoco. Fue el agua que tomó durante la comida —tenía sed y se bebió un vaso de agua—. De ninguna manera iba a liberar gases en la sede del Athletic. Antes reventaría.

—¿Le pasa algo? —preguntó el presidente.

—Necesito ir al servicio.

—Al fondo a la izquierda.

Una vez en su despacho les invitó a sentarse en la mesa de reuniones, hablarían de igual a igual. Román entendió que el presidente quería pedirles un favor y compartir la misma mesa ayudaría.

El presidente del Athletic era un antiguo jugador. Tras ocho años en el cargo, había convocado nuevas elecciones a las que no pensaba presentarse. Como todos en Bilbao tenían una imagen con la que comparar, de cuando fue un joven futbolista, el presidente parecía cansado, entrado en peso, mayor, aunque se conservaba mucho mejor que casi todos los hombres de su edad.

—Bueno. Os preguntaréis para qué os he pedido que vengáis.

Román asintió, pero no habló. Sus años de policía le aconsejaban el silencio como mejor método de interrogatorio.

—La verdad es que no sé muy bien por dónde empezar.

El presidente no hacía más que manosear un papel. Loizaga también callaba, estaba allí representando a las fuerzas del orden y él era un profesor de Filosofía, lo más parecido al desorden.

Cuando el hombre que dirigía la institución más importante de la ciudad, al menos en el corazón de los bilbaínos, se dio cuenta de que sus interlocutores no pensaban ayudarle, deslizó el papel en la

mesa. Sin mediar palabra. Un folio doblado por la mitad. El ertzaina miró al presidente, quien con un gesto lo invitó a leerlo. Román lo abrió con cuidado, sin demostrar ansiedad. Había una frase escrita con letras recortadas del periódico y pegadas. Luego se lo enseñó a Loizaga. El mensaje era claro:

Norberto, renueva o morirás

---

6 Ertzaina: policía vasco. Ertzaintza: la policía vasca.

4

Por expreso deseo del presidente del Athletic Club, el oficial Escudero, prometió que no iniciaría los trámites policiales correspondientes a un delito de amenazas de muerte. Tampoco ponía en duda la gravedad del asunto, ni su posible falsedad, más bien al contrario, la tenía por muy cierta. Pero hablábamos del Athletic. En un club de fútbol nada negativo acontece. Los trapos sucios, de haberlos, se lavaban en casa. A nadie interesaba que un sujeto no identificado amenazase con matar al héroe local. Muerte y fútbol no tenían cabida en la misma oración.

Por supuesto que Román, ya en la comisaría, hizo caso omiso a los deseos del presidente. Era policía y estaba en juego su trabajo, si algo imprevisto sucedía todo el mundo lo señalaría con el dedo. Así que redactó el correspondiente informe y, en un descuido, lo dejó en el fondo del cajón donde siempre acababan extraviándose los papeles. Después habló con su superior directo mientras tomaban un inofensivo café, una conversación que ambos admitieron jamás existió. Por último, ordenó a los agentes Zurriola y Mintegi para que, en sus inmediatos días de vacaciones, recabasen información de un tal Norberto Lopetegui, vecino de Bilbao, sin oficio provechoso conocido salvo dar patadas a un balón vestido con una camiseta a rayas. «Delitos monetarios», les indicó, aunque enseguida entendieron que se trataba de una cuestión delicada, ellos nunca investigaban asuntos de dineros. «Discreción, mucha discreción». Ni a Zurriola ni a Mintegi, extrañamente, les importaba el fútbol, así que no serían discretos, más bien desinteresados.

La investigación sobre la amenaza de muerte a Norberto Lopetegui se parecía a un campo de fútbol los lunes por la mañana: nadie. Los agentes Zurriola y Mintegi, después de tres días haciendo preguntas, carecían de pistas de las que tirar. El papel que llegó a las oficinas de

Ibaigane era de uso cotidiano, un sencillo folio A4 comprable en cualquier librería; las letras recortadas del Correia,[7] un periódico con una tirada de cincuenta mil ejemplares diarios. La frase «Norberto, renueva o morirás», si se le aplicaba la lingüística forense, no era nada concluyente. Podía ser varón o mujer, joven o viejo, de ciudad o pueblo, de izquierdas o derechas. Lo único que manifestaba con evidencia era que su autor estaba al tanto de la situación contractual del delantero con su club. Pero que Norberto no renovaba pertenecía al dominio público. De continuo aparecían en los medios de comunicación informaciones sobre las dificultades en la procelosa negociación. El bilbaíno medio no sabía a qué atenerse, que si era culpa de la racanería de la directiva, que si de las altas pretensiones del jugador.

El procedimiento investigador más habitual en la policía consistía en ir descartando sospechosos. Si Bizkaia tenía más de un millón de habitantes, suponiendo que todos ellos fuesen seguidores del Athletic, la Ertzaintza seguía teniendo un millón de sospechosos.

Así que decidieron seguir a Lopetegui en su rutina diaria, con intención de proteger al futbolista ante una posible amenaza física. Lo primero que sorprendió a los agentes Zurriola y Mintegi era la ausencia de seguridad privada. Un tipo famoso sin unos guardaespaldas parecía hasta temerario. Luego, cuando vieron en qué ocupaba su tiempo lo entendieron. De casa al entrenamiento y viceversa. Los monjes cartujos llevaban una vida más cosmopolita. Si rompía la rutina se debía a compromisos del propio club, como algún acto benéfico a lo largo de la geografía vizcaína. Y después, de vuelta al hogar. Ni un miserable bar. ¡Vigilaban a un tipo de veintidós años que no se toma una cerveza con sus amigos! Quizá ni los tenía. Solo se lo vio en compañía de un individuo de unos cuarenta años vestido muy elegante. Resultó ser su representante.

De repente, cinco días después de iniciado el seguimiento, Norberto salió de su morada a una hora inapropiada para un futbolista, portando una maleta valorada en más de tres mil euros, según

palabras de Zurriola, quien todo lo que no sabía de fútbol lo sabía de accesorios caros. Nadie lo acompañaba. Cogió un taxi en la misma puerta de su vivienda y se pusieron a seguirlo con cierta discreción. El taxi tomó la carretera de la Avanzada, en dirección Bilbao. Mintegi dijo que quizá estaban ante un caso de chantaje y se disponía a pagar. Los policías, incluidos los de la Ertzaintza, deberían tener prohibido ver series policíacas. Aquello era Euskadi, pensó el propio Mintegi ante la mirada sorprendida de la agente Zurriola. Pero algo extraño sí que acontecía, una gestión a aquellas horas, a las ocho de la mañana de un día entre semana, en una ciudad donde solo se levantan de la cama tan pronto los trabajadores por cuenta ajena. ¿Adónde iba?

El taxi atravesó la ría de Bilbao por el puente de Rontegi y de repente apareció un cartel que causó el desasosiego de los agentes de la Ertzaintza. Había para elegir entre dos destinos: Bilbao o Santander. Preferían el primero, aunque no se trataba de chovinismo sino de jurisprudencia, en Santander no podían hacer de policías. Por supuesto que pensaban seguir el taxi por toda la costa del Cantábrico, si hiciese falta, eran dos turistas de vacaciones, pero preferían andar sacando fotografías por las calles de Bilbao.

Fueron unos minutos de incertidumbre, ¿qué podía hacer un futbolista del Athletic con una maleta camino de Santander? Mintegi no sabía mucho de fútbol, pero bastante de geografía, al este del país no había grandes clubes. A Zurriola le preocupaba más el contenido del maletín, ¿cuántos millones de euros cabían en una maleta Louis Vuitton Horizon 55 marrón? Depende del tamaño de los billetes, se decía. ¿Y si se trataba de evasión de impuestos? Aguantaron la respiración mientras contemplaban la decisión final del taxi, que por fin tomó la desviación a Bilbao.

Luego sucedió lo inevitable en la ciudad. Un semáforo en rojo antes de entrar a la avenida de Sabino Arana, el coche de Lopetegui tres vehículos por delante, un camión de reparto de cervezas en el carril de la derecha enfilando la incorporación a la calle Simón Bolívar. Se

pone en verde, y el taxi, antes de que el camión arranque, se cambia de carril y desaparece de la vista de los policías. Por supuesto, ninguno de los automóviles que están por delante va a dejar pasar a un vehículo de incógnito de la policía vasca. Zurriola insulta al taxista, al conductor del camión, a los viandantes, se les va a escapar Norberto Lopetegui. El camión de reparto se detiene unos metros después, en una calle estrecha, y aunque se sube un poco a la acera, no hay forma de pasar si vienen coches de frente, que vienen. Más juramentos de Zurriola, piensa en sacar a pasear la alarma azul de la policía, pero están de incógnito, «Me cagüen la hostia». Mintegi sonríe contrariado, pues como el taxi gire en alguna de las bocacalles siguientes lo habrán perdido, pero Zurriola está tan atractiva cuando insulta que no puede dejar de sonreír. Cuando consiguen superar el camión de cervezas ya no hay taxi en el horizonte. El último insulto de Zurriola va dedicado a su compañero, «¿Y tú de qué te ríes, sinsorgo?». Mintegi, en lo personal, da por bien empleado el día. Zurriola informa al oficial Escudero: «Lo hemos perdido». Lopetegui desapareció en la zona de Indautxu con una maleta de Louis Vuitton a las ocho treinta de la mañana creando dos incógnitas. ¿Adónde fue y qué llevaba en la maleta?

7Correia: periódico inventado mezcla de El Correo y el Deia, dos periódicos locales existentes.

5

Hacía frío en Bilbao y amenazaba lluvia. En otro lugar del planeta, la gente se quedaba al resguardo en sus casas, pero aquí la lluvia, por frecuente, había perdido su poder de condicionar la vida. Gabardina y paraguas. Hoy, actividad cultureta. Loizaga aceptó acudir al club de lectura que organizaba el Athletic, tras la sugerencia de Román, pero puso por condición que los acompañase la niña. Era una gran ocasión (dijo «el opio del pueblo») para juntar el fútbol y la cultura, ver a un futbolista leyendo siempre podría ayudar.

Entraron en la Sala Noble de la Biblioteca Foral de Bizkaia. Aun tratándose de una actividad impulsada por la Fundación Athletic no tuvieron problemas para encontrar acomodo, había medio centenar de curiosos, que para un acto literario bien puede considerarse una multitud. Se sentaron en las últimas filas, intentando pasar desapercibidos. La mesa principal acogía a los ilustres lectores mientras un atril con micrófono esperaba sus palabras.

Abrió el acto un experimentado periodista de verbo fácil que recordó la necesidad de la lectura para un desarrollo intelectual pleno. Loizaga miró a su hija y pudo radiografiar su pensamiento —menuda paradoja la promoción de la lectura por futbolistas—. Y enseguida tomó el micrófono un jugador del Athletic, Óscar de Marcos. Leyó un fragmento de Fiebre en las gradas de tal manera que parecía el mismísimo Nick Hornby, pero sin acento. Terminada su lectura, los asistentes emitieron un murmullo de admiración, se conoce que muchos de los presentes tenían el mismo sentir que la niña. Entonces, el presentador del acto habló de los contoneos del futbolista con la escritura, que estaba preparando una novela donde contaba su primer año como jugador del Athletic. El aplauso fue mayúsculo.

—Es una cosita modesta —dijo De Marcos, quitándose importancia.

A la niña, aquel derroche de humildad en la lengua de un popular tuercebotas le pareció maravilloso, ¡quién sabe!, quizá tendría que cambiar de opinión, empezar a pensar que seguía siendo opio, pero del bueno.

Entonces se levantó Norberto Lopetegui con esa suficiencia física de quien tiene un cuerpo prodigioso y colocó un papel sobre el atril. Era un vasco ancho, alto y grande, con la piel blanquecina y cierto sonrojo en las mejillas que denotaba timidez. Por supuesto que no alzó la cabeza para comprobar la expectación de los asistentes. Parecía algo cohibido fuera de su terreno de juego. El papel se le cayó del mismo atril, risitas suaves, de nerviosismo.

Y comenzó a leer… como un niño de primaria.

Nadie rio, ni siquiera sonrió, era nuestro delantero centro, el hombre más importante del equipo, quien metía los goles, se le quería por lo que hacía con los pies y no con la boca. Sobre aquel estrado parecía un tipo frágil, vulnerable, y Loizaga pensó en los titulares del Correia: «Horda de lectores desaprensivos minan la moral de Norberto Lopetegui para lo que resta de temporada».

El fragmento se hizo más largo de lo aconsejable, en ocasiones eterno, pero cuando terminó se escuchó unos sinceros aplausos, se valoraba el esfuerzo, resultaba más conmovedor un futbolista iletrado que otro intelectual. Además, y la mirada de la niña así lo confirmó, todo volvía a estar en su sitio, con el opio, no era necesario cambiar de opinión; De Marcos era el cisne negro.

El resto de la velada literaria resultó insustancial, los futbolistas posando mientras los aficionados sacaban fotografías que luego enseñarían en el bar, el vecindario, la oficina o el colegio, con el único propósito de dejar testimonio gráfico de que en una ocasión Norberto Lopetegui les puso la mano sobre el hombro como los amigos de la infancia. Después, con el tiempo haciendo su trabajo,

acabarán olvidando que fue en un encuentro literario y que el delantero apenas sabía leer. La promesa de toda buena fotografía, pensó Loizaga, era transformar en el futuro la realidad: «¿Te he contado que esta imagen se hizo antes de la final de Copa que ganamos y que Norberto salió de la concentración para saludarnos?». «¡Qué benigno es el tiempo!», sentenció. La niña también se llevó su instantánea, hasta el propio Loizaga claudicó. Por supuesto, nadie le recordó a Norberto que llevaba tres meses sin marcar un mísero bacalao.

6

El siguiente sábado volvió a disputarse un partido de Liga en San Mamés. Loizaga cogió su bufanda como quien carga con su fusil y se dirigió al campo. Solo. La niña tenía que preparar un trabajo, no explicó de qué, sospechaba que llevaba por título «Sobre lo nocivo del fútbol en la sociedad contemporánea». Antes, por supuesto, tomaría algo con sus amigos del txoko. Siempre frecuentaban los mismos bares en la previa, en una especie de peregrinaje a la Catedral. Pidió una cerveza.

Los ánimos estaban fríos y el enfado extendido. El equipo no acababa de ganar, venía de empatar con dos equipos de la parte baja de la clasificación. La confianza en el nuevo entrenador se había evaporado igual que la espuma de la cerveza. El equipo transmitía confusión, como si los jugadores no acabasen de entender cómo quería jugar el míster. Algunos aficionados pedían su dimisión con el argumento de que no era fútbol para el Athletic. Pero los mayores dardos se los dedicaban a Norberto Lopetegui. Nadie en el bar, ni en el resto de las barras de la ciudad, comprendía por qué no quería renovar. Los bilbaínos compartían una incomprensión colectiva. La palabra «traidor» estaba en la boca de todos. Algunos la masticaban y otros la expulsaban con rabia.

—No puedo creerme que Lopetegui no quiera seguir en el Athletic.

—Con lo que era su padre.

—Si su abuelo levantase la cabeza.

—Odio el fútbol moderno.

Las especulaciones sobre los motivos de la no renovación eran infinitas, un agujero negro capaz de tragarse cualquier asociación de palabras: «gran equivocación», «problema mental», «locura transitoria», «tonto de capirote», «mal asesorado», «tacaño miope», «egoísta patológico», «idiota profesional», «juguete roto», «enemigo del Athletic», para empezar. Todavía quedaban defensores del jugador, gente de natural siempre esperanzada, todavía no había firmado por otro club, quizá se lo estuviese pensando.

—No ha firmado porque todavía no puede.

—Ya veréis cuando llegue enero y sea agente libre.

—Un traidor, es lo que es.

—No nos adelantemos.

Tres a uno entre pesimistas y optimistas, pensó Loizaga. Ojalá se dé el mismo resultado en el partido. Por cierto, Norberto Lopetegui salía de titular.

—No va a meter la pierna, ahora no puede lesionarse.

—Jugamos con uno menos.

—Yo sacaba a un juvenil de la cantera.

—Quizá tenga su día.

Apuraron el último trago y se fueron hacia el estadio.

Al llegar a la explanada donde estuvo el antiguo San Mamés, ante miles de bilbaínos con camiseta y bufanda al cuello, empezaron a llover del cielo octavillas del tamaño de un teléfono móvil, cientos, miles, como una lluvia de confetis en una fiesta de cumpleaños. Loizaga cogió un papel al vuelo. No era publicidad. Se trataba de

una fotocopia con un texto breve escrito, posiblemente con una impresora doméstica. Decía:

Solo las ratas abandonan el barco. Norberto, atente a las consecuencias.

Sin firma o logotipo que se atribuyese la autoría. Un papel casero, cortado con unas tijeras por cualquier hijo de vecino.

El profesor le pasó el mensaje al policía. Luego escudriñó el cielo preguntándose de dónde provenían los papeles. Del cielo, venían del cielo. También los dioses opinaban del asunto. Que se sepa, en Bilbao, hasta los dioses son del Athletic.

Después vino la dura realidad. Athletic 0, Valencia 0. «Lopetegui jugó su peor partido de la temporada», escribieron los periódicos. «No se puede empeorar más», pensaron muchos aficionados.

7

El día después del nefasto partido de Lopetegui, cuando debía de estar encerrado meditando sobre su inexistente contribución al equipo, otra vez a las ocho en punto de la mañana, tomó un taxi desde su residencia de Neguri. Vestía una gorra de beisbol que le tapaba la cara. En su mano, la misma maleta, o tenía una colección de lujo, pensó Zurriola, que con los ricos nunca se sabe. Según montó en el vehículo, dos barrenderos locales apuntaron el número de taxi, el 324. Unos cientos de metros después, en la misma rotonda de acceso a la Avanzada, un control rutinario de la Ertzaintza, comprobación de licencia. «Nos asan a controles», dijo el taxista. Fueron dos breves minutos, suficientes para poner una baliza de seguimiento en los bajos del coche.

Zurriola y Mintegi esperaban en el punto exacto donde la vez anterior perdieron la pista del jugador, a la entrada de la calle Simón Bolívar. Todo hacía indicar que Norberto y su maleta habían desaparecido en alguno de los edificios del ensanche bilbaíno, un verdadero enjambre, calles de un solo sentido, garajes a cada vuelta de la esquina, furgonetas de reparto, mucho tráfico, máxima atención, quizá no tuviesen una nueva oportunidad.

El vehículo repitió cada uno de los movimientos anteriores, pasó el puente de Rontegi, dejó a un lado la desviación a Santander y entró a Bilbao por Basurto. A la hora y tiempo preciso, el taxi apareció en el campo visual de los agentes. Lo siguieron. Ni Zurriola ni Mintegi estaban nerviosos, solo vigilaban a un futbolista con una maleta cara, ellos que habían perseguido a asesinos y violadores, pero no querían volver a perderlo, era más una cuestión de prurito profesional.

De repente, Norberto abandonó el taxi en una esquina de la calle Egaña y empezó a andar. Eso sí que no se lo esperaban, ¡un futbolista andando por Bilbao! La agente Zurriola dejó el volante en manos de Mintegi y salió disparada tras los pasos del sospechoso.

A escasos cincuenta metros entró en el número 12 A de la calle Egaña.

Residencia de ancianos Colisée Indautxu.

Como pudieron comprobar minutos después, el delantero centro tenía a su padre, el antiguo futbolista del Athletic Norberto Lopetegui, internado en la residencia de ancianos. La maleta debía de llevar ropa de muda para su progenitor u otro tipo de enseres personales. Según explicó una afable recepcionista, obligada por la condición de ertzainas de los preguntantes, el cliente vivía en la residencia desde hacía un año, aquejado de una ceguera. El hijo lo visitaba cada dos días. Nada más podía decir, pues nada más sabía, y los remitió a la gerencia del centro residencial. Los agentes se marcharon, tenían que pensar los próximos movimientos.

8

—Profe, profe —reclamó su atención un alumno en el mismo instante en que Loizaga entraba por la puerta del aula—. ¿Podemos hablar del futbolista?

—Antes debemos sentarnos para que esto parezca una clase —respondió el profesor.

Ocuparon sus asientos en apenas cinco segundos, sin emitir ninguna orden expresa (cuando quieren, son muy obedientes). En sus caras, expectación.

—Ya sabéis que todos los asuntos son importantes para la filosofía —comenzó Loizaga, aprovechando el silencio y la atención.

Una mano levantada (y cuando quieren, son muy disciplinados).

—¿Sí, Karmele?

—¿También el fútbol es un tema filosófico?

Se escuchó un abucheo general.

—Chicos, chicas, por favor. Un respeto a las opiniones diferentes.

Loizaga se acordó de su hija.

—¿Por qué piensas que el fútbol no tiene nada que ver con la filosofía? —preguntó el profesor.

—El fútbol es un entretenimiento que trata de ocultar los verdaderos problemas de la gente.

Otro abucheo. «El opio del pueblo», le vino a la cabeza.

—La filosofía y el fútbol son contrarios. La filosofía es racional y el fútbol irracional —sentenció la alumna.

El resto de los alumnos esperaba la réplica del profesor, aquella que pondría las cosas en su sitio, ¡ahora te vas a enterar!

—Puede que tengas razón, Karmele —concedió Loizaga para desilusión colectiva—. Quizá el fútbol no interese mucho a los filósofos, que están más ocupados en parecer tipos serios e importantes. Pero lo que sí interesa mucho a la filosofía es la traición.

Y sonó con una hondura cuasi metafísica. Silencio cósmico.

—Tengo una pregunta —dijo el profesor—. ¿Por qué motivo seríais capaces de traicionar a alguien?

—¿Traicionar, nosotros?

—Sí.

—Por dinero.

—Por dinero.

Dinero.

9

No se sabía quién arrojó las octavillas con la frase «Solo las ratas abandonan el barco. Norberto, atente a las consecuencias». Pero en esta ocasión no fue por escasez de información. Como pudo verificar la Ertzaintza, a las diez y cinco de la mañana siguiente, la desconocida Asociación Defiende el Athletic (ADA), mediante un post con una imagen de la misiva, revindicaba el acto avisando de que no sería el último, de persistir la situación. El meme se hizo tan viral que en unas horas tenía medio millón de visitas. Las redes sociales se llenaron de mensajes de apoyo e insultos. «¿Y estos quiénes son?», se preguntaban muchos. Algunos apuntaban a un grupo de fanáticos ultras rebautizados, pero quien se dio por aludido enseguida lo negó. Quizá, propuso un internauta, como el propio nombre indicaba, eran antiguos defensas del Athletic, y sugería una posible relación de nombres de futbolistas participantes.

A las once y veinticinco, según informe del Área de Delitos Informáticos de la Ertzaintza, la Agrupación Local de Amantes del Fútbol de Siempre (ALAFS), también desconocida, reivindicó el acto propagandístico. Entre sus proclamas, exigió a Norberto Lopetegui la renovación y el pago de las octavillas. Eran las doce menos siete cuando se colgó un meme rubricado por la Hermandad del Rojo y Blanco (HRB), de la que nadie había oído hablar, atribuyéndose la amenaza sobre la persona del delantero centro. Apenas diez minutos después apareció en las redes otro meme creado por la Unión de Bilbaínos Preocupados (UBP), desmintiendo los anteriores comunicados, ellos eran los padres y ejecutores de la idea, y no pensaban detenerse. El club de lectura Auténticos Lectores informaban de un error en la misiva, por inconcreta; la frase debió decir «Solo las ratas abandonan el barco. Norberto, futbolista del Athletic, atente a las consecuencias», y pedían perdón por la errata, no por el significado.

Cuatro horas después, la Ertzaintza manejaba dos docenas de entidades, que suponía falsas, haciéndose responsables de las amenazas en la persona de Norberto Lopetegui.

Por último, la cofradía de pescadores y armadores vizcaínos, por boca de su presidente, exigía la desvinculación del mundo del barco en el feo asunto de la renovación mediante un explícito mensaje: «Los barcos no tienen la culpa».

Nadie salió en defensa de las ratas.

Aunque sospechaba que resultaría infructífero, Loizaga llamó por teléfono al padre Aguirre, controlador de mentideros en la alta sociedad bilbaína. El padre Aguirre, jesuita y catedrático de Metafísica de la Universidad de Deusto, conocía en persona a los próceres del lugar, y si algo se cocía entre los más pudientes, acabaría enterándose. Sospechaba Loizaga que la pasión por el Athletic, es decir, sin comisiones de dinero por medio, poco interesaba a los ricos de Bilbao. Pero nunca se sabe.

El sacerdote pidió unas horas para hacer unas llamadas. Primero habló con el capellán —extraoficial— del Athletic, quien lo puso en contacto con algunos de los ricos en la órbita del club, y así hasta dar con el sujeto indicado, que por supuesto informaría a cambio de mantenerse en el anonimato. El confidente contó de las dificultades para renovar al jugador, había mucho dinero por medio (Loizaga se equivocaba) e intereses más importantes que los monetarios (¿cuáles?). Sin embargo, la amenaza con papelitos lanzados al aire, además de ser poco elegante, contravenía los intereses económicos. De ninguna manera podía ser un acto de un rico, quien, aun siendo muy del Athletic, entendería que vender al jugador era un gran negocio para todas las partes. «No, no, por aquí nadie rechazaría una comisión tan suculenta. Tienes que buscar en otros círculos sociales», sentenció.

Más esperanzas albergaba Loizaga en la gestión de don Miguel, el conserje del Instituto Unamuno, conocedor de lo que se tramaba en los bajos fondos de Bilbao.

—Buenos días, don Miguel.

—Buenos días, señor Loizaga. ¿Qué desea?

—¿Cómo sabe que quiero pedirle algo? —contestó el profesor.

—Tiene usted cara de necesitar información. Espero que no sea filosófica —apuntó el conserje—. Aunque llevo veinte años leyendo filosofía no me siento preparado para dar una recomendación a mentes como la suya.

—No es filosófica, don Miguel. No se apure. Y discrepo, usted tiene más entendimiento que cualquiera de los que moran por este insigne edificio —dijo Loizaga, mirando el techo del instituto—. A la altura de quien da nombre a la institución, créame.

—¡Oh! —expresó don Miguel—. Gracias por el cumplido, aunque no sea cierto. Para un tipo de mi condición social…

—¿A qué condición social se refiere? —interrumpió Loizaga.

—Pobre. Condición social de pobre.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Loizaga—. Esa es una clasificación que solo se empeñan en defender los que se creen ricos. Desfasada, cuando menos.

—¿Y cómo se divide el mundo? —preguntó el conserje.

—De muchas formas, don Miguel. Hay para elegir. A mí, personalmente, me gusta entre los razonantes y los estúpidos.

—Se lo compro, como dicen los alumnos.

—Por cierto, ¿qué está leyendo ahora? —preguntó Loizaga.

—A Platón. Todos sus diálogos.

—¿Y eso?

—Me tiene confundido. No sé si odiarlo o amarlo.

—Nietzsche odiaba a Platón.

—Nietzsche era un tipo lleno de complejos. Nosotros somos de Bilbao.

Loizaga rio. Sin lugar a duda, era la mente más preclara del instituto y a un centenar de kilómetros a la redonda.

—Ándese con cuidado con Platón, promete más de lo que cumple.

—Mensaje recibido. Por cierto, ¿puede saberse qué quería pedirme? —preguntó don Miguel.

Loizaga se llevó la mano a la cabeza.

—Perdón, lo había olvidado.

Y se lo dijo.

Cuando Loizaga terminó sus clases, tras el ilegítimo intento de desenseñar a los alumnos lo mal aprendido en la escuela, don Miguel lo esperaba en la puerta de salida del instituto. Sin revelar ninguna de sus fuentes, el conserje informó que no se sabía nada de las amenazas al señor Lopetegui, en las oscuridades de Bilbao era un asunto irrelevante, ellos estaban a otras cosas, ¿a qué cosas?, pues las del dinero. En realidad, don Miguel no pronunció la palabra,

que le resultaba en exceso vulgar, tan solo hizo su gesto más universal.

Vaya, se dijo Loizaga, los extremos se tocan, al menos cuando hay dinero de por medio. Los instigadores de la campaña de presión a Norberto tenían que ser gente que no ganase dinero con su venta. ¿Instigadores? ¿Cómo había aceptado el plural con tanta sencillez? ¿Y si se trataba de un lobo solitario? «¿Lobo solitario?», estaba viendo demasiadas series de policías.

Cuando el oficial Escudero fue informado de las investigacioncillas de Loizaga, ambos disfrutaban de una brandada de bacalao gratinado en el bar El Globo. El diminutivo lo empleaba el policía para hacerle rabiar, pues sabía de lo difícil que resultaba conseguir información en determinados ambientes, y aquel profesor de Filosofía amigo suyo solía lograrlo. Pero en esta ocasión fracasó, ni un miserable sospechoso que llevarse al zurrón. O demasiados, cientos, miles, cientos de miles de bilbaínos habían pensado en amenazar a Lopetegui si de ese modo lo hubiesen convencido para que renovase por el Athletic.

La ciudad vivía desesperada. Norberto Lopetegui era un magnífico jugador de fútbol. Exagerando un poco, el Athletic jamás había tenido un futbolista así. Goleador, desequilibrante, internacional, mediático, un auténtico ganador. «Puede ser un top 10 mundial», decían los especialistas. La necesidad de que se quedara en el club transcendía los argumentos deportivos, era una cuestión de fe, de amor, generaba un sentimiento doloroso de rechazo, la puta orfandad. Pero solo hasta que deshojase la margarita. Ningún bilbaíno que amara el Athletic iba a perder un segundo en lamentar su pérdida de producirse esta. Después del amor, la nada —que siempre es más profunda que el odio—. ¿Por qué no se decidía?

10

Loizaga entró en un bar para ver el partido que enfrentaba al Athletic contra el Espanyol. Él nunca fue muy de salir de Bilbao y se jugaba en Barcelona, un lunes, ¡qué cojones!, era un hombre empleado, tenía que parecer que trabajaba dando clases. Pidió un gin-tonic mientras contemplaba en la pantalla gigante el saludo de ambos capitanes. Había en el local media docena de parroquianos tomando sus dosis diarias de lo que fuese que los mantenía con vida. En la televisión apareció un Norberto a tamaño real dando la mano al árbitro. Parecía algo pálido, pero ya se sabe lo que pasa con la televisión, que distorsiona la realidad.

—¡Vamos, Norberto! —gritó el camarero al verlo—. Demuestra a esos catalanes cuánto valemos los vascos.

Nadie alentó el ánimo del camarero, ni lo replicó. Loizaga pensó en unas cuantas objeciones, por ejemplo que en el Espanyol no había apenas catalanes. O que nuestro vasco tampoco quería renovar. Pero ¿quién es el inconsciente que le lleva la contraria a un tipo del que depende la calidad de tus gin-tonics?

—Pon la radio —ordenó un parroquiano de larga barba—, que yo vengo a ver aquí el partido porque pones «lo del bacalao».

—Voy, voy.

—No soporto a esos locutores que todo lo ven siempre del mismo color —se explicó, dirigiéndose a Loizaga.

«… Nuestro Athletic está muy necesitado de puntos, así que hoy la victoria se antoja imprescindible. Alineaciones…».

Llevaban cinco minutos de partido cuando Román entró en el bar, venía hablando por el móvil. Le hizo un gesto a su amigo de que bebería lo mismo. Cuando colgó, le contó algo de las gemelas y el fin de semana, pero Loizaga no puso atención, vivía el partido más concentrado que un jugador del banquillo.

—¿Ha hecho algo Norberto? —preguntó el ertzaina después de dar el primer trago.

—Nada —respondió Loizaga.

Pero luego se paró a pensar a qué se refería su amigo, si alguna jugada, algún bacalao o unas declaraciones a la prensa anunciando la renovación.

—Nada que tú sepas —matizó Román.

—Por supuesto, Sherlock Holmes. Se habrá vestido de futbolista para empezar el partido, bebido un sorbo de agua, meado un poco antes de saltar al campo, hasta puede que se haya tirado un pedo en el túnel de vestuarios. Pero en el campo todavía no ha hecho nada, apenas caminar.

En ese mismo instante, según pudo verse en las imágenes, Norberto Lopetegui se desplomó y quedó tendido en el césped, como si hubiese sido alcanzado por las palabras de Loizaga.

«Atención, atención, Lopetegui ha caído en medio del campo. Lo hemos visto con claridad. Estaba solo, andando, y se ha desmayado… Oh, Dios mío… Parece algo grave… Los médicos de ambos equipos corren en su auxilio. Los compañeros lo rodean, gestos de alarma… Repito, parece algo grave, muy grave».

«¡Le están dando espasmos!», gritó una comentarista.

La televisión, al instante, dejó de enfocar a Norberto para mostrar imágenes de la gente en las gradas llevándose las manos a la

cabeza, hasta que el realizador se percató de la cara de miedo de los espectadores, así que decidió enfocar el marcador electrónico. Minuto 13:23. RCD Espanyol 0, Athletic Club 0. En el bar nadie hablaba, había un silencio trágico, hasta el locutor se calló unos segundos.

«Perdonen este silencio —se escuchó decir en la radio—, pero tenemos el corazón en un puño. Lopetegui permanece tumbado sobre el césped. Sus compañeros, de espaldas a él, hacen de pantalla para que no se puedan grabar las imágenes».

«Pónganse en lo peor», aconsejó otro de los comentaristas deportivos.

Y se oyó llorar a alguien por la radio, solo tres segundos, hasta que cortaron el micrófono.

Loizaga agachó la cabeza. Román miraba paralizado la pantalla con la imagen fija del marcador, habían pasado tres minutos, crecía la sensación de que estaban en una cuenta atrás hacia el final. El camarero se quedó mudo por primera vez en muchísimo tiempo. Entonces, un borrachín del barrio que pasaba sus días acodado en una esquina de la barra mientras le sobrevenía la muerte, en compensación, habló por primera vez en años.

—¿Habéis estado alguna vez en un funeral de Estado?

El partido, según contaron en la radio y la televisión, quedó en suspenso. Una ambulancia entró en el terreno de juego y se llevó a Lopetegui, nadie sabía en qué estado. Los compañeros se negaron a ofrecer entrevistas; es más, los periodistas se negaron a realizar entrevistas. Todos los presentes estaban en shock.

En las redes sociales, algunos se aventuraron a decir que echaba espuma por la boca. Otros que «el cuerpo se le movía como si sufriese un ataque epiléptico». Un médico —especialista en urología, todo hay que decirlo— apuntaba los síntomas de «un posible ataque

cardiaco». «¿El corazón en un deportista de élite?», le respondían. «Hazte un tacto rectal», añadía otro. Según la forma de la caída, expresó alguien que no desvelaba la fuente de su sapiencia, «un ictus o infarto cerebral», el mal de los delanteros centros de tanto rematar de cabeza. «Yo sí que te voy a provocar un ictus», y esgrimía el emoticono de un puño. A los quince minutos, Norberto Lopetegui había contraído el ochenta por ciento de las causas mortales que contenía la clasificación internacional de enfermedades (CIE-10). Las opiniones de los bilbaínos sobre el destino de su jugador se dividían en dos, los que llevados por el realismo auguraban un funesto desenlace, y los otros, que no estaban dispuestos a aceptar la tragedia e insultaban a quien siquiera lo insinuase.

Lo cierto es que nadie sabía nada.

Sin moverse del taburete, con su gin-tonic a medio beber, Loizaga miró a su amigo.

—¿Qué quieres que haga? —respondió el ertzaina Román.

No necesitaban palabras, se conocían desde hacía muchos años.

—¿No tenemos el teléfono del presidente del Athletic? —preguntó su amigo, muy bajito, pues no era información que debiese conocer todo el bar—. ¿No estamos investigando a…?

No podía ni pronunciar su nombre.

—A ver si te crees que va a cogerme el teléfono. ¡A mí! ¡Pues no tendrá buena encima!

Loizaga asintió. No conocía a nadie más que pudiese darles una información veraz.

—Además, ¿tú no estabas enfadado con Norberto? —apuntó Román.

Enfadado como forma suave de decirlo. Ante la subida del tono de voz, algún parroquiano levantó la cabeza, confuso, pero enseguida volvió a fijar la mirada en su bebida. La vida era muy corta, debió de pensar, para gastarla en dimes y diretes; ya lo contaba el verso: mucha palabrería y poco vino nos llevan por mal camino. Los bares están llenos de poetas.

—¿Por qué no llamas al presidente? Quizá tenga algo que ver con el caso —le dijo el profesor al ertzaina, muy cerquita de la oreja.

Entonces, al camarero se le cayó un vaso de cristal que secaba con esmero. Había leído en el móvil que una página anunciaba el fallecimiento de Norberto Lopetegui. Y lo compartió con sus compañeros ocasionales de esta tragedia en un acto.

—Ha muerto.

Nadie le preguntó de dónde sacaba semejante información, pues los buenos clientes dan por muy informado a su camarero de referencia.

—Aunque esta página no es muy de fiar.

Y se oyó un suspiro de alivio. Pensaban agarrarse del último clavo ardiendo. La red estaba llena de muertos que todavía vivían.

—Funeral de Estado —repitió el borrachín.

No le lanzaron cuchillos porque nació en el barrio y todos sabían de su desgraciada vida por culpa de un amor que lo abandonó, era una especie protegida por aquellas calles, pero como continuase hablando…

El silencio en forma de desesperanza se instaló de nuevo en el bar. El camarero apagó el televisor porque no soportaba los anuncios con planes de pensiones para jubilados, cuando ya no existía un mañana. Pero nadie se movía de su silla, como si salir del local significase aceptar el triste final; habían entrado con el delantero

vivo y no pensaban marcharse hasta que les confirmasen que lo seguía estando. Todos miraban sus móviles como si fuese el puto oráculo de Delfos.

—¡Enciende la tele! —gritó un tipo repantingado sobre la barra.

El camarero, mostrando su desconcierto, obedeció sin rechistar. Un periodista informaba con el estadio de Cornellá a su espalda. No vestía como alguien que se dedicase a los deportes, más bien parecía un contador de tragedias. Subió el volumen.

«Sin noticias del estado de salud del jugador del Athletic Club, Norberto Lopetegui, que se debate entre la vida y la muerte».

Y volvió a apagar el televisor. Solo necesitaban saber que sí o que no. Todo lo demás era superfluo. Los minutos se sucedían en una situación propia de la sala de espera en un quirófano o un tanatorio, según se mire. En ese instante le sobrevino a Loizaga la famosa frase «¿Tú dónde estabas cuando ocurrió?» el asesinato de Kennedy, la caída del Muro de Berlín, las torres gemelas, la muerte de Norberto Lopetegui… En el bar, a muchos bilbaínos los acontecimientos históricos siempre los pillaban en el bar.

El camarero, en un acto de generosidad inapropiado, invitó a una ronda a los presentes. Total, debió de pensar, muy pocas veces tenía uno la conciencia de estar viviendo un momento histórico. Si alguna vez tenía hijos, siempre podría contarles «Estaba yo en el bar cuando…».

—Norberto ha ingresado de urgencia en el Hospital Universitario de Bellvitge —leyó alguien.

—¿Eso significa que está vivo?

—O muriéndose.

—No me suena el hospital.

—Mala pinta tiene.

—Si se llamase Pichichi…

—¿Cómo se va a llamar Pichichi un hospital de Barcelona?

—También ha tenido mala suerte.

—Estando como está la sanidad fuera de Bilbao…

—Señores, por favor —zanjó el camarero.

Y todos se callaron. Palabras huecas para liberar la angustia.

De repente sonó un móvil con la música del himno del Athletic. El borrachín sonrió; muy apropiado, debió de pensar. Todos se miraron hasta que el ertzaina Román echó su mano al bolsillo, era para él. Otro parroquiano miró cruzado, ¿quién podía hacer una llamada con la que estaba cayendo? ¡Qué poca sensibilidad!

—¡El presidente! —exclamó al ver el origen de la llamada.

—¡Cógelo! —le gritó Loizaga.

Mientras duró la conversación telefónica, los presentes tuvieron la sensación de encontrarse entre los elegidos por la dicha divina, mira que no hay bares en Bilbao y el señor presidente se pone en contacto con un compadre, que no conocen, pero que después de lo vivido sienten como un hermano, para informarle del estado de salud de nuestro delantero centro. ¿Cuántas veces contarán la historia? Román apenas pronunciaba palabra, algún que otro sí y mucho cabeceo de cabeza. Por la expresión corporal resultaba difícil adivinar el desenlace, en un segundo Norberto parecía que seguía vivo y al siguiente muerto.

Por fin, colgó. Levantó la cabeza y miró al auditorio. Miradas entre apesadumbradas y esperanzadoras.

—Está vivo y sin secuelas. Un shock anafiláctico.

Y gritaron de alegría, algunos hasta se abrazaron. Nueva ronda de consumiciones. Tan solo el borrachín parecía contrariado, se había esfumado su ansiado funeral de Estado.

Pero Loizaga no las tenía todas consigo, así que pagó lo bebido y salieron a la calle, porque ya podían, habían regresado a la vida corriente. Cuando se alejó unos pasos del bar, el profesor se detuvo y solicitó la atención de su amigo.

—¿Qué pasa con Norberto? —le soltó poco convencido de su explicación oficial.

—Está vivo. Ha sido una alergia.

—Entonces, ¿y esa arruga en la frente?

Román se quedó callado. Cabeceaba. Era duda o pose de interesante. Miró alrededor. No había nadie en la calle Pozas, anormal para un lunes con partido, debían de estar todos rezando por el alma de Lopetegui. Sin oídos cerca. Loizaga lo invitó con un gesto a que lo dijese.

—Norberto está bien. Ha sido un shock anafiláctico por una alergia conocida. El problema, según el presidente del Athletic, es cómo ha ingerido la sustancia.

—No entiendo.

—Ha sido un intento de asesinato, Loizaga. Si tú a una persona le das a propósito una sustancia que puede matarla…

—¿Intento de asesinato?

—Recuerda que es una persona amenazada de muerte —puntualizó el policía.

¿Quién deseaba ver muerto a la estrella futbolística del Athletic? ¿Quién quería lo peor para un tipo que no renovaba con el mejor club de fútbol del mundo?

—Según el presidente del Athletic, ha tenido que ser alguien muy cercano.

—¿Por qué?

—El shock anafiláctico se produce a los pocos minutos del contacto con la sustancia. Estaban en el campo del Espanyol. Tuvo que ser unos minutos antes de saltar al campo o quizá en el propio partido.

—Pero eso es muy difícil.

—Están analizando las botellas de líquido que preparan para los jugadores, con sales y suplementos energéticos. Ha sido alguien de dentro del club.

—Entiendo —corroboró Loizaga—. Un tipo zumbado de barrio no tiene capacidad de envenenar, ¿puede decirse envenenar?

—Puede.

—De envenenar a Lopetegui con una sustancia introducida en la botella de agua mientras los jugadores disputan un partido en Barcelona.

Román Escudero asintió con la cabeza.

—Feo asunto —anunció solemne el profesor Loizaga.

—Muy feo.

Continuaron caminando sin un destino preciso, alejándose del bar donde se mascó la tragedia, avanzando hacia lo desconocido sin saber qué les deparará el negro futuro, que en Bilbao suele ser otro bar.

—¿Y a qué sustancia es alérgico, si puede saberse?

—Al bacalao —respondió el ertzaina.

—¡Dios mío! —exclamó Loizaga—. ¡El bacalao, no!

11

También era casualidad o desgracia, ser de Bilbao y tener alergia al bacalao, pensó Mintegi, que pasaba por ser el único paisano sin interés en el fútbol. Él era más de ningún deporte, quizá por llevar la contraria. Puestos en contacto con el jefe de Alergología de Cruces, un tal Pedro Gamboa, afirmó que había más alérgicos al bacalao de lo que se creía, «Qué ironía del destino, el delantero centro del Athletic es alérgico al bacalao», dijo.

De qué forma y manera llegó la proteína de bacalao al cuerpo de Norberto fue la gran pregunta que se hizo la agente Zurriola. A quien, por cierto, tampoco le gustaba el fútbol. La dejaba, dicho con palabras propias, más bien fría. Los dos policías encargados de la investigación por parte del oficial Escudero no profesaban ninguna simpatía con el fútbol.

Ambos coincidían en que tuvo que ser una persona muy cercana, con capacidad de entrar en el vestuario. ¿Quién puede estar tan próximo poco antes de que comience un partido? «Un montón de gente», le dijeron. Confeccionaron una lista. Jugadores, entrenadores, utilleros, servicios médicos, directivos. Y los del equipo rival. A los representantes no se les permitía su presencia. Según parece, las relaciones entre los dirigentes de un club y los representantes de los futbolistas no siempre son afables. Demasiados penes, pensó Zurriola, a quien el fútbol seguía pareciéndole una cuestión con excesiva testosterona.

Una vez revisados los vídeos del encuentro, que pidieron a la LFP,[8] con la excusa de utilizarlos en una charla sobre educación para la salud, titulada «Métele un gol a las alergias», los ertzainas concluyeron que fue introducida en la bebida. Por lo que pudo verse en las imágenes, los jugadores del Athletic solo ingirieron los líquidos

procedentes de unas botellas azules. Según el club, se trataba de unos preparados solubles de minerales y glucosa para recuperarse del gasto energético. Castor Onaindia, el utillero encargado de preparar la pócima mágica de los once aldeanos,[9] y que llegó a jugar con el padre de Lopetegui, aseguró que todas las botellas azules contenían la misma sustancia. Y facilitó una muestra para que fuese analizada.

Aunque los laboratorios tardaron unos días en confirmarlo, Zurriola y Mintegi ya sospechaban que aquellos polvos que se disolvían en agua estaban libres de proteína de bacalao. Lo que significaba que alguien había introducido a propósito dicha sustancia en una o en todas las botellas del partido de fútbol. Era la explicación más sensata.

Un individuo —convencido, chantajeado o pagado— incorporó proteína de bacalao en la bebida isotónica y Lopetegui se la bebió.

Si convencido, buscaban a un seguidor fanático que actuaba por cuenta propia, un lobo solitario con mucha capacidad de acción, posiblemente un antiguo jugador que campase a sus anchas por las instalaciones deportivas del club.

Si chantajeado, el sospechoso sería un tipo que pasase por una mala situación económica, de sobra era conocido que muchos futbolistas dilapidan sus ganancias y, cuando el fútbol los deja, solo acumulan deudas. ¿Algún individuo con problemas económicos en el vestuario del Athletic?

—¡Pero si son todos medio millonarios! —exclamó Mintegi, comparando con el dinero que ingresaba al mes por trabajar en la Ertzaintza.

Descabellado, también.

Si pagado, bueno, si se pagaba dinero por echar unos polvos en un agua de una botella antes de ver un partido de fútbol, la lista de

voluntarios sería cercano al censo electoral del Estado; mayor aún, que los jóvenes menores de dieciocho años ya tienen bien claro lo que cuesta conseguir el dinero.

—¿Polvos? —preguntó Zurriola.

Y se pusieron a la labor. ¿Es posible transformar la proteína del bacalao en unos polvos solubles en agua? ¿Lo puede hacer cualquiera o se necesita una maquinaria superespecial y que solo existe una en toda Europa? Consultada la catedrática de Farmacia de la Universidad del País Vasco, Alicia Rodríguez, a la primera pregunta respondió que sí, convirtiéndola en péptidos y luego secando, aplicando el proceso de hidrólisis enzimática de proteínas. La segunda respuesta la desconocía, pero abrió su portátil y, tras dos escasos minutos, mostró a los agentes una página web que vendía polvos solubles de proteína provenientes del semen del bacalao. La palabra «semen» causó un pequeño alboroto, sonrisitas no más, estaban en la universidad. Y dado que la venta online proveía a cualquier hogar desde cualquier parte del mundo, se estaban multiplicando los sospechosos.

Más suerte tuvo la policía científica. Una vez suspendido el partido de fútbol tras lo sucedido al futbolista, Castor recogió todos los objetos desperdigados por el vestuario y los metió en cuatro grandes baúles, que llegaron a la Ertzaintza por orden del oficial Escudero. Había quince botellas de preparado isotónico. Solo una de ellas contenía unos polvos sospechosos de ser proteína de bacalao. Como eran científicos, procesaron todas las botellas. Efectivamente, solo una contenía la solución soluble que causó el shock anafiláctico en Lopetegui. Tenían en posesión el arma del crimen. Había tres huellas dactilares muy claras. En orden de ejecución, suponían, la tercera pertenecía a Castor, que recogió el vestuario; la segunda, a

Norberto, la víctima; y la primera, al autor material del intento de asesinato.

Llamaron al oficial Escudero, noticias frescué,[10] posible huella del asesino.

---

8 Liga de Fútbol Profesional.

9 Expresión que se utiliza para referirse a los jugadores del Athletic, en contraposición con los jugadores de otros clubes en su mayoría procedentes de lejanos lugares.

10Frescué: frescas, en localismo bilbaíno.

12

—Matilde, me llamo Matilde —dijo ama[11] Loizaga.

—¿Matilde qué más? —preguntó Norberto Lopetegui.

—Matilde sin más, pero usted puede llamarme Tilde.

—¿Tilde?

—Exacto. Como las tildes al escribir, siempre olvidadas, pero imprescindibles.

Resultó que el delantero centro tenía contratado los servicios domésticos con una agencia high cost que suministraba los mejores profesionales del mercado para cada desempeño. De esta manera se ahorraba tener que pagar la nómina a una trabajadora y si enfermaba le mandaban otra. Una idea de su representante, quien argumentó que era muy frecuente en las personas de su estatus.

Resultó que la señora de la agencia que hacía los servicios de limpieza en el chalé de Lopetegui había sufrido una repentina indisposición, «esperamos que pasajera, aunque nunca se sabe», y mandaban a otra profesional en su lugar. De nombre Matilde. De que Matilde fuese en realidad ama Loizaga se ocupó, como en otras ocasiones, la Ertzaintza. La preparación del personaje le llevó a la madre de Loizaga más esfuerzo de lo habitual. Su hijo le explicó que necesitaba introducirse en la casa de un jugador del Athletic.

—¿Un jugador del Athletic?

Y ama Loizaga se puso a la labor. Ya había dado vida a una limpiadora, pero nunca en su vertiente de chacha interna, ella era más de fregar en empresas. El servicio doméstico conllevaba un

mayor tiempo presencial, razón que le hizo pensar que debía prepararse el papel en profundidad. ¿Cómo son las personas que limpian en la casa de un tipo rico, joven y famoso? ¿Cómo hablan, visten o se comportan? ¿Existen criadas especiales para futbolistas?

—Seguro que la información que necesitas está en las redes sociales —le dijo su nieta—. El mundo de ahora es como dictan las influencers.

Y la niña creó una cuenta de Instagram para su amama.[12]

Tras dos días siguiendo sus vidas por el teléfono móvil —«pero ¿esta gente no hace nada de provecho?, ¿por qué están todo el santo día sacándose fotografías de sí mismos?, ¿y esas poses…, les pasa algo en el cuerpo?, ¿me dices que este es el mundo de ahora?»—, ya podía comportarse como una de ellas.

—¡Un jugador del Athletic, muy crush!

Pasó por la peluquería y se tiñó un mechón de rojo pasión, el resto un poco de brillo para que reluciesen sus canas. Luego abrió el armario y empezó a sacar vestidos de los años ochenta, pues ella lo guarda todo. Puestos sobre la cama, como si fuese un haul, y comparando con las imágenes de su influencer de cabecera, una tal María Pombo, con un poco de suerte no tendría que comprarse ropa. Se vistió. Casi todo le sentaba perfectamente. Si ella fuese una mujer superficial hubiese sonreído, habían pasado cuarenta años y tenía la misma talla. Sonrió. Pero necesitaba comprarse calzado, culpa de unos juanetes producto de la edad. Se decantó por un par de sandalias cómodas de una diseñadora muy chic de Bilbao.

En cuanto se contempló en el espejo le sobrevino el nombre.

—Matilde, te llamarás Matilde. Tilde para las amigas.

La agencia que ofrecía servicios domésticos de lujo tenía una condición expresa del cliente: solo mujeres mayores de sesenta años

para evitar las denuncias falsas por acoso sexual. Matilde cumplía con el requisito. Cocina, planchado y discreción eran las otras obligaciones. También se exigía firmar un contrato de confidencialidad que prohibía hablar de nada de lo que aconteciese en aquella casa. Ama Loizaga, llevada por sus principios, se negaba a firmar un contrato para mantener la boca cerrada. No es que fuese una mujer cotilla, más bien al contrario, solía callarse sus opiniones por respeto o por conveniencia, pero no soportaba que la mandasen callar y menos a cambio de un dinero. Así que lo firmó Matilde. Tuvo que inventarse la rúbrica al momento —puso una «M» mayúscula y un garabato—. Tilde tenía otros principios, se dijo mientras se atusaba su mechón rojo.

El recibimiento por parte de Norberto Lopetegui resultó frío, como la mañana que sucedió. Eran las doce. Tras unos cuantos timbrazos, el futbolista abrió la puerta de su casa descalzo, vestido con calzoncillo negro y camiseta raída. O no la esperaba o estaba recién levantado, posiblemente ambas opciones. Ella se presentó en nombre de la agencia de lujo. Y él la contempló, hizo un esbozo de sonrisa y desapareció en el interior de la vivienda dejando la puerta abierta.

Ama Loizaga dio dos pasitos y entró. Debido al contrato de confidencialidad, se sentía como una diplomática presentando las credenciales ante una embajada, pues allí las leyes eran distintas al resto del territorio, aunque apenas había pisado dos o tres países extranjeros, pero se había leído todas las novelas de espías. Como no sabía qué hacer se quedó de pie en el vestíbulo, con los brazos cruzados.

A los diez minutos volvió a aparecer Norberto, ya duchado, oliendo a colonia cara, pantalón vaquero exclusivo y camiseta de marca. Al toparse con Matilde hizo un gesto de sorpresa, se había olvidado de ella. El futbolista lanzó una de esas miradas para gente traslúcida destinadas a las empleadas domésticas y continuó dando vueltas por la vivienda.

—Le enseñaría la casa —gritó el futbolista—, pero no tengo tiempo. Tome usted posesión.

E hizo un gesto con el brazo en todas las direcciones.

—¿Ha desayunado el señor? —preguntó Matilde—. ¿Quiere que le ponga un café?

—No tomo excitantes, perjudican el rendimiento —respondió Norberto.

—¿Y una kombucha?

El joven se giró sobre sí mismo sorprendido.

—¿Tienes? —sonó con voz de adicto.

¿Ya podían tutearse? ¿Eran de la misma tribu? ¿Hablaban el mismo idioma? Ama Loizaga dio por bien empleado el tiempo invertido en Istagran, o como se llamase la cosa esa donde sale gente siempre sonriendo.

—Muy random —dijo la señora del mechón rojo.

Y sacó un termo con florecitas de un bolso hippy comprado en Ibiza allá cuando era joven.

—Cosecha propia.

Mintió. Norberto tomó el brebaje que el día anterior ama Loizaga había adquirido en la tienda de productos ecológicos Kresala, en el Casco Viejo, y el futbolista marchó a enfrentarse al mundo cargado de la superenergía que dan las creencias.

Una vez sola, se atusó el pelo —nuevo tic de Matilde— y empezó a escudriñar la morada del futbolista. El chalé tenía unos trescientos metros cuadrados en una planta, para no subir escaleras, rodeado de un hermoso jardín de árboles muy longevos, y, por supuesto, una

piscina climatizada. Un seto de ciprés bien crecido impedía la visión desde fuera, apenas se vislumbraba el tejado.

En el interior triunfaba el blanco, las paredes sin cuadros, los armarios camuflados y los sofás impolutos que daban ganas de no sentarse. Existían quirófanos más coloridos. En contraste, la cocina era negra, muebles, cazuelas, vasos, y tenía el frigorífico más grande que jamás había visto ama Loizaga. Se apostó su sueldo de empleada de lujo a que allí no cocinaba nadie, a lo sumo para calentar la comida comprada por encargo. Si lo viese su hijo…, pensó.

Cuatro habitaciones de invitados y una suite principal, con la cama deshecha. El piso era demasiado grande para un soltero, pensó ama Loizaga; mejor, se dijo Tilde, así precintaba media casa y no tenía que limpiar todos los días. Un soltero da mucho menos trabajo que una familia con hijos, ¡dónde va usted a parar!

Ni un miserable escudo del Athletic.

Estaba a punto de sentarse en uno de los lujosos sofás de piel blanca y poner sus pies de criada sobre la mesilla de salón cuando abrieron la puerta.

—¿Quién es usted?

No era el futbolista, el hombre tenía unos cuarenta años y un traje de doble botonadura.

—¿Y usted? —preguntó ama Loizaga.

—Soy el representante de Norberto Lopetegui.

—¿Y tiene llave de esta casa?

—No me ha respondido —dijo el hombre en tono más amenazante.

—Me llamo Tilde. Y soy la chacha. Es mi primer día de trabajo.

Al representante le pareció extraño que la anterior doncella —él las llamaba doncellas— se hubiese ausentado de la noche a la mañana. Indiferente, Matilde afirmó que no sabía nada, que ella era una humilde empleada. Luego, el representante le impuso su horario de trabajo sin llegar a ningún acuerdo, sin margen de opción, quería hacerla sentir su empleada. Por último, le recordó que estaba en período de prueba, que a la mínima queja llamaba a la agencia y que trajesen a otra. Matilde asistió a la perorata con tranquilidad y ama Loizaga se dijo «ya te espero yo».

—¿Y ese mechón rojo? —preguntó el representante.

—Del Athletic. Yo soy muy del Athletic —respondió Matilde.

—Aquí también somos muy del Athletic… mientras pague bien.

Y sonrió como si se guardase información secreta para sus adentros.

Ama Loizaga apuntó en su agenda mental: investigar al pedorro del representante. Parecía claro que iba a ser el hueso duro de roer de este caso. Y necesitaba saber cómo ganarse su confianza. Según ama Loizaga, todos tenemos un botón emocional que una vez pulsado nos deja al descubierto, desnudos, vulnerables, tal como somos. Tenía que encontrar ese botón.

—Perdone, ¿cómo desea que le llame?

—Me llamo Borja Sitrug, de Noruega. Mis amigos me suelen llamar Borja, pero tú mejor llámame señor.

Acto seguido procedió a enseñarle la casa, aunque la criada llevaba ya dos horas enredando por ahí tras el permiso del futbolista. La cocina, «pero no quiero que cocine, nos sirve el mejor catering de Bilbao», el cuarto de la limpieza, «máxima pulcritud, no escatime en productos», el cuarto de la plancha, «camisas impolutas, y una

habitación, para que se cambie». Todo contado en un tono de distancia buscada. No meaba en cada esquina como lo haría un perro por convención social, pero aprovechaba la mínima oportunidad para transmitir el mensaje, que en aquellas cuatro paredes mandaba él, que el famoso futbolista delegaba sus decisiones en su representante, el auténtico macho alfa.

—Por cierto, ponme un café —ordenó Borja.

—Oh, querido, me va a perdonar, pero Norberto me ha prohibido el café en esta casa. Dice que disminuye el rendimiento. ¿Le apetece una kombucha?

11Ama: madre.

12Amama: abuela.

13

La tarde del lunes, pues ellos eran gente ocupada —Román tenía que firmar papeles y Loizaga, torturar alumnos—, acudieron a Lezama. Hacía años que no visitaban las instalaciones deportivas del Athletic. En la última ocasión, que Loizaga recordase, fueron con las hijas, que tendrían unos diez años, a que alimentasen su amor por el equipo. El profesor se preguntaba si no iba siendo hora de renovar los votos, había demasiado opio en el ambiente.

El presidente del Athletic insistió en mantener la vía extraoficial, pues a los ojos de la opinión pública, todo había sido producto de una alergia recién descubierta, una jugada del destino con feliz desenlace; los medios de comunicación emplearon toda su vena poética en adornar el suceso. La figura de Norberto Lopetegui se engrandaba por días, el héroe que vencía a las garras de la muerte y esas cosas.

Pero en la Ertzaintza no se conformaban con la versión oficial, tenían muy claro que se trataba de una acción premeditada ejecutada por alguien de dentro, y que, sonaba muy feo, solo podía calificarse como intento de asesinato. Las posibilidades de que tuviese relación directa con su negativa a renovar eran máximas. El asunto podía empeorar.

El oficial Escudero pidió al Athletic libertad de movimientos para investigar. Pero un policía haciendo preguntas por Lezama perjudicaría la imagen del club y repercutiría en el estado de ánimo de los jugadores, que eran como niños muy creciditos. El rendimiento de un equipo de fútbol se sostenía en los pequeños detalles, como que nadie del vestuario desease la muerte de su mejor jugador. ¿Qué pensaban los compañeros de la negativa a

renovar de Norberto Lopetegui? Un ertzaina en Lezama era una cerilla encendida en un polvorín.

Después de darle muchas vueltas —pensaron en hacerse pasar por periodistas de France Football, personal de la FIFA, agentes de Hacienda investigando apuestas ilegales—, optaron por contar la verdad. Policías de incógnito investigando las amenazas lanzadas contra Lopetegui. Ni una mención al intento de asesinato. El shock anafiláctico se debió a una alergia y el destino había querido que se produjese en un campo de fútbol. La Ertzaintza estaba muy preocupada por los mensajes de amenaza contra la vida del futbolista. Y para su protección, el club estimaba necesaria la presencia de la policía cerca de los jugadores.

—¿Estoy guapo? —preguntó Loizaga.

—¿A qué te refieres? —respondió Román.

—¿Me ves bien para entrar en Lezama?

—¿Estás nervioso?

—Un poco.

—¿Más que cuando te encuentras con Anne?

—Mucho más.

—Entonces sí que estás nervioso.

—No todos los días entra uno en el vestuario del Athletic.

Su amigo se volvió para mirarlo y le atusó un poco el pelo, simulando prestarle atención.

—No pareces un policía —sentencio Román.

—¿Y qué parezco?

—Un pobre profesor de Filosofía.

El presidente del Athletic los recibió en la puerta principal de Lezama. Solo tres personas del club conocían la verdadera identidad de Loizaga: el presidente; su secretaria particular, agenda viva de sus actos, una señora en la cincuentena, discreta y eficaz que apenas entendía de fútbol y no salía de su oficina en el Palacio de Ibaigane; y el asesor principal del mandamás, un tal Cosme Usandizaga, cojo de nacimiento. Se decía en los mentideros que todo lo pensado por el máximo dirigente del Athletic había pasado previamente por la cabeza del asesor.

Y allí estaba, a su derecha, un pasito por detrás. Se saludaron con un apretón de manos. Loizaga sintió una mano sincera y mirada agradecida, en el caso del presidente, y una mano rígida y recelosa por parte del asesor. Parecía el malo de la película con esa cojera algo grotesca entre tanto cuerpo atlético.

Acto seguido estrecharon un número indeterminado de manos mientras visitaban las instalaciones deportivas. Loizaga jamás imaginó que hubiese tanta gente trabajando en el Athletic. Por supuesto que olvidó sus nombres y sus desempeños, se sentía como un jefe de Estado extranjero de visita en un país amigo. A su paso, el presidente no dejaba de pronunciar sus nombres, «Román y Loizaga, Román y Loizaga», como si fuesen las nuevas promesas del equipo de veteranos en la liga senior. ¿Estarían saludando al ejecutor del intento de asesinato? ¿Cómo influía en sus empleos la no renovación de Lopetegui? ¿Qué hay que hacer para trabajar en el Athletic? Y ahora que se fijaba bien, ¿por qué están todos en tan buena forma? Allí solo desentonaba la barriguita de Loizaga y la cojera de Cosme. ¿Habrá que pasar un pesaje para formar parte de la nómina del Athletic? ¿Quedan excluidos los gordos? Loizaga metió tripa.

Aunque parecían infinitos, se acabaron los saludos y los apretones de manos. El profesor pensó en su poca capacidad para desempeñar

un cargo importante, le dolía la mano y la sonrisa a partes iguales. También se sentía sobreexcitado por conocer en persona a tantos antiguos jugadores, pues Lezama estaba plagado de viejas glorias ya retiradas.

—Me falta Iribar. ¿Dónde está Iribar? —comentó Loizaga en alto.

Iribar era el símbolo máximo del Athletic. Antiguo portero y quizá el futbolista vivo más querido en la historia del club.

—Está en Madrid. Ha ido al sorteo de la Copa.

—¡Ay, la Copa! —suspiró Loizaga.

Desvelo de nuestros sueños, pensó.

La comitiva se dirigió al vestuario. Cerraba el grupo Cosme, quizá por su cojera, aunque Loizaga sospechaba que se sentía incómodo a pie de campo, lejos de los despachos. El presidente habló con el entrenador en un apartado, quien asentía algo nervioso, no era frecuente que el máximo responsable del club asomase en un entrenamiento por muy malos que fuesen los resultados del comienzo de temporada. Cuando el entrenador se disponía a retirarse como el antiguo amante en una boda, se le invitó a que se quedase.

Entraron. Todas las conversaciones se cortaron al instante al ver al presidente. Venía acompañado. ¿Qué sucedía?

—Hola, chicos —saludó el mandamás.

Le hicieron un corrillo de forma natural mientras algunos le devolvían el saludo con timidez. Miradas de expectación.

—Quiero presentaros a dos ertzainas.

—¿Ha dicho ertzainas? —preguntó alguien.

—He dicho ertzainas. En el club creemos que los jugadores debéis estar más protegidos después de las amenazas recibidas por Norberto.

Murmullos.

—Durante los próximos días los veremos por aquí y en San Mamés, vigilando que todo vaya bien. Serán discretos.

Román y Loizaga, al unísono, asintieron.

—Así que haced el favor de tratarlos con educación. Están aquí por vuestra seguridad.

—Pero ¿va en serio? A las amenazas, me refiero —preguntó otro jugador.

El presidente miró a Román cediéndole el honor de responder.

—Sabemos que los aficionados más radicales están muy descontentos con la marcha del equipo. Y nos tememos que sean capaces de alguna conducta inapropiada.

—Es por prevención —tranquilizó el presidente, para acto seguido hacer un gesto al entrenador.

—Perfecto. Muchas gracias. Chicos, y ahora ¿quién quiere jugar el próximo partido? Pues a entrenar fuerte.

Los jugadores fueron desfilando uno a uno delante de los ertzainas, caras serias, sin palabras, solo la pisada metálica de los tacos sobre el pavimento. Olía a linimento. Cuerpos sin grasa. Y, mientras tanto, Loizaga sonreía con cara boba, un profesor de Filosofía en el vestuario del Athletic.

—Pues muy bien —dijo el presidente tras la salida del último jugador —. Esto es todo. Acercaos al Palacio de Ibaigane para que os hagan

un pase especial y podáis moveros por las dependencias del club.

—Muchas gracias —respondió Román.

—Cosme, si haces el favor de acompañar a los señores hasta la salida…

—Yo también tengo que marcharme —afirmó el asesor—. Tengo reunión con un representante.

Y lo dijo mirando con cierto desdén las instalaciones de Lezama. Efectivamente, Cosme estaba como pez fuera del agua.

—Una última pregunta —interrumpió el presidente antes de la partida—. ¿Han jugado ustedes también en el Athletic, aunque fuese en alevines?

—No —respondió Loizaga.

—¡Uf, menos mal! Un tipo sincero. Aquí todo pichichi ha jugado en el Athletic. Menos ustedes tres. En Bilbao, el mundo está lleno de antiguos jugadores.

—Eso nos hace menos sospechosos, ¿no? —apuntó Cosme.

Parecía que triunfaba la tesis local e interna, el autor material del intento de asesinato en la persona de Lopetegui debía ser un exaltado fanático que trabajase dentro del club.

—En Bilbao, sospechosos somos todos —sentenció Loizaga.

14

Estuvieron dándole muchas vueltas al asunto del padre de Norberto. Román insistía en que se trataba de un moribundo sobrellevando sus últimos días en una residencia y Loizaga no le quitaba razón. Sin embargo, el profesor sabía que el diablo estaba en los detalles y la experiencia le decía que cuanto más supiesen del futbolista, mejor podrían neutralizar los posibles intentos de asesinato. A Loizaga le apetecía mucho hablar con Norberto padre.

Pero había un riesgo, el hijo los conocía. Buscar un posible testimonio resultaba complicado, la gente por lo general tiende a guardarse la información si le pregunta la policía. Necesitaban un acercamiento natural, necesitaban a ama Loizaga. Pero estaba ocupada haciendo de chacha de lujo. Se imponía la prudencia. Entonces, escuchando las reflexiones en alto del profesor Loizaga mientras departía con su madre de los aconteceres en la casa de Lopetegui, la niña se ofreció voluntaria.

—¡Por nada del mundo! —sentenció Loizaga.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Jamás me perdonaría poner en peligro la vida de la niña.

—Ya no soy tan niña.

—Tú en esta casa, aunque tengas ochenta años, serás siempre la niña.

E hizo un ademán de que la conversación quedaba finiquitada.

—¿Tu madre sí y tu hija no? —opinó ama Loizaga—. No acabo de entenderlo.

—Bastante mal llevo que te expongas tanto como para permitir que ahora también la niña… No.

—Ya tengo dieciocho años y puedo decidir por mí misma.

—Te falta un mes. Así que todavía eres menor de edad. No quiero pensar lo que dirá tu madre si consiento…

Mentar a la madre de la niña era el preludio de oscuros nubarrones mentales.

—Alguna vez tendrás que superar eso —soltó la amama.

«Eso» se refería al fracaso en su relación matrimonial. Era como ama Loizaga lo nombraba sin añadir tensión emocional al tema.

—De todos modos —continuó—, en esta ocasión, «eso» me suena a excusa. Tú no quieres que la niña participe de la investigación y punto.

E hizo un gesto con el pelo más propio de Tilde. Estaba bien metida en el personaje.

Loizaga pensó en lanzar una diatriba sobre la suplantación de pensamiento de una madre sobre su hijo, pero desistió, en ocasiones resultaba mejor permanecer con la boca cerrada, que luego las palabras dichas se vuelven en tu contra, ¿qué podría decir él de su madre que no lo descalificase después como padre?

—La amama podría enseñarme —sugirió la niña.

—Sí. Yo podría preparar el personaje con ella. Será divertido. Además, ¿qué problema plantea que una joven visite a un sesentón enfermo en una residencia? ¿Acaso el padre de Norberto tiene una pistola en su mesita de noche? ¿Hablamos de un delincuente sanguinario o de un viejecito que jugó en el Athletic en los tiempos

de Maricastaña? ¿No será un psicópata venido a menos? ¿O un depredador sexual con tacataca?

—¡Basta! —gritó Loizaga—. No me estás ayudando.

La madre puso cara de pedir un falso perdón.

—Aita. Necesito que confíes en mí.

—Y lo entiendo, pero ¿tiene que ser en el transcurso de una investigación por intento de asesinato?

—Así dicho suena muy peligroso, pero el arma del crimen es el bacalao.

Loizaga no acababa de convencerse. La joven creyó llegado su momento.

—¿Tú qué quieres saber del padre de Norberto? —preguntó en tono conciliador.

—Me gustaría preguntarle cómo lleva la no renovación de su hijo, por ejemplo.

—¿Y por qué no caminas hasta la residencia, entras en su habitación y se lo preguntas?

—Posiblemente me mande a tomar por culo.

—Exacto. ¿Y tú te crees que no recibirá a una joven haciendo labores de voluntariado para acompañar a nuestros mayores en la soledad de sus últimos días?

Y puso cara de niña buena.

—Tramposa —respondió Loizaga.

—¿Eso es un sí? —preguntó su hija.

—Pero llevarás una cámara en la solapa de la cazadora, para que podamos verte en todo momento.

—Aceptado.

—Y un sistema de comunicación para que pueda chivarte las preguntas.

—¿Y qué tal también una taser paralizante?

—¿Tenemos?

—¡Aita!

—Y ni una puta palabra a tu madre. ¿Entendido? De lo contrario se rompe el trato.

La niña le dio un abrazo con beso a su padre. Estaba entusiasmada. Ganarse el respeto del padre siempre fue uno de los propósitos del hijo.

A la mañana siguiente, la joven Loizaga se vistió con una falda corta y su nueva camiseta del Athletic con el nombre de Lopetegui a la espalda. Bajo el asesoramiento de ama Loizaga, que andaba con cierta prisa para llegar a sus labores de Matilde, se dispuso a salir del hogar paterno con un sistema de escuchas instalado en el móvil y un poco frustrada. Por un momento creyó, por culpa de las películas, que un joven ertzaina instalaría en su cuerpo un dispositivo con cinta adhesiva en un lugar poco visible, pero resultó que con bajarse una aplicación del móvil y un auricular minúsculo colocado en la oreja derecha era suficiente. Ama Loizaga la miró, Román la miró, Zurriola la miró. Perfecta. ¿Por qué nadie sospechaba de una joven con un móvil y una falda corta en una residencia de ancianos? El padre de la criatura no asistió, no quería verlo, y puso como excusa que tenía que enfurecer a alumnos.

—Buenos días. Trabajo en la Diputación Foral de Bizkaia. ¿Ha oído hablar del programa de integración social «Cuéntame una historia, amama. Cuéntame una historia, aitite»?[13]

Colgaba del pecho una credencial donde podía verse con claridad la hoja de roble que simbolizaba a la institución.

—Sí, sí. Justamente acaban de explicarme —respondió la recepcionista.

Zurriola había llamado cinco minutos antes informando de la naturaleza de la inmediata visita.

—¿Con quién desea hablar?

La empleada que estaba tras el mostrador de información parecía dispuesta.

—Con nadie en especial —respondió la niña—. Algún mayor que tenga una historia interesante que contarnos.

La recepcionista se acercó a pocos centímetros de su oído, quería decirle unas palabras en confidencia. Habló muy bajito.

—Aquí está alojado el padre de Norberto Lopetegui, el famoso delantero centro del Athletic, que, por cierto, también fue futbolista, de los que ganaron los últimos títulos, pero no se puede contar, es un secreto.

La niña también acercó su boca al oído de la recepcionista.

—Pues fenomenal, creo que será perfecto. Si me haces el favor de llevarme hasta él…

—Por supuesto.

Y abandonó el mostrador de información. Ciertamente, pensó la niña, era una gran informadora.

Cogieron el ascensor. En la segunda planta había, a primera vista, más de cincuenta ancianos pasando el rato, en una de esas estampas deprimentes que a las residencias no les gusta mostrar, algunos con los ojos puestos en la televisión, otros mirando a los que ven la televisión, la mayoría dormitando el desayuno. Al final de la amplia sala estaba Norberto sentado en una silla de ruedas. Llevaba gafas de sol en un día nublado.

—Hola. Buenos días. ¿Puedo sentarme? —preguntó la joven, acercándose una silla.

—Por favor —respondió Norberto, girando la cabeza hacia donde escuchó las palabras.

Era ciego y la niña no lo sabía. Sabía que estaba enfermo, pero nadie le informó de la ceguera.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bien. ¿Es usted la nueva animadora? Tiene una voz más bonita que la anterior.

—Eso se lo dirá usted a todas.

Sonrió.

—Tenía usted que escuchar a la que vino ayer. Parecía una ogra de los cuentos. Usted es más dulce, más joven y seguro que más guapa.

En esta ocasión, sonrió la niña.

—No, lo siento, no soy la nueva animadora. Y mucho me temo que la antigua vendrá enseguida.

—Vaya, ¡qué lástima! No le diga que la he llamado ogra.

—Tranquilo, no se preocupe. Soy una voluntaria de la Diputación. Nos acercamos a las residencias para hablar con nuestros mayores, que nos cuenten historias, escucharlos.

Al señor en la silla de ruedas se le dibujó una sonrisa. A sus años, hablar era lo que mejor sabía hacer.

—¿Te gusta el fútbol? —preguntó Norberto padre.

—Bueno. Hay días que más y días que menos. —A vueltas con el opio del pueblo.

—Vaya.

—Pero a mí lo que me gusta es el Athletic —afirmó con rotundidad la joven.

El hombre volvió a sonreír.

—Yo jugué en el Athletic.

—¿Sí? No me lo puedo creer. Eso también se lo dirá a todas.

—No. De verdad. Jugué durante veinte temporadas en el Athletic.

—¿Veinte temporadas? Creí que habías jugado un par de partidos. Ya sabes que en esta ciudad todos los tíos presumen de haber jugado en el Athletic y la mayoría no pasaron de juveniles.

—Llegué a ser el capitán del Athletic.

—¡Hostias! —exclamó la joven.

—Y mi padre también jugó en el Athletic.

—¿Su padre también?

—Y mi abuelo. Y el bisabuelo.

—¿Y cómo te llamas? Seguro que mi aita se acuerda de ti.

—Lopetegui, Norberto Lopetegui —dijo con orgullo.

Entonces, la joven puso cara de sorpresa aunque nadie mirase.

—¿Me estás vacilando? Puedo ser joven, pero no una ingenua. Ahora mismo llevo puesta una camiseta con el nombre de Lopetegui.

—Es mi hijo —afirmó.

La voluntaria de la Diputación hizo como que no sabía qué pensar.

—¿Es usted el padre de Norberto Lopetegui?

—Yo soy el padre de Norberto Lopetegui.

Un ligero bisbiseo hizo pensar al señor que no estaba muy convencida.

—Mira.

Y sacó un pequeño álbum de fotos del bolsillo de la bata, de los que antes usaban los padres para presumir de sus hijos. La voluntaria encuadró las imágenes con el pin de su solapa que en realidad era una minúscula cámara. Más de veinte fotografías de Norberto hijo en un periplo vital desde su más tierna infancia hasta la actualidad. La última con la camiseta del Athletic.

—¡Flipo! Cuando se lo cuente a mi aita…

—Que conste que yo era mejor jugador —dijo con cierta inmodestia —, pero han cambiado mucho los tiempos. Me acuerdo de que en una ocasión me quiso fichar el Real Madrid, creo que fue el año de…

El señor con veinte temporadas a sus espaldas empezó a contar una historia que la joven escuchó con cierto deleite, a fin de cuentas, estaban cumpliendo a rajatabla la campaña de la Diputación «Cuéntame una historia, aitite». Después de veinte minutos de susedidos[14] futbolísticos, la joven se percató de que se quedaba sin tiempo, debía actuar con rapidez.

—Estará orgulloso de su hijo.

—Mucho. Lo único que me apena es que todavía no he sido abuelo. Me voy a morir sin conocer a un nieto. ¿Sabe? Siempre existió un Lopetegui en el Athletic.

—¿Siempre?

—Desde su fundación, en 1898. También es cierto que el primer Lopetegui jugaba muy poco. Hemos ido mejorando de generación en generación. Y ahora, mira, la estrella del equipo.

Era el momento de lanzar la bomba, se dijo la niña.

—Pero ¿su hijo todavía no ha renovado con el Athletic?

El hombre se quedó paralizado.

—No te entiendo, joven.

—¿No sabe la noticia que está en boca de todos?

—¿Qué noticia?

—Dicen que Norberto Lopetegui no quiere renovar con el Athletic. Se rumorea que tiene ofertas de clubes muy poderosos.

El anciano se llevó las manos a unos ojos que no veían.

—No puede ser…, no puede ser.

Entonces, en medio del drama personal de un hombre que escuchaba lo que jamás quiso oír de su hijo, se oyó una voz muy desagradable.

—¡Todos los visitantes fuera! —gritó alguien.

Ciertamente, era una voz de ogra. La joven voluntaria se despidió con un beso en la frente de su aitite ocasional, quien no reaccionó, a Lopetegui padre nada iba a sacarle de aquel estado de incomprensión, ni siquiera una manada de ogras trabajando de animadoras socioculturales.

13Aitite: abuelo.

14Susedidos: bilbainismo lingüístico. Significa «sucedidos».

15

A las dos de la tarde menos un minuto de un lunes post-partido, llamaban a la puerta del chalé de Norberto Lopetegui. El policía vestía una camisa hawaiana y zapatillas altas de baloncesto. Perfectamente afeitado, eso sí. El profesor tenía restos de tiza en la manga de la cazadora.

—¿Se puede saber de qué vas disfrazado? —preguntó Loizaga.

—De causal —pronunciado en inglés—. Me dijiste que me vistiese más informal para no parecer muy ertzaina.

—¿Y sabes lo que pareces?

—Dímelo tú.

—Pareces un ertzaina de vacaciones en Benidorm. Solo te faltan las gafas de sol.

Se abrió la puerta. Era Matilde, quien tuvo que morderse la lengua para evitar un ataque de risa al ver a Román de esa guisa.

—¿Qué desean los señores?

—Ertzainas. Tenemos una cita con el señor Lopetegui.

—Un minuto por favor.

Y cerró la puerta. Acto seguido, la criada se dirigió al salón. Norberto, en calzoncillos y camiseta interior, reposaba sus millonarias piernas sobre la mesita acristalada mientras tomaba kombucha. El asunto de la bebida con propiedades sobrenaturales empezaba a resultar peligroso, ama Loizaga solo esperaba que no

tuviese efectos secundarios o iban a acusarla también de envenenarlo.

—Hay en la puerta dos individuos, uno con cara de estreñido y otro vestido de turista americano. Dicen que tienen cita con el señor.

—No espero a nadie —contestó el futbolista.

—Son ertzainas —afirmó Tilde.

—¡Ah, los policías! Dígales que pasen.

Matilde volvió por sus pasos.

—Si hacen el favor de acompañarme…

Entraron. A Loizaga le hizo daño el reflejo de la luz en el blanco omnipresente. Resultó que Román venía mejor vestido para la ocasión, pensó, lástima de gafas de sol. Había una silueta sentada en un enorme sofá que se levantó con el ánimo de saludar.

—Norberto Lopetegui —dijo el futbolista, estrechándoles la mano.

—Un placer —contestó Loizaga.

—Gracias por recibirnos —comentó Román—. No quisiéramos molestar mucho.

—No es molestia. ¿Nos sentamos?

Aceptaron. Los sofás eran cómodos y parecían carísimos.

—¿Les apetece tomar algo? —preguntó el futbolista—. Tilde hace una kombucha increíble. Cosecha propia.

—¡Kombucha casera! —respondió Loizaga—… Me encanta.

—Que sean dos —pidió Román.

Matilde se retiró a sus mandados. Se quedaron unos segundos en silencio, esperando a que alguien comenzase la conversación. Había un retrato al óleo de la cara de Norberto colgada en la pared principal del salón, y aunque no podía ver la firma, todo apuntaba a un pintor prestigioso.

—¿Y bien? Ustedes dirán.

—¿Qué tal se encuentra, señor Lopetegui?

—Algo cansado. Ayer corrí mucho.

—Y con poco éxito —apuntó Loizaga.

Lo miró con cara de pocos amigos.

—Nos referíamos a su intoxicación de hace quince días.

—Ah, la intoxicación, bien —lo había olvidado—. Mucho mejor. A los dos días ya estaba entrenando.

En persona, con esa suficiencia vital que dan los jóvenes atléticos, nadie podía imaginar que estuviese a punto de fallecer. Los amigos se miraron. Hablaría Román, que era ertzaina de verdad.

—¿Es consciente de que estuvo a punto de morir?

—Soy consciente.

—Y de que alguien puso proteína de bacalao en la bebida para que muriese.

—¿Eso es seguro? —preguntó el futbolista.

—No hay en el mercado ningún complejo vitamínico con proteína de bacalao.

Aceptó con un asentimiento de cabeza.

—Lo que nos deja el escenario de un intento de asesinato.

—No, no. Asesinato, no.

Se frotaba las manos en un tic nervioso, como si se las estuviese lavando.

—Entiendo que se oponga, pero no cabe otra explicación. Alguien intentó asesinarle.

Norberto agachó la cabeza, como si quisiera esconderse de su asesino. Parecía un tipo sencillo rebasado por los acontecimientos —un don para jugar al fútbol y un contrato millonario sobre la mesa—. Loizaga ya se había hecho esa composición el día que le escuchó leer, ahora su mirada huidiza se lo confirmaba.

—Tenemos algunas preguntas.

—¿Puedo llamar a mi representante? —solicitó el delantero.

—Por supuesto, pero andamos con mucha prisa, serán solo unas sencillas preguntas. Luego le comenta usted el contenido de la conversación, si quiere.

Dudaba. Su representante le tenía dicho que jamás respondiese a preguntas sin su presencia. ¡Pero eran la policía! E hizo un gesto de asentimiento con esa cabeza que marcaba tantos goles.

—¿Desde cuándo es usted alérgico al bacalao?

—Desde pequeñito.

—¿Quién conocía su alergia al bacalao?

—No sé, supongo que la gente que trabaja en Lezama, los médicos del equipo, el entrenador, los cocineros.

—¿Alguien fuera del club conocía su alergia?

—Creo que nadie. Yo no voy contando por ahí mi vida.

En estas que apareció Tilde portando una bandeja con dos bebidas de kombucha y un cuenco con frutos secos para picar que dejó en la mesita del salón.

—Perdón, señora, ¿puede llevarse los frutos secos? Soy alérgico —mintió Loizaga.

—Vaya, desde…, lo siento, no lo sabía.

Iba a decir «desde cuándo», pero Tilde no conocía aquellos dos señores ni ganas que tenía. Y retiró el cuenco.

—Perdonen —se disculpó Norberto—. Ya saben, el servicio. ¿Tienen ustedes criada?

—No —respondió Loizaga—. Yo tengo a mi madre, pero últimamente me tiene muy descuidado. Sospecho que trabaja para otro.

Rieron.

—Prosigamos —dijo el policía—. ¿Cuántas personas viajaron a Barcelona con la expedición del Athletic para jugar el partido con el Espanyol?

—Como siempre. Un autobús entero. Unas cincuenta personas.

—¿Y cuántas de esas personas conocían su alergia?

—No sé. Supongo que bastantes. No sé.

—¿Y los jugadores? —preguntó Loizaga.

—¿Está sugiriendo que alguno de mis compañeros quiso matarme?

Tenía razón, sonaba muy fuerte.

—No sugerimos nada —dijo Román—. Usted ha sido intoxicado con proteína de bacalao justo antes de un partido mediante una bebida que alguien le preparó. No pudo ser nadie de la calle, tuvo que ser alguien de dentro. Creemos que el autor material del intento de asesinato está entre los cincuenta pasajeros del autobús.

—No me lo puedo creer —afirmó el futbolista, y se tapó el rostro con las manos.

—Por eso no es usted policía, sino un tipo que se gana la vida dando patadas a un balón.

Se recompuso. Todo lo que tenía de grande y oxigenado le transmitía a Loizaga cierta limitación de entendimiento. De repente abrió los ojos como si se le conectasen dos neuronas.

—¿Sospechan de alguien?

—Nosotros trabajamos con evidencias, no con sospechas. Y usted, ¿sospecha de alguien?

—No. No, no, no, no. Pero tengo una pregunta.

—Diga.

—¿Cómo saben que el asesino viajaba en el autobús?

A Loizaga le dieron ganas de abofetear su bello rostro.

—Lo sabemos —respondió el policía.

Podían haberle contado que tenían una huella dactilar aparecida en la botella que bebió antes de saltar al campo (pero para qué), que sospechaban la dejó el asesino mientras mezclaba la proteína de bacalao (pero para qué).

—¿Cómo podemos conseguir una lista de los pasajeros del autobús? —intervino Loizaga.

—Supongo que en el club. Viajamos en avión a Barcelona. Y luego un autobús vino a recogernos al aeropuerto.

Román cogió el teléfono y llamó a sus compañeros delante de la víctima.

—¿Mintegi? Oye, acércate al Palacio de Ibaigane y pide al Athletic la lista de pasajeros que viajó a Barcelona para jugar contra el RCD Espanyol.

—…

—Luego te cuento.

Y volvió en presencia del delantero centro.

—Pues nada. Eso es todo —dijo el oficial Escudero—. Le dejo mi tarjeta para cualquier cosa. Le apunto también el teléfono de mi compañero. A la más mínima conducta sospechosa no dude en llamarnos.

A Loizaga siempre le entraba la risa cuando su amigo dejaba su tarjeta de visita. Hacía años que nadie repartía tarjetas, salvo los malos árbitros y los policías desesperados.

Se despidieron. Cuando Loizaga tuvo la mano de Norberto bien agarrada, sin soltarla, le soltó la pregunta.

—¿Por qué no renueva usted con el Athletic?

—No entiendo, ¿qué le puede importar a la policía…?

Y soltó la mano que les unía como si le diese calambre.

—Nada, nada, simple curiosidad. Imaginemos que no soy policía, que soy, por ejemplo…, un profesor de Filosofía curioso.

—¿Un profesor de Filosofía? —cuestionó Norberto.

—Por ejemplo.

—Yo jamás dejaría entrar en mi casa a un profesor de Filosofía.

Loizaga sonrió.

—Hace usted muy bien, pero que muy bien.

16

Número oculto.

—…

—Por fin —exclamó Anne Campuzano.

—Hola, Anne —dijo Loizaga.

—¡Hola, Anne! ¿Sin más? ¿Qué tal un «me alegro muchísimo de escuchar tu voz»? ¿O un «perdona por no haberte llamado en el último mes, pero una tribu de Yanomamis me retiene en la Amazonia y allí no tengo cobertura»? ¿Te tengo que llamar desde un número oculto para que me cojas el teléfono?

—Lo siento.

—Estaría mejor una excusa, así tendría alguna mentira que creerme. Estoy pensando que no quieres verme.

—No es cierto.

—Pues lo disimulas muy bien. Ni unos miserables vinos.

—Estoy confuso —se justificó el profesor Loizaga.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo digas. ¿Y sabes desde cuándo estás confuso?

—Dímelo tú.

—Desde hace, déjame que cuente, abril…, dieciocho meses. Desde aquella noche en la que…

Pero no quiso decir nada más.

Loizaga tampoco se esforzó en romper el silencio. Tenía razón, aquella mujer lo conocía demasiado bien. Quizá en esto radicaba el problema.

—Estoy en medio de una investigación —susurró por fin Loizaga después de pasados bastantes segundos.

—¡Serás cabrón! —exclamó la jueza Campuzano—. ¿Estás en un caso y no me llamas? ¿Desde cuándo he sido excluida de vuestras investigaciones? Creí que éramos un equipo.

Era verdad, eran un magnífico equipo, con uno de sus componentes confundido.

—El caso tiene que ver con el Athletic.

—¿Cómo? Repite, no he oído bien.

—El Athletic.

—¿Tenéis una investigación en el Athletic y no me llamas? ¿Tú me odias?

—No… —Por poco se le escapa el «cariño».

—¿Ibas a decirme «cariño» y no me llamas en una investigación relacionada con el Athletic?

—Tengo mis motivos —arguyó Loizaga.

—¿Cuáles, si pueden saberse?

—Es una investigación no oficial y tú eres jueza.

—Soy muchas más cosas, bilbaína, mujer, amiga.

—Ahí está el problema.

—¿Dónde? ¿En que soy mujer?

—¿Tú te has mirado al espejo? ¿Cómo vas a ponerte a investigar en medio del vestuario del Athletic? Está lleno de tíos…

Le faltó decir «salidos».

—Oh, ¡qué feo ha sonado eso!

—También es verdad.

Entonces, Anne decidió cambiar el tono de su voz.

—Por favor, Loizaga, llévame con esos tíos del Athletic.

—Tú lo que quieres es estar cerca de nosotros.

Por no decir «de mí», que sonaba como muy pretencioso.

—Joder, Loizaga, a veces pareces idiota.

—¿Solo a veces?

—Las más de las veces.

Y se volvió a instalar un silencio cómplice.

—Vale, te prometo que no me acercaré a menos de cincuenta metros de un futbolista del Athletic, pero quiero estar en vuestra próxima cena para discutir cómo va la investigación. Me lo debes.

Otro silencio largo.

—Vale, de acuerdo.

—Pues ahora mismo llamo a Román para que me ponga al tanto de los pormenores…, ¡los jugadores del Athletic!

Y colgó.

Volvió a sonar el móvil tres segundos después.

Número oculto.

—¿Qué más quieres, guapa? —preguntó el profesor.

—¿El señor Loizaga?

Le hablaba una voz cavernosa surgida de las profundidades del más allá, masculina, quizá distorsionada de forma artificial o por una tonelada de cigarrillos fumados.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Eso no importa. Por supuesto que no soy la guapa.

—¿Qué quiere? —lanzó Loizaga algo molesto.

—¿Le gusta el cine? —preguntó la voz rota.

—Lo siento, no voy a comprar nada. Ya tengo de todo.

—¿Ha visto la película Todos los hombres del presidente?

Claro que la había visto. Sobre el Watergate. ¿De qué cojones iba aquello?

—¿Se acuerda de Garganta Profunda?

—Sí —respondió Loizaga con sequedad.

—Pues yo soy su Garganta Profunda en el intento de asesinato de Norberto Lopetegui.

Por supuesto que no lo esperaba. Un tipo llamando desde un teléfono oculto que dice que tiene información sobre el caso que están investigando.

—¿Cómo puedo fiarme de usted?

—No puede.

Buena respuesta.

—Mire. Yo le doy la información y luego usted investiga, si quiere. Norberto Lopetegui tiene un pacto con determinadas personas.

—¿Con qué personas?

—Encuentre el documento y tendrá las respuestas. Buenos días.

—Espere, espere —rogó Loizaga—. ¿No me da un nombre del que tirar?

Se lo pensó durante unos segundos.

—Cosme Usandizaga. Buenos días.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—No puede.

Y colgó.

17

Loizaga se quedó digiriendo la situación unos buenos minutos.

Luego llamó al oficial de la Ertzaintza, Román Escudero.

Su primera conclusión fue que estaban siendo vigilados, cuando menos observados. La hipótesis más probable apuntaba al entorno del Athletic. Se habían paseado por las oficinas del club en Ibaigane, saludado al conjunto de los empleados en Lezama. Alguien de dentro seguía sus pasos y ahora les llamaba ofreciendo una colaboración secreta. Un hombre, suponían, bien informado.

La razón para esconderse detrás de una voz artificial parecía evidente: era un empleado del Athletic. Si el club sufría por la no renovación de su delantero centro, sus empleados también. El paro siempre fue un gran motor de la conducta humana.

Así que dieron por buena la existencia de Garganta Profunda. Aunque los bilbaínos eran muy amigos de ciertas extravagancias, también llamadas en la ciudad txi-renadas,[15] el asunto no admitía bromas. En Bilbao se puede hacer bromas con la política o el sexo, e incluso de Dios, pero no se puede reír uno del Athletic. Cuando alguien lo hace, enseguida escucha la sentencia «pocas bromas con el Athletic».

¿Quién era Garganta Profunda? Alguien del club. Incluso podía formar parte de la lista de Barcelona. ¿Se conocían el inductor del intento de asesinato y Garganta Profunda? Suponían que sí. Y lo más importante: ¿cómo entender su mensaje? Loizaga explicó palabra a palabra, con la mayor exactitud que pudo, lo escuchado en la conversación telefónica. «Norberto Lopetegui tiene un pacto con determinadas personas». Desde ese momento pasó a llamarse El

Pacto. Y la otra frase: «Encuentre el documento y tendrá las respuestas». Juntando todo y especulando mucho, según Garganta Profunda había un papel firmado por Lopetegui por el cual se comprendían las amenazas de muerte y su intento de asesinato. ¿Qué decía el papel? ¿Quién guardaba el documento? ¿Con quién lo había firmado?

—Por lo menos ya tenemos algo concreto que perseguir —concluyó Román—: un papel.

A Zurriola y Mintegi el rastro del papel les parecía vago e impreciso. Encontrar un documento privado en posesión de Norberto se les antojaba una quimera, hasta el individuo con menos luces podía esconder con éxito una simple hoja. Además, investigaban un asesinato frustrado, no las sugerencias de un tipo con la voz rota. La huella encontrada en la botella que bebió el futbolista sí que era una prueba definitiva. Tan solo había que encontrar al culpable entre la lista de nombres que viajaron a Barcelona.

Tan solo.

Por supuesto, la huella no tuvo la gentileza de aparecer en el fichero SAID, el registro que tiene la policía con personas acusadas de un delito, es decir, el sospechoso no estaba fichado. Además, el juez nunca daría permiso para introducirla en el fichero ADDNIFIL, el del DNI, por evidente falta de indicios de delito. Hasta un estudiante de primero de Derecho ganaría el caso y la prueba quedaría desestimada. Había que ir buscando las huellas uno a uno, hasta descartar los cincuenta y cinco ocupantes del autobús del Athletic. Veinticuatro jugadores, seis personas del cuerpo técnico incluyendo al entrenador, una docena de directivos con el presidente a la cabeza, seis trabajadores del club encargados de la infraestructura, dos chóferes y cinco periodistas.

Tan solo.

Dos posibilidades: o ir robando objetos con las huellas dactilares de los individuos nombrados en la lista y cotejarlos después, tan solo para encontrar certezas, aunque luego no puedan utilizarse como pruebas acusatorias en un juicio; o esperar sentados.

Después de cuatro días frecuentando los ambientes por donde hacen vida la gente que trabaja en el Athletic, Zurriola entregó a una amiga de la policía científica para su tratamiento lofoscópico treinta y nueve vasos con huellas dactilares. Restaurantes, bares, cafeterías, pubs de medio Bilbao y alrededores perdían menaje de forma sospechosa, una pareja con cierto aire de desviados sexuales andaba coleccionando fetiches usando unos guantes de nitrilo.

Para desgracia de todos, empezando por la hostelería, ninguna de las huellas fue coincidente. En términos científicos habían avanzado por vía negativa, quedaban descartados treinta y nueve sospechosos. Cuarenta. Uno de ellos sí tenía antecedentes policiales. Quedaban quince sospechosos. Continuarían con la búsqueda del santo vaso ungido.

---

15 Txirenada: una broma, excentricidad o expresión sin sentido, pero que cae en gracia.

18

Día de partido. Sábado por la tarde. El Athletic jugaba contra el Atlético de Madrid, en la capital de España, un partido que de perderlo conduciría al equipo a los puestos de descenso. Norberto Lopetegui volvía a tener otra oportunidad de demostrar que valía tanto como para que dos grandes clubes se pegaran por sus remates de cabeza.

Llovía en Bilbao y Cosme Usandizaga salió caminando de la sede del Athletic quince minutos antes del comienzo del partido. Su cojera era visible, pues el paraguas iba de un lado para otro, como si bailara, lo que facilitaba seguir su rastro desde lejos. En el Palacio de Ibaigane solo quedaba la secretaria del presidente, que se rumoreaba vivía en una habitación colindante al despacho presidencial. El resto de los empleados de la institución, muchos de ellos en Madrid, se disponían a ver el encuentro. ¿Qué hacía Cosme? ¿Adónde iba? Un tipo que pudiendo ver el encuentro desde el mismo palco del Metropolitano vagaba por las calles de Bilbao.

Cosme dio unos cien pasos y entró en un restaurante.

El asesor del presidente siempre cenaba en el mismo bar restaurante, en uno de los comedores interiores, el más pequeño, en una solitaria mesa, lejos de las miradas extrañas y en completo anonimato. Resultaba extraña la relación entre su importancia en el Athletic, máxima, y su mínimo conocimiento por los bilbaínos. El profesor Loizaga pensó que se debía a dos razones: no haber sido jugador y su cojera. Un tipo algo regordete y tullido no casaba muy bien con la imagen del club. Por eso Loizaga creía excesivo esconderse en un reservado, el asesor podía cenar en medio del local más populoso de la calle Ledesma sin que nadie lo molestase. Luego descubrieron que Cosme era el propietario del restaurante, en

realidad cenaba en su casa, en la mesa más familiar, pegado a la cocina.

Román y Loizaga, que casualmente pasaban por allí, entraron en el bar restaurante en el mismo momento en que el árbitro pitó el inicio del partido. Una veintena de parroquianos, cervezas en mano, contemplaban las pantallas. Se mascaba el temor a un resultado negativo, la ciudad era una fábrica de miedo futbolístico.

—¿Juega el traidor? —preguntó uno.

—Hoy mete dos goles y mañana renueva —replicó otro.

—No lo verán tus ojos —concluyó un tercero.

Cuando entraron en el reservado, Loizaga comprobó que no había ningún televisor en su interior, tan solo unos cuadros con imágenes antiguas de la ciudad. Un camarero colocaba un puchero sobre la mesa.

—Aúpa Cosme —saludó Román.

El asesor del presidente del Athletic, a punto de retirar la tapa, levantó la cabeza. Parecía sorprendido de que alguien osase interrumpir su cena, quizá hasta enfadado.

—¡Los ertzainas! —exclamó Cosme—. Por un momento pensé que eráis unos representantes tocapelotas.

El insulto «tocapelotas» le pareció a Loizaga muy apropiado para el mundo futbolístico.

—Podría invitarles, pero seguro que ustedes son gente normal que cena a las nueve de la noche. Además, me gusta hacerlo solo, no soporto la conversación mientras disfruto de la comida. Si no les importa, nos vemos el lunes en mi despacho. Ahora —dijo señalando el puchero—, se me enfría.

No le hicieron caso y se sentaron a la mesa, eran ertzainas, solo obedecían a un juez y no siempre. Entonces, Loizaga, sin pedir permiso, levantó la tapa, de donde salió un espeso humo, cogió la única cuchara que encontró y se llevó a la boca una buena cantidad.

—¡Garbanzos con bacalao! —exclamó Loizaga, quemándose la lengua.

Y llamó al camarero, que vino raudo, como si le fuese la nómina en obedecer.

—Estos garbanzos están fríos. Haga el favor de ponerlos al fuego otros diez minutos, pero despacito para que no se evapore el caldo. Y traiga otra cuchara para el señor, que esta la he chupado.

El camarero miró a su jefe, quien asintió con la cabeza.

—Muy bien —intervino Román—. Todos somos gente ocupada. Le agradezco que posponga su cena unos minutos para responder a nuestras preguntas.

—Han tenido suerte —respondió Cosme con media sonrisa—. Los garbanzos estaban fríos.

Loizaga también sonrió, le esperaban tres días sin saborear por culpa de una lengua quemada.

—¿Cómo es que no está viendo jugar al Athletic? —preguntó el profesor.

—Me pongo muy nervioso. Además, yo procedo de una familia pobre donde no se podía ver al Athletic por falta de dinero, así que me acostumbré a oír los partidos.

—Pero tampoco tiene una radio.

—No me hace falta. Cuando el Athletic mete un gol se escuchan los gritos de alegría, y cuando lo recibe, una especie de lamento lleno de insultos. Créanme, para lo que juegan estos mantas estoy mejor aquí. Y bien, ¿qué tiene tanta urgencia?

—El contrato de Norberto Lopetegui —dijo el ertzaina.

—¿Qué le pasa al contrato?

—Eso queremos saber.

—El jugador tiene contrato en vigor hasta el final de temporada. Y no conseguimos renovarlo.

—¿Y por qué no renueva?

—Preguntádselo a él. O mejor a su agente.

—¿Le ha hecho el Athletic una oferta?

Cosme los miró a los ojos, primero a uno y luego al otro.

—Una oferta más que generosa.

—¿Podría ser más concreto?

—Sería el jugador mejor pagado en la historia del Athletic.

—¿Diez millones de euros? —lanzó Loizaga.

—El Athletic nunca habla de números —respondió el asesor.

El profesor hubiese pedido una cántara de agua para calmar su dolor.

—Entonces, ¿tiene una oferta de otro equipo? —preguntó Loizaga con cierta dificultad debido a la extrañeza de la lengua.

—El Athletic no ha recibido ninguna comunicación.

—Pero usted escuchará rumores.

—El Athletic no trabaja con rumores.

—Se dice que le quieren fichar dos grandes clubes.

—No hay club más grande que el Athletic —respondió Cosme.

Román cogió un cuchillo por tener algo entre las manos. Había que profundizar en las preguntas o quien hablaba por el Athletic no diría nada de interés.

—¿Puede que Norberto Lopetegui tenga firmado un precontrato con algunos de los dos clubes?

—¿O con los dos? —puntualizó Loizaga.

Cosme sacó a pasear su sonrisa dedicada a los ilusos.

—No creo. Teniendo contrato en vigor, no se puede firmar un precontrato hasta enero. Y quedan dos meses.

—¿Entonces? No entiendo el rumor —dijo Loizaga.

—Triquiñuelas de representante. Lanzan la noticia de una oferta en otro club para negociar al alza con el Athletic. Lo he visto cientos de veces.

Si la conversación fuese un combate de boxeo, Cosme ganaba a los puntos. Se le veía confiado, hasta orgulloso, no estaba mal para un tipo medio contrahecho, que jamás había chutado un balón sin acabar cayendo al suelo, seguro que pasó su infancia sufriendo las burlas de sus compañeros de clase y míralo ahora, rigiendo los destinos del Athletic. El macho alfa cojo.

De repente se escuchó un gran estruendo de alegría proveniente del bar. Entre las frases inteligibles escuchadas, un «Cásate conmigo, guapo».

—Gol del Athletic, 0-1. Gol de Iñaki Williams —afirmó Cosme.

—¿Por qué sabes que lo ha metido Iñaki?

—La camarera está enamorada del futbolista.

Había llegado el momento de meterle toda la presión o se perderían la posible victoria del Athletic. Ya estaban de más en aquel zulo sin televisor.

—¿Qué opina del intento de asesinato de Norberto? —soltó Loizaga.

—¿A qué se refiere?

No le gustó la pregunta.

—Al hecho de que el envenenador sea alguien de dentro del Athletic —puntualizó Román.

—No hay evidencias.

—¿Cómo pudo alguien externo introducir proteína de bacalao en el vestuario del Athletic al comienzo de un partido en Barcelona?

—No lo sé.

E hizo una caída de ojos suficiente para admitir la pertinencia de la pregunta.

—En el Athletic, ¿quién se beneficia de la muerte de Norberto?

El asesor cogió aire.

—De la muerte, nadie. Fuese quien fuese, no creo que quisiera matarlo. Supongo que buscaba simplemente hacer más creíble la amenaza.

—¿Simplemente? Podría haber muerto.

—Quizá sabía que los equipos médicos llevan en el maletín inyectables de adrenalina para evitar los shocks anafilácticos.

Parecía muy convencido en sus argumentaciones.

—La muerte de Norberto sería una verdadera tragedia para el club —continuó Cosme—. La gallina de los huevos de oro… Como jugador, haciendo goles, o como venta, haciendo dinero. Solo un loco fanático querría verlo muerto.

Lástima que viviésemos en una sociedad donde proliferan los locos fanáticos. Loizaga conocía a más de uno capaz de desear la muerte de Norberto antes que vestido con la camiseta de otro club. Quizá no capaz de matarlo, pero desearlo…

—Y de la renovación o no renovación, ¿quién se beneficia dentro del Athletic? —preguntó Román.

—Ese asunto es mucho más complicado.

—Pues sea conciso. Los garbanzos están cojonudos.

Muy propio de Loizaga utilizar la comida como instrumento interrogatorio, pensó el ertzaina.

—Hay gente dentro del club a la que no le importaría que Norberto se marchase al Madrid o al Barcelona, siempre que pagase la cláusula de rescisión, unos cincuenta millones de euros. Es más, sería buena opción, pues dejaría las arcas saneadas. Otros prefieren que renueve y contribuya con sus goles. Y nadie quiere que no renueve y se vaya gratis.

—¿Quiere el Athletic vender al jugador?

Cosme sonrió.

—El Athletic quiere lo mejor para el Athletic —respondió.

Bonita frase para terminar una conversación, pensó Loizaga. Se levantaron de la mesa. Querían ver el partido.

—Ah, se me olvidaba —interrumpió Loizaga—. ¿Qué me puede decir de El Pacto?

—¿Cómo ha dicho?

—El Pacto. —Y lo repitió pronunciando con claridad cada sílaba.

Entonces, Cosme, por primera vez, tartamudeó.

—No, no sé… No sé… de qué me habla.

—Alguien nos ha contado que el jugador ha firmado El Pacto. Y que ahí está la clave de todo.

El asesor y principal gestor del Athletic enrojeció.

—Les ruego que se vayan de aquí. No sé nada de un pacto. Han rebasado ustedes mi paciencia. Alde hemendik.[16]

Por supuesto que sí sabía algo.

Y se levantó para irse al servicio, con la esperanza de no verlos a su vuelta. Entonces, Loizaga se puso un guante de látex y robó el vaso donde Cosme había bebido agua. Ya podían marcharse. Para alivio del asesor, cuando regresó de miccionar, los ertzainas tocapelotas no estaban.

El Athletic acabó perdiendo el partido, 3-2. En puestos de descenso.

16Alde hemendik: fuera de aquí.

19

Norberto Lopetegui puso el grito en el cielo cuando su padre le preguntó por qué no renovaba con el Athletic. «Son cosas del representante», zanjó, para acto seguido preguntarle cómo se había enterado de la noticia, un señor mayor ciego, en silla de ruedas, sin móvil ni televisor. Una joven voluntaria de la Diputación se lo había contado, respondió. Y después sacó a su padre de la residencia y lo internó en un hospital a las afueras de Bilbao, aduciendo agravamiento de la enfermedad. El nuevo director le juró y perjuró que en aquel centro sanitario no había voluntarios y que los empleados a sueldo se cuidarían mucho de volver a sacarle el tema.

Cuando Loizaga se enteró del traslado, llamó a su antiguo profesor de Metafísica, las puertas que se cierran a los jóvenes bien las puede abrir Dios.

El padre Aguirre, S. J., de oficio catedrático de Metafísica de la Universidad de Deusto, había visitado muchas residencias de ancianos. En todas las ocasiones intentaba fortalecer los ánimos de un creyente en los momentos finales de su vida. Hoy en día, los ancianos profesaban más fe en Dios que los jóvenes, quizá debido a la urgencia de creer en la vida eterna. Nadie sabe lo que creerán los jóvenes de hoy cuando lleguen a ancianos, decía.

El padre Aguirre entró en el centro de mayores IMQ Igurco Unbe con su preceptivo alzacuellos. Solo lo usaba en especiales ocasiones. El resto del tiempo, como observador de la condición humana, prefería pasar desapercibido. Parafraseando a santa Teresa, pensaba que «también Dios está en el anonimato». Después de presentarse en la recepción, una joven lo acompañó hasta el jardín exterior donde los pacientes mataban el tiempo como podían. Lopetegui padre hacía como que miraba al cielo esperando la lluvia. Aunque era ciego

seguía teniendo hábitos de vidente. Quizá pensaba que en estas fechas tenía que llover para que saliesen perretxikos[17] en primavera —ese tipo de pensamientos que tienen los viejos.

—Ave María Purísima —saludó el padre Aguirre.

—Sin pecado concebida —respondió Norberto.

—¿Qué tal se encuentra hoy, Norberto?

—Peor que ayer y mejor que mañana, padre.

Y sonrió con ganas.

—De humor no anda mal.

—Poco más nos queda.

—¿Yo a usted le conozco? —preguntó el sacerdote.

El enfermo sonrió complacido.

—Su cara me suena mucho, pero no consigo ubicarle.

Por supuesto que el padre Aguirre sabía con quién estaba hablando.

—¿Ha estudiado usted Filosofía?

—No, padre, nunca fui muy de estudiar. Y menos Filosofía.

—No me lo diga. Deme una pista.

—Fútbol —dijo con orgullo el hombre de la silla de ruedas.

—¿Lopetegui? ¿Usted es Norberto Lopetegui?

—El mismo.

—¡Válgame el cielo, Virgen Santísima! Norberto Lopetegui. Dos Ligas y una Copa con el Athletic.

—Exacto.

El padre Aguirre le cogió la mano con cariño.

—Lopetegui. Ya me acuerdo de ti, ¡cómo corrías la banda!

—Norberto Correcaminos, me apodaban.

—Todavía me acuerdo de aquel gol en la Copa de Europa.

—Cuando solo la jugaban los campeones de liga, no como ahora, que la juega todo quisqui.

—¿Contra quién era?

—El Lech Poznan, de Polonia. 4-0, ganamos.

—Robaste un balón en el borde de nuestra área y acabaste rematando un pase de Argote en la otra portería.

Norberto Correcaminos Lopetegui sonreía, aquel discípulo de Dios le había reconfortado el alma para los próximos seis meses, más tiempo del que le daban los médicos, pensó.

—Me muero, padre.

—Como todos, hijo.

—Pero yo muy pronto. Tengo un tumor cerebral y un problema cardiaco. Lo llaman corazón de atleta. Ahí están los dos, compitiendo, a ver quién se lleva el honor de matar a Norberto Correcaminos.

—¿No hay tratamiento?

—No. Nunca volveré a caminar.

Y dio unos golpecitos cariñosos a la silla de ruedas.

—¿Ha visto qué ironía? Correcaminos en silla de ruedas.

—¿Cuánto tiempo le han dado los médicos? —preguntó el padre Aguirre.

—Un año como mucho.

—No sé qué decirle —confesó.

—No se apure, padre. Ya corrí todo lo que quise en su momento.

Al clérigo se le llenaron los ojos de agua. Como sacerdote quizá no tenía que llorar, pero como metafísico, ¿qué no puede hacer un metafísico?

—¿Me permites darte un abrazo? —lo tuteó el sacerdote.

Su arma secreta. El padre Aguirre era la persona que mejor abrazaba en el mundo.

—Por supuesto.

Se abrazaron más tiempo del que aceptaban las convenciones sociales.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó el párroco.

—Dos cosas.

—Tú dirás.

—Podrías venir a verme una vez a la semana y hablamos de aquellos tiempos cuando el fútbol era de verdad.

—Dalo por hecho. ¿Y la segunda?

—Rezar por mi alma.

17Perretxiko: la seta Calocybe gambosa.

20

—¡¿Veinte millones de euros?! —gritó Iñaki.

—Libres de impuestos —Palacín.

Se pusieron todos a calcular mentalmente.

—¿Cuarenta millones? —Josean.

—Pero estamos locos —Óscar.

—Ningún jugador lo vale —Loizaga.

—¿Por temporada? —Santi.

Palacín asintió con la testa. Su hermano jamás daba una información errónea. O el Real Madrid o el Barcelona habían puesto todo ese dinero sobre la mesa.

—¿Quién? —Mikel.

—Qué más da —Palacín.

—También es verdad —Román.

—¡Cuarenta millones! —exclamó Maguregui.

La cantidad de chuletones que podían comprarse con cuarenta millones. ¿A cuánto está el kilo de chuletón? Pero ya se habían olvidado del sabor de lo comido. Últimamente el txoko había dejado de ser un templo del placer para convertirse en la bóveda donde retumbaba el eco de las malas noticias. Consternación.

—¿Y por qué no se marcha directamente? —propuso Óscar.

—¿Cómo? —Josean.

—Le pide al otro equipo el dinero de la cláusula de rescisión, se va a las oficinas del Athletic con el maletín y paga. Luego convoca una rueda de prensa y adiós —Óscar.

—Sigue siendo un traidor —Mikel.

—Pero deja dinero —Maguregui.

—Visto así… —Iñaki.

—Que se meta el dinero… —Santi.

Entonces, Palacín levantó la mano como si fuese un alumno aplicado.

—Hay un problema —informó—. El Madrid o el Barcelona le pagan cuarenta millones si viene libre. Si el fichaje les cuesta dinero, se lo descuentan al jugador.

—Y el Athletic no vende, no negocia traspasos. O pagas la cláusula o nada —Santi.

—Ahí está el problema. Si tiene que pagar la cláusula de rescisión de contrato, que son cincuenta millones, el jugador acabará cobrando menos. Pero termina contrato esta temporada, así que podría marcharse del Athletic y sin dejar un euro en el club —Palacín.

—¡Traidor y tacaño! —sentenció Loizaga.

21

La mañana siguiente amaneció con una pintada en el suelo de la explanada de San Mamés, donde estaba el antiguo campo, enorme, de casi cien metros de extensión. Para verla en su totalidad había que subirse a las azoteas de los edificios colindantes o al propio San Mamés. Era impensable que fuese obra de un solo individuo. Las letras tenían unos dos metros de largo, de color blanco, y fueron pintadas con un rodillo de unos treinta centímetros. La trazada indicaba que el autor tenía cierta maestría en el uso de los materiales y probada destreza en la caligrafía. No parecía sencillo dibujar con tamaños tan grandes sin perder la proporción. Tampoco se observaban dudas o correcciones en el trazo. Trabajo fino.

Las quince letras componían dos palabras. La primera un nombre propio, la segunda no se sabía si un insulto o la simple constatación de un hecho. Se agradecía el uso del acento en la penúltima grafía, pues, aunque no se estuviese de acuerdo con el contenido del mensaje, por lo menos estaba bien escrito. Por cierto, la bonita forma de las letras apuntaba a colegio de curas. Sobre la elección de las mayúsculas, todo indicaba que se debía a la gravedad del asunto. O quizá solo por ser más fácil de dibujar.

El nombre propio despejaba toda ambigüedad sobre el destinatario, muy pocos lugareños se llamaban así y ninguno tenía la relevancia social suficiente, nadie dudaba de a quién iba dirigido. Pero la segunda palabra conducía a engaño, o por lo menos alimentaba la discusión entre los bilbaínos. Se trataba, eso sí, de un término en desuso, en cualquiera de sus acepciones, viejuno, muy en boca de todos en otras épocas y mal visto en la actualidad. Hoy en día, estas siete letras se refieren a una opción sexual y se nombran con un anglicanismo que se pronuncia de forma distinta a como se escribe. Por el contrario, de tratarse de un insulto sin base real, ya no

cumplía muy bien su cometido, pues más que vejar al otro ponía en evidencia al autor, una de esas palabras bumerán que lanzas con las peores intenciones y acaban golpeándote fuerte.

Resumiendo: varón, de entre cuarenta y sesenta años, en buen estado de forma, con destreza caligráfica, colegio de curas, leído y seguidor del Athletic había escrito en la explanada de San Mamés, con letras gigantes:

NORBERTO MARICÓN

El periódico Correia salía con la pintada en portada, fotografía principal, a cuatro columnas, con titular incluido: «Enigmática pintada en San Mamés». Menudo enigma, pensó Loizaga mientras tomaba el primer sorbo del café de la mañana justo antes de empezar las clases.

—En mi época —afirmó el camarero, que tendría unos cincuenta años—, «eso» era simplemente un insulto.

Ya nadie se atrevía a pronunciar la palabra en cuestión, pensó Loizaga.

—Pero ahora… ¿qué está queriendo decir?

Parecía preocupado y Loizaga entendía sus motivos. Lo que no tenía era tiempo para discutirlos. Pagó y se fue a clase. En el instituto, quitando los profesores de Filosofía, siempre había gente más normal.

—¡Profe, profe, profe! ¿Se ha enterado de que Lopetegui es homosexual? —preguntó un alumno según dejó su mochila en la mesa del profesor.

—No puede ser.

—Pues a mí me parece bien.

—Es tan guapo.

—Pero gay.

—¿Qué más da?

—Tía, ¿te gustan los gais?

—A mí me gustan los guapos.

Entonces, Loizaga cogió su mochila y se marchó de clase. Los alumnos, sentados como nunca y a la espera de la respuesta a tantas preguntas, se quedaron callados y sorprendidos. El profesor esperó un minuto fuera del aula y volvió a entrar.

—Profe, profe, profe. ¿Se puede ser gay y futbolista?

—Pues claro.

—Yo no conozco a nadie.

—Yo creo que los gais son más bien bailarines.

—El fútbol es de hombres.

—Por eso tú juegas tan mal.

Y Loizaga volvió a ausentarse sin pronunciar palabra. En esta ocasión empleó dos minutos en transmitir el mensaje. Entró por tercera vez.

—Profe.

—¿Quieres callarte? —ordenó un alumno.

—¿No ves que no piensa hablar hasta que estemos en silencio?

Por fin se quedaron mudos y quietos. Otra de esas ocasiones en las que Loizaga encontraba nuevas medidas para la mejora de la enseñanza; por ejemplo, cada profesor debía dar clase acompañado de un alumno que tuviese autoridad, para que repitiese lo que decía el maestro, pero comunicado por alguien a quien consideraban importante. Una especie de traductor del lenguaje de signos. Loizaga decía «Tenéis que escuchar al compañero» y el traductor, a lenguaje de alumnos, ordenaba «Callaos, hostia». Y obedecían. «Alumnos ayuda», podían llamarse.

—Yo creo que es un insulto —fueron las primeras palabras de Loizaga.

—¿Qué quiere decir? —preguntó un alumno con tono ofendido.

—Que Lopetegui no es homosexual. Del mismo modo que si te llaman cabrón no eres el macho de la cabra. El lenguaje tiene esta propiedad, sirve para muchas cosas. La misma palabra se emplea para nombrar la realidad y también para juzgarla. «Maricón» puede significar que le atraen los hombres o que es una persona que merece ser insultada.

—O las dos cosas.

—Buena puntualización. O los dos significados. Pero yo me inclino por el insulto, sin ninguna connotación sexual. El autor de la pintada debe de estar molesto porque Norberto no renueva con el Athletic y quiera marcharse a otro equipo.

—Traidor.

—Traidor.

—Pues a mí me gusta más que sea gay.

—Pero, tía, si a ti no te gusta el fútbol.

—Pues eso, mejor gay.

—Traidor.

—¿Y cómo podemos saber qué quiere decir la pintada? —soltó alguien desde el fondo radical de la clase.

Loizaga sonrió. La pregunta venía desde el lugar más insospechado de la clase, aquel donde parece que no llega nada, la zona miserable del mundo del aprendizaje. Alguien se preguntaba cómo saber la verdad si el lenguaje es tan ambiguo. Siempre habrá filósofos.

—La pintada dice lo que dice: maricón. El que lo lee interpreta: homosexual o insulto. O ambas. ¿Y el autor?, pues no sabemos, habría que interrogarle. Pero se trata de una pintada anónima, no tenemos a quién preguntar.

—Yo no sé si es gay, pero, como dice mi aita, maricón y traidor es un rato.

—Pues entonces utilicemos la palabra «traidor» —apuntó Loizaga—. Cuidado con el lenguaje, que se carga de significados y luego dice lo que no queremos que diga.

Una mano levantada. La cuestión debía de ser importante para pedir turno y captar la atención de todos.

—Vamos a escuchar al compañero que tiene la mano levantada.

—Yo creo —dijo algo nervioso al comprobar que todos lo miraban— que es un insulto y nada más que un insulto.

—¿Y por qué lo crees?

—No hay futbolistas homosexuales. Y menos el delantero centro del Athletic.

22

Tilde entraba a trabajar en casa de Norberto Lopetegui pasadas las diez de la mañana por orden expresa del contrato. El futbolista, que debía dormir muchas horas para recuperar su tejido muscular del esfuerzo de correr en calzoncillos, no quería a nadie en casa muy pronto. Pero ama Loizaga siempre sospechó que había motivos ocultos detrás de la hora de inicio de su jornada laboral. Aunque nunca había visto a nadie salir de la habitación del futbolista, en más de una ocasión se intuía la presencia de dos cuerpos en el lecho conyugal. La criada no decía nada, que cada cual se acuesta con quien quiere, pero en aquella cama, algunos días entre semana, siempre lejos de los partidos, dormían dos personas. La consigna parecía evidente, tenía que marcharse antes de que viniese la señora de la limpieza.

Sobre si el otro cuerpo que yacía era siempre el mismo o distinto en cada ocasión tampoco podía aventurarse. Supuso que en su condición de futbolista cabían ambas posibilidades, si bien la segunda tenía más visos, pues la fama alienta la promiscuidad, aunque no necesariamente. Jamás imaginó que se tratase de un varón o varones. Quizá fue producto de su sesgo de mujer madura viviendo a un paso de la ancianidad, pero creía que no. Las evidencias científicas no eran aclaratorias. Los pelos largos encontrados en la almohada izquierda no correspondían a Norberto, pero tampoco despejaban la incógnita ahora que los hombres también se dejan crecer el cabello. No había encontrado restos de vello púbico, aunque tampoco despejaba las dudas en los tiempos de la depilación integral, tanto femenina como masculina.

Dicho lo cual, a ella la pintada le parecía un insulto.

—¿Una kombucha? —ofreció ama Loizaga al futbolista según entraba en casa a la vuelta del entrenamiento.

Norberto, con cara de apesadumbrado, asintió con la cabeza y se dejó caer sobre el sofá.

—¿Le pasa algo al señor?

Y acercó la bebida a sus manos.

—Ya sabe que se lo puede contar todo a la tita Tilde.

Entonces, de manera sorpresiva, sin coger la bebida que se le ofrecía, se llevó las manos a los ojos e intentó ocultar su lloro. A Tilde no, que era una profesional del servicio doméstico para individuos de alto standing y, ya se sabe, en estos reinos se carece de emociones, salvo las que produce el dinero, pero a ama Loizaga le sobrevino ese mal llamado instinto maternal. Dejó la kombucha en la mesita del salón y abrazó a Norberto. El llanto fluyó entre sus brazos, la cabeza recostada sobre su pecho.

Norberto era un niño aplastado por su destino, ser futbolista del Athletic por encima de todo, como su padre y su abuelo. Hasta la obligación más placentera puede ser llevada como una pesada condena. Y se temía que, en ese transcurrir entre nacer y consumar el motivo de su nacimiento, nadie lo había abrazado. Norberto Lopetegui lloró un tiempo mientras ama Loizaga lo consolaba en silencio.

—¿Has visto las noticias? —preguntó el futbolista.

—No. Lo estoy dejando —mintió.

—Dicen que soy maricón y traidor.

Se adentraban en la zona minada, debía andarse con sumo cuidado, una mala pisada y Tilde saldría destrozada por los aires, con cofia y

todo, aunque no usaba. Soltó a Norberto y lo miró a los ojos.

—¿Maricón? —dijo sorprendida.

—Eso digo yo. A mí no me gustan los tíos.

Y, como sonó raro, puntualizó.

—Tampoco tengo nada en contra de los homosexuales.

Que lo considerasen maricón solo le molestaba por tratarse de una mentira.

—Yo no veo ningún problema en lo de ser homosexual —dijo la señora.

—Yo tampoco —aclaró el futbolista.

—Pero me preocupa que lo llamen traidor.

Se miraron fijamente a los ojos.

—No entiendo nada de fútbol —volvió a mentir—, pero sí de traiciones. Me dejó un novio en el mismo altar. —Otra mentira—. La gente tiene miedo a que usted se vaya a otro equipo.

Lopetegui se revolvió en su sofá. Inconscientemente retiró la mano en la que recibía las caricias de Matilde. Estaban en los minutos decisivos del partido.

—Le voy a hacer una pregunta. Si no quiere no la conteste, pero creo que es la única respuesta que necesitaría un aficionado del Athletic.

Norberto dio su aprobación con un cabeceo, con esa cabeza con la que las temporadas pasadas metía tantos goles y ahora parecía perdida para la causa.

—¿Usted quiere seguir jugando en el Athletic?

—Sí.

Fue rápido y contundente. Nadie diría que estuviese utilizando su cerebro mentiroso.

—Entonces, usted no es un traidor.

—Pero la gente cree que sí.

—Pues tendrá que demostrarles que no —sentenció Tilde.

Pensó en decirle que renovase, que no había mejor forma de demostrar su compromiso con el Athletic que teniendo un contrato en vigor. Ya sabía que luego los contratos se los lleva el diablo, que vienen hombres de negro con maletines cargados de millones. Pero nadie lo acusaría de traidor hasta que eso se produjera. Y, de darse, sería una traición menor aliviada por la lluvia de millones. Sin embargo, no dijo nada, era una profesional top, alejada del fútbol, del populacho, leía a Faulkner y escuchaba ópera, no debía estar al tanto de su renovación.

—Lo que usted tiene que hacer es meter goles. Hablar en el campo. Perdóneme la grosería, pero chute usted por delante o por detrás, todo se lo perdonarán si mete goles. La gente necesita héroes y les es igual con quién se acuesten. Recuerde, Bilbao necesita un héroe y tiene que estar en el Athletic.

23

«En mi casa», decía lo escrito por Loizaga.

Luego, como aclarando, «Vendrá Román».

Y para despejar cualquier malentendido, «Para hablar del Athletic».

Cuando Loizaga volvió a leer el mensaje dirigido a la jueza Campuzano, en la crítica hora de las doce de la noche y desde su triste cama, lamentó habérselo enviado. Se imaginaba con claridad la preciosa sonrisa de Anne mientras su cabeza hacía cientos de juegos de palabras de toda índole, en especial sexual. Ya está hecho, se dijo. Además, había prometido que la mantendrían alejada del vestuario del Athletic a cambio de participar en la investigación. La reunión urgía en vista de lo acontecido en las redes sociales.

Como cabía suponer, en horas, los teléfonos móviles se llenaron de memes de Norberto en su nueva condición de icono gay. Madrugaron los haters, que el odio siempre se activa antes, petando las redes de insultos acompañados de fotografías poco decorosas, de glúteos principalmente. Le aconsejaban, entre otras lindezas, mucha vaselina. Y le deseaban que todo se le hiciese muy grande. Hubo hasta un intento de cuestación popular para pagarle el viaje a cualquiera de las dos ciudades, cortesía de la afición. Por supuesto, que solo era de ida. Resultaba difícil calcular cuánto se debía a la traición y cuánto a su recién conocida condición sexual. Parecía que alguno se hubiese sentido doblemente traicionado. ¿Perjudicaba la idea de su homosexualidad a la imagen pública de Norberto Lopetegui?

Cuando la cantidad de improperios se acercaba al linchamiento colectivo, un tuitero, que confesó que no le gustaba el fútbol aun

siendo de Bilbao, homosexual declarado, bramó contra la persecución homófoba. Creía que se le estaba persiguiendo por su inclinación sexual y no por su desapego al Athletic. Y emplazaba a toda la comunidad gay, incluyendo los heterosexuales simpatizantes con la causa, a denunciarlo abiertamente. En pocos minutos, un ejército de defensores de la libertad sexual se lanzó a la batalla, con la consiguiente retirada de los odiadores iniciales. Algunos de los primeros se resistieron, pero fue imposible, la batalla estaba decantada. Así que desaparecieron los memes y comentarios sexuales, quedando los que solo lo acusaban de traidor. ¿Beneficiaba la homosexualidad a la imagen pública de Norberto Lopetegui?

Apenas se conocían casos de futbolistas gais, al menos entre los jugadores importantes, esos que disfrutaban de los favores de la opinión pública, a quienes ponían el micrófono en la boca y emitían juicios cada dos por tres, las más de las veces sobre cuestiones muy alejadas de los campos de fútbol. Atendiendo al tanto por ciento de homosexuales existentes en la sociedad española, esta carestía mostraba signos de anomalía. Daba la impresión de que debías ser heterosexual si querías triunfar en el fútbol patrio e incluso en el mundial.

No era la única condición contractual; así por encima, pensó Loizaga: tatuarte medio cuerpo con signos geométricos, llevar el pelo cortado como si te hubiese atropellado una maquinilla a la altura de las orejas, hacer declaraciones a la prensa como un niño de primaria, hacer gestos a la cámara si metes un gol, en fin… Jugar al fútbol implica tantos clichés que nadie acaba por entender cómo tienen tiempo para golpear el balón.

Luego llegó el turno de los equipos deseosos de contratar a Norberto. Aquí el asunto dejó de ser un cotilleo de provincias para descubrir su verdadera dimensión nacional. Primero, los medios de comunicación de ambas ciudades, es decir, la inmensa mayoría de los existentes, se olvidaron de usar la coletilla «pretendido por el Real Madrid, pretendido por el FC Barcelona» tras cada mención de

su nombre. Por supuesto, los aficionados de ambos equipos, que soñaban con aplaudir al delantero centro más prometedor del país, titular indiscutible de la selección española, posible «Top10» mundial y otras grandezas varias, en un acto de generosidad decidieron regalárselo al rival. «Hasta con lazo rosa», dijo alguien. «Mejor se va a Barcelona», decían unos, «Mejor se queda en Madrid», los otros, en una especie de altruismo repentino. Cualquiera de las dos aficiones declinó el honor de tener entre sus filas al primer jugador de la Liga confesado homosexual.

Y se armó la mundial.

Gentes venidas de otros universos culturales donde la homosexualidad está reconocida (actores, directores, modistos, diseñadores, bailarines, cantantes, músicos, amas y amos de casa, hasta la asociación de guías turísticos de Bilbao) salieron al ataque con el lema «Este partido lo tenemos que ganar», inundando las redes sociales de mensajes de denuncia, bloqueando a homófobos e invitándolos a que se hagan seguidores de las carreras de caracoles, dada su condición de hermafroditas.

Luego, en algún medio de comunicación se afirmó la existencia de cláusulas en los contratos de los futbolistas que obligan a no declarar su homosexualidad en público, por eso de manchar la imagen del club. Vaya, pensó Loizaga, se puede llevar publicidad de una empresa de apuestas o una entidad bancaria sin que se vea afectada la imagen del club, pero cuidado con la orientación sexual de sus jugadores. ¿Y si el jugador tiene esposa y dos amantes?

Tuvo que salir el presidente de la Liga por las televisiones en horario de máxima audiencia para desmentir cualquier atisbo de homofobia en el fútbol profesional. «La institución que tengo el honor de presidir —dijo— respeta a todos los futbolistas». Y puso como ejemplo la existencia de un Día Internacional contra la Homofobia en el Fútbol, «el 19 de febrero, donde se conmemora el nacimiento de Justin Fashanu», tuvo que leerlo, «el primer futbolista que se declaró

públicamente homosexual». Un día que, por supuesto, nadie conocía de su existencia.

Los presidentes de los dos grandes clubes no hicieron ninguna declaración, ni sus community manager, ellos no hablaban de los jugadores con ficha en otro equipo, aunque en las redes sociales había más imágenes de Norberto vistiendo sus camisetas que con el club que le pagaba. Por supuesto, aborrecían la homofobia, no solo en el fútbol sino en el orbe mundial.

Norberto Lopetegui había dado un salto mortal, en unas pocas horas se había convertido en objeto de discusión del mundo futbolístico. El asunto tomaba tales dimensiones que, aunque pasasen años, quedaría en la memoria colectiva.

—Benditos los ojos que te ven —exclamó Anne, según le abría Loizaga la puerta de su vivienda.

Vestía una gabardina beis de diseño clásico muy apropiada para la lluvia, pues era otoño y amenazaba chubascos, debajo de la cual solo se veían dos impresionantes piernas, como si huyendo de casa desnuda, en el último momento, hubiese cogido una prenda para taparse. En la mano, una botella. Sin el peinado de dos horas en la peluquería y un maquillaje discreto pero impoluto, parecería más el final de una noche prometedora que el principio de una reunión de amigos. Loizaga cogió el vino en lo que Anne se despojaba de la gabardina. Llevaba un vestido rojo tan ajustado que Loizaga, después de mirarla, solo pudo acercarse a su oído y decirle en un susurro.

—Cabrona.

—Tú te lo pierdes —respondió Anne, sabiendo a lo que se refería.

Unos minutos después, llegó Román y cenaron.

Plato único: lomo de cerdo asado con su costillar, patatas, chalotas, ajos y cerveza. Tres horas de horno a baja temperatura. Vino tinto sin crianza. Pan de centeno. De postre, uva de la botella.

—Y bien, ¿qué tenemos entre manos? —dijo Anne, dando por empezada la reflexión.

Loizaga dejó que fuese Román quien relatase.

—El presidente del Athletic contactó con la Ertzaintza por la amenaza de muerte a su delantero centro, Norberto Lopetegui. Nos pidió que fuéramos discretos, pues con el Athletic todo es siempre muy delicado.

—¿Cómo era la amenaza? —preguntó la jueza.

—Una nota hecha con letras recortadas del periódico que decía «Norberto, renueva o morirás».

—Tampoco me parece tan grave, supongo que el Athletic recibirá cientos de anónimos.

—Supongo. Nosotros tampoco nos lo tomamos muy en serio, pero con el Athletic siempre hay que tener cuidado. Así que me fui con Loizaga a ver al presidente para que nadie diga que no hacíamos nada.

—Entiendo.

—Pero entonces se produjo la intoxicación. Resultó que Norberto era alérgico y alguien diluyó unos polvos de proteína de bacalao en las bebidas isotónicas que los jugadores toman al empezar el partido. A los pocos minutos, en el mismo césped, el futbolista sufrió un shock anafiláctico. En presencia de las cámaras de televisión.

—¿Se sabía que era alérgico?

—Desde niño.

—Entonces es un intento de asesinato.

—Exacto —interrumpió Loizaga—. Aquí es cuando entro yo en la investigación.

Se rieron como diciendo: un oficial de la Ertzaintza perteneciente a la Jefatura de Investigación Criminal y una jueza de instrucción en Bilbao, y el protagonista en un intento de asesinato era un profesor de Filosofía. Nunca el pensamiento estuvo tan valorado.

—¿Y quién conocía la alergia de Norberto al bacalao?

—Los servicios médicos del Athletic, los cocineros del club, posiblemente algún compañero. Para el gran público sigue siendo desconocida. Hoy en día, nadie sabe a qué sustancia es alérgico el futbolista.

—Todas las sospechas apuntan a alguien de dentro del club —puntualizó Loizaga—. Además, todo indica que el jugador tiene ofertas para marcharse al Madrid o al Barcelona.

Ambos miraron al investigador aficionado con aires de reproche, algo así como «deja a los profesionales trabajar».

—¿Gravedad de la intoxicación? —preguntó la jueza al policía.

—Si no llega a ser porque los médicos llevan siempre en su botiquín inyectables de adrenalina, se hubiese muerto en el terreno de juego.

Anne dio un buen trago de vino.

—Y aparecieron nuevas amenazas —continuó el relato Román—. En un partido del Athletic lanzaron miles de octavillas en la explanada de San Mamés con la frase «Solo las ratas abandonan el barco. Norberto, atente a las consecuencias».

—¿Cómo las lanzaron?

—Creemos que con unos drones que pueden comprarse en cualquier tienda de electrodomésticos.

—O en internet —puntualizó el profesor.

—Hace dos días apareció una pintada en la misma explanada. Habían escrito en letras enormes: «Norberto Maricón».

—¿Eso es todo? ¿Una pintada y unos papelitos? —preguntó Anne.

Ahora el trago fue de Román.

—Tenemos una pista importante —afirmó el policía.

—¿Cuál?

La jueza se mostraba expectante.

—Una huella dactilar en la botella que bebió Norberto. Todavía sin coincidencias. No está en el fichero SAID, ni pertenece a ninguna de las personas que acompañó al futbolista en la expedición a Barcelona.

—De las que hemos podido comprobar hasta ahora —puntualizó Loizaga.

—La hipótesis principal —continuó Román— es que el asesino estaba en la expedición a Barcelona. Solo alguien de dentro del Athletic pudo echar la proteína de bacalao en el agua que bebió Norberto. Hasta el momento hemos descartado cuarenta sospechosos. Quedan quince.

—Cosme Usandizaga también ha sido descartado. Le robé un vaso mientras cenaba y su huella no coincide.

—¿Quién es Cosme? —preguntó sorprendida la jueza.

—El asesor del presidente del Athletic.

—El tipo que dirige el club. Garganta Profunda nos dijo que nos centráramos en él si queríamos resolver el caso.

—¿Garganta Profunda?

Realmente sorprendida.

—Loizaga recibió una llamada anónima con la voz distorsionada. Se hace llamar Garganta Profunda. Suponemos que es alguien del organigrama del Athletic y que está muy enterado del asunto.

—¿Cuántas veces te ha llamado?

—Solo una.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que tiremos del hilo de Cosme.

—¡Joder! ¿Y me queríais dejar fuera de la investigación?

Otro trago de vino para la doña. Se la veía emocionada.

Los varones encogieron los hombros, aunque los tres sabían que todo era culpa de Loizaga.

—Recapitulando —dijo Anne—: Un anónimo, un panfleto y una pintada. Por otro lado, un intento de asesinato con bacalao, una huella desconocida y un confesor anónimo que se hace llamar Garganta Profunda. ¿Vale?

Los dos varones asintieron con la cabeza.

—Las tres amenazas no me parecen peligrosas. Da la impresión de que todo es un plan de unos chiquitos, bueno, quizá no tan pequeños.

—¿A qué te refieres? —preguntó Loizaga.

—A que son cosas que hacen los tíos después de tomarse unas cervezas, ya estoy viendo la escena, uno que dice que había que hacer algo, otro que se merece una buena amenaza y un tercero «¡A que no hay cojones!». Además, estos gamberros tienen ya sus años.

—¿Por qué lo sabes?

—Ahora nadie insulta llamándote maricón. Es una palabra viejuna. Yo buscaría a unos viejos aficionados del Athletic y no me preocuparía mucho.

Parecía razonable.

—Ahora bien, lo del bacalao sí que es importante. Esta otra gente es peligrosa.

—¿Estas insinuando que son personas distintas?

—Exacto. A no ser… —y cogió aire con todos sus pulmones— que se trate de otra campaña de difamación del periódico Correia.[18]

—No lo creo —afirmó Loizaga muy convencido.

—¿Lo has comprobado?

—No.

—¿Por qué no hablas con esa periodista que te hacía ojitos…?, ¿cómo se llamaba?

—Irati —respondió Loizaga con excesiva rapidez.

—¿Por qué no le preguntas a Irati?

Fue una de esas sugerencias que tienen el ímpetu de una orden urgente. Loizaga sacó su teléfono y llamó a Irati. Se alejó, eso sí, un

poquito para no compartir la conversación con sus amigos. Por no molestar, se dijo. En un par de minutos volvió con la respuesta.

—No. El Correia ya no hace campañas de difamación.

—¡Qué van a decir ellos!

—Lo mismo he contestado yo. Pero su respuesta me ha convencido.

—¿Y qué te ha dicho?

—El fútbol es un asunto tan poderoso que rebasa la capacidad de acción de un periódico de provincias. El Correia se limita a contar lo que pasa, como mucho a meterse con los jugadores. Todo lo concerniente al «negocio fútbol» se maneja lejos, en Madrid, en la UEFA, la FIFA, en las altas esferas.

Anne se levantó del sofá en una especie de automatismo mental. El silencio resultaba fiel compañero de la tensión dramática. No le gustaban las palabras que acababa de escuchar. Sus años de experiencia intentando escudriñar la mente criminal la ponían enseguida sobre aviso.

—Me necesitáis —concluyó Anne—. En este asunto me necesitáis.

—¿A qué te refieres?

—Sois dos tíos intentando analizar el fútbol. ¿Cómo decirlo sin ofenderos? Os puede la testosterona. Ya, ya, no me pongáis esas caras. Sois muy poco objetivos en lo referente al fútbol. Cuando uno procesa una fe no es capaz de juzgar con objetividad. No se puede investigar el fútbol y ser su amante. A los amantes siempre se les mira con buenos ojos.

Y le dedicó a Loizaga la más pícara de sus miradas.

—Pero tú eres del Athletic, ¿no?

—A muerte. Pero no me gusta el fútbol. A mí solo me importa el Athletic.

Daban cabezazos indescifrables.

—Os diré más. El profesor y el policía que yo conozco jamás se hubieran enredado con el asunto de las amenazas. ¿Habéis pensado en ir a preguntar a Madrid y a Barcelona?

—No.

—No.

Respondieron como si de un pase con el interior se tratase.

—Pues deberíais.

Y les devolvió un balón lanzado con efecto invertido golpeado con el exterior.

Quizá tuviese razón, aunque no estaban dispuestos a admitirlo. La sola aquiescencia ya significaba un triunfo. Loizaga sirvió el último sorbo de vino.

—¿Qué hacemos entonces?

—Centrar todos los esfuerzos en la intoxicación. Hablar con jugadores, entrenadores, médicos, poner patas arriba Lezama. Si no fueseis tíos, ya estaría ejecutado.

Se miraron. Mejor no decir nada.

—¿Algo más? —preguntó Anne con su tono más dulce.

—Ama Loizaga está trabajando en casa de Norberto Lopetegui.

—Pues allí está muy bien. Espero que le hayáis conseguido un buen contrato, ama Loizaga se merece cada euro que cobra.

—Pero ¿corre peligro? —denotando cierta preocupación su hijo.

—¿Limpiando en casa de un futbolista rico y famoso? ¿Gay? ¿Que sueña con jugar en un grande y no es el Athletic?… Supongo que no.

Y la suposición se quedó flotando en el aire como muchas veces hacen las malas ideas.

—Por cierto, ya que no me lo dejáis ver, ¿me conseguiríais un autógrafo de Norberto Lopetegui?

—¿Está bueno, ¡eh!? —dijo Loizaga.

—Muy bueno, pero, para tú conocimiento, no me atraen los hombres que utilizan su cabeza con el único propósito de golpear un balón. Yo soy más de tipos con cabezas llenas de incertidumbres. A mí me pone la inteligencia.

—Eso tiene un nombre —apostilló Román.

—Sapiosexual —confirmó Anne.

Y los deleitó con su magnífica caída de ojos.

—El autógrafo no es para mí. Me lo ha pedido una amiga.

—¡Una mujer que le gusta el fútbol!

—No, no le gusta el fútbol.

—¿Entonces?

—Es lesbiana practicante. Norberto es su nuevo ídolo gay.

Y se encogió de hombros.

18 Como en la novela Café cortado.

24

—Me llamo Norberto Lopetegui.

La comparecencia ante los medios de comunicación del delantero centro del Athletic Club tuvo cobertura internacional. Para desvincular el asunto de la propia institución, por indicaciones de su representante, que previamente había contratado los servicios de una agencia de gestión de imagen corporativa, la multitudinaria rueda de prensa se realizó en el Palacio de Euskalduna, en la sala OE. Se acreditaron más de cien medios de comunicación, incluida la CNN. El asunto de la homosexualidad interesaba a medio mundo y el fútbol al otro medio, así que, por un motivo u otro, la reserva de hoteles y restaurantes en Bilbao en un martes lluvioso de un mes de noviembre se disparó. El ayuntamiento, en privado, lamentó la oportunidad perdida de vincular la ciudad con este gran alegato a favor de la homosexualidad mediante la programación de alguna multitudinaria actividad.

—Me veo obligado a convocar esta rueda de prensa —leyó de un papel escrito— ante la cantidad de mentiras dichas estos últimos días.

A las nueve de la noche, en el prime time de las televisiones, la mejor hora para escribir un artículo de opinión que inunde los periódicos de mañana, la previa a los muchos programas deportivos que pululan por la noche en las ondas radiofónicas, Norberto Lopetegui compareció ante los micrófonos. Vestía un elegante traje negro con aire italiano. Las crónicas estilísticas del momento lo definieron como un elegante traje de Moschino. Loizaga, quien en compañía de Anne y Román asistían en directo a la rueda de prensa, carecía de criterio para juzgar la vestimenta, estaba guapo, eso sí, pero con esa edad y ese cuerpo no tenía mucho mérito, pensó.

—Últimamente se han dicho muchas cosas sobre mi persona.

Runrún de rumores entre los asistentes, que en un número cercano a los quinientos abarrotaban la sala. La agencia de imagen corporativa había decidido abrir el evento al público, pues necesitaba demostrar el apoyo de los bilbaínos al jugador y, para tal efecto, había contratado a medio centenar de extras pagados para aplaudir cada palabra de Norberto. Incomprensiblemente, el resto del auditorio estaba lleno de curiosos, y eso que los medios de comunicación se habían pasado las últimas veinticuatro horas aireando el evento. Hasta las fuerzas vivas de la ciudad hicieron acto de presencia, aunque con su número dos. Nadie sabía si aquello era beneficioso o perjudicial. Así que el ayuntamiento asistió con su teniente de alcalde, la Diputación con el director general de deportes, Confebask con su director general, el obispado mandó al vicario general, etcétera. Todos, rostros poco conocidos por si venían mal dadas, pero gente importante para poder decir que estaban allí cuando sucedió. Porque nadie sabía cómo iba a salir el melón.

—No soy gay —leyó—. Repito, Norberto Lopetegui no es gay. Soy del Athletic.

Murmullos de aprobación por el sector de aficionados del Athletic que portaban sus camisetas u otros motivos alusivos; por ejemplo, aunque hacía un día frío, podían verse escudos tatuados en anchos brazos. Norberto tenía su público en Bilbao, pues la fe era la mejor forma de asirse al mundo, pensó Loizaga. No había ningún distintivo del club en la comparecencia ante los medios, pues se trataba de un asunto personal. Ninguno de sus compañeros hizo acto de presencia, no se sabe si porque se les invitó a no venir o por voluntad propia. Sí estaba, sentado a la izquierda del futbolista, Cosme Usandizaga, a quien muchos no vinculaban con el Athletic. A la derecha, su representante.

—Lamento, por otra parte, que vivamos en una sociedad donde yo no pueda ser futbolista y gay.

Una nutrida representación del colectivo LGTBI+, atendiendo a la proliferación de banderitas multicolores y camisetas con el lema «Mete un gol a la homofobia», aplaudió con rabia. Las fuerzas vivas de la ciudad también aplaudieron, pero con menor fervor.

A Loizaga, las palabras dichas le parecieron muy medidas, sin inclinar la balanza a ningún lado, equidistantes, dicen ahora; por supuesto que no las había escrito él. Un discurso que quería contentar a todos, o mejor, que no quería molestar a nadie. El jugador se sentía perseguido y sin motivos. De la no renovación ni habló.

—El Athletic Club lo es todo para mí —dijo sin leer—. Se lo debo todo, como persona y como jugador.

Aluvión de aplausos. Los aficionados al fútbol, los defensores de la causa LGTBI+, curiosos sin militancia, bilbaínos de pro, ciudadanos del ancho mundo.

Fin de la comparecencia. Sin turno de preguntas. Unos escoltas se llevaron a Lopetegui, pareciendo aquello la salida de un testigo protegido. A Loizaga le transmitió una excesiva sobreactuación. Todos se marcharon a casa contentos, habían escuchado palabras que reforzaban su versión de la realidad, que coincidían con su imagen del mundo. Norberto les había hablado y conseguido su consuelo. Aquello terminaría como cada uno de los presentes deseaba, aunque hubiese deseos contrapuestos.

—¿Entiendes a lo que me refiero, Loizaga? —dijo Anne después de escuchar los comentarios de la gente mientras abandonaban el Palacio de Euskalduna—. El fútbol es muy complicado porque todo el mundo lo vive. No hay distancia. Y consigue que la gente escuche lo que quiere oír. ¿Tomamos un vino?

25

Fiel a su promesa, el padre Aguirre no acudió a la semana a su encuentro con el enfermo terminal Norberto Lopetegui, sino tres días después de la última visita. Las cosas de los moribundos no conviene demorarlas mucho, así que se acercó al IMQ; llevaba en sus manos un rosario.

—Ave María Purísima.

—¡Padre! Hoy mismo me he acordado de usted.

—Espero que sea para bien.

—Por supuesto. Al despertarme pensé: a ver si viene hoy el padre Aguirre y recordamos un poco los buenos tiempos.

—Pues aquí estoy. Le he traído un regalo.

Y se lo dio. Lo tocó.

—¡Un rosario! Me acuerdo de mi madre rezando en la cocina. ¿Sabe? En mi familia siempre fuimos muy religiosos. Desde que yo tengo uso de razón dábamos gracias a Dios antes de empezar a comer. Ahora los jóvenes andan con sus móviles antes, durante y después de comer.

—Han cambiado su dios —dijo el catedrático de Metafísica.

—Pues yo prefiero el de antes.

El padre Aguirre cogió la mano de Norberto padre, fría, como si por aquel cuerpo apenas circulase la sangre.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó el sacerdote.

—En las últimas, padre. A Correcaminos le duelen todos los huesos. Pero no hablemos de mí. Hay algo que me preocupa, padre.

—Dime.

Y le cogió con más fuerza la mano.

—¿Cómo va el Athletic esta temporada? Aquí —y movió la cabeza como si mirase al hospital— no me cuentan nada. Dicen que es malo para mi salud. Pero ¿qué puede haber más malo que estar vivo y no saber cómo le va al Athletic?

El padre Aguirre sonrió. Entendía perfectamente las inquietudes de Norberto Lopetegui.

—Mal. Va muy mal. En puestos de descenso.

—¡Hostias! ¿En puestos de descenso?

—Sí.

—¿Cuántos partidos llevamos jugados?

—Unos diez o doce.

—¿Y cuál es el problema?

—No lo sé. Hay gente que dice que el entrenador nuevo, que si no entiende a los futbolistas, que si desconoce la forma de ser del Athletic. Es argentino.

—Pero ya tuvimos un entrenador argentino y nos fue muy bien, ¿cómo se llamaba?

—Bielsa.

—Sí, el loco Bielsa.

Parecía feliz hablando del Athletic, como si mitigase su dolor.

—Lo cual nos lleva a la conclusión —afirmó el padre Aguirre— que los entrenadores no son buenos o malos por su nacionalidad.

—A mí me encanta Valverde —sentenció Norberto—. Ojalá vuelva al Athletic. Le voy a decir algo en confesión…

E hizo el gesto de hablar bajito al oído.

—El Athletic no ganará la Copa hasta que Valverde vuelva a ser su entrenador. Tiempo al tiempo. Por desgracia, yo no estaré aquí para verlo.

—Uf, la Copa. Llevamos treinta y muchos años sin ganarla. No sé si estaré yo también.

Rieron. La perspectiva de la muerte nunca es halagüeña, pero ambos se sabían mortales, asunto que en ocasiones los humanos olvidaban.

—¿Se ha dado cuenta? —dijo el exfutbolista—. Habrá un día en que ya no estemos y, sin embargo, el Athletic seguirá existiendo. Y lo que eso significa, niños queriendo jugar en nuestro equipo, padres soñando con levantar una Copa. ¿No le parece bonito?

De repente se oyó un ruido de pisadas, alguien se acercaba.

—Buenos días —dijo Norberto hijo, la única persona en Bilbao de la que se dudaba si quería seguir perteneciendo al Athletic.

—¡Hombre! —exclamó su padre—. Le presento a mi hijo.

—Mucho gusto.

Y se estrecharon la mano.

—El padre Aguirre viene a darme conversación. Nos gusta hablar de los tiempos pasados.

—Pero ya me voy. No quiero molestar.

—Vuelva pronto —le pidió el enfermo.

—¿Te gustan las trufas de chocolate? ¿Puedes comerlas? —preguntó el sacerdote.

—En mi estado puedo comer de todo, que nada va a matarme.

Y rio con energía. Norberto hijo hizo un gesto de desagrado, no aprobaba el humor de su padre.

—Pues el próximo día nos comemos unas trufas de Arretxe.

Se despidieron con un abrazo marca de la casa del padre Aguirre, el hombre que mejor abrazaba del mundo. Una vez en la calle se quitó el alzacuellos, volvía a ser un profesor de Metafísica perplejo frente al estudio de la condición humana.

—Un buen sacerdote —afirmó el enfermo.

Norberto hijo no quiso hacerle caso.

—¿Qué tal te encuentras, aita?

—¿Digamos que bien o quieres que te cuente?

—¿Qué tienes en las manos?

—Un rosario que me ha regalado el padre Aguirre.

Había ciertas similitudes y diferencias entre uno y otro. Ambos habían jugado en el Athletic, aunque Correcaminos de defensa y su hijo de delantero centro. Tenían parecida altura y complexión, aunque al padre le salía el pelo rizado y al hijo liso. Sin embargo, el

joven no tenía fe, más aún, le resbalaba todo lo concerniente a la religión. El padre achacaba la razón a la pérdida de los valores tradicionales en la sociedad actual. En su tiempo había mucha gente sin fe religiosa, pero con creencias fuertes respecto de la tradición, gente que respetaba las costumbres de sus padres y las hacían suyas. Hoy todo había cambiado y, en su opinión, a peor.

—Lo siento, pero no puedo quedarme mucho, en una hora estamos convocados en Lezama. Mañana tenemos partido.

—Y os jugáis mucho.

—Siempre nos jugamos mucho…, pero sí, es un partido importante.

—Ya sabes lo que te tengo dicho, tienes que bajar a pedir la pelota, buscas la pared y luego el desmarque para aprovechar tu velocidad.

Se lo había contado cientos, miles de veces.

—Sí, aita —respondió con cierta resignación.

—Por cierto, ¿cómo va la temporada? Me llegan noticias de que estamos en puestos de descenso.

El joven se vio en la obligación de dar una respuesta a su padre, a fin de cuentas, de algún modo, le había dejado en herencia un equipo de fútbol que él también recibió de su padre, y así desde el principio de los tiempos.

—No hemos empezado muy bien…, pero queda mucha temporada.

—¿Qué tal estás jugando?

—Bueno… Podría ser mejor.

—¿Ya bajas a recibir…? Mira que a ti solo te gusta meter goles. Pero con el físico que tienes debes bajar a recibir, buscas la pared y…

—Que sí, aita. Me tengo que ir. ¿Necesitas algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Una victoria del Athletic mañana.

—Veré lo que puedo hacer. Después del partido me paso. O el lunes como muy tarde.

Loizaga y Román escucharon cómo Norberto hijo daba un sonoro beso de despedida a su padre. El rosario llevaba incorporado un micrófono. El profesor seguía manteniendo que la resolución del caso Norberto Lopetegui —«No quiero renovar y alguien quiere matarme»— pasaba por comprender la relación con su padre.

26

Loizaga se enfundó su bufanda al cuello y se fue a San Mamés con mucho desánimo. La marcha del equipo, que encadenaba derrotas y empates miserables, presagiaban otra temporada de terror futbolístico, como el año pasado, siempre entre los últimos, un club que debería aspirar todos los años a jugar en Europa. Los días de partido se mascaba la pena en Bilbao. Y no era una opinión subjetiva del profesor, sino un dato objetivo medible en decibelios, solo había que pasar por la calle Licenciado Poza la previa del partido para darse cuenta del estado emocional de la ciudad. En sordina. Los aficionados hablaban bajito, nadie gritaba, ni gesticulaba, como no queriendo molestar. Se pedían las cervezas con un «por favor», y no con un «ahivalahostia». Hasta los camareros añoraban los tiempos pasados, sobre todo las recaudaciones pasadas, pues la gente ya solo bebía por rutina, pero sin ganas y muchísimo menos.

—¿Una cerveza? —preguntó Román.

—Bueno —respondió Loizaga.

No había ciudad que viviese más necesitada de los triunfos de su equipo de fútbol que Bilbao. Al profesor se le ocurrían múltiples razones, pero la principal era la comunión entre el club y sus habitantes. Vivían y pensaban igual. Loizaga lo explicaba siempre con las mismas palabras: «Hay equipos que se sienten ganadores y fichan a gentes venidas incluso de allende de los mares con tal de conseguir el triunfo. Aquí no, aquí jugamos con los de casa. Y eso quizá no nos hace ganadores, pero nos hace únicos». Muy del carácter bilbaíno.

Y de vez en cuando aparecía un cisne negro, como Norberto Lopetegui. Aunque había sucedido en otras ocasiones no dejaba de

resultar extraño. Un chavalote de aquí que parece que no quiere jugar en el Athletic. La gente no salía de su asombro.

De camino al estadio, Román y Loizaga escucharon todo tipo de comentarios.

«A mí me importa un bledo qué hace con su vida».

«Pero que meta goles».

«Tiene la pólvora mojada».

«Ya te digo yo lo que tiene mojado».

«Pues que se vaya, pero antes que deje los millones».

«A mí como si se va gratis».

«Yo creo que hoy mete tres goles y luego renueva».

«¿Cómo va a renovar si no mete nada?».

«Le estamos dando demasiado bombo».

«… de la mano de nuestro patrocinador Ultramarinos Gregorio Martín, vendiendo bacalao a los bilbaínos desde 1931. Gregorio Martín, el bacalao de toda la vida».

«… Comienza el partido en San Mamés».

Siguiendo su costumbre, Loizaga apagó el móvil, en una especie de ritual para concentrarse en el terreno de juego. Él también jugaba. El profesor vivía convencido de que el resultado final dependía de su grado de concentración. En una ocasión se despistó, cogió una llamada y acto seguido el delantero rival aprovechó para marcar un gol. Román, por supuesto, vivía el partido con similar intensidad, pero como era policía no podía quedarse incomunicado.

«… Lopetegui solo delante del portero del Getafe… Lopetegui…, arriba. ¡Qué gran oportunidad ha fallado! Increíble…».

«… No está, no está, no está…».

«… Nos hemos prometido no hablar de más sobre Norberto…».

«… Dejarlo tranquilo…».

«… Exacto. Pero tenemos que decir a los oyentes que, sintiéndolo mucho… no está para jugar…».

«… Descanso en San Mamés. Athletic nada, Getafe cero».

Y casi tan grave como el resultado fue la ausencia de bocadillo, a las doce de la mañana pensaron que no tendrían hambre y se equivocaron. No existía fútbol de verdad sin un bocadillo que comerse en el descanso.

«… minuto 67. Falta que saca el Athletic desde la banda derecha, todo el Athletic a la altura del punto de penalti, centra… y bacalao, bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao, bacalao de Peio Nolaskoain. Athletic 1-Getafe 0».

«… Bacalao Gregorio Martín, desde 1931 llevando la felicidad a los platos de los bilbaínos».

De repente ya no hacía frío, se había disipado el hambre. Los amigos se miraron, no las tenían todas consigo. Si por Loizaga fuese, pitaba ahora mismo el final del partido. ¿Nadie que se desmaye en el centro del campo?

«… ataca el Getafe…, centra Ángel, el rechace le llega a Ammath que chuta y… gol, gol…, gol del Getafe. Mata, en el segundo palo, solo tiene que empujar el balón a la red. Gol del Getafe».

«En San Mamés, Athletic 1, Getafe 1».

«¡Qué poco dura la alegría en la casa del pobre!».

Y vuelta al desánimo.

«… Pase de la muerte y…, o no…, fuera… ¡Válgame el cielo!».

«… Otra ocasión fallida por Lopetegui. Centro desde la izquierda que el delantero golpea tarde y mal. El Lobo no tiene colmillos. Está lento Norberto, le falta chispa, no es el de temporadas anteriores».

«¿Qué te pasa Norberto?».

«Silencio en La Catedral».

«… Final. Final del partido en San Mamés. Athletic 1, Getafe FC 1. Octavo empate del Athletic tras otro nefasto partido. En puestos de descenso. Mascando la tragedia».

Desconsuelo infinito.

27

—…

—Hola, señor Loizaga.

Posiblemente era la única persona del mundo que lo llamaba señor. No hacía falta percatarse de su voz cavernosa para saber con quién hablaba. La atribución de señorío a la persona de Loizaga podía deberse a que solo se trataban por teléfono, en persona el sujeto perdía mucho.

—Hola, Garganta Profunda. ¿Puedo llamarle así o mejor me da su nombre?

—Así está muy bien. Verá, siempre quise ser actor.

—Si necesita terapia, conozco al mejor psicólogo de Bilbao.

—No hace falta. —Sonó a malhumorado—. ¿Qué tal fue la investigación de Cosme Usandizaga?

—Poco provechosa. ¿Sabe por qué? No tenemos ni puta idea de lo que buscamos.

—El Pacto.

—No. Nosotros buscamos al tipo que intentó asesinar a Norberto Lopetegui. Y nos empeñamos también en que no vuelva a intentarlo.

—Pero todo tiene que ver con El Pacto.

—Eso… lo dices tú.

Estuvo a punto de llamarle de usted, pero se contuvo. Loizaga solo utilizaba el tratamiento con gente que detestaba, para mantener distancias, o con personas de reconocido mérito según su parecer. Garganta Profunda no cumplía ninguna de las dos condiciones.

—El Pacto, buscad El Pacto.

—El asesor del Athletic no ha oído hablar jamás de un pacto.

—Miente.

Loizaga lo sabía, pero la mentira era más un problema ético que un delito. Y la mayoría de las veces se quedaba encerrada en la cabeza del mentiroso.

—Estamos hablando de asesinar y tú me ofreces un cojo que miente.

El teléfono se quedó en un significativo silencio.

—¡Oye! ¿Estás ahí?

Se oía su respiración.

—¡Necesitamos más información, datos más concretos, otro nombre! —gritó Loizaga.

Unos segundos más de silencio.

—Borja Sitrug de Noruega, el representante de Norberto Lopetegui. Él también conoce El Pacto.

Y colgó.

Había algo en la pronunciación de esas palabras que al profesor le tenía muy intrigado. En la boca de Garganta Profunda, y no solo debido a la gravedad de su voz, adquirían mayor hondura si cabe. Transmitían mucha verdad o era un magnífico actor. El Pacto. Como

le sucedía a menudo, las preguntas le sobrevinieron cuando ya no las podía hacer. ¿Qué cojones era El Pacto? ¿Quiénes habían participado? ¿Qué puede haber tan peligroso en un papel como para explicar el asesinato de una estrella del fútbol? ¿Por qué no acudía directamente al juez? ¿Tan implicado estaba? ¿Había que tomarse las amenazas en serio? ¿Y si estaba jugando con ellos? ¿Cómo contactar con Garganta Profunda? ¿Podía rastrearse su llamada? ¿Estaba en peligro el Athletic?

28

En todas las quinielas aparecía Borja. Si hubiesen hecho en Bilbao un casting de sospechosos del affaire Lopetegui ganaba por goleada el representante del jugador. El alarde de ingenio, control de la situación y anticipación que suponía la confesión de que no era gay, que era del Athletic, solo podía atribuirse a una mente preclara. Aunque el gran público no conocía a Borja Sitrug de Noruega, se extendió por la ciudad que era el principal culpable de la no renovación de Norberto Lopetegui. Alguien dejó caer que la causa principal radicaba en las exigencias económicas, vitales para el representante, un hombre a comisión, con un porcentaje de la ficha de su renovación o, en su defecto, de la venta a un club grande. Le daba igual dónde estampase su firma, lo relevante era la cantidad. Por otro lado, a Borja no le importaba convertirse en la diana de los odios bilbaínos, más aún le favorecía, pues se ganaba la vida peleando por los intereses de los futbolistas y la mala prensa, de algún modo, demostraba su profesionalidad. Continuamente recibía llamadas de padres con hijos en edad juvenil, incluso cadete, dispuestos a encomendarle sus futuros y cuantiosos emolumentos. El mundo estaba repleto de padres que hacían la cuenta de la lechera con los ingresos futbolísticos de sus vástagos. Bilbao también.

En tales condiciones, Borja últimamente vivía encerrado en su casona de Neguri, a tres manzanas de Norberto, alejado del centro de la ciudad, y cuando se acercaba a Bilbao lo hacía sin afeitar, algo desaliñado, muy lejos de su imagen pública conocida. Acudía en cuanto se le convocaba al Palacio de Ibaigane o a Lezama y no se dejaba ver en saraos ni frecuentaba mucho con la alta sociedad bilbaína. Su profesión lo había convertido en un tipo de compañía poco deseable. Lo asumía —todo por la pasta—, convencido de la

frágil memoria de las colectividades, enseguida aparecería otro hueso que roer, otro enemigo público número uno.

Borja Sitrug de Noruega era bisnieto de Simón Sitrug, famoso comerciante del siglo xix que forjó una fortuna con la venta del bacalao. Cuenta la leyenda, a todas luces falsa, que su antepasado se equivocó en un pedido por culpa de un acento olvidado y acabó recibiendo toneladas de bacalao que vendió durante el sitio de Bilbao en las guerras carlistas. Una vez rico, se añadió el apellido De Noruega para darle empaque a su negocio. Desde entonces la familia había ganado dinero en todo tipo de actividad comercial, menos con el fútbol. Borja, un innovador, estaba enmendando dicho olvido. Cierto era que antiguamente nadie se lucraba con el fútbol, ni siquiera los futbolistas, pero los tiempos cambiaban y el balompié se convirtió en un floreciente negocio. Allí había un Sitrug para corroborarlo.

Para los agentes de la Ertzaintza a cargo de la investigación, todos los caminos llevaban a Borja. El sujeto había contratado los servicios de una agencia de imagen personal y a cincuenta animadores dispuestos a romperse las manos aplaudiendo. Movía con tal maestría los hilos de la campaña en defensa del honor de Norberto ante las acusaciones de homosexualidad, que la Ertzaintza pensó si no hubiese sido orquestada por el propio representante para recuperar la imagen pública del delantero, muy dañada en Bilbao por esos memes donde vestía las camisetas de los dos grandes clubes. Ahora era la víctima. Garganta Profunda también lo señalaba, pero Loizaga no sabía qué pensar de un tipo que se compra un distorsionador de voz y llama a escondidas a un profesor de Filosofía. El mundo estaba lleno de desviados.

—Buenas tardes. Bienvenidos a mi humilde morada —dijo Borja al abrir la puerta a Román y Loizaga.

De humilde, nada. Un casoplón de piedra de sillería construido a principios del siglo xx valorado, tirando por lo bajo, pensó Loizaga,

en unos diez millones de euros.

—Buenas tardes —contestó Román mientras miraba a todos lados.

—Herencia familiar —puntualizó Borja sin necesidad de ser preguntado.

Loizaga se mantuvo callado, no le simpatizaban los ricos herederos.

—Pasen, pasen.

Y les dirigió hasta el salón, donde se sentaron en esos sofás que tienen la gente de posibles, rodeados de objetos de épocas antiguas que brillaban como si valiesen miles de euros cuando en realidad valían cientos de miles.

—Llevo todo el día preguntándome: ¿para qué me querrá la Ertzaintza? ¿Se habrán enterado de alguno de mis múltiples delitos? Ja, ja, ja. Por favor, cuéntenme antes de que me autoinculpe.

Daba la impresión de ser un tipo seguro de sí mismo. Había unos sables antiguos colgados de la pared principal. A Loizaga le estaban entrando ganas de atravesarle el gaznate con semejante herencia familiar.

—Las armas pertenecieron a un antepasado insigne, pero seguro que no han venido ustedes a contemplar las glorias pasadas de mi familia. ¿Qué se les ofrece?

Román tomó el mando de la conversación.

—Investigamos el intento de asesinato de Norberto Lopetegui, su representado.

—¿Está claro que se trata de un intento de asesinato?

—No puede ser otra cosa.

—Entiendo.

El oficial de la Ertzaintza parecía sentirse algo cohibido en aquel salón tan señorial, desbordante de tradición y grandeza, al mismo tiempo que molesto, pues a un servidor público no debería importarle la condición social del sospechoso. Tenía que centrarse en el delito, se dijo.

—No me andaré con rodeos —se sinceró Román.

—Se lo agradezco —contestó Borja.

—¿Estuvo usted en Barcelona el día que jugó el Athletic contra el RCD Espanyol?

—Sí.

—¿Suele viajar con el equipo a los partidos de fuera?

—Depende. A Barcelona siempre. Aprovecho para reunirme con otros jugadores a los que también represento.

—¿Y con el presidente del Barcelona? —apuntó Loizaga.

El comentario venía a cuenta de la posible firma de un contrato de Lopetegui con el club azulgrana.

—Por supuesto. Comimos juntos el día anterior. Un representante habla continuamente con los presidentes de los clubes. Y más si es el Barcelona. Pero no entiendo qué relación tiene esto con el intento de asesinato.

No estaba nervioso.

—Creemos que el autor material de la intoxicación estaba en Barcelona en el momento del partido. Las sustancias alérgicas se activan en pocos minutos.

—¿Podríamos tomar algo? —interrumpió Loizaga.

Al instante apareció una sirvienta, a tenor de la cofia que portaba en la cabeza.

—¿Qué quieren los señores beber?

—¿Tienen kombucha? —preguntó Loizaga.

—No, lo siento.

—Yo tomaré una Zero —ordenó Borja.

—Para mí una cerveza —solicitó el profesor—. El médico me tiene prohibido las bebidas con burbujas que no tengan alcohol. Dice que la combinación puede ser tóxica.

—¿Y usted?

Román hizo un gesto de no querer nada.

—¿Estuvo usted en el vestuario del Athletic el día del partido?

—Los representantes no tenemos acceso a los vestuarios de los equipos.

Pero la pregunta tenía su aquel. Los agentes Mintegi y Zurriola, después de visionar las imágenes del encuentro una y cien veces, descubrieron la presencia de Borja Sitrug de Noruega en el túnel de acceso al campo. O era ese doble exacto que todos tenemos en algún lugar del mundo.

Enseguida la criada trajo las bebidas. Loizaga le dio un trago a su cerveza a la espera de que Borja hiciese lo mismo. Pero el representante no tenía sed, por el momento.

—¿Y en el túnel de vestuarios? ¿Estuvo cerca de Norberto antes de que saltara al campo?

—No lo recuerdo.

Román sacó una fotografía de la chaqueta. Borja seguía sin beber.

—¿Es usted esta persona?

Se veía con claridad quién era y en dónde estaba.

—Creo que sí.

—Podemos concluir, por tanto, que usted tuvo la oportunidad de producir un shock anafiláctico en Norberto Lopetegui.

—Ja, ja, ja. Menuda estupidez. ¿Para qué voy a querer yo matar a mi gallina de los huevos de oro? Ja, ja, ja…

Se reía con ganas.

—¿Por qué un marido mata a su esposa? ¿Por qué dos hermanos se odian hasta la muerte? ¿La verdad?, no sabemos cómo es su relación con Norberto.

Entonces, Borja se dispuso a lanzar lo que pretendía fuesen sus últimas palabras en aquella conversación estúpida. Y dio un sorbo a su bebida.

—Ustedes no entienden nada de fútbol —sentenció el representante.

La afirmación era, cuando menos, atrevida en un país con casi cincuenta millones de entrenadores.

—El fútbol actual no funciona porque once tipos corran por el campo para defender una camiseta. El fútbol actual no existe gracias a una multitud de aficionados capaces de amenazar a un jugador si quiere cambiar de equipo. El fútbol actual no es un legado de pasión transmitido de padres a hijos. Desengáñense. El fútbol solo es dinero, grandes sumas de dinero. Sueldos, entradas, venta de camisetas, periodistas, derechos televisivos, publicidad. Un gran

circo que triunfa a golpe de talonario. Se compra y se vende de todo y siempre gana el que más dinero tiene. Y los jugadores son los payasos del circo que saltan a la pista. Norberto Lopetegui no es la encarnación del sentimiento colectivo de un pueblo, de Bilbao, de Bizkaia. Norberto es la puta gallina de los huevos de oro. Y una gallina muerta no da huevos.

Sonó a frase perfecta para cerrar una conversación con un representante de jugadores de fútbol. Por supuesto que Román y Loizaga tenían múltiples objeciones, pero no habían venido a escuchar la perorata de un rico justificándose de ganar dinero porque se creía el más listo de la ciudad.

—Y ahora, me van ustedes a perdonar, soy un hombre muy ocupado.

Se levantaron para despedirse. Pero Loizaga no había conseguido lo que quería, necesitaba un pequeño despiste, tenía que alargar la conversación.

—¿Usted cree que los aficionados del Athletic ven el fútbol como un negocio?

—Supongo que no, pero ¿a quién le importa lo que crean los aficionados?

Y sonrió con su dentadura perfecta.

Entonces sonó el móvil de aquel tipo que conocía la verdadera naturaleza del fútbol, que no es otra, a su entender, que el vil metal. Cuando comprobó el número de la llamada, se retiró lejos de oídos ajenos. Loizaga aprovechó la ocasión para ponerse un guante, quitar el líquido y guardarse el vaso con las huellas dactilares del representante. Sonrió a Román. Misión cumplida. Al poco regresó Borja, invitándoles a abandonar la casa, tenía una reunión urgente. El anfitrión los acompañó hasta la puerta de la calle.

—Una última cuestión —interrumpió Loizaga cuando se disponía a cerrar—. ¿Qué sabe usted de El Pacto?

—¿Un pacto?

—No. El Pacto.

Por primera vez mostraba dudas.

—No…, no sé a qué se refiere.

—El Pacto es algo que hay entre Norberto Lopetegui y no sabemos quién más.

—Pero sí sabemos que usted es conocedor del mismo —puntualizó Román.

Adiós al brillo de autosuficiencia en sus ojos. Hola al enfado.

—Creo que ya he hablado demasiado con ustedes. La próxima vez vengan con una orden judicial y yo hablaré en presencia de mi abogado. Buenas tardes.

—Agur —se despidió Román.

—¡Y aúpa Athletic! —le lanzó Loizaga.

Pero no recibió la oportuna respuesta. Solo se oyó el golpeo fuerte de aquella puerta de madera maciza creada por un magnífico ebanista que debía de llevar cien años muerto.

—¿Qué significa El Pacto que a todos pone nervioso? —dijo Loizaga en voz alta.

29

—Buenos días. Hoy traigo un asunto de debate muy interesante.

—¿Filosofía e interesante? —preguntó un alumno.

—No. Hoy hablaremos de fútbol y de dinero —respondió Loizaga.

—Mis dos temas preferidos.

—Me lo sé todo.

—¿Tú qué sabrás?

—De fútbol más que tú, empollón.

—Quietos. Lo primero que necesitamos es silencio. Hablar presupone escuchar.

Silencio. Muy a menudo Loizaga sospechaba que el problema del sistema educativo actual radicaba en la ausencia de grandes temas que tratar, lo que desmotivaba a los alumnos. Proponía, como solución, la enseñanza basada en el fútbol. Matemáticas, Lengua, Sociales y Ciencias Naturales futbolísticas y adiós a la falta de atención. ¡Eso siempre que busquemos que nuestros alumnos aprendan!

—¿Alguien se sabe la historia de Fausto? —preguntó Loizaga.

—¿En qué equipo juega?

—¿En la Premier?

—Todavía no se había inventado el fútbol —respondió el profesor.

Pusieron cara de fastidio. Nada interesante había podido acontecer antes del invento del fútbol.

—¿El fútbol es un invento?

—De 1898.

—No —respondió Loizaga—. Esa es la fecha de la creación del Athletic. El fútbol es un poco anterior, pero mejor dejamos este asunto, que nos desviamos. ¿Por dónde iba?

—Un tal Fausto.

—Gracias. Fausto hizo un pacto con el diablo y vendió su alma a cambio de conseguir todos sus deseos en este mundo.

—¿Qué es el alma?

—Eso también vamos a dejarlo para mejor ocasión. Atención, pregunta, ¿quién desea jugar en el Athletic?

Todas las manos levantadas con sumo entusiasmo. Por un momento Loizaga lamentó no ser un hada madrina de las que conceden deseos con su varita mágica.

—Pero ¿cuánto lo deseáis?

—Muchísimo.

—Todo.

—Infinito.

Estaban excitados, la sola mención de jugar en el Athletic les colmaba su alma, aunque no supieran qué era.

—Muy bien. Ahora imaginad, si podéis, que yo soy el diablo, todo de rojo, con cuernos y eso.

—No es difícil, profe.

—¿Con tan malos ojos me veis?

—No deja usted de ser un profesor.

—Entiendo. Pues soy el diablo y tengo una grandísima cantidad de dinero.

—¿Cuánta?

—Más de la que te puedas gastar en toda tu vida.

Todos pusieron cara de muchísimo dinero.

—¿Preparados? Lanzo la oferta. Como soy el diablo os concedo el deseo de jugar en el Athletic. Repito, ya sois todos jugadores del Athletic. —Lo dijo dos veces para que entendiesen con claridad el mensaje.

Gritos de euforia. En cualquier momento subía la directora a ver cuál era la perniciosa causa de tanta alegría en un centro educativo. Loizaga hizo un gesto de calma con las manos que los alumnos obedecieron al instante. Había mucho en juego.

—Pero también os quiero hacer una contraoferta. Os compro jugar en el Athletic por una cantidad de dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Ahí está la cuestión. ¿Por cuánto dinero venderíais vuestra alma? ¿Cuánto dinero aceptaríais para renunciar a vuestro deseo de jugar en el Athletic? ¿Cuánto valen vuestros sueños? ¿Están en venta?

Manos levantadas. Ya tenían sus cantidades a punto para ser ingresadas.

—Bajad las manos. No me interesa que lo digáis en público. Sacamos el cuaderno y escribimos una cantidad. Hacedme una oferta, que soy el diablo. Tenéis un minuto para responder.

Se pusieron a la labor.

—Repito, quien no escriba una cifra en el cuaderno jugará en el Athletic y si escribes una no jugarás nunca. Yo, el diablo, te compraré tu deseo. ¿Quién quiere hacerse millonario?

Dudaban. En un mundo donde todo seguía un plan marcado resultaba maravilloso observar a un alumno dudando. ¡Bendita incertidumbre!

Pasó el minuto.

—Bien. Se acabó el tiempo.

No sabía cuántos alumnos habían vendido su alma al diablo. Tampoco le importaba, cada cual construye sus deseos y luego los traiciona por el dinero que quiera. Como dicen ahora los jóvenes, cero interés. El profesor solo quería hacerles conscientes de que el dinero puede comprar hasta sus sueños. O no. Nada más.

Y cogió una regla que tenía un alumno sobre la mesa e hizo un gesto como si tuviese algo en la mano.

—¡Humanos todos! Con esta varita mágica, yo, el diablo, vestido de profesor os digo: deseo concedido.

Rieron. Mucho. Caras satisfechas. Seguro que lo contarían por ahí. Hay días que la escuela merecía la pena, sobre todo si el profesor de turno se comportaba como un gilipollas.

—Ahora, y solo por curiosidad, ¿cuántos de vosotros habéis escrito?

Brazos levantados. Casi todos los alumnos tenían un precio por el que renunciar a su sueño.

—Yo he puesto…

—No, no, no. No quiero saberlo. Guardadlo en lo más profundo de vuestro corazón. Quizá en alguna ocasión el diablo de verdad os tiente y os acordéis de mí.

¿Acordarse de un profesor? Qué cosas más extrañas. De verdad que el profesor de Filosofía tenía bien ganada la fama de raro.

—¿Y cuántos de vosotros no habéis escrito nada?

Solo dos manos levantadas.

A Loizaga le entró la curiosidad.

—¿Y por qué?

—A ver. No soy tonto. Miradme. —Y se levantó para que fuese bien visible. Era el alumno más gordo de la clase—. Sé que nunca me fichará el Athletic. Por eso me quedo con la primera oferta, no hay dinero en el mundo para que renuncie a jugar en el Athletic. Ya estoy viendo la cara de mis amigos, de mis padres, de todos.

Abucheos del respetable. Así son los adolescentes, siempre convencidos de que si no piensas como ellos te conviertes en digno merecedor de sus desprecios.

—¿Y tú? —preguntó Loizaga al otro objetor de la causa común.

—A mí no me gusta el fútbol.

Así de sencillo.

Y se acordó de su hija y el opio del pueblo.

30

—Hijo, me muero —dijo Norberto padre.

—Bueno, aita. Pero vamos a conseguir que suceda dentro de muchos años.

—Ay, Norberto. Los jóvenes os creéis dueños de todo, pero el tiempo es inexorable. No se puede luchar contra la muerte.

Cuando su padre se ponía profundo no había posibilidad de respuesta. Mejor dejarlo estar.

Le agarró la mano.

—Y bien, ¿qué tal fue ayer el partido?

—Para qué preguntas si ya lo sabes —le respondió el hijo.

—¿Cómo? Estoy ciego.

—Pero oyes. Sé que sigues mis partidos por la radio.

—No sigo tus partidos. Yo escucho al Athletic. Da la casualidad de que tú juegas en nuestro equipo, como lo hizo tu padre, tu abuelo, tu bisabuelo, etcétera. Si no fueses futbolista también escucharía los partidos del Athletic por la radio.

—Vale.

No quería polemizar, tan solo esperaba el consuelo de su padre, que nunca se acababa de producir, ni de niño. Siempre había que mejorar, estar a la altura del apellido, aunque ninguno de sus predecesores había sido la estrella del equipo, su delantero centro,

el futbolista que si pasaba una mala racha conducía al Athletic a puestos de descenso.

—¿Qué tal jugaste?

—Mal.

—Eso dice la radio. ¿Te pasa algo? ¿Estás preocupado con alguna cuestión? ¿Mujeres?

—No, no. Va todo bien. Bueno, me preocupa tu salud.

El padre sonrió. Tampoco debían de ser muy frecuentes las muestras de cariño del hijo hacia el padre. Loizaga, que escuchaba la conversación en riguroso directo a través del micrófono incorporado en el rosario del padre Aguirre, pensó cuánto de beneficioso sería un curso de expresión emocional para los varones bilbaínos entre los diez y los noventa años.

—Pero mi salud no condiciona tu rendimiento. Llevo tres años ciego en silla de ruedas y la temporada pasada metiste veintitrés goles.

—Es cierto.

Se quedaron medio minuto en silencio.

—¿Por qué no te casas con una buena chica en vez de…?

En vez de salir con tantas…, pero no lo dijo. Para Norberto padre, hacer lo que siempre se hizo era la mejor garantía de acertar.

—Estoy en ello, padre, estoy en ello. Ya no salgo con tantas chicas.

Asintió abriendo más los ojos, aunque no podía ver.

Otro medio minuto en silencio.

—Hijo, ¿por qué no renuevas con el Athletic?

—¿Tú también, padre?

—Haces un contrato por muchos años y te quitas la presión, la gente será más benévola con tus errores, te verá como uno de ellos.

—Mi representante dice que esperemos.

—¡A la mierda tu representante! —gritó mientras daba un manotazo en el respaldo de la silla de ruedas que resonó por toda la sala de visitas.

El vigilante jurado se puso en pie presto a intervenir, pero Norberto hijo lo tranquilizó con un gesto.

—Ya sabes lo que pienso de los representantes. No son de fiar. El fútbol no es un negocio —afirmó algo más calmado.

Vuelta al silencio.

—Mira, aita. ¿Quieres que te sea sincero?

—Te lo ruego.

—Mírate. Tres años postrado en una silla de ruedas, ciego, con un soplo en el corazón y un tumor cerebral inoperable quizá producto de los miles de cabezazos que diste a un balón de fútbol.

—Eso no puede demostrarse.

—Y mira dónde te encuentras, en un hospital privado pagado porque tu hijo tiene representante y consiguió un gran contrato. Ya, ya lo sé, los tiempos de ahora no son los de antes. ¿Cuántas Copas del Rey tienes, padre?

—Una.

—¿Y Ligas?

—Dos.

—Los tres últimos títulos conseguidos en treinta años y no puedes pagarte un hospital para enfermos terminales.

Norberto hijo había ido aumentando el dial de su argumentación, hasta el punto de que se podía escuchar la conversación desde cualquier rincón de la sala. Decidió bajar el tono.

—Quizá el fútbol no debería ser un negocio, pero lo es. Quizá la enfermedad no debería ser un negocio, pero también lo es. Yo no pongo las reglas, pero tengo que jugar con ellas. Quiero pagar las facturas de tu enfermedad.

—No hace falta, puedo morirme tranquilo.

—Pues, entonces, quiero pagar las facturas de mi futura enfermedad.

Se quedaron unos segundos en silencio. Aunque no se veían, cada uno miraba en dirección contraria.

—¿El Athletic te paga mal?

Ciego y con un tumor en la cabeza que, en opinión de Loizaga, no le impedía razonar con elegancia. El profesor, desde la camioneta camuflada de la Ertzaintza, recordaba a Norberto como un defensa luchador, pero jamás creyó que pudiese pensar con tanta claridad. Todos los futbolistas parecían casi idiotas. En el fútbol no había intelectuales, porque la inteligencia era asunto serio y el balompié un bárbaro entretenimiento de masas. ¡Qué se puede esperar de unos tipos corriendo con medias hasta la rodilla! El opio del pueblo.

—El Athletic me paga bien.

—¿Entonces?

—Nos lo estamos pensando, aita. No es solo cuestión de dinero, también de proyecto. Quiero conseguir dos Ligas y una Copa, como mínimo.

El padre cabeceó, entendía los deseos del hijo.

—Ahora bien, no quisiera hacer lo mismo que tú —respondió el hijo.

—¿Y qué he hecho yo?

—Matarte por el Athletic para acabar destrozado recién cumplidos los sesenta años.

Norberto padre lo miró fijamente con unos ojos que no veían.

—Yo no lo veo así. A mí el fútbol no me ha quitado la vida, me la ha dado. Todo lo que soy se lo debo al Athletic. Escucha bien a tu padre.

Cogió aire con fuerza.

—Ahora que el viaje está terminando, no cambiaría ni un segundo de mi vida. Y aunque muera joven, te diré que he tenido una vida plena. Jugar al fútbol en el Athletic me ha llenado.

—Lo sé, aita.

Pero no encontró más palabras para calmar los sentimientos de su padre. Tampoco había mucho más que añadir. Loizaga aplaudió desde la furgoneta, hostias, qué radionovela, ni escrita por el mejor guionista. Vencedor a los puntos, Norberto padre, quien, convencido de haber ganado la disputa, dijo las últimas palabras.

—Prométeme que no cometerás el error de jugar en otro club.

—A no ser que el Athletic no me quiera.

—En tal caso, no tengo nada que decir.

Pero no lo verbalizaba.

—¿Me lo prometes?

—Sí, aita.

Que sonó a obediencia de un hijo para con su padre, encaminada principalmente a dejar de hablar del asunto. Y, como estaba moribundo, añadió:

—Haré todo lo que pueda.

El enfermo se llevó la mano a la cabeza en señal de dolor, lo que precipitó la llegada de la enfermera y la salida de la visita, que se despidió con un beso y el compromiso de volver pronto, quizá mañana.

Loizaga no acababa de comprender el significado de las palabras de Norberto hijo. ¿Qué había querido decir? La ausencia de lenguaje no visual dificultaba la interpretación. Román le pidió que se quitase los cascos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Román.

—No sé. Tengo que volver a escuchar la conversación.

—Yo también quiero oírla unas cuantas veces.

—Pues después lo comentamos.

31

Como decía la canción, el portazo sonó como un signo de interrogación, al menos para Matilde. No fue un estruendo de enfado, pero tampoco un cerrar la puerta normal. Algo importante le estaba sucediendo a su jefe, el joven futbolista Norberto Lopetegui, por momentos gay, en otras ocasiones macho alfa, pero para todos, frustrante delantero centro. Podía decirse que era el tipo que más emociones despertaba en Bilbao y no todas positivas.

—¿Una kombucha? —sugirió Tilde, la chacha especializada en clientes top de alto standing.

El futbolista emitió un gruñido por respuesta, que la criada tomó como un sí con mucho arrojo interpretativo. Luego, encadenando una serie de guturalizaciones de enfado, se dejó caer de golpe en el sofá, no sin antes chutar un paragüero que esparció su contenido por la alfombra. Tilde, con esa delicadeza que tienen las que reciben sueldos directos de los ricos, dejó el vaso de kombucha sobre la mesita del salón sin ser percibida. Lo miró. Parecía un asunto importante. Había que intentarlo.

—Está fría, como a usted le gusta.

Entonces, Norberto se percató de su existencia, lo que hizo que saliese de sus pensamientos negativos. Parecía a punto de llorar o quizá recién llorado.

—Ya sé que no me compete, pero Tilde no tiene ningún inconveniente en escuchar el problema del señor. En ocasiones, hablar ayuda.

Dicho lo cual, ama Loizaga no se movió ni un milímetro del centro de su campo visual. Su hieratismo era toda una declaración de intenciones.

—Mi padre —dijo por fin el futbolista.

—¿Qué le pasa al padre del señor? ¿Ha empeorado?

—No, no. Sigue igual de mal que hace unos días. Tiene un tumor en la cabeza y sin embargo sigue diciéndome qué debo hacer con mi vida.

Entonces, Norberto hizo un pequeño movimiento de su cuerpo dejando espacio a Tilde para que se sentara en el sofá, a su vera. No fue una invitación con la mano, ni se lo ofreció de palabra, tan solo un leve gesto que la criada aprovechó y, por supuesto, se sentó.

—No se lo tome a mal. Los padres siempre estamos ordenando la vida de nuestros hijos.

—¿Es usted madre?

—De un hijo, aunque me suele gustar olvidarlo.

Y le guiñó un ojo. Primer acercamiento conseguido. Aunque todavía no existía contacto físico, ya ocupaban un espacio conjunto y se encontraban a la misma altura. Ama Loizaga clavó los ojos en su presa. Con lo grande y fuerte que se mostraba, esa suficiencia física que daba envidia y placer al mismo tiempo, parecía un joven débil de mente.

—Seguro que es un buen hijo —dijo el futbolista.

—No se crea —contestó ama Loizaga—. Para los años que tiene me da demasiada guerra.

—¿Cuántos años?

—Uy, no sé. Unos cuarenta y pico.

Rieron. La risa en común era el segundo triunfo. Solo las personas que se respetan ríen juntas.

—Ahora en serio, la relaciones padre e hijo nunca resultaron fáciles. Generaciones distintas, intereses contrapuestos. Y luego está aceptar al otro.

—Mi aita quiere que renueve por el Athletic.

Ama Loizaga se sirvió un vaso de kombucha para disimular su contento. Por fin estaba empezando a creer que jamás hablarían del asunto. Dio un trago, que no le supo ni bueno, pero puso cara de disfrutar de la bebida.

—¿Y por qué no le da ese gusto a su padre?

Iba a decir «moribundo», pero le pareció excesivo.

—No es tan fácil.

—Perdone mi ignorancia, pero no entiendo la dificultad.

Norberto dio otro trago a la kombucha, como quien necesita beberse un whisky para empezar a pensar.

—Han intentado matarme, Tilde.

Ama Loizaga no debía saber nada del intento de asesinato. Oficialmente era una alergia recién conocida. Solo el círculo más íntimo conocía la información.

—Oh, ¿matarlo?

La verdad, no sabía cómo debía interpretar Tilde este nuevo giro del relato. ¿Cómo se comporta una criada de alto standing ante la

proximidad de la muerte? Miró fijamente a su jefe, estaban enfrente uno del otro.

—¿Puedo? —pidió permiso Tilde.

Norberto aceptó con la cabeza. Y entonces, la criada abrazó al señor como solo lo haría una madre a su hijo. Tercer y definitivo paso dado, el contacto físico afectivo. La relación se había fraguado desde el vínculo emocional. Aquella mujer que podría ser su amama estaba abrazando a un delantero centro del Athletic que alguien había intentado asesinar. Norberto rompió a llorar. Ama Loizaga pensó en la fragilidad de los héroes actuales, juguetes rotos.

—Cuénteme —pidió después de darle un pañuelo de papel para que se secase las lágrimas.

—¿Te acuerdas de la alergia al bacalao? Pues no fue un accidente. Alguien puso polvo de bacalao en mi bebida isotónica. Si no llega a ser por la intervención de los médicos, me hubiese muerto allí mismo.

—¡Hostias!, ¿asesinato? —gritó Tilde ante una información que ya conocía.

Norberto asintió con la cabeza.

—¡Asesinato! ¡Qué fuerte!

Norberto volvió a asentir.

—¿Y todo por no renovar por el Athletic? ¡Qué fuerte!

Entonces, Norberto negó con la cabeza. El nuevo gesto resultó inesperado para ama Loizaga.

—Al revés.

—No comprendo —dijo la criada.

—Me van a matar si renuevo con el Athletic.

32

Las pesquisas policiales seguían en punto muerto, aunque la expresión no fuese la más oportuna para la ocasión. La investigación de las huellas dactilares empezaba a cerrarse en falso. De los cincuenta y muchos sospechosos que viajaron en la expedición a Barcelona habían cotejado todas las huellas menos una, con cero resultados. O daba la increíble coincidencia que el asesino frustrado de Norberto fuese la única persona que quedaba sin descartar o nadie del Athletic había intentado matarlo. También el vaso de Cosme Usandizaga lo eximía. Y el de Borja Sitrug de Noruega. Seguían teniendo una huella desconocida. Antes de trazar otras vías de investigación, debían descartar al último sospechoso.

La agente Zurriola llamó por teléfono a la consulta privada del fisioterapeuta del Athletic, Alberto Martínez, por un dolor de espalda insoportable que le hacía imposible seguir viviendo. Fue tan insistente en la gravedad del daño que Alberto la citó a última hora del mismo día, cuando ya había despachado a todos los clientes con cita previa. En ocasiones, le tocaba trabajar más allá de las nueve de la noche, porque, como él decía, los dolores no entienden de horarios.

Alberto, como no podía ser de otra forma, jugó en el Athletic hasta juveniles, e iba para promesa, pero una tríada de rodilla lo alejó de los campos y nunca volvió a recuperarse. Acto seguido fue abandonado por la novia que tenía y le tocó estudiar, necesitaba labrarse un futuro. Dado que se pasó media juventud recuperándose de su lesión para volver a caminar, decidió hacer fisio. Enseguida el club llamó a su puerta, estaba en deuda con el chaval, se había roto jugando al fútbol en el Athletic.

Zurriola se esperaba a un tipo entradito en años, quizá calvo, con su barriguita cuarentona, y las manos hinchadas de dar masajes, y se encontró un maromo —hablaba en estos términos cuando el varón la atraía— sin grasa corporal y unas manos poderosas. Cuando le pidió que se desnudase para comprobar el estado de su espalda, tuvo que decirse a sí misma que sus palabras tenían otro significado. Le dio una especie de pijama que se abría por la espalda, como los de los hospitales, y le pidió que se cambiase en el baño.

La agente Zurriola padecía de la espalda y de la abstinencia, por culpa de un marido músico que solo tocaba la guitarra, pero ese era otro cantar. Se tumbó en la camilla y se encomendó a los designios de los dioses. Por un largo momento, había olvidado el motivo de su visita. En ocasiones, las mínimas, su trabajo le daba ciertas satisfacciones. Según Alberto, tenía una contractura postural debido a una desviación de columna y un mal sentarse.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy secretaria de dirección —mintió.

—Pues debe comprarse una silla ergonómica especial.

Por supuesto que el tal Alberto no se había fijado en la condición de mujer de Zurriola, pero a ella no le importaba; hoy y ahora, sintiendo el dolor del masaje sobre la contractura de su espalda, nada le importaba. Después procedió el buen mozo a una serie de estiramientos de huesos y músculos, más parecidos al contorsionismo, que hizo que la asiese de muchas partes de su piel, ¡oh, qué maravilla!; no pensaba darle detalles al agente Mintegi, no lo entendería. Tampoco pensaba dejarlo reflejado en el informe, que hay sensaciones que se pervierten si se escriben en palabras. Estaba a punto de abandonar la consulta, cuando recordó que debía llevarse una huella dactilar. Entonces, apurada, robó un vaso que había sobre el escritorio de la consulta. Se fue directa a la unidad de policía científica.

—Traigo la última huella —gritó emocionada mientras abría los brazos con las manos vacías.

—¿Dónde está? —preguntó su compañera.

—En todo mi cuerpo —respondió con cara de satisfecha.

Las chicas de la Científica rieron.

—Aunque, bien pensado, estas huellas me las quedo para mí.

Y sacó el vaso del bolso.

—Toma.

Al día siguiente se comprobó lo que todos en la comisaría preveían. No había coincidencia en ninguna de las huellas dactilares de la lista oficial de participantes en la expedición, nadie de los que viajó oficialmente con el Athletic había manipulado la botella isotónica de Norberto. Tampoco personajes de sospechosa reputación según la opinión de Garganta Profunda, como el asesor Cosme o Borja el representante. Después de un mes de pesquisas, del millón de seguidores rojiblancos solo se habían descartado a medio centenar largo. Contando con que algunos estuviesen fichados por delitos anteriores, por ejemplo, un par de miles, ponle tres mil, todavía quedaban infinitas pruebas dactiloscópicas por realizar. Con estos avances, la principal causa incriminatoria quedaría inutilizable, no podían analizar un millón de vasos con su correspondiente huella. Las chicas de la Científica dejaron caer la necesidad de no gastar más recursos públicos hasta que se consiguieran indicios más sólidos, no quedaba tanta cristalería en Bilbao.

Las informaciones de Garganta Profunda tampoco aportaban avances. El famoso documento conocido como El Pacto no aparecía por ningún lado, hasta el punto de que nadie confirmaba su

existencia. No podían pedir una orden de registro para entrar en el despacho del asesor principal del Athletic o en la oficina del representante del futbolista. Ningún juez se arriesgaría a molestarlos por un simple papel. Además, si el documento era la clave para resolver el intento de asesinato, ¿estaría en un sitio accesible a un registro policial? Mejor en la caja fuerte de un banco, por ejemplo.

Según la opinión del profesor Loizaga, algo sí tenían claro. Por la razón que fuese, para él desconocida, la sola mención de las palabras «El Pacto» generaba mucho nerviosismo, cierto enfado y conseguía que las conversaciones se terminasen de inmediato. Había sucedido tanto con Cosme como Borja. ¿Por qué?

Más esperanzas tenían con la nueva vía abierta en la investigación tras la confesión de Norberto hijo a su criada Tilde. Había un micrófono con forma de botón en el vestidito de punto que adornaba la botella de kombucha. Que Tilde hiciese punto bobo era muy random. El oficial Escudero y el profesor Loizaga, ambos por separado, escucharon la grabación una docena de veces mínimo. Todo se resumía en la frase final: «Van a matarme si renuevo con el Athletic». Según Norberto Lopetegui, las amenazas a su vida no provenían de los miles de seguidores que deseaban que renovase con el Athletic, sino de alguien que deseaba precisamente lo contrario. Parecía obvio que debía fichar por otro club. Tampoco se decía por cuál.

Aquel giro descolocó a Loizaga, que tuvo que darse largos paseos nocturnos por la ría de Bilbao, cual peripatético, pues le ayuda a pensar bien. A la primera conclusión que llegó fue que el jugador manejaba información desconocida por ellos. Algo había sucedido, quizá una visita intimidatoria, unos matones. Claro que eran especulaciones.

Loizaga también daba por cierto que Norberto no se refería a las simples amenazas de las redes sociales efectuadas por los seguidores de los dos grandes clubes que le pretendían. Renovar por

el Athletic implicaba no fichar por alguno de ellos. Las redes sociales rebosaban de mensajes de ánimo para el futuro jugador del Real Madrid o del Barcelona. Y de insultos si la elección fuese la contraria. Imágenes con la camiseta de ambos equipos. Anécdotas de cuando dio un like a un post de un jugador del Madrid u a otro del Barcelona. La ocasión donde se le vio comiendo unos callos madrileños frente al día que pidió una crema catalana. Señales, el mundo estaba lleno de señales. Por supuesto, que todos estos descifradores de enigmas daban por hecho la marcha de Lopetegui del Athletic. Esta cuestión ni se discutía.

No. La amenaza de muerte era más seria. Hasta el punto de darle un shock anafiláctico. Entonces, Loizaga recordó las palabras de Cosme Usandizaga. No necesariamente tuvo que ser un intento de asesinato, podía quedarse en la consumación de una amenaza. La presencia de los médicos en el campo y la existencia de inyectables de adrenalina en sus botiquines reducían a casi cero la posibilidad de muerte. Si hubiesen querido asesinarlo con polvo de bacalao, pensó Loizaga, mejor cuando estaba en casa o en un restaurante, lejos de médicos con inyectables.

No. Descartado el intento de asesinato, ¡era una puta amenaza! Y el mensaje podría ser bien claro: no renueves por el Athletic.

¿Había gente dispuesta a matar por un contrato futbolístico? Entonces, a Loizaga le sobrevinieron las palabras de Borja: el fútbol era uno de los negocios más lucrativos del mundo actual. ¿Está la gente dispuesta a matar por dinero? Por supuesto que sí, podía comprobarse todos los días con solo abrir los ojos a la realidad del mundo. No solo estaba dispuesta, sino que lo hacía de continuo. ¿Alguien mataría a Lopetegui si renovaba por el Athletic?

Y aquí resonaron en la cabeza de Loizaga las enigmáticas palabras: «El Pacto».

Cuando Loizaga puso en común sus reflexiones con su amigo, el oficial Escudero, mientras almorzaban unos huevos fritos con torreznos, que de algo había que morir, ambos llegaron al mismo razonamiento. Primero habló Román y expuso su teoría, que básicamente consistía en la existencia de un chantaje físico, posiblemente en forma de matones y empujones varios, para que Norberto fichase por algún club grande. Habían equivocado el foco, la amenaza venía de fuera. Lo mismo que pensaba Loizaga.

Pero como eran amigos y Román el profesional en perseguir el crimen, le dejó el mérito del descubrimiento.

—Tienes toda la razón —asintió el profesor—. ¿Cómo no se me ha ocurrido?

La amistad también se construye, pensó Loizaga.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tenemos que presionar a Norberto para que confiese —dijo el policía—. Aunque será difícil.

Loizaga también lo creía.

He aquí la principal conclusión: Norberto había dejado de ser un traidor para convertirse en una víctima.

33

—…

—Señor Loizaga.

—¡Hombre, Garganta Profunda! —exclamó el profesor—. ¿Qué tal va esa voz? Oye, conozco un magnífico otorrinolaringólogo…

—Detecto cierto tono hiriente.

—¿Quién, yo? ¡Qué va! Me llama por teléfono un tipo desconocido que no hace más que darme informaciones irrelevantes y yo, en gratitud, me preocupo por su ronquera. ¿Fumas mucho? Tienes que dejar el tabaco.

—No fumo. Y tampoco tengo tiempo que perder.

—Vaya. Y yo sí. Claro, como soy un simple profesor de Filosofía…

Silencio.

—Creí que era usted ertzaina.

—Pues claro —respondió con rapidez—. Yo soy el ertzaina bromista, ¿le cuento un chiste de roncos? Entra un tipo con la voz ronca en un bar y pide una caña…

—Creo que no estamos avanzando mucho.

—En eso estoy de acuerdo. Más bien nada.

Silencio.

—¿Qué tal con el representante, señor Loizaga?

—Pues mal. Solo habla de dinero, para él no hay amenaza de muerte. Una pérdida de tiempo, como con el asesor. Nos mandas por caminos que no llevan a ninguna parte. Y yo me pregunto: ¿de verdad tienes información importante? El mundo está lleno de listillos.

—Tiene que confiar en mí. Lo sé todo.

—Ya.

—No parece muy convencido.

—Necesito una prueba. Ponte en mi lugar. Un individuo con la garganta destrozada te llama y no quiere venderte un seguro de vida, lo que quiere es transmitirte una información secreta relacionada con un intento de asesinato. Necesito una prueba.

Silencio.

—¿Cuánto tiempo llevan investigando a Norberto Lopetegui?

—Un mes, más o menos.

—En todo este tiempo, ¿a quién han oído hablar de El Pacto?

Solo a Garganta Profunda, pero no respondió.

—¿Han preguntado a Cosme o a Borja por El Pacto?

—Sí.

—¿Y cuál ha sido su reacción?

—No sabría decirle —mintió Loizaga.

—Por lo que dijeron, ¿le parece a usted que El Pacto fuese algo falso? Aunque negasen su existencia, ¿da la impresión de ser una historia inventada por Garganta Profunda?

Se pensó si aceptar la mayor —su existencia— o negarla. Pero de repente le entró una inmensa curiosidad, la misma sensación que sentía cuando se enfrentaba al desvelamiento de la verdad. Por primera vez percibió la emoción de las grandes ocasiones. La curiosidad era siempre bien recibida.

—Sí —afirmó Loizaga.

—¿Sí qué?

—Sí a El Pacto. Ambos sabían algo, aunque intentaron disimular y cortaron la conversación de inmediato.

Loizaga pudo imaginar a Garganta Profunda sonriendo al otro lado del teléfono.

—Pues ahí tiene usted su prueba.

Como prueba resultaba un poco pírrica, pero suficiente para excitar su imaginación.

—¿Quién sabe que existe El Pacto? —preguntó Loizaga.

—Poca gente —respondió la voz cavernosa—. Muy poca gente.

—¿Y por dónde tiramos ahora?

—¿Le gusta viajar?

—Depende a dónde y, sobre todo, depende con quién.

Respiró profundo. Se oía su respiración, que no dejaba de ser inquietante.

—Las ciudades no están mal, pero la compañía la encontrará fascinante.

—No tengo todo el día.

—Madrid y Barcelona.

A Loizaga le sobrevino cierto ataque de pánico.

—¿Quiere que investiguemos al Real Madrid y al FC Barcelona?

—Valdría con que preguntasen a sus dirigentes por el posible fichaje de Norberto Lopetegui.

—No creo que nos reciban siquiera.

—Déjeles caer las palabras mágicas.

—¿El Pacto?

—El Pacto.

34

El oficial Escudero preparó de forma exhaustiva el viaje a Madrid. Primero lo puso en conocimiento de sus superiores en la Ertzaintza, después informó al juez y por último llamó al propio Real Madrid. Ninguna de estas tres instituciones expresó su consentimiento favorable, tan solo se dieron por enterados. Redactó el informe, que dejó en el fondo del cajón de los papeles nunca pedidos, solicitó los permisos correspondientes, contactó con las personas involucradas, fijó día y hora y llenó de gasolina el depósito del coche. Sería una visita extraoficial. Loizaga preparó de forma exhaustiva el viaje a Madrid. Pasó dos días investigando dónde iban a comerse un cocido madrileño.

El sábado siguiente, de muy temprano, emprendieron ruta hacia la capital en compañía de Anne Campuzano. ¿Qué mejor manera de demostrar que se trataba de una visita de cortesía que viajando con una jueza en su día libre? En un principio pensaron en no invitar a Anne a la aventura. Pero surgieron varios inconvenientes. Uno de naturaleza investigadora: si la mujer estaba en lo cierto, su sesgo de varones amantes del fútbol les impediría un análisis objetivo de la realidad. Y otro más hiriente para el profesor: cuando Loizaga había decidido dónde quería comerse el cocido madrileño, llamó al restaurante Lhardy y escuchó las siempre desagradables palabras «Lo siento, estamos completos». Luego reservó en otro restaurante, pero se le quedó dentro la frustración. Hasta que Anne, enterada, contactó con el teléfono personal de uno de los catorce propietarios, «un amigo», dijo, y, por supuesto, tenían mesa reservada para tres.

Por tanto, la gestión madrileña consistía en visitar las instalaciones del Real Madrid y luego comer. No hay buen viaje sin buena manduca. En referencia a lo primero, el Real Madrid había aceptado una visita informal donde les recibiría un señor de confianza, alguien

que escucharía como si fuese el máximo dirigente, pero que no tomaría ninguna decisión, un oidor que, por supuesto, nadie conocía de su existencia. Tampoco se trataba de un encuentro secreto, porque ni siquiera era un encuentro, «¿Entendido?», «Entendido». No había más condiciones. Durante el trayecto se contaron algunos chistes propios de la ocasión —uno de Bilbao que va a la capital del reino y…—, pero viajaron más bien en silencio, la carga simbólica del Real Madrid los tenía muy tensos, en especial a los chicos. Anne se sonreía para sus adentros, eran tan predecibles.

Una vez en el espacio convenido para la reunión, Román entregó los tres documentos de identidad para que los reconociesen. Pasaron por un detector de metales y fueron conducidos a una sala con cuadros de pintura contemporánea. Allí había unos cuantos millones de euros colgados de la pared. Se sentaron en unas sillas dispuestas a tal efecto. Al otro lado de la mesa, esperaba otra silla. Por estrictas razones de seguridad quedaba prohibida la sola mención del lugar de la entrevista. Todo el encuentro tenía cierto aire de furtivo. Loizaga estaba encantado, resultaba divertido.

—Buenos días. Perdonen el retraso.

Los chicos se quedaron estupefactos mientras recibían un apretón de manos. A Anne le dio dos besos. ¿Era él?

—Sí, soy yo —dijo leyendo sus pensamientos.

—Nos dijeron que…

—Vi la agenda y me entró curiosidad. Les voy a ser sinceros, le tengo mucho aprecio al Athletic. Y soy un enamorado de Bilbao y del carácter de los bilbaínos.

—Pero nosotros no venimos en nombre del Athletic.

—Lo sé. Por cierto, usted y yo ya nos habíamos visto antes —dijo mirando a Anne—. Hace muchos años, pero luego se lo cuento,

primero tratemos el motivo de su visita. Y bien, ¿qué hacen un ertzaina, una jueza y un profesor de Filosofía en Madrid, además de, posiblemente, comerse un cocido?

Loizaga sintió como si aquel hombre pudiese leer los pensamientos ajenos. Era, cuando menos, un tipo muy bien informado.

—Norberto Lopetegui —dijo el policía.

—Buena familia de futbolistas. ¿El padre o el hijo?

—El hijo.

—¿Qué le pasa?

—Ha recibido amenazas de muerte en las últimas semanas. Estamos llevando una investigación, aunque no es oficial, no sé si me explico.

—Perfectamente.

El hombre pulsó el interfono.

—Adela, tráigame la carpeta roja.

A los pocos segundos apareció la secretaria personal y dejó una carpeta voluminosa encima de la mesa principal.

—En esta carpeta guardamos las amenazas que recibimos en el Real Madrid. Aquí están las del último año. Por suerte, luego ninguna se cumple.

—¿Se acuerda del desmayo de Norberto en el campo del Espanyol? —preguntó el ertzaina.

—Sí.

—Creemos que fue un intento de asesinato.

Por vez primera, su rostro dejó transmitir que alguna información en este ancho mundo le era desconocida.

—¿Por qué lo dice?

—Alguien introdujo proteína de bacalao en el agua que beben los futbolistas durante los partidos. Norberto es alérgico y tuvo un shock anafiláctico. Se salvó porque los médicos del club siempre llevan en sus maletines inyectables de adrenalina.

—Entiendo.

—Todo apunta a que tuvo que ser alguien del club. La oportunidad de manipular el agua en un partido de fútbol está al alcance de muy pocos.

El hombre entrado en años puso su cara de preocupación.

—Y bien, ¿en qué puede ayudaros el Real Madrid?

—Queremos saber si el Real Madrid tiene un precontrato con el jugador —dijo Loizaga para descargar el foco de Román.

—No entiendo la relevancia de dicha información.

—Es una de las líneas de investigación —continuó Román—. Si el jugador se va libre del Athletic, sin ni siquiera pagar su cláusula de rescisión, quizá alguien del club sienta que su empleo está amenazado.

—Si pudiésemos confirmar la existencia de una oferta del Real Madrid —apuntó Loizaga—, reduciríamos el círculo de sospechosos a aquellos que realmente puedan conocerla, es decir, necesariamente los más íntimos.

Se quedaron callados esperando las palabras del gran hombre, pero no hablaba, estaba sopesando.

—Me piden ustedes que rompa la regla de silencio que yo mismo he impuesto en el Real Madrid.

Pero así son los dioses, pensó Loizaga, capaces de poner normas que ellos mismos no están obligados a cumplir.

—Lo haremos, entonces, de otra forma —sugirió Román—. Yo pregunto y usted, inocentemente, responde.

Asintió.

—¿Al Real le interesa Norberto Lopetegui?

—Al Real Madrid le interesan todos los grandes jugadores.

—¿Y Norberto?

—Me dicen los especialistas que puede llegar a ser un top 10.

—¿Pagaría el Real Madrid por su contratación?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De cuánto valga, de lo que quiera cobrar, de si hay que pagar la cláusula de rescisión…, pero, sobre todo, depende…

—¿De si…?

—De si quiere venir el jugador. Nosotros le ofrecemos la posibilidad de jugar en un grande.

—El Athletic es un grande —saltó Loizaga.

—Lo sé. Pero el Real Madrid es el más grande.

—¿Se refiere a los títulos?

—Por ejemplo.

—Nosotros tenemos una afición como hay pocas en el mundo.

—Es cierto. El Real Madrid también tiene una gran afición repartida por todo el mundo. Y nuestros seguidores nos demandan títulos.

—Nosotros preferimos jugar solo con los de casa antes de…

Anne tosió. Se notaba que había sido forzado, el típico ruido que se hace para interrumpir en una conversación. Fue algo así como «Señores, por favor, compórtense».

—De todos modos —dijo quien hablaba por el Real Madrid—, no tenéis nada que hacer.

—¿Porque no tenemos tanto dinero?

—El fútbol no es solo una cuestión de dinero. El fútbol es poder. Jamás confesaré haberlo dicho…

Bebió una pizca de agua y tomó aire para darle toda la fuerza escénica posible.

—Bilbao no puede ganar el mismo número de Ligas que Madrid. A los hechos me remito.

Nadie dijo nada, ni siquiera Loizaga tenía objeciones. Los hechos siempre son contundentes.

—Los grandes jugadores, lo siento, tienen que acabar en el Real Madrid.

—¿También Norberto Lopetegui?

—No me refiero a un jugador en concreto, que puede no terminar jugando aquí. Es más profundo. Me refiero a lo que siente un

jugador cuando escucha la oferta del Real Madrid. No puede decir que no. Yo lo llamo poder.

—Es lo mismo que siente un niño en Bilbao cuando escucha la palabra «Athletic».

—Lo sé. Y me parece admirable. Pero lo vuestro se circunscribe a Bilbao. Yo estoy hablando de todo el mundo.

Volvió a carraspear Anne.

—¿Hay una oferta del Real Madrid por Norberto? —preguntó la jueza.

El hombre asintió con la cabeza. Había que estar allí presente para darse por enterado.

—Y diré algo más, me han caído ustedes bien. El Athletic fue el primero en ser informado. Si viene libre, veinte millones por temporada. Menos, si hay que pagar la cláusula de rescisión de contrato. Nos vamos a gastar la misma cantidad de dinero. El jugador decide.

Pues ya estaba todo dicho, pensó Loizaga. El hombre más ocupado del país se levantó para despedirse. Estrecharon de nuevo las manos. Para Loizaga, el personaje ganaba en las distancias cortas, un tipo interesante.

—¿Qué sabe usted de El Pacto? —preguntó Loizaga.

—Déjeme que le dé un consejo, joven. No se crea todo lo que le dicen.

Y volvió a dar dos besos a Anne.

—¿Podría decirme de qué nos conocemos? —preguntó Anne.

—Yo asistí a su boda. Era amigo del padre de su esposo.

—No le recuerdo.

—Es normal. Éramos muchos y hace demasiados años. Por cierto, está usted mucho mejor ahora.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos, su señoría.

Y el gran hombre abandonó el despacho. En pocos segundos aparecía la secretaria de turno para indicarles el camino de salida, tiempo que aprovechó Loizaga para ponerse un guante de látex y robar el vaso de agua donde había bebido el señor tan importante. Román pensó en regañarlo, no necesitaban más vasos, quedaban pospuestas las pruebas dactilares, por supuesto que un hombre tan importante jamás iba a mezclar polvo de bacalao en una bebida isotónica. Luego se dio cuenta de que se trataba de su amigo, el imprevisible Loizaga, quien le sonrió.

—Es para mi colección. Le he cogido vicio.

Anne también se rio y fue una risa cargada de deseo.

El resto de la visita fue un auténtico espectáculo.

Sopa con fideos cabello de ángel, garbanzo de Brunete de nuestra finca, repollo y zanahoria de Carabaña, patata de Granja de los Monjes, chorizo de León, morcilla del valle de Arán, longaniza trufada de cerdos de Euskal Txerri, tocino ibérico, morcillo de buey gallego, tuétano de vaca gallega, jamón ibérico de Huelva, crujiente de oreja ibérica con salsa brava Lhardy, costilla ibérica de sierra de Villuercas y relleno de cocido de ropa vieja. Para terminar, soufflé Lhardy.

Una auténtica locura. Madrid bien vale una misa (y un cocido).

35

En aras de una equidad que no existe en sus prácticas, pues cada uno de los clubes hacen y deshacen a su antojo, pero viven mirándose en el espejo del otro, mientras el resto padece la indiferencia de los medios, cuando no el ninguneo, decidieron ir a Barcelona el sábado siguiente.

Tenía Loizaga una duda existencial sobre cuál de los dos cocidos ganaría los requiebros de su corazón, así que empezó a investigar. Leyó, habló con algún conocedor de aquellos lares y, después de mucho reflexionar, pues no quería dar ventajas a ninguno de los bandos enfrentados, decidió comerse una escudella i carn d'olla en Ca l'Estevet. Anne también tenía el día libre, además de unas inmensas ganas de volver a saludar a Pep y Bea, dueños del restaurante del Raval.

Las gestiones del oficial Escudero para ser recibidos por el FC Barcelona fueron fructíferas y rápidas, solo hubo que dejar caer la buena disponibilidad dispensada por el Real Madrid, ellos no iban a ser menos.

En esta ocasión fueron en tren, lo que les permitió disfrutar de una despedida de soltero en el vagón anterior. Por desgracia, estaban en la trayectoria entre la despedida y la cafetería del tren. La situación fue de lo más esperpéntica. El total de los varones participantes en la fiesta por el futuro enlace nupcial, casi una veintena, incluido el novio, intentó ligar con Anne. A simple vista, estaban todos casados y borrachos. La gente, cuando cree que tiene motivos para hacer algo, se vuelve muy insidiosa. Al final tuvo que acercarse Román a la fiesta, donde iban todos disfrazados de colegialas de la enseñanza privada, sacar su identificación de ertzaina y amenazarlos con parar el tren y dejarlos tirados en una estación perdida de Los Monegros,

seguro que en aquella tierra recibían con gran entusiasmo un tren cargado de jóvenes señoritas con barba.

—Pasen, pasen y siéntense.

Habían entrado en el despacho más importante de las oficinas del FC Barcelona. Un hombre de mediana edad firmaba papeles y hablaba a la vez por teléfono. Con un gesto, les indicó que se sentaran. Debían de ser las únicas personas que en los últimos cincuenta años y estando en dicho despacho no soñaban con salir forrados de dinero. Para muchos futbolistas pisar aquel espacio era el preámbulo del contrato de su vida. La conversación telefónica fue corta, unos cuantos noes y colgó.

—Bienvenidos a Barcelona. ¿En qué les puedo ayudar?

—Norberto Lopetegui —respondió el oficial Escudero.

—Buen jugador. ¡Y qué susto!, casi se nos muere muy cerca de aquí.

Estaba al tanto de todo. Y no parecía querer perder el tiempo con evasivas.

—¿Podemos ser muy directos en las preguntas? —pidió Román.

—Se lo ruego. Estoy muy ocupado.

—¿Tiene el Barcelona un precontrato con Norberto?

—¿O con su agente? —puntualizó Loizaga.

—El Barça no habla de jugadores con contrato en otros clubes. Lo siento, no puedo ayudarles. Además, ¿no entiendo por qué puede interesarle a la policía vasca que exista un precontrato?

—El episodio de Cornellá, el partido con el Espanyol.

—¿Sí?

—Fue un intento de asesinato.

Puso cara de sorpresa. Un futuro jugador de la entidad no puede sufrir atentados. Un futbolista muerto ya no es un activo, no se puede comprar ni vender. Y tampoco mete goles.

—Alguien intenta asesinar a Norberto —puntualizó Loizaga—. Creemos que la causa puede ser su próximo fichaje por el Barcelona.

—Pero nadie ha dicho que lo hayamos fichado. Hasta el 1 de enero no puede llegar a ningún acuerdo con otro club. Falta un mes y pico.

Dio la impresión de que tenía un calendario donde iba tachando los días que faltaban para terminar el año.

—Por eso estamos aquí. Creemos que el autor material del intento de asesinato conoce la existencia de un preacuerdo… con el Barcelona.

Estuvo a punto de decir «ilegal», pero por ahora un clima de camaradería sería más beneficioso, pensó Loizaga.

—De existir dicho acuerdo reduciríamos drásticamente el número de sospechosos. En Bilbao mucha gente odiará al futbolista cuando firme, pero en estos momentos muy pocas personas lo saben con certeza. Si fuese usted tan amable de confirmarnos el preacuerdo…

—El preacuerdo es ilegal y el Barça no hace nada ilegal.

Y sonrió, de tal forma que resultaba difícil interpretar el verdadero significado de sus palabras. No se sabía si era por el triunfo definitivo en la conversación o por la simple ironía de lo dicho. Como se enrocase con las ilegalidades no llegarían a nada, se dijo el profesor; con la cantidad de leyes que hay en vigor cualquier conducta queda fuera de la ley.

—Pero tenemos un acuerdo verbal. Un acuerdo entre caballeros —puntualizó.

—¿Y en qué consiste… si puede saberse?.

—Hemos fijado las condiciones para un contrato de muchos millones como jugador del Barça en las próximas cinco temporadas.

—¿El jugador ha dado el visto bueno para vestir la camiseta del Barcelona?

—Su agente. Con el futbolista nunca hablamos, es ilegal.

Loizaga puso cara de cansancio.

—De todos modos, deberían tenerlo asumido —informó el gran hombre.

—¿El qué?

—Nadie puede decir que no al Barcelona.

—¿Por qué?

—Es un gran club.

Otra vez la misma monserga. Había más grandes clubes que dioses en el Olimpo.

—El Athletic también es un gran club.

—Grande pero local. El Barcelona es universal. Jugar en el Barcelona colma las aspiraciones futbolísticas de cualquier chaval que dé patadas a un balón. Además del dinero. Lo siento, pero este es un motivo que ni siquiera el Athletic puede contrarrestar. En el Barça le ofrecemos la posibilidad de ganar la Liga, la Champions. Ya lo dice el lema: «el Barça és més que un club». Representa al pueblo catalán. Por cierto, un pueblo que siempre quiere triunfar.

—No todo el mundo juega al fútbol para ganar títulos —defendió Loizaga.

—No sea usted ingenuo.

—También podría fichar por otro equipo —intervino Anne—, por ejemplo, el Real Madrid.

El dirigente del Barça se quedó paralizado, quién sabe si por oír hablar a la mujer o por escuchar las palabras que nombraban a su más eterno enemigo. Necesitaba un poquito de agua para que le pasase el aire por la tráquea. Cogió un vaso y bebió un trago largo.

—Norberto tiene una oferta del Real Madrid sobre la mesa —continuó Anne—. Hablamos con ellos la semana pasada.

—¿De cuánto dinero… si puede saberse?

—No puede decirse.

—¿Ni siquiera a mí?… En confidencia.

El mandamás puso su perfil más atractivo.

—Fue un acuerdo entre caballeros —sentenció Anne.

Y sonrió. Jamás pensó que pronunciar esas palabras le provocarían una sonrisa.

—Creo que son treinta millones —mintió Loizaga.

Anne lo miró sorprendida.

—Lo siento. Yo prefiero que fiche por el Barcelona antes que por el Real Madrid.

Y el gran hombre se quedó muy satisfecho. Unos tipos muy simpáticos, venidos de Bilbao que, dadas sus dotes de persuasión

dialéctica, acababan de confesar por cuánto dinero pretendía el enemigo fichar a Norberto Lopetegui.

A Loizaga le entró de repente el hambre. Aquella conversación no tenía más recorrido, les esperaba una sabrosa escudella. Se despidieron con un apretón de manos, no sin antes escuchar que el Barça era el mejor club para el crecimiento futbolístico de Lopetegui, por encima de cualquier otro, como si ellos tuviesen capacidad de intervenir en el fichaje de la única persona en Bilbao que tenía, no una, sino dos ofertas, para abandonar el Athletic.

En el trajín de la despedida, Loizaga, que se estaba convirtiendo en un experto de la sustracción con fines no lucrativos, cogió el vaso del hombre tan importante y se lo guardó en el bolsillo del abrigo. A este paso, quizá convendría comprar acciones de empresas fabricantes de vasos de agua, pensó; lo que es el aire de los sitios, no llevaba ni medio día en Barcelona y ya estaba pensando en hacer negocios.

Una vez en la calle, Anne se detuvo a contemplar el rostro de su amigo Loizaga.

—¿Se puede saber por qué le has mentido?

—Yo también quería pronunciar las palabras «Real Madrid» en el despacho del FC Barcelona. La pena que me queda es no haber hecho lo mismo en la otra ciudad. Y debía haber dicho cuarenta millones, a ver si se desaniman.

Sonrieron los tres.

—¿Sabéis? Visto desde Bilbao, son el mismo regalo con distinto lazo.

Escudella i carn d'olla.

Caldo con galet grande, pilota, butifarra negra, tocino, pies, morro y oreja de cerdo, jarrete de ternera y gallina. El galet es una pasta con forma de caracola y la pilota una albóndiga de carne con mitad de ternera y mitad de cerdo.

Otra auténtica locura. Qui no és anat a Barcelona (per una escudella), no és mitja persona.[19]

Empate entre el cocido madrileño y la escudella. Tras mucho pensarlo y encontrando verdad en ambos guisos, Loizaga no sabía por cuál decantarse. Urgía un próximo desempate, quizá en un futuro cercano.

---

19 «Quien no ha ido a Barcelona, no es ni media persona» (refrán).

36

—¡Dos ofertas de veinte millones de euros! —Mikel.

—En realidad, solo sabemos con certeza la oferta del Real Madrid, que efectivamente son veinte millones de euros —Román—. Lo que ha ofrecido el Barça se desconoce, ellos no hablan de dinero, pero han confirmado que tienen un acuerdo verbal con su representante. Posiblemente eleven la oferta a más de treinta millones.

Y miró a Loizaga mientras sacaba a pasear su sonrisa. El profesor podía haber corroborado el comentario con algún sonido, pero se estaba comiendo la última rebanada de pan untada sobre la salsa que quedaba en la cazuela de callos, patas y morros a la vizcaína que se habían endosado, amén de tres kilos de gambones a la plancha y unas zamburiñas para abrir el apetito. Hizo algo parecido a un asentimiento con la cabeza.

—¿Y eso qué es para uno de Bilbao? —Santi—. ¿Acaso el Athletic no paga muy bien?

—Paga bien, pero no tanto.

—Porque nadie lo vale. Ningún jugador vale veinte millones —Óscar.

—¿Sabes lo que pienso? —Palacín—. Que el dinero es una simple excusa.

—No te sigo —Maguregui.

—Los futbolistas piden muchísimo dinero para justificar el porqué se van. Tú estás en un club donde cobras, pongamos que unos diez millones, y de repente te llama uno de los llamados grandes. Y quieres irte, pero no puedes decir que te vas cobrando casi lo mismo

que antes. ¿Cuánto te ofrecen? El doble, veinte millones, para que todos los aficionados exclamen «¡Hostias!, me jode, pero veinte millones es mucho dinero». Para justificarse. ¿Tú qué harías?

—Yo nunca me iría del Athletic —Santi.

—¿Qué razones puede tener ningún bilbaíno para abandonar el Athletic?

—Ninguna.

—Maricón.

—¿Ganar títulos? —Josean.

Y se hizo un espeso silencio, acontecido tras escuchar la palabra tabú. Todos llevaban la cuenta: treinta y cuatro largos años. Varias generaciones de atletitzales jamás habían visto ganar un título al equipo de sus amores. El propio Loizaga era un niño pequeño que apenas recordaba aquellos gloriosos días. La gabarra[20] se había convertido en un ser mitológico que surcaba las aguas de la ría el siglo pasado. Daba la impresión de que solo Iribar recordaba cómo se levanta un trofeo. Lezama coleccionaba antiguos jugadores que jamás ganaron nada con la camiseta rojiblanca. Además, estas cuestiones nunca se trataban mientras bebían tras una jamada, al txoko se viene llorado. Vivían en situación de extrema necesidad.

—Ganar títulos está sobrevalorado —Loizaga.

Nadie se rio. No se admitían bromas. Algunas cabezas se balanceaban en señal de confusión. ¿Quién no quiere ganar títulos? Había pocos lugares en el mundo donde los títulos, por su escasez, estuviesen más valorados.

—Me explico. ¿Cuánto le cuesta a un equipo grande ganar un título? Y no me refiero a dinero. ¿Cuánto tiempo le lleva?

—Uno o dos años. Tres a lo sumo —Iñaki.

—Vale. ¿Cuántos jugadores han ganado títulos con el Real Madrid o con el Barcelona en los últimos treinta y tantos años?

—Cientos —Josean.

—Exacto. Lo raro es lo contrario, fichar por alguno de ellos y no ganar un título.

—¿Adónde quieres llegar? —Mikel.

Todos le dieron otro trago al gin-tonic.

—¿Cuántos jugadores del Athletic han ganado un título en estos últimos treinta y cuatro años?

—Ninguno.

—Pues ahí está la gloria. ¿Qué puede haber más grande que ganar un título con el Athletic? —Loizaga.

Y remarcó las últimas palabras.

—No se trata de la cantidad sino de la calidad —Loizaga—. Para un tipo de Bilbao no hay nada más grande que ganar un título con el Athletic.

—Y exclusivo.

—Muy exclusivo.

—Lo difícil no es ganar un título. Lo difícil es hacerlo con el Athletic.

—Debe ser algo parecido a la gloria.

—La plenitud.

—El éxtasis.

—¡La hostia!

—¡Aúpa Athletic! —alguien.

—¡Aúpa! —todos.

---

20 La gabarra es una embarcación que utiliza el Athletic para festejar sus títulos ante sus seguidores subiendo por la ría de Bilbao.

37

En su condición de Tilde, estaba ama Loizaga meneando el plumero del polvo por la estantería de trofeos, no tanto para disimular, sino que pasaba demasiadas horas en aquella casa y le gustaba vivir en sitios limpios, cuando oyó un ruido de cristales rotos. El reloj del salón marcaba las once y tres de la mañana y el señor futbolista todavía dormía. Luego apareció el miedo, pero lo primero fue la ruptura de la enorme cristalera que daba al jardín. Al girar Tilde la cabeza pudo observar a unos individuos varones con la cara cubierta con pasamontañas y pistolas en las manos. Uno era muy alto y el otro muy bajo, quedando un tercero entre medias. Sus armas, desde diferentes ángulos, apuntaban a ama Loizaga.

Tilde intentó serenarse, consciente de que no era ningún objetivo dada su condición de criada, chacha o señora a cargo del servicio doméstico. Así que agarró con más fuerza el plumero para que no hubiese lugar a dudas ni equívocos. Levantó las manos, eso sí, llevada quizá por el aprendizaje de las películas, pues ella nunca había presenciado un robo real o lo que fuese que estaba sucediendo. Que no venían a pedir entradas para ver al Athletic resultaba evidente.

—¿Dónde está Norberto Lopetegui? —gritó el tipo bajito.

Tenía una voz aguda, muy en consonancia con su estatura; a fin de cuentas, delinquir también era un oficio donde acaban triunfando los más aptos, un bajito con una pistola y voz grave resultaría menos creíble.

Tilde no habló, aterrorizada como se suponía debía de estar, tan solo inclinó la cabeza en dirección a los aposentos del delantero centro.

—Buena chica —contestó.

Acento de Bilbao, estaturas convencionales, sobrepesos estándares, zapatillas blancas. Vestían camisetas del Athletic con el número nueve a la espalda y rotuladas con el nombre de Lopetegui, quizá en una burla al destino, por socarronería o simple coincidencia. No parecían futbolistas porque no llevaban ningún tatuaje visible. Eran, a todas luces, bilbaínos de pro. Tampoco tenían aire de delincuentes profesionales, aunque, ¿qué apariencia tienen los tipos que asaltan viviendas de ricos y famosos? Dos de ellos desaparecieron a la vista de la criada, mientras el más alto le apuntaba con una escopeta.

Enseguida se oyeron unos gritos provenientes de las habitaciones, «Arriba cabrón», y ruido de cosas cayendo, «Vístete rápido o te vuelo los huevos», y puertas cerrándose con fuerza. Tilde bajó las manos sin soltar el plumero producto del cansancio, pero los delincuentes no le dijeron nada. Entonces, ama Loizaga se acordó de la kombucha, que por desgracia estaba refrigerándose en la nevera, con el correspondiente micrófono de escucha, si pudiese sacar la botella al centro del salón, pensó, y alguien al otro lado permaneciese a la escucha de lo que sucedía en la casa, quizá la Ertzaintza podría detener aquello.

—¿Tiene usted sed? —preguntó con amabilidad la criada al tipo grande que controlaba el salón—. ¿Le apetece algo fresquito?

Pero el delincuente la miró con indiferencia desde sus casi dos metros. Debía de tener orden de no hablar, por la razón que fuese. Entonces apareció Norberto Lopetegui con su bata de seda y, dos pasos detrás, una mujer desnuda, apenas con una minúscula braguita. ¿De dónde había salido aquella joven? Era muy guapa, pero desconocida para Tilde. Fue un primer encuentro más bien frío, sin saludos, una en cueros y la otra con plumero.

Ama Loizaga supuso que se trataba de una amante ocasional, que los futbolistas son muy dados a cultivar su fama de promiscuos. La

chica, de no ser por el miedo, podría haber disfrutado de la ocasión, menuda historia que contar luego a sus amigas, follarse al delantero centro del Athletic y despertarse en medio de un robo con armas de fuego.

Quedaba, eso también, despejada la incertidumbre sobre la condición sexual de Norberto, quien había negado sus preferencias homosexuales, al mismo tiempo que su representante utilizaba en las redes sociales dicha acusación con el fin de mejorar su imagen pública. Se había dicho que no era gay con tanta tibieza que pareciese que sí. Ya se sabe que no existían gais en el fútbol mundial, menos aún en el español. La negación de Norberto era lo más equidistante que se podía ser en este tema.

Entonces, ama Loizaga, por solidaridad femenina, se quitó la bata con la que limpiaba la casa y se la puso por encima a la chica cubriendo sus vergüenzas, espectaculares, también hay que decirlo. La chica lo agradeció. Pero cuando la chacha volvió a su sitio, le vino un olor familiar a su pituitaria. Aquella mujer no era una amante ocasional. Reconoció su olor impregnado en las sábanas de la cama matrimonial. La chica posiblemente se marchaba antes de que empezase su jornada laboral. O salía de puntillas sin llamar la atención mientras Tilde limpiaba toda la casa, que era grande y con muchas puertas. Ahora entendía por qué Norberto le había ordenado limpiar el dormitorio principal a partir de las doce de la mañana. El futbolista, por la razón que fuese, escondía a la chica de no se sabe qué miradas.

—Cálzate —ordenó el único de los delincuentes con demostrada capacidad de hablar.

Norberto se puso unas zapatillas de deporte que permanecían tiradas desde la noche anterior a los pies del sofá.

—Si queréis dinero necesitaré mi móvil, en esta casa no guardo ni un euro —afirmó Norberto.

La voz le salió atemperada, muy lejos de transmitir temor, como si nadase en una piscina de dinero y esta gente solo quisiera llevarse un miserable cubo. Había cierto aire de suficiencia en el delantero o quizá su elegante porte hacía parecerlo. La chica respiraba con dificultad, a más velocidad de lo aconsejable, debían darse prisa si no querían que se les desmayase. Ama Loizaga asistía desde un rincón como un espectador olvidado. Hasta para los delincuentes, pensó, las señoras de la limpieza son seres invisibles. Uno de los malos se rascaba el trasero con el cañón de su pistola. La vida de los ricos tiene menos glamur del que aparentan.

Entonces ocurrió algo imprevisto para Matilde. El tipo mediano lanzó un puñetazo al estómago del delantero sin mediar provocación. Fue un puñetazo directo al hígado, bien dado según el criterio de una señora que apenas había visto en su vida un par de tortazos, pero que hicieron que Lopetegui cayese de rodillas abriendo la boca ante la falta de oxígeno.

—Escúchame bien, tuercebotas —comunicó el portavoz—. No queremos que hables. Ni una puta palabra. Tú limítate a obedecer y el secuestro acabará bien. Junta las manos a la espalda.

—¿Secuestro? —exclamó la joven amante antes de desmayarse.

Se cayó todo lo guapa que era, ¡qué forma tan estética de perder el sentido! Lo que tienen las chicas bonitas, que hasta los desmayos son elegantes. Muy flojas estas chavalas de ahora, pensó ama Loizaga, muy flojas. A ella, sin embargo, se le planteaba otro dilema: ¿qué se suponía que debía hacer una señora mayor infiltrada por la Ertzaintza en la casa de un futbolista mientras lo secuestran? Ella se había estudiado el papel de escuchar y limpiar. Se limitó a sonreír, como si estuviese a punto de un ataque de pánico.

—Nos lo llevamos, señora. Si todo sale bien estará de vuelta para la cena. A la comida no creo que llegue, así que puede usted tomarse el día con tranquilidad. Siéntese en el sofá a descansar las piernas y

dentro de media hora llame a la policía, si le apetece. Media hora, ¿entendido?

El secuestrador le daba las órdenes sin soltar un arma que cada poco le apuntaba sin querer. En una de estas se le salía una bala y luego todo son lamentos. Matilde asintió con la cabeza y se sentó en el sofá estirando las piernas. Siempre fue una chica muy obediente delante de una pistola.

—Pasada la media hora puede llamar a los medios de comunicación y vender la exclusiva, seguro que este tipo no le paga lo suficiente. Recuerde, media hora o volveremos para ser muy malos. ¿Entendido?

Lo había comprendido todo, todo, todo, dijo moviendo la cabeza.

—Agur, guapa —se despidió el único secuestrador que hablaba—. ¡Y aúpa Athletic!

—Aúpa —respondió ama Loizaga con cierto miedo.

El bajito le guiñó el ojo. Muy simpático, pensó la criada, lástima que no fuese de su talla.

Los secuestradores no cerraron la puerta al marchar, pues desaparecieron por donde habían llegado, pisando los cristales. Se llevaron a Norberto Lopetegui esposado. Segundos después se instaló el silencio en la casa. Hasta que ama Loizaga escuchó el llanto ahogado de la joven, que de repente había vuelto a este mundo. La señora de la limpieza, sin soltar el plumero que asía fuertemente, la dejó llorar por eso de que la gente exprese con naturalidad sus emociones y porque no pensaba moverse del sofá en media hora.

Allí sentada, un calor interno empezó a adueñarse de su cuerpo, parecido al de la olvidada menopausia. No sabía qué pensar, no sabía qué sentir, pero sí sabía qué hacer: nada. La joven, al

comprobar la pasividad de la criada, se levantó del suelo y desapareció en dirección al dormitorio. Tilde dudaba si vender la exclusiva a los medios de comunicación o se conformaba con subirlo al Instagram. La de followers y likes que tendría si colgaba unos cuantos posts con la noticia («la difícil vida de un ama de llaves en la casa de un futbolista de postín»). Pero desistió, convencida de que al público solo le interesaban las andanzas y vicisitudes de los jugadores del Real Madrid o del Barcelona. El resto de los equipos, ya se sabe, no existen.

A los pocos minutos se escuchó el ruido de la puerta principal cerrándose y supuso que era la joven amante abandonando el lugar del secuestro, sin decir adiós, sin pasar a despedirse. Una chica misteriosa, todo hay que decirlo.

Transcurridos los treinta minutos exactos de sofá, que solo le faltó un té con una nube de leche para interpretar a una criada de mansión cuando los señores se ausentan, cogió el teléfono. Llamó a su hijo.

—…

—¿Norberto Lopetegui, secuestrado? —gritó el profesor Loizaga al otro lado del teléfono.

—En mi presencia, hace treinta minutos.

—¿Estás bien? —denotando preocupación.

—Igual que como llegué esta mañana. Me sigue dando lata el reuma.

—¡Ama! —exclamó el hijo.

—Tranquilo. Ha sido, ¿cómo decirlo?, una experiencia interesante.

—¿Has hablado con alguien?

—No.

—Llama a Román. Y no cuentes nada más a nadie.

¿Quién se había creído su hijo que era? ¿Una vieja cotilla? ¿Una señora rellena de aburrimiento que lucha contra el paso del tiempo lanzando chismes por la ciudad? Además, ¿quién podía creerse que unos bilbaínos habían secuestrado al mismísimo delantero centro del Athletic?

Marcó.

—…

—¿Norberto Lopetegui, secuestrado?

—Hace unos minutos, en mi presencia.

—¿Norberto Lopetegui, secuestrado?

—¡Que sí!

—No digas nada, no te muevas, enseguida estamos allí.

38

Zurriola y Mintegi llegaron antes que nadie al lugar de los hechos y aseguraron el perímetro a la espera de sus compañeros. No parecía que hubiese ningún tipo de actividad dentro de la vivienda. A los pocos minutos llegó la brigada de intervención de la Ertzaintza, una docena de agentes vestidos como si fuesen motoristas, pero con chalecos antibalas y metralletas. Uno de ellos portaba un aparato de metal posiblemente destinado a derribar la puerta. Otros dos agentes con escudos protegían a sus compañeros. Colocados uno detrás de otro, como alumnos pequeños haciendo fila india, esperaban la señal del jefe de la brigada. Todo sucedió con mucha rapidez, derribaron la puerta de dos golpes y entraron en la vivienda apuntando con la metralleta a la altura del hombro.

Ama Loizaga seguía sentada en el sillón como le fue ordenado. Hacía punto, que la relajaba mucho, una bufanda del Athletic que tenía empezada desde que entró a trabajar en la casa del futbolista. Sonrió al verlos y siguió a lo suyo. Los policías revisaron toda la casa, no había nadie más. Después apareció el oficial Escudero con su equipo.

—Entraron por el jardín rompiendo la cristalera con un pico de alpinista —contó la señora a Román sin dejar de hacer punto—. Eran tres y vestían camisetas del Athletic con el número nueve.

—¿Extranjeros?

—No, qué va. De aquí. Solo habló uno, el pequeñajo, pero no tenía acento. Bueno, tenía nuestro acento.

Entonces apareció el profesor Loizaga respirando con dificultad, como si hubiese venido corriendo.

—¿Estás bien, ama? —preguntó.

Nunca le decía «ama».

—Yo sí. Me han tratado muy bien. Hasta me guiñó el ojo el secuestrador.

E hizo el gesto por si no se había expresado bien.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó el oficial Escudero.

Había demasiada gente en aquel salón. Y, acercándose al jefe de la brigada, le dio las gracias por el trabajo, podían marcharse, que cuando tuviese el informe se lo enviase para firmarlo. Con la misma rapidez que entraron se fueron.

—¿Que te guiñó el ojo uno de los secuestradores? —preguntó Loizaga.

—Yo creo que quería ligar.

—¡Ama! Que tienes muchos años.

—Pero este mechón rojo me da un aire más juvenil.

—Seguro que era un tic. Román, buscamos a un secuestrador con un tic en el ojo.

—¿Queréis tomaros el asunto en serio? —interrumpió el policía—. ¿Llevaban armas?

—Unas pistolas, pero no me digas de qué tipo, no entiendo, eran negras. El más alto tenía una escopeta. Llevaban la cara cubierta con pasamontañas. Solo se les veía los ojos, marrones.

—¿Algo más?

—De unos cuarenta y pico años, no estaban en forma, al grande le apretaba la camiseta y el mediano respiraba con dificultad después de darle el puñetazo a Norberto.

—¿Le golpearon?

—Solo una vez, pero se quedó sin respiración. Para mí que el tipo había sido boxeador.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma de golpear. —Soltó las agujas de punto y, poniéndose de pie, reprodujo el golpe—. Así, agachado y colocando toda la fuerza del cuerpo en el golpeo.

Loizaga y Román se miraron sorprendidos. Tres tipos, uno bajito que lleva la voz cantante, otro mediano que maneja el puño como un boxeador y un último grande y gordo, de aquí, vestidos con la camiseta del Athletic, ¿de qué les sonaban?[21]

—¿Piedra, Papel y Tijera? —se preguntó en alto Loizaga.

—¿Hace cuánto tiempo?

—¿Cuatro años?

—¿Quiénes son? —preguntó ama Loizaga.

—Unos delincuentes de San Adrián, exboxeadores, que se dedican a trabajos de poca monta, amenazas, cobro de deudas.

—¿Y qué hacen unos matones de poca monta secuestrando a todo un delantero centro del Athletic?

Se encogieron de hombros. Resultaba bastante inexplicable.

—Por cierto —dijo la madre—. Había una mujer durmiendo con Norberto.

—¿Una mujer? —preguntó Román—. Entonces no es… gay.

A punto de decir «homosexual», pero «gay» le pareció más apropiado.

—Ya se sabe que los famosos no tienen problemas para encontrar con quién pasar la noche —puntualizó Loizaga.

—No, no es ese tipo de relación. La mujer viene con frecuencia a la cama de Norberto. Aunque no la he visto nunca, reconozco su olor en las sábanas. Podríamos decir que es su novia.

—¿Una novia? Primera noticia.

—¡Vaya! —exclamó su madre—. No sabía que los jugadores del Athletic te tuviesen al tanto de su vida amorosa.

—Es un personaje público. Y nadie sabe que tiene novia.

—Los futbolistas también son humanos y se enamoran.

—Va a ser eso —sentenció Loizaga.

—¿El qué? —preguntó su madre.

—La razón de que no mete goles. Una novia formal. Los futbolistas no pueden tener novia formal, en especial los delanteros.

—¿Por qué?

—Se amansan.

—No entiendo.

—Pierden fuerza.

—¿En qué sentido?

—Déjalo.

—Explícame.

—Es muy largo.

—¿No lo voy a entender porque soy mujer?

—Yo no he dicho eso.

El policía pensó que era el momento de interrumpir la discusión de madre e hijo polemizando sobre la vida sexual de los futbolistas.

—¿Y dónde está ahora la chica? —preguntó Román.

—Huyó en cuanto se fueron los secuestradores. Se vistió y se fue, supongo, yo solo escuché un portazo.

—¿La conocías? ¿Te suena de algo?

—No. La mantiene oculta —respondió la chacha Tilde.

—Daré orden de búsqueda. Es testigo de un secuestro —afirmó el policía.

—¡Se busca mujer misteriosa en la cama de Norberto! —vociferó Loizaga.

Román le lanzó una mirada reprobatoria. Estaba juguetón el profesor de Filosofía, quien hizo un gesto de no poder evitarlo.

—Por cierto, ya puedes dejar de interpretar a Matilde —ordenó el policía—. Ha resultado más peligroso de lo que pensamos.

—¿Dejarlo? ¿Ahora que se pone interesante? Ni hablar. No pienso abandonar una investigación sin obtener resultados. Tengo una reputación que mantener.

Y meció el mechón rojo de su pelo blanco.

Los primeros datos del secuestro confirmaban la existencia de una mujer en la vida de Norberto. Aunque el dormitorio relucía limpio de cualquier rastro evidente de presencia femenina, salvo unos pelos púbicos encontrados en las juntas del somier que podían ser de cualquiera, los agentes encontraron una caja pequeña debajo de la colección de calcetines ejecutivos, muy escondida, con media docena de bragas tanga. Una de las chicas de la Científica lanzó la hipótesis de que podía tratarse de una especie de relicario de conquistas, que hay mucho disfuncional por ahí, «a mí me lo van a contar», pero todas las bragas tenían la misma talla. Y lo más definitorio, estaban sin usar. No había ninguna otra prenda femenina en toda la casa. «Esta va a ser de las mías», dijo la otra agente de la Científica, «ya sabes, hagas lo que hagas, lleva bragas». Concluyendo, Norberto Lopetegui tenía una relación afectivo-sexual con una chica misteriosa que guardaba ropa íntima de recambio en lo profundo de un armario empotrado.

Los agentes Zurriola y Mintegi comprobaron la ejecución del asalto. Los secuestradores entraron por el jardín tras saltar la valla metálica exterior por el ángulo menos protegido por las cámaras de seguridad del interior de la vivienda. Una vez revisadas, apenas podía intuirse la presencia de tres cuerpos humanos. Cuando estuvieron dentro, los secuestradores inutilizaron las cámaras con espuma de afeitar, de repente aparecía una mano con un bote y pocos segundos después se dejaba de ver. La Ertzaintza dedujo que los delincuentes podían conocer la ubicación de los dispositivos de vigilancia, aunque también resultaban muy accesibles, como si hubiesen sido instalados más para disuadir que para espiar. Después, rompieron con un piolet una de las grandes cristaleras que daban al jardín y entraron. El piolet fue encontrado en el suelo, pero no tenía huellas. Como ama Loizaga confirmó, los asaltantes portaban guantes. Ausencia de restos físicos y biológicos en el lugar de los hechos. La mancha de

pis sobre la tarima de madera del salón pertenecía a la misteriosa amante de Norberto. Recogieron una muestra, pero sin mucho entusiasmo, hoy por hoy ninguna policía del mundo tiene registro de micciones.

La noticia saltó a los medios de comunicación inmediatamente. El Correia colgó la noticia en su página web media hora después de que la Ertzaintza accediera al escenario del secuestro. Acompañaba el texto una imagen del exterior de la vivienda, que bien pudiera ser de archivo. Lo más sencillo era pensar que alguien había informado al periódico, no necesariamente un participante en la investigación, quizá un ciudadano alertado por el dispositivo policial. En el barrio todo el mundo sabía quién vivía en aquella casa. Por otro lado, muchos de los vecinos eran más poderosos que Norberto, mucho más, aunque menos famosos, también es verdad, ninguno se ganaba la vida jugando al fútbol. Cuando Loizaga se enteró de la pléyade de ricos que respiraban aquel aire tan puro, se acordó de su hija (y luego que el fútbol es el opio del pueblo).

Entonces se formó la mundial. Las redes sociales se llenaron de mensajes de apoyo a Norberto Lopetegui. Por primera vez en siglos todos los aficionados al fútbol coincidían. Un secuestro les parecía un disparate, en especial a los del Real Madrid y los del FC Barcelona, que veían de algún modo comprometidos sus activos. ¡Curiosa la lógica del seguidor de un equipo grande! Con solo mencionar la posibilidad de que un futbolista acabe recalando en tu amado club, ya lo empiezas a considerar algo tuyo. Los medios de comunicación nacionales e internacionales denunciaron furibundos la flagrante pérdida de libertad de un ciudadano del mundo, «¡Atropello inaceptable! ¡Infamia mundial!», bramaban. Y todo porque podía acabar siendo jugador de alguno de los dos equipos. Por supuesto, una vez deshojada la margarita, los fieles del club despechado empezarán a preocuparse por el uso que hacía Norberto de esa libertad de movimientos vistiendo la camiseta del rival.

Sin embargo, no todo fueron parabienes. Más allá de la versión oficial, aparecieron memes tomándose a guasa el secuestro; que si se trataba de un retiro espiritual en busca del gol perdido, que si había sido visto en un coche camino de las otras dos ciudades para firmar un contrato, que si salió a comprar tabaco. Las redes se estaban convirtiendo en el único resquicio de subversión e ingenio, había más talento en los memes que detrás de muchas campañas políticas. También apareció algún post homófobo, innecesario reproducirlo. Pero la policía ya estaba acostumbrada a este tipo de linchamiento digital, de gentes que, ocultos en el anonimato, dicen lo que no se atreven a expresar en público. El tiempo empleado en seguir pistas en las redes sociales, por experiencia, estaba resultando infructuoso.

Entonces, la Ertzaintza pidió la colaboración ciudadana, buscaban una furgoneta blanca, modelo Ford Transit, donde suponían, por una cámara de seguridad colocada al principio de la Avanzada, huyeron los secuestradores. Trescientas cincuenta y siete furgonetas divisadas en el Gran Bilbao en la hora siguiente. No había tantos vehículos de esas características en el parque móvil de la provincia. Lo gracioso fueron los comentarios que acompañaban la delación a la policía. Mucha gente había visto a los ocupantes de la furgoneta blanca donde huían los secuestradores: unos tipos que vestían la camiseta del Barcelona (pues no les llegaba el dinero); unos fulanos enfundados en la camiseta del Real Madrid (pues, aunque les sobraba el dinero, era más barato gratis); unos sujetos de amarillo en representación del Carnaval de Cádiz (ellos sí que necesitaban un delantero centro); la Agrupación LGTBI+ de Marto de Guadiana (defendiendo a los suyos); la Fundación Mundial de Alérgicos (uno de los nuestros); la Asociación Española de Agentes de Futbolistas —AEAF— (con las cosas de comer no se juega); la Peña Athletic Casco Viejo (Aúpa); la Peña Athletic Beurko Berris (Epa); la Asociación de amas de casa de Landabeko (Uf); dos desaprensivos sin identificar (Ja, ja, ja).

Y Mintegi dejó descolgado el teléfono.

Tres horas después había un reel circulando por las redes sociales con las voces de los denunciantes y unas risas enlatadas de fondo. Si no fuese porque la vida de un joven varón sacado a la fuerza de su casa estuviese en peligro, el mundo entero se estaría descojonando de risa. ¿O sí?

El Athletic, por supuesto, emitió un comunicado de condena, además de pedir la suspensión cautelar del partido siguiente, aunque fuese lunes y quedase toda la semana por delante. No solo por la pérdida del delantero centro —que no marcaba un gol desde hacía meses—, también a causa del estado anímico de una plantilla que tenía a Norberto como uno de sus jugadores más queridos. En el comunicado final difundido por los medios se suprimieron las palabras «más querido», para no desviarse del propósito inicial.

«La Liga está siendo adulterada», argumentó el Correia, en un intento de capitalizar el sentimiento de un pueblo, en erigirse en defensor de la mayor fuerza de la naturaleza existente en Bizkaia: los seguidores del Athletic. Pero, pensó Loizaga, ¿cómo se puede adulterar lo que ya está adulterado? ¿En una competición justa no deberían tener todos los participantes las mismas oportunidades? ¿Cómo se acepta una Liga donde los jugadores solo aspiran a jugar —y cobrar— en dos clubes? Mejor si lo llamaban «readulterar». En estos pensamientos andaba Loizaga, el resto de los mortales solo querían ver a su equipo ganar.

Por supuesto que nadie dio crédito a la propuesta de suspender la competición. Ni tan siquiera aplazar el partido del Athletic contra el Levante. Todavía resuenan las risas en los despachos de los mandamases. Había mucho dinero en juego. Y otros asuntos. Un fin de semana sin fútbol en España era fertilizante para la revuelta social, gasolina mejor, miles de ciudadanos siendo conscientes de la precariedad de sus vidas, de su vacío existencial, para el poco tiempo que dejaban de ser trabajadores abnegados, padres o madres a tiempo completo, consumidores enloquecidos, unas putas

y miserables horas ¡y no había partido de fútbol! Iba a tener razón la niña, «el opio del pueblo».

Entonces surgió el milagro de la transmutación de los actos. La prensa lanzó la hipótesis de que quizá no se tratase de un secuestro, pues no había indicios suficientes, decían. La Ertzaintza sí lo tenía claro, con testigos y pruebas, pero la opinión pública siempre se hacía la gran pregunta: ¿qué valor social puede tener el secuestro del delantero centro del Athletic? Ninguno, al menos positivo. Ni para la resolución de la investigación ni para el estado de ánimo colectivo. La felicidad de un pueblo está por encima de la verdad, debieron de pensar los que piensan. Y un secuestro son palabras mayores. Norberto Lopetegui se había ausentado de su chalé una mañana de noviembre, sin causa conocida, voluntariamente o no. En honor a la verdad, había que llamarlo «desaparición». ¿Dónde está Norberto? ¿Por qué se desconoce su paradero? ¿Crisis existencial? ¿Presión social? ¿Salida del armario? ¿Abandono de las obligaciones? Y la gran pregunta: ¿cómo se van a suspender los partidos de fútbol por una extraña desaparición?

En unas pocas horas se lanzaron en las redes sociales los primeros memes poniendo el foco en la compleja personalidad del futbolista. La portavoz de la Ertzaintza emitió un comunicado confirmando la ausencia injustificada del ciudadano Norberto Lopetegui. La policía barajaba todo tipo de posibles causas, «no se descarta nada, seguimos investigando».

Al día siguiente no quedaba rastro de la palabra «secuestro». Tras los noticieros, se emitieron programas sobre la proliferación de los bulos en internet. ¿Era el secuestro del futbolista un bulo? ¿Estábamos siendo manipulados? ¿Debemos tener más cuidado con las noticias que salen en las redes sociales? El Correia sacó nueva portada («Norberto Lopetegui, desaparecido»). La gente no sabía qué pensar en estos tiempos actuales donde campa la mentira y engañar resulta tan fácil, aunque, bien mirado, tampoco cundió la

desesperación, los bares seguían abiertos y se jugaba al fútbol a todas horas.

---

21 De Angulas por Navidad.

39

«… Vamos con las claves del encuentro».

«Yo creo que la clave está en el pésimo estado de ánimo de los jugadores del Athletic. Una victoria en catorce partidos de Liga, que se dice pronto, y fue en agosto. Cuatro meses después y el equipo sigue sin ganar. Parece que los planteamientos del entrenador no acaban de funcionar. El Athletic es un equipo débil mentalmente. Si el Levante empieza marcando, mucho me temo que volveremos a perder».

«¿Y lo de Norberto Lopetegui? ¿Influye?».

Loizaga sonrió. Estaba en su cocina haciéndose la cena —un bocadillo con restos de codillo asado, rúcula y salsa de mostaza, con mucho queso fundido, todo marcado en la sartén— mientras escuchaba el partido. No quiso bajar al bar. Puso la excusa de que tenía que corregir unos exámenes, aunque todo el mundo sabía que el profesor Loizaga no hacía exámenes. El Athletic jugaba tan mal que no quería verlo, prefería oírlo. Loizaga sonrió al comprobar que también en la radio nadie pronunciaba la palabra «secuestro».

«Pues claro que influye. Bueno, no tanto en términos futbolísticos, todos sabemos que Norberto todavía no ha metido ningún gol esta temporada. Pero en términos anímicos. La plantilla tiene que estar muy afectada. Recordemos, el Athletic juega sin su delantero centro, ¡desaparecido!».

«¿Tú crees que este partido debería jugarse?».

«No».

«Pero el calendario está muy apretado. Hay muchos intereses en juego».

«Tú me has preguntado sí debería jugarse y yo creo que no. Te diré más, ¿qué hubiese pasado si hablásemos del delantero centro del Real Madrid o del FC Barcelona…».

Aunque nadie quiso terminar la frase por demasiado comprometida, el silencio en la radio siempre resulta muy elocuente. Y el operador actuó rápido al corte, que se dice en el lenguaje futbolístico.

«Ven a disfrutar de los sándwiches del bar El Eme, con su famosa e inimitable salsa secreta».

Loizaga dio un gran mordisco al bocadillo. Le faltaba un poco de fuerza, como a la delantera del Athletic, ¡qué cojones!, a todo el equipo. Abrió de nuevo el frigorífico y cogió la salsa picante. Quizá el Athletic no encontrase soluciones a sus urgencias futbolísticas, pero Loizaga tenía sobrados recursos para dar gracia a un bocadillo.

«Comienza el partido en San Mamés».

Ahora sí que estaba rico el bocadillo. Solo faltaba que el Athletic metiese un par de bacalaos. Con uno más que el rival se conformaba.

«… Aduriz solo delante del portero, controla el balón y… falla. Parada del portero. Ocasión desaprovechada».

«Está jugando mejor el Athletic, pero no se traduce en bacalaos».

«Esperemos no tener que lamentarnos luego…, ya se sabe, el equipo que perdona acaba perdiendo».

Tenía tantos redichos el fútbol, pensó Loizaga, que podía hablarse de un lenguaje nuevo. Si no fuese porque se hablaba en un idioma existente diríamos que era solo para iniciados.

«Falta al borde del área, saca el Levante, un rechace, otro rechace, rebote y gol…, gol del Levante. Gol. Minuto cuarenta y nueve de la primera parte, cuatro minutos de añadido al tiempo reglamentario y Chema adelanta al Levante».

«Jugada embarullada, los futbolistas del Athletic que no aciertan a despejar y gol de listo».

«El fútbol es un deporte para listos».

«En el Ciutat de València… Levante 1, Athletic 0».

«Descanso. El Athletic, a cuatro puntos de la salvación».

Loizaga empezaba a sentirse mal. Dudaba si el bocadillo se lo había comido con demasiada ansia. Ahora recordaba por qué prefería ver los partidos en el bar que escucharlos en la cocina de su casa, donde acababa con todas las existencias de la nevera. Quizá le había echado demasiada salsa picante.

«Comienza la segunda parte en Valencia, se lo cuenta, lo narra, Raúl Jiménez. La emoción del bacalao, en Radio Popular-Herri Irratia».

«¿Cómo lo veis, compañeros?».

«Yo creo que remonta».

«Dos bacalaos para el Athletic en esta segunda parte».

La fe era lo último que pierde un aficionado del Athletic, pensó Loizaga.

«… gol, gol del Levante. Minuto cincuenta y nueve. Levante 2, Athletic 0».

«… gol, gol del Levante. Minuto sesenta y nueve. Levante 3, Athletic 0».

Y Loizaga apagó la radio. Ya había bastante sufrimiento en el mundo.

40

El dolor por la deriva de un Athletic asomándose a la Segunda División inundó el alma de los bilbaínos. Y empezó a llover, como si los dioses también llorasen. La tristeza y la preocupación, a partes iguales, acompañó a los ciudadanos en cada uno de sus movimientos. Parafraseando a Kant, el cielo gris sobre mí y la aflicción dentro de mí. Las conversaciones se escuchan en susurros, los gestos sin vida, las intenciones anestesiadas, un universo de fantasmas espectrales vagando por el purgatorio. Alguien tendría que hacer algo, humano o divino.

Loizaga también. Cocinó unas alcachofas sin sal, olvidó los sacramentos de unas alubias que quedaron viudas, las especias de un pollo asado, el vino blanco en un guiso de carne. Errores imperdonables, solo achacables a su decaído estado de ánimo. Hasta en clase los alumnos estaban silenciosos y ausentes.

Norberto Lopetegui seguía sin aparecer, tras unos diez días de un secuestro que nadie quería llamar por su nombre. Las investigaciones impulsadas por Zurriola y Mintegi no avanzaban. Excepto en las primeras horas, con un montón de organizaciones inventadas, en los días sucesivos nadie reivindicó el secuestro. Ningún mensaje o llamada telefónica. Y lo que era más extraño, cero peticiones de dinero. ¿Por qué secuestrar entonces a una estrella del fútbol? En esta ocasión, actuar a espaldas de la policía se antojaba complicado. El juez había firmado tantos permisos que si una vieja en Bilbao estornudaba y el sonido se asemejaba a la palabra secuestro, en pocos minutos tendría un operativo de asalto policial derribando la puerta de su vivienda.

En la comisaría de la Ertzaintza empezaron a manejar hipótesis menos halagüeñas, con la parca como protagonista. Se dieron

órdenes de revisar las aguas de la ría, las naves industriales abandonadas y otros descampados donde se arrojaban cuerpos. Se pidió especial atención a los movimientos extraños en los bosques cercanos a la ciudad de Bilbao, sin mucha esperanza, pues con la noche y una pala era muy fácil enterrar un cadáver sin ser visto.

Solo quedaba centrarse en la información suministrada por ama Loizaga.

Pero cuando recorrieron las calles del barrio de San Adrián, los delincuentes conocidos como Piedra, Papel y Tijera habían desaparecido, esfumados, evaporados, de la noche a la mañana, sin previo aviso, sin dejar recado a su camarero de toda la vida, «nos vamos una temporada», nada. Sin familia, más que ellos mismos y algunos conocidos con los que tomaban vinos por el barrio, parroquianos, nadie fue capaz de darles algo de información, no habían vuelto a verlos desde la noche anterior al secuestro.

Una cuestión preocupaba al profesor Loizaga. Estaba cortando malamente una cebolla cuando le sobrevino el eco de las palabras de su madre. Se limpió las manos y marcó su número.

—…

—Ya te he dicho que no te voy a decir mi truco para hacer el bacalao al pilpil —contestó ama Loizaga.

—No lo necesito —respondió el hijo—. A mí me queda mejor.

—Eso te lo dicen tus amigotes del txoko para que les sigas cocinando. Pero un día les voy a llevar yo una cazuela para que coman un bacalao al pilpil de verdad.

—No puedes.

—¿Por qué?

—En nuestro txoko hay una norma que prohíbe cocinar a las madres de los socios. Y traer comida de fuera, en especial, cazuelas de bacalao.

—¡Ahivalahostia! ¿Desde cuándo?

—Desde hoy mismo.

Rieron.

—¿Qué quieres, hijo? —preguntó ama Loizaga.

—¿Te acuerdas del secuestro?

—Como para olvidarlo.

—¿Tú dijiste que uno de los secuestradores te guiñó un ojo?

—Sí. El bajito, el tipo que hablaba.

—¿Cómo interpretarías ese guiño? No sé si me explico. Según tu opinión, ¿qué crees que significaba? Piénsalo bien.

Se hizo un silencio telefónico, que son de esos silencios más profundos, pues uno tiene que imaginarse la cara del otro.

—Considerando que a mis años nadie más joven me guiñaría un ojo por mis atributos sexuales —y Loizaga se la imaginó ajustándose los pechos—, creo que me conocía o era un secuestrador con mucha conciencia de clase social. No, esto último no, ya no quedan bilbaínos preocupados por las condiciones laborales de las criadas, aunque sean de alto standing. ¿Pudiera ser que me conociese?

—Pero ¿a ti te sonaba de algo?

—¿Un tipo vestido con una camiseta del Athletic y pasamontañas que solo dejaba ver los ojos? No, hijo, no. Podría ser cualquiera.

—¿Y te guiñó? ¿Estás segura?

—Como que tengo un hijo pesado e incrédulo. Y…

—Vale, vale.

—¿Cuándo vienes a verme? —preguntó la madre.

—Cuando me hagas ese bacalao al pilpil —respondió el hijo.

—Ahora no puedo. Tengo que limpiar el polvo de la casa de un futbolista que está secuestrado.

Y Loizaga la imaginó meneando el plumero con su gracia y su sal.

¿Qué estaba pasando por alto el profesor Loizaga? Unos individuos entran en la casa de un futbolista famoso, lo sacan de la cama, lo ponen de rodillas en el suelo, puñetazo en el hígado, pistolas en la sien y…

… de mientras, le guiñan un ojo a una criada sesentona que luce un mechón rojo en un pelo canoso. Un guiñar de camaradería. ¿Amigos? ¿Conocidos? Pero ¿de quién? Pues la tal criada no existe, Tilde no era más que una tapadera para vigilar los movimientos de Lopetegui, es una mujer sin pasado, sin vivencias, sin amigos. A no ser…

… Joder…

… A no ser que la conociesen como ama Loizaga. ¿Un secuestrador de Norberto Lopetegui sabe quién era la criada impostora? ¿Quién estaba al tanto de dicha información?

Dos posibilidades, a cada cual más increíble: una filtración en la Ertzaintza o directamente policías encubiertos. ¿Un topo? ¿Policías secuestradores? La ficción televisiva estaba haciendo estragos en el imaginario colectivo. Por otro lado, su madre no era un personaje

inventado, tenía vida, ¡y vaya vida! ¿Quién conocía la verdadera identidad de la criada?

Llamó a Anne Campuzano.

—…

—¡Hombre!… Mi luna inalcanzable para mis flechas —dijo la jueza con voz de contenta.

—Te percibo muy poética.

—Eres tú, que me inspiras. Pero dime, ¿qué necesitas de mi persona? Me estoy vistiendo de jueza, tengo un juicio por el robo de un contenedor de bacalao.

—¿Un contenedor de bacalao?

—Detecto que te parece más excitante mil kilos de bacalao que una servidora vestida de jueza y con lencería fina.

—No te creas, a la par. Pero si juntamos todo…, la jueza Anne dentro de un contenedor con mil kilos de bacalao de Islandia…

Rio. Por algo le gustaba más que comer con las manos, ¡el muy cabrón!

—Tengo prisa, Loizaga.

Y le contó las nuevas suposiciones, que podía ser un topo, ertzainas secuestradores, hasta un vecino de la escalera de ama Loizaga.

—¿Y tú? ¿Tú se lo has contado a alguien? —preguntó la jueza.

—¿Quién, yo? —respondió sorprendido el profesor.

—Sí, tú. Te veo más capaz de irte de la lengua que tu adorable madre.

—¿A quién se lo voy a contar yo?

Y de repente se acordó de sus amigos. ¿Será posible?

Colgó.

Las siguientes dos horas fueron un torbellino de nefastas especulaciones. Lo primero que hizo fue comprobar el calendario que reposaba sobre la pared de la cocina y donde Loizaga anotaba sus compromisos más ineludibles: visitas médicas, cortes de pelo y cenas en el txoko. En los últimos dos meses solo constaba un paso por la peluquería y cuatro jamadas con los amigos. Necesitaba verificar las fechas.

—…

—¿Román? ¿Estás solo? ¿Puedo hablar con libertad?

—Espera un segundo.

Y cerró la puerta del despacho.

—¿Qué te pasa? ¿Algo grave?

—Pues no lo sé. Pero tranquilo, no es ninguna desgracia familiar. O sí.

—¡Hostias, Loizaga! Suéltalo. Me estás poniendo nervioso de verdad.

—El secuestro de Norberto Lopetegui. Tengo unos posibles sospechosos.

—¡Uf!, creí que era peor.

—No lances las campanas al vuelo. Mira, tengo delante de mí el calendario de María Auxiliadora que todos los años me regala ama. Ya sabes que mi madre vivió de joven en Barakaldo y es muy devota…

—Al grano.

—En este calendario anoto las fechas importantes, por ejemplo, las cenas del txoko.

—Venga, dispara.

—¿Cuándo celebramos la cena de aniversario?

—El 10 de octubre, como todos los años, caiga en laboral o festivo.

—¿Y cuándo fuimos al Palacio de Ibaigane llamados por el presidente del Athletic?

Se escuchó un ruido de páginas. Loizaga sabía que era el oficial Escudero consultando su agenda.

—El 18 de octubre. Una semana después.

—¿Después?

—Después.

—El viernes 2 de noviembre volvimos a cenar en el txoko. ¿Cuándo se produjo la intoxicación de Norberto?

—El lunes 5 de noviembre.

—Tres días después.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Román, no queriendo admitir la deriva del razonamiento de Loizaga.

—Déjame terminar. Siguiente cena, miércoles 14 de noviembre. ¿Cuándo aparece la pintada de «Norberto Maricón»?

—Al día siguiente, el jueves 15.

—Agárrate —aconsejó Loizaga—. ¿Qué día secuestraron al futbolista?

Más sonido de hojas pasando.

—El jueves 29 por la mañana.

—¿Y a que no adivinas cuándo cenamos con nuestros queridos amigos?

—¡La noche anterior!

Silencio.

—Después de cada cena le ha sucedido algo a Norberto Lopetegui.

—Coincidencia —sentenció Román.

—¿Cuatro veces? ¿Desde cuándo la policía cree en las coincidencias?

—¿Me estás diciendo que nuestros amigos han cometido una serie de delitos, enumero: amenaza de muerte, insultos sexistas, intoxicación como intento de asesinato y secuestro?

—Te estoy diciendo que todo sucedió después de nuestras cenas. Hablamos sobre la situación del futbolista y lo llamamos traidor, dijimos que alguien tenía que hacer algo. ¿Qué puedo pensar?

—Pero ¿un directivo de una empresa de limpieza, un comercial de una multinacional de los electrodomésticos, un funcionario del ayuntamiento, un profesor de formación profesional, un informático, un jefe de zona de una franquicia y un empleado del sector de la automoción…, no sé si me olvido alguno…, han secuestrado al delantero centro más prometedor del fútbol español?

—Sí.

—¿No tienes más que unas coincidencias en el tiempo?

—Uno de los secuestradores guiñó el ojo a Tilde. ¿Quién puede guiñar el ojo a una vieja chacha en un secuestro? Pero a mi madre, una señora de sobra conocida por todos nuestros amigos…

—…

—Dime algo —pidió el profesor.

—Una txirenada,[22] eso es lo que te digo.

—Yo también lo pienso —corroboró Loizaga—. ¿A quién se le ocurre?

—No. Me refiero a tu descabellada idea. Eso sí que es una txirenada.

Loizaga carraspeó.

—Bueno, yo ya te lo he dicho. Tú eres el ertzaina.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Poner bajo vigilancia a nuestros amigos?

—Pero de forma muy discreta. No vaya a ser que te equivoques.

—¡Vete a la mierda!

—Yo también te quiero.

22Txirenada: idea ocurrente y divertida que sale de la mente de un bilbaíno, que saca a la luz su parte más graciosa o fanfarrona.

41

Cuanto más lo pensaba Loizaga, más se convencía. Unos tipos de Bilbao disgustados con la posibilidad de que su delantero centro fichase por el Real Madrid o el FC Barcelona se apostaron en un «no hay cojones» a cambiar esa regla estúpida del fútbol mundial que dice: «Si quieres triunfar, en un grande has de jugar».

Cuanto más lo pensaba Román, menos se convencía. Unos afables bilbaínos mandando anónimos y haciendo pintadas, que un lunes por la noche viajaron a Barcelona para introducir proteína de bacalao en la bebida de Norberto y semanas después conseguían unas pistolas con las que secuestrar a un futbolista.

¿De dónde sacaron la proteína del bacalao? De internet.

¿Cómo se enteraron de que era alérgico? Por el hermano gemelo de Palacín.

¿Cómo justificaron sus viajes? Un par de ellos se dedican a trabajar por toda España.

¿Dónde compraron las armas? No dispararon, podrían ser falsas. En una juguetería.

¿Dónde retienen al futbolista? En Laredo, en Haro, en Altea, en alguna de las casas de veraneo que tienen.

¿Por qué secuestrar a Norberto? Los motivos de la conducta humana son inexpugnables.

El profesor, tras salir del instituto con la cabeza llena de voces, entró en su casa, quería comer algo rápido y echarse a dormir la siesta. Al

llegar encendió la radio, por eso de escuchar a alguien hablando bien. Su hija estaba con su madre.

«Noticia de última hora: destituido el entrenador del Athletic. La dolorosa derrota de ayer contra el Levante ha forzado la destitución del director técnico del Athletic Club. Tras trece partidos sin ganar, ocho puntos de treinta y nueve posibles, la comisión gestora ha rescindido el contrato del argentino. Todo parece indicar que será el entrenador del Bilbao Athletic quien tome las riendas del equipo, al menos hasta que haya elecciones en diciembre y nuevo presidente.

»Vamos a escuchar las palabras del entrenador destituido: "Siento no haber estado a la altura de este gran club. De todos modos, han concurrido circunstancias extraordinarias".

»La comisión gestora no hace declaraciones y se remite al próximo comunicado oficial del club.

»Informa Radio Popular de Bilbao-Herri Irratia».

Loizaga apagó la radio. Ya había escuchado bastante. Necesitaba vivir en los silencios.

Entonces apareció la niña, a comer, sin avisar, que le venía muy bien, pues su aita vivía más cerca de la Universidad de Deusto que su ama, que habitaba un chalé con vistas al mar, «pero a tomar por culo», dijo, y había quedado con unos compañeros de facultad para un trabajo sobre Platón, «Las nuevas cavernas de Platón en el mundo actual», seguro que aparecía el fútbol, ya lo estaba viendo Loizaga, Platón fumando opio vestido de árbitro. Sirvió la sopa de tomate y dejó en el centro un salmón marinado, con la intención de comer dos bocados y marchar a descansar sus aviejados huesos.

—¿Te pasa algo, aita?

—Estoy cansado.

—Te veo triste.

—Será la edad.

—Algo te preocupa.

Sopesó si decírselo o no.

—El Athletic.

—¿El fútbol? ¿Estás así por el fútbol?

—No. Estoy así por el Athletic.

La niña lo contempló con esa mirada que se obsequia a los seres indefensos. Tras valorar la posibilidad de una arenga a su padre sobre la poca intelectualidad del fútbol, desistió. Era su padre.

—No te preocupes, seguro que remonta.

—No lo tengo tan claro.

—¿Cuántas veces ha descendido?

—Nunca.

—Pues ya lo ves. Hasta Dios es del Athletic. No hay de qué preocuparse.

Y se arrepintió de lo dicho, pues condensaba todos sus demonios, la religión, el opio, el fútbol. Ella amaba al Athletic, pero su mente racional le decía que correr detrás de un balón era una actividad vulgar, embrutecida, del alma concupiscible. Aunque no lo sabía todavía, estaba siendo abducida por el pensamiento de Platón.

Loizaga odiaba a Platón. Ahora tenía una nueva preocupación. Si tuviese que escribir un ensayo lo titularía: «Su hija la platónica y el alejamiento del Athletic».

42

Zurriola y Mintegi entran en un bar de San Adrián vestidos como una pareja de novios aburridos de pasar tanto tiempo juntos y con ganas de tomarse unas cervezas. Son las diez y poco de la noche. Eligen ese bar después de dos días de vigilancia, convencidos de que por allí pululan tipos como los que necesitan para su empresa.

El bar no está ni lleno ni vacío, el número de gente suficiente para acabar entablando una conversación con los nativos locales. Hay cuatro individuos apostados a lo largo de la barra mirando a la camarera. Han venido solos y solos se marcharán después de media docena de cervezas, mínimo. La camarera, entrada en años, de joven se molestaba por la vigilancia de sus pechos. Ahora no. Ella también los mira como activos en su cuenta de resultados. Lleva treinta años detrás de la barra y usa un sujetador con doble refuerzo.

Cuando los botellines de cerveza se acumulan sobre el mostrador, estrategia de contabilidad, los parroquianos empiezan a soltar la lengua. La camarera lo tiene muy estudiado: una, solo saludos; dos, el Athletic; tres, si yo tuviese dinero; cuatro, te he contado aquella vez que; cinco, qué importante es la amistad; seis, sexo de boquilla. Se prohíben hablar de política, para no discutir. Han representado tantas noches la misma escena que se saben de memoria los requiebros de la voz de sus compañeros de reparto.

Zurriola viste un jersey entallado similar al de la camarera. Ha tenido que ir a Zara a comprárselo ex profeso, pues ella gasta suéteres anchos para esconder sus tetas. A Zurriola sí que le molesta que la miren como un pedazo de carne. Porque está en una misión, si no, sacaba a pasear su Heckler & Koch USP Compact de 9 milímetros. La

de veces que podrían contar esa historia, la de la tía buenorra con una pipa en el tobillo. Quizá se daba el gusto al final de la velada.

Mintegi viste de modernillo, gafas de sol en invierno, barba de cuatro días de hombre descuidado. Lo miran con recelo, no tiene barriga el muy cabrón, y eso que ronda los cuarenta. En aquel barrio odian a los tipos de gimnasio. Además, el pavo apenas presta atención a su chica. Parece el típico novio cansado de la mercancía.

Los aborígenes bendicen su suerte. Aunque suponga una irregularidad, miren donde miren, ven. Cualquier otro tipo de anomalía respecto al guion original de la obra teatral hubiese enfadado a los varones, hasta el punto de marcharse a casa antes de la sexta cerveza. Hoy no. Están encantados. No es una anomalía. Es más de lo mismo, superior, el doble, redoble, mayor intensidad dramática, amplitud de miras, rock and roll, podría llamarse de muchas formas.

Zurriola pide su tercera cerveza y su pareja, Mintegi, dice que ya no bebe más, que deberían marcharse, que es tarde.

—¿Ahora? —le responde ella—. ¿Ahora que acaba de empezar la noche? ¿Qué hora es?

Miran todos los relojes. Son las doce y dos minutos.

—Las cero horas. Hostias, Pepín, ¿tú no has ido al colegio?, ¿qué es el cero?

El novio pone cara de saberse la historia.

—El comienzo, Pepín, el comienzo. Tú te has tomado cero cervezas, luego una, después dos y tres. ¿Qué es el cero, Pepín? El comienzo, joder, el comienzo.

Todos se ríen. No por el asunto de los números, que muchos fueron a colegio de pago. Se ríen porque lo llamaba Pepín. Si ellos tuviesen

una novia tan buena no consentirían que lo llamase Pepín. Don José, como mínimo.

—Eres un flojo, Pepín.

Pepín el flojo.

Más risas.

—Otra ronda para todos —grita Zurriola, agitando el botellín y sus virtudes.

Esto sí que supone una anomalía. La camarera no invita hasta pagada la quinta ronda. Política monetaria de la empresa. Entrada en la sexta cerveza pueden suceder dos hechos. Que saciada su sed se retiren a sus aposentos o que se dispare el obturador de la sensatez y pasen a beberse un whisky. Esto sucede en contadas ocasiones, cuando la noche promete, como hoy. Los parroquianos brindan con su botellín en alto y miran con desprecio al novio, que ha pedido un Aquarius, la bebida más odiada en el bar, el elixir de los deportistas.

La conversación se dispara. Los bilbaínos de barra, poco dados a intimar con desconocidos, empiezan a despotricar de todo. Zurriola intenta que la conversación gire alrededor de los vecinos del barrio. Mintegi permanece callado observando cómo su falsa novia maneja la condición masculina. En la vida real no es su novia, Zurriola vive con un músico que solo toca la guitarra. Él también la mira con deseo intentando que los tipos no se percaten, a fin de cuentas, está suplantando al verdadero novio. Por un momento fantasea con que todo el espectáculo de mujer provocadora sea en su honor, para Mintegi el policía, el compañero, el hombre que la atrae. De vez en cuando se lanzan miradas furtivas. Los parroquianos interpretan que ella está intentando ponerle celoso. Y es verdad, pero solo media verdad. A ellos no les importa, resulta divertido, una de esas noches para recordar. Entonces ocurre lo esperado. Uno de los parroquianos habla.

—¡Qué pena que no esté aquí el Piedra!

—¿Quién es el Piedra? —pregunta Zurriola, y se pasa la lengua por los labios como si se acabase de comer una carolina.

—Un vecino.

—Siempre nos acompañaba.

—Hasta que se echó novia.

—Hace tres meses.

—Una búlgara.

—Grande como un caballo.

—Una yegua, mejor.

—Con unas…

Se completaban las frases como un matrimonio de larga duración. Hay cuadrillas de bebedores más compenetradas que los amantes de Teruel.

—¿Y dónde vive esa búlgara que viene a Euskadi a quitarnos los tíos? —dijo Zurriola, blandiendo el puño.

La referencia a Euskadi no es baladí. Bilbao es el centro del mundo y Euskadi, tierra conocida. El resto, inhóspito.

—Justo encima de la peluquería de Montxo.

—No tiene pérdida.

—Saliendo a la derecha.

—La peluquería se llama La Peluquería de Montxo.

—Es gay.

—Nuestro gay oficial del barrio.

—A los tíos nos hace rebaja en el corte de pelo.

—Es el único beneficio que tenemos por ser hombres en este barrio.

—Pues por Montxo. —Y levantó Zurriola el botellín.

—¡Por Montxo! —gritaron.

La camarera sabe que no tienen razón, que el peluquero cobra menos a los varones porque cortarles el pelo le sale más barato, pero un día hicieron el comentario y nadie lo rebatió. Viven contentos con que Montxo les haga una rebaja dada su condición de gay.

Mintegi se va a mear. Sentado en el urinario, ya de paso mientras orina, llama al oficial Escudero. Resultado de la conversación: dispositivo de asalto para detener a una búlgara que vive justo encima de la peluquería de Montxo. En una hora.

Cuando Mintegi vuelve del baño, Zurriola está bailando encima de una mesa con un chupito en la mano. Suena Fito & Fitipaldis. A la camarera no le importa, han llegado a los whiskies. Se lo bebe de un trago mientras mueve su trasero. Los tipos jalean al ritmo de la música. El novio le lanza una mirada que todos entienden de reprobación, ha llegado el momento de marcharse. Zurriola se baja de la mesa, quiere cerrar el bonito encuentro con esos chicos tan simpáticos.

—Venga, vamos a casa, Violeta —suplica el novio.

—¿Violeta? Qué nombre más bonito.

—¿A que sí? —dice Zurriola. Y dirigiéndose a su novio—: Espera un momento, Pepín.

—Eso, espera un momento, Pepín.

—¿Qué prisa tienes, Pepín?

—No seas aguafiestas, Pepín.

Él la agarra del brazo. Ella se revuelve, no quiere que nadie la toque. Los cuatro hombres se ponen tiesos, en su presencia nadie iba a obligar a una chica, menos aún un tipo flojo de gimnasio llamado Pepín.

—Has vuelto a pasarte, cariño.

Le dice «cariño» y le tira de la mano. Ellos son muy liberales, de «vive y deja vivir», pero no van a quedarse de brazos cruzados si Pepín se pone pesado. Lo están mirando para ver si capta el mensaje y el asunto no pasa a mayores.

Ha llegado el momento, piensa Zurriola.

—Uf, cómo me pica el tobillo —grita la tía buena en alto.

Y pone el pie sobre la mesa, se saca su pistola de la tobillera, la deja encima de la barra y empieza a rascarse el tobillo.

—Hostias —murmulla uno.

Otro se ha meado encima. El resto se queda sin palabras. Mintegi hace un gesto de «era innecesario». Zurriola termina de rascarse, se coloca sus tetas, coge su pistola y se la mete en la trasera del pantalón, por donde debe de andar su raja del culo.

—¿Vamos, Pepín? Buenas noches, chicos.

Y les guiña un ojo. Nadie se despide. Han perdido los buenos modales. La camarera sonríe, la de cervezas que piensa vender escuchando esta historia.

A las dos y treinta y seis minutos de la madrugada, una patrulla de asalto se parapeta en el rellano de la escalera número 11 de la calle Monte Eretxa, en el barrio de San Adrián. Los mandos discuten si asaltar directamente la vivienda del primero derecha derribando la puerta o llamar a la misma con la delicadeza de una pareja de agentes. Hay opiniones para todos los gustos. El secuestro del delantero centro del Athletic distorsiona la toma de decisiones. Demasiada presión. Actuar rápido y con riesgo o despacio minimizándolo. De estar la búlgara sola, se aconseja la segunda opción. Si hay secuestradores en la vivienda, la primera, por eso del efecto sorpresa. Llevan una hora observando la ventana, sin señales de vida. Si hay alguien en la casa, duerme. Entonces, a Román se le ocurre crear un efecto de despiste.

Zurriola y Mintegi se colocan justo debajo de la vivienda y empiezan a discutir. Lo hacen como si fuese una pareja de novios, a gritos. Mintegi no tiene compañera sentimental conocida, así que se deja llevar. Zurriola, en cambio, entre las cervezas y el whisky, se cree que tiene delante al tipo que solo toca la guitarra. Lo llama de todo, cortarollos, pedete, flojo, poco hombre, calzonazos. Mintegi no sabe cómo darle réplica, para él Zurriola es la compañera que fuera del trabajo solo habita en sus sueños. Hasta borracha y fingiendo lo atrae. No puede ni gritarle, es su amor platónico.

—¿Ves, calzonazos? Te has quedado hasta sin palabras. Eres un puto flojo. ¡Que lo sepa todo el barrio! —gritó—. ¡Pepín es un puto flojo! ¡Pepín es un puto flojo! ¡En la cama también!

Se levantan las primeras persianas en el vecindario.

—¡Qué! ¡¿No tienes nada que decir?! Quien calla otorga.

Y grita más fuerte.

—¡Impotente! ¡Impotente! ¡Pepín es un impotente!

Más persianas, pero todavía sin señales de vida en la ventana del primero derecha. Mintegi no sabe qué hacer, con su interpretación no está creando nada de ruido. Se siente confuso, desconoce cuánto hay de verdad en la interpretación de Zurriola. Lo de la cama sí lo sabe, no se han acostado nunca. Todavía. Pero la palabra «flojo» le llega al alma. Su actitud con Zurriola va más allá de la flojera, cerca del miedo, de la impotencia. ¿Le está gritando directamente a él?, ¿al compañero que la respetaba tanto como para dejar que siguiese con un tipo que solo toca su guitarra?

—¡Zorra! —gritó Mintegi.

—¿Qué me has llamado?

—¡¡¡Zorra!!! —gritó más alto.

Son las últimas palabras que se dicen. Zurriola le da un puñetazo en un ojo con tal fuerza que lo lanza sobre un coche estacionado y un segundo después suena la alarma antirrobo, chillona, estridente, incansable, a prueba de sueños inducidos por pastillas. En la ventana del primero derecha se asoma una rubia. Nadie más, todo indica que está sola. En ese instante optan por la pareja de ertzainas. Mintegi y Zurriola se retiran de escena. Él tiene el ojo izquierdo cerrado, ella no deja de pedirle perdón.

Esperan las horas a que amanezca. Puede que alguno de los secuestradores duerma en su casa particular. No contemplan la posibilidad de que Norberto Lopetegui esté en aquella vivienda. Se escuchan razones como muy arriesgado y poco profesional. A las siete en punto, dos agentes de la Ertzaintza que no son ni Zurriola ni Mintegi, que están en el hospital curando la herida del segundo, llaman al timbre de la búlgara. Una mujer rubia, en bata y recién despierta abre temerosa la puerta.

—Buenos días —dice la agente femenina.

—Buenos días.

—Anoche hubo una discusión de pareja justo debajo de su casa. La mujer está ingresada en el hospital luchando por su vida. Estamos investigando la agresión. ¿Vio usted algo?

—Una pareja discutir.

—¿A qué hora?

—Dos o tres. Ella insultaba…

La mujer abre la puerta del todo para poder explicarse. En ese mismo instante, brotando de la escalera, dos policías encañonan a la búlgara mientras media docena de compañeros invaden en sigilo la vivienda dispuestos a disparar a todo lo que se mueva. Por suerte no hay nadie más dentro, ni un simple animal de compañía. La búlgara, algo sorprendida, es conducida a su propio salón y se le ordena que se siente en el sofá. Resulta indigno que alguien te mande en tu propia casa. Entra Román con un papel en la mano.

—Seré breve —dice el oficial Román Escudero—. Solo quiero que me respondas sinceramente. No voy a darte una segunda oportunidad. ¿Entiendes mi idioma?

—Perfectamente —responde la búlgara en un buen castellano.

Román asiente.

—Tengo en mis manos un papel firmado por el juez para proceder a tu expulsión del país debido a la situación ilegal en la que estás aquí. Si me das la información que busco, lo romperé. De lo contrario, en unas horas estarás volando a Bulgaria. ¿Entendido?

Afirma con la cabeza.

—Sabemos que tú eres la novia de un tipo que lo llaman Piedra. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Dónde está Piedra?

—No sé.

—También sabemos que está implicado en un secuestro. Puede ser que no te vayas a Bulgaria sin pasar antes unos años en la cárcel. Te vamos a acusar de encubrimiento, quizá del mismo secuestro. Dime dónde está Piedra.

Duda unos segundos, pero la cárcel y Bulgaria, no se sabe en qué orden, le parecen grandes amenazas. Tiene los ojos a punto de dejar caer las lágrimas. Ha decidido confesarlo y ya lo está lamentando.

—Polígono de Erletxe, en Galdakao.

—¿En qué pabellón?

—No lo sé, no sé más.

Y rompe a llorar. Desconsolada.

El operativo policial de la Ertzaintza se retira. Se llevan a comisaría a la rubia búlgara, de forma muy discreta para que no se enteren los vecinos. Primero se marcha el operativo de asalto, media hora después la detenida custodiada por tres policías. Son las ocho de la mañana. Los vecinos alargan el sueño después de que una pareja de novios borrachos decidiese perturbar su descanso. La búlgara queda arrestada, sobre todo para que no pueda avisar a su novio Piedra.

43

Loizaga cogía su mochila de profesor dispuesto a enfrentarse a la difícil labor de despertar conciencias cuando recibió la llamada de su amigo Román. Respecto a las sospechas que relacionaban el secuestro de Lopetegui con sus amigos del txoko, que lo olvidase, fabulaciones de una mente calenturienta, la policía tenía una pista poderosa, en pocas horas liberaban al futbolista de sus captores reales.

—¿Y si son nuestros amigos?

—Ya lo he comprobado. He ido llamando uno a uno. Tú eres el último. Están todos ocupados sobreviviendo a sus vidas. Alguno anda por Valencia y otro en Madrid.

—¿Y con qué excusa has llamado? ¿No habrás dicho que Loizaga sospecha de ellos?

—No, tranquilo. Les has invitado a comer una alubiada en el txoko. En unos días, para preparar la Navidad. Se han alegrado mucho cuando se han enterado de que tú corrías con los gastos.

—¡Serás cabrón!

—Hala, dame la gracias. Podía haberles invitado a una mariscada. Y deja de pensar mal de nuestros amigos, capullo.

Colgó.

No pasó un minuto cuando volvió a sonar el teléfono. Seguro que era algún amigo exigiendo que las alubias tengan sus buenos sacramentos. El profesor miró el móvil. A este paso no llegaba en hora al instituto.

—Hombre, el anónimo más famoso de nuestras vidas, Garganta Profunda.

—Parece usted muy contento. Y no lo entiendo.

—¿A qué se debe su falta de entendimiento? —preguntó Loizaga.

—No hay avances en el secuestro de Norberto Lopetegui. ¿Fue usted a Madrid y a Barcelona?

—Por supuesto.

—¿Habló con los clubes?

—Con sus máximos dirigentes. Pero no sabían nada de los asuntos de Norberto.

—¿Y no les preguntó por El Pacto?

—Sí, lo hice.

—¿Y?

—Se hicieron los tontos. Según sus palabras, no hay ningún pacto.

—¡Mienten! —exclamó Garganta Profunda.

—Bueno, son dos tipos muy importantes, supongo que alguna que otra vez mentirán. Tampoco importa tanto. En unas horas cerraremos el caso. La Ertzaintza está preparando la liberación de Norberto, saben dónde está secuestrado.

—¡No! —gritó Garganta Profunda.

—¿No qué?

—Os estáis equivocando.

—Ya.

—Es un error.

—Perdón, pero tengo que dar una clase de Platón.

—¿Una clase de Platón?

Y Loizaga colgó.

Una veintena de agentes bajo el mando de un especialista en secuestros se preparan. Tendrán el apoyo de la unidad de helicópteros. El oficial Román Escudero y sus agentes también se preparan, aunque permanecerán en un segundo plano. Mintegi y su ojo de nula visibilidad también se montan en el furgón policial, por nada del mundo pensaba perderse la resolución de un secuestro. Le han puesto un vendaje en el ojo dañado, si se lo pinta de negro parecería un pirata. Zurriola, vestida con el chaleco antibalas, se empeña en disuadir a su compañero tuerto, llevada en parte por la culpabilidad. Mintegi no sabe si se niega para hacerla sentir más o menos culpable. Pero está encantado con las atenciones que recibe de ella en forma de caricias. Si por él fuese, se dejaba golpear el otro ojo.

El polígono de Erletxe es el más grande de Bizkaia con ciento cuarenta y dos pabellones. Continuamente están entrando y saliendo camiones y furgonetas. Puestos en contacto con el gerente del polígono han descartado la inmensa mayoría de los pabellones, ocupados por empresas serias y consolidadas. Barajan un almacén de muebles usados y un pabellón recién alquilado. También cabe la posibilidad de una ocupación ilegal de alguna de las naves vacías. El tiempo apremia. Unos ertzainas vestidos de repartidores dan vueltas con una furgoneta de mensajería. El gerente los acompaña. Nada extraño. Todavía no han desplegado el operativo. Si no dan con el lugar exacto van a tener que sitiar el polígono y entrar con la

caballería. El helicóptero todavía no vuela para no levantar sospechas.

El gerente manda parar, ha visto algo extraño. Hay una puerta entreabierta en una nave desocupada. Coge su móvil y comprueba. Efectivamente, dice, aunque no hace falta móvil, tiene un cartel enorme de Se alquila. La puerta no debería estar abierta, es más, solo él tiene llaves, están en la oficina. El ertzaina que conduce la furgoneta deja el vehículo cruzado como haría un auténtico repartidor. Coge una caja con el logotipo de la empresa y se acerca al pabellón vecino, Patatas Mendizábal. Román, a la escucha de las conversaciones policiales, no puede dejar de sonreír. Piensa en Loizaga, igual tiene que cambiar la alubiada por un guiso de patatas.

El ertzaina no se identifica, resulta innecesario. La gente confía más en un repartidor de paquetería que en un ertzaina. Pregunta por la empresa Gondomar. Hace como que lo lee de la etiqueta. La chica de la oficina, encantada de ver a un repartidor que parece un actor de Hollywood, pone cara de profunda lástima, la primera vez que oye el nombre de esa empresa. El repartidor, luciendo sonrisa, le da un número de pabellón que también lee de la etiqueta. «Justo aquí al lado», dice ella, «pero está sin uso, no hay ninguna empresa», aunque los últimos días ha visto una furgoneta blanca aparcada, «quizá ya esté alquilada, pregunte al gerente, oficinas centrales, siento no poder ayudar más, guapo». Después del «guapo» se oyen tímidas risas por los dispositivos policiales. Está en juego la vida del delantero centro del Athletic, pero todos piensan que el ertzaina es muy guapo. Demasiado guapo para ser gay, callan algunas.

«Operación jaula, nave 8, cartel de Se alquila, junto a Patatas Mendizábal».

Se empieza a sentir el runrún de las grandes ocasiones. Los más comprueban sus armas reglamentarias al montar en el furgón policial. Todos saben quién es Norberto Lopetegui. Mucha tensión, no quieren quedar para la posteridad como los policías que

intervinieron en la muerte de un jugador del Athletic. Más aún, casi todos desean lo contrario, poder contar a sus nietos que ellos participaron en su liberación. Poder decir muy alto que el equipo remontó, que gracias a ellos se consiguió no descender a Segunda División.

«Recordad bien la cara de Norberto Lopetegui. No quiero un error. Mis hijos me matan».

Son las diez y media de la mañana y el polígono está en plena ebullición. Tres furgonetas y media docena de coches camuflados avanzan por la autovía. El helicóptero vuela alto para no ser escuchado, vigilará de que no escapen tirándose al monte.

«Chicos, chicas, el Athletic nos necesita».

Su última sonrisa. No suele ser frecuente consignas de este tipo, pero con el Athletic todo es especial. Se ajustan los cinturones del chaleco antibalas. Ya no volverán a sonreír hasta terminado el trabajo. Es la hora. Algunos se persignan. Otros solo cierran los ojos. Todos se encomiendan a sus seres queridos. El miedo activa la adrenalina. Zurriola no puede olvidar el ojo de Mintegi. Hace años que no se acuerda del tipo que solo toca la guitarra. El furgón se detiene.

«Cortada la calle a la derecha.

»Cortada la calle a la izquierda.

»Trasera cubierta, repito, trasera cubierta.

»Tiradores en posición».

El jefe que dirige el operativo lleva unos prismáticos. También es guapo. En la Ertzaintza todos son guapos, sobre todo los miembros de equipos especiales. Parece que hiciesen un casting para

contratarlos. Lo que pasa es que están en forma, cuando a sus años sus amigos lucen cuerpos sobrealimentados.

«Equipo de asalto en posición».

Román está detrás del jefe del operativo, con chaleco también, por si acaso.

«Aurrera».[23]

Doce hombres con escudos y metralletas avanzan en fila india. No llevan el ariete, la puerta está abierta. En poco segundos han desaparecido engullidos por la nave. No se oye nada desde fuera. No se oyen disparos.

«Libre».

«Libre».

«Libre».

«¡Aquí!»

Pasan unos segundos angustiosos.

«Jefe, tiene usted que ver esto».

«¿Qué es?», pregunta el jefe.

«Venga», le responden.

Empiezan a salir personas de los coches camuflados de la Ertzaintza. Todos quieren ver el escenario del crimen. Las palabras son ambiguas, pero se temen lo peor. Nadie ha gritado «una ambulancia», por lo tanto, lo que haya está sin vida. Tampoco el tono del policía suena muy dramático, ninguna expresión de asco, por ejemplo. Román se teme lo peor. ¿Pasarán a la historia de la

ciudad como el operativo que encontró sin vida a Norberto Lopetegui?

La nave está vacía. Solo en medio hay unos plásticos opacos sostenidos por una estructura de metal que no dejan ver el interior. Un agente especial que camina cinco pasos por delante de Román abre un plástico como si fuese una cortina. Se atisba algo. Parecen los muebles de un salón. Entran. Efectivamente, los secuestradores se han construido una vivienda dentro de la nave con los objetos sobrantes de una exposición. Han estado viviendo seis días en una casa gratis, salón, tres habitaciones, cocina amueblada, baño químico, sin vecinos, sin ruidos, sin goteras, el ideal de cualquier bilbaíno. Solo habrán echado en falta un bar cerca.

Román no entiende qué hay digno de verse. Los agentes especiales se arremolinan cerca de una habitación. Caras serias. El oficial de la Ertzaintza ha visto dos o tres cadáveres descuartizados, pero no se acostumbra. Nadie emite ningún sonido. La sangre es lo que peor lleva del oficio. ¡La sangre de Norberto Lopetegui!, se dice. Cuando sea mayor perjurará que jamás estuvo allí.

Román asoma la cabeza. A primera vista no hay sangre, un alivio. Encima de la cama reposa un cuerpo. Está tendido y parece dormido. Una vez dentro, comprueba que hay otra cama justo enfrente, con otro individuo en similar posición. ¿Dos cuerpos? ¿De los secuestradores? ¿Norberto y uno de ellos? Entonces se fija con atención. Uno de los cuerpos viste la camiseta del Real Madrid. Y el otro la del FC Barcelona. Son unos putos maniquíes de plástico. Tienen una peluca con el pelo parecido a Norberto.

El dispositivo policial se retira. Hay que hacer balance del operativo, huellas, revisión de cámaras, pero todo indica que los secuestradores huyeron horas antes. Tuvieron tiempo de vestir a dos maniquíes con las camisetas de esos equipos. Si no había sido un engaño, lo parecía. Y de unos tipos chistosos de Bilbao, ningún delincuente serio se entretiene poniendo pelucas a maniquíes de

plástico. Román lo sabía, el jefe del operativo lo sabía. Los secuestradores habían abandonado el lugar del cautiverio avisados por alguien. Tenían un chivato, un topo, un confidente. Y sonrisitas en la comisaría durante las próximas semanas.

23Aurrera: adelante.

44

Si algo detestaba la policía eran los chivatos. Delatar suponía el acto de traición más impropio de la comisaría. Y obligaba a encontrar con urgencia al soplón.

Salvo que estuviese el Athletic por medio.

Quien más o quien menos había contado a sus allegados la pronta resolución del secuestro, para aliviar sus pesares o para reivindicarse. En especial aquellos policías necesitados de reconocimiento en sus ámbitos personales, padres, madres, solteros, casados aburridos, divorciados, amantes, con crisis existenciales, gente que jamás hablaba de su trabajo, dejaron caer el pronto regreso de Norberto a los campos de fútbol. Cualquiera de estas conversaciones pudo llegar a oídos de los secuestradores, supusieron que habían sido descubiertos y huyeron. Así que no buscaron a los culpables de la filtración.

Todo sucedió muy rápido según las evidencias científicas. Debían de estar desayunando cuando les llegó el aviso. Café, tostadas con mantequilla a medio morder, sobaos pasiegos abiertos, zumo de naranja en los vasos. Los secuestradores habían abandonado el escondite sin terminarse el desayuno, apresurados. El resto de la extraña vivienda también mostraba la interrupción de la vida. Cepillos de dientes, ropa sucia, zapatos tirados. Salvo el dormitorio de las dos camas, donde estaba todo ordenado, los maniquíes con su peluca bien puesta y sus camisetas de fútbol estiradas. Aunque fuesen delincuentes con prisa no podían perder la oportunidad de hacer una broma. Muy de Bilbao.

Las cámaras de seguridad instaladas a la entrada del polígono mostraban a unos individuos, muy a lo lejos, atravesando la calle y

perdiéndose en un bosque cercano. Cuatro sombras. No podía distinguirse a Norberto ni, mucho menos, cómo era arrastrado contra su voluntad. La policía concluyó que los secuestradores tenían una furgoneta en alguno de los caminos del bosque, no huyeron por la puerta principal del polígono, vigilada por la Ertzaintza.

Cuando Loizaga fue informado de la fallida liberación de Norberto se apesadumbró, no tanto por la persona como por el jugador. Norberto Lopetegui podía sacar al Athletic de su dramática situación. Encontrarlo y ponerlo a jugar se hacía prioritario. Que no renovase por una millonaria oferta del Madrid o del Barcelona ya no le importaba tanto. Todavía tenía contrato en vigor y una última misión que ejecutar, salvar al Athletic. Pero estaba secuestrado.

El nuevo entrenador expresó en rueda de prensa que contaba con Norberto Lopetegui, que enseguida se incorporaría a los entrenamientos, pero sonó más a un deseo que a una evidencia. Por supuesto, nada se dijo de que estuviese en paradero desconocido retenido por unos secuestradores que todavía no habían pedido el dinero de su rescate. El optimismo cundió entre los aficionados del Athletic, deseosos de acogerse a cualquier clavo ardiendo, el nuevo entrenador los sacaría del pozo, la nueva directiva que iban a votar en unos días conseguiría un equipo campeón, «de los malos momentos salimos juntos, este partido lo vamos a ganar, el Athletic es un gran club, el más grande», las calles se llenaron de palabras de esperanza.

La parte emocional de Loizaga también lo creía, la racional lo deseaba.

Intentó dar clase.

—Profe, usted que todo lo sabe, ¿vamos a descender?

—¡No! Nunca —gritó Loizaga.

Aplausos. Era la primera vez que unos alumnos aplaudían a un profesor.

—Vosotros sois muy jóvenes, pero yo, que soy más viejo, casi de la edad de los dinosaurios, recuerdo alguna situación parecida. Y jamás descendimos.

Más aplausos. Como siguiesen montando jaleo vendría la directora a poner orden. Con decirle que los alumnos estaban animando al Athletic sería suficiente para justificar el desorden.

—En una ocasión tuvimos que jugarnos el descenso en el último partido de Liga. No quiero ni recordarlo. Todavía quedan muchos partidos, estamos en diciembre.

—Y ahora con el entrenador nuevo.

—Dice mi padre que hay que confiar. Que lo que siempre ha pasado seguirá pasando.

—Hay que hacer caso a los padres —afirmó Loizaga.

Realmente estaban preocupados, como todo Bilbao.

—¿Y Lopetegui? —dijo alguien al fondo—. ¿Dónde está Lopetegui?

El profesor pensó encogerse de hombros, pero la situación era de suma gravedad. Si él no podía convencer a unos alumnos ilusionados, ¿qué podía pensar el común de los mortales en Bilbao?

—Yo creo que está lesionado y no lo quieren decir claramente —mintió Loizaga.

—Mi padre dice que está en el Caribe con unas mulatas después de firmar un supercontrato con el Madrid.

—Pues el mío, que el Barcelona le prohíbe jugar para no lesionarse de cara a la próxima temporada.

—Y mi madre, que tiene un problema mental que nadie quiere confesar.

—¿De qué tipo? —preguntó el profesor, interesado.

—Que se le ha ido la cabeza de tanta presión.

—Pues mi padre dice que está secuestrado. Que lo sabe de muy buena fuente.

—Chicos, chicas. Calma —interrumpió Loizaga—. ¿Os estáis escuchando? Mulatas, problemas mentales, secuestro. ¿Qué será lo próximo? ¿Un asesinato? ¿Marcianos de una liga interestelar? Creo que vemos demasiadas series de policías. Estamos en Bilbao y hablamos del Athletic. Lo más probable es que tenga un empacho de chuletones y un esguince de tobillo. ¿Os he hablado alguna vez de la navaja de Ockham?

—¿El delantero inglés?

—¿Dónde juega?

—Sí. El tío ese viejo que está tan bueno.

—No, no. Era un fraile del siglo xiv.

—Ah… —dijeron algunos, desilusionados. Cualquier persona que haya vivido antes del día de su nacimiento no tenía nada que pudiese interesarles. Tampoco calibraban muy bien cuánto de muerto llevaba el tipo, mucho, como los dinosaurios, más o menos.

—¿Y tiene una navaja?

—Sí. La navaja más famosa de la filosofía.

Los más tendentes a la maldad mostraron un repentino interés. Aunque muerto, un sujeto con navaja prometía una historia

interesante, sangre, violencia, sexo, quizá hasta hayan hecho una película.

—¿Era barbero?

—¿Un asesino?

—¿Barbero asesino?

—¿Un cura endemoniado?

—¿Satanás?

—¿Mataba gente?

—¿A profesores?

Loizaga sonrió. Cuando querían, gastaban mucho ingenio.

—En realidad, no. Se trata más bien de una navaja imaginaria.

Ya estamos, ¿por qué cojones la filosofía no llamaba a las cosas por su nombre? Una navaja era una navaja.

—Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem. Que traducido del latín significa: no hay que multiplicar los entes sin necesidad.

—¡Hostia, el profe! Lo ha dicho de memoria.

—Pa mí que no puede volver a repetirlo.

—No me aprendo yo eso ni harto de Red Bull.

—Ya te digo, en latín.

—¿Y para qué sirve esa navaja imaginaria? —preguntó un alumno, convencido de que no existía una respuesta convincente.

—Para afeitar las barbas de Platón —respondió Loizaga.

Acabásemos. Suspiros, requiebros de desaprobación, otra vez el puto Platón, movimiento de sillas. O decía algo coherente o dejaban de prestarle atención. ¡Las barbas de Platón! ¡Estaban preocupados por las barbas de Norberto Lopetegui! ¡Ahivalahostia, las barbas de Lopetegui!, se dijo para sus adentros Loizaga. Seguro que ahora tenía barba, no se conoce un secuestrado sin barba.

—¿Qué tiene que ver Lopetegui con Platón?

—Todo tiene que ver con Platón. Me explico.

Consiguió apagar el motín, al menos durante unos segundos.

—La navaja de Ockham significa que la explicación más simple es la mejor, no es necesario inventarse más causas si algo se puede explicar de forma sencilla. Es más fácil que Norberto tenga un esguince que imaginar que está secuestrado por tres tipos del barrio de San Adrián.

—¿Por qué San Adrián?

—Por poner un barrio cualquiera —comentó el profesor.

—Yo tuve un novio de San Adrián.

—¿No se llamaría Ockham?

—¿Tu novio tenía navaja?

—Lo que tenía era un…

—Chicas, chicos, por favor.

Intentó dar clase, pero no pudo.

45

—…

—Buenos días —dijo Garganta Profunda.

Tenía una voz rasgada, de millones de cigarrillos fumados en el peor de los antros nocturnos de la ciudad más degenerada del mundo.

—Epa —respondió el profesor Loizaga.

—¿Molesto?

—No mucho. Acabo de enfrentarme a una clase de alumnos deseosos de tener razón a cualquier precio. No sé qué puede ser peor.

—Creí que era usted policía.

Eso significaba que se habían conocido en el curso de la investigación. A Loizaga le iba a dar qué pensar, pero tocaba concentrarse en otra cuestión.

—Tengo una doble vida…

Como las prostitutas, pero le pareció un comentario inconveniente. Conocía a mucha gente con dos vidas, una de ellas poco confesable, maridos y esposas, jefes y empleados, del Madrid y del Barcelona. No, esto último no. La última y definitiva renuncia a tus principios era tener dos equipos de fútbol. Aquí sí le crecía la barba a Platón.

—De día soy profesor de Filosofía y de noche trabajo para la Ertzaintza. No le diré cuál de las dos actividades es la más viciosa.

—No estoy para bromas —respondió Garganta Profunda.

—Vaya, Garganta Profunda no está para bromas. Pues perdone. Le recuerdo que fue usted quien se puso en contacto conmigo.

—Porque creí que era un ertzaina.

—Las apariencias engañan.

—Vale.

Como diciendo, suficiente. Llamaba con un propósito concreto. Por primera vez, Loizaga entendió que Garganta Profunda lo necesitaba y no al revés. ¿Por qué?

—El caso de Norberto Lopetegui está en punto muerto.

Con esa voz sonó a muerto y enterrado.

—Creímos que…, pero llegamos tarde y…

—Basta de justificaciones. Lo que pasa es que no se centra en lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—El Pacto. Todo tiene que ver con El Pacto.

—Ya.

—No le veo muy convencido.

—Me suena a las barbas de Platón —comenta Loizaga.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace. Me habla usted de El Pacto. Me sugiere que hable con Cosme Usandizaga, con Borja no sé qué, el Madrid y el

Barcelona… y nadie ha oído hablar del puto pacto.

—Mienten.

—¿Quiénes? ¿Ellos o usted?

No hay respuesta al otro lado del teléfono.

—Le voy a dar un nombre, el último.

Un silencio más largo. Loizaga no pensaba romperlo. Se sentía en una posición de fuerza.

—Señor Fútbol.

—¿Señor Fútbol?

—Señor Fútbol.

—¿Y quién es?

—Nadie sabe su nombre. Todos lo conocen como señor Fútbol.

—Muy original, por cierto.

—Es una de las personas que controla el fútbol mundial.

—¿Mundial nada menos? Parece usted del mismo Bilbao centro.

—Nada importante ocurre en el fútbol mundial sin su consentimiento.

Ya le estaba creciendo demasiada barba a Platón.

—¿Y dónde puedo encontrar al señor Fútbol? ¿Un teléfono? ¿Tiene redes sociales?

—Casualmente está ahora en la ciudad. Ha venido a cerrar la sede de San Mamés para la próxima Eurocopa.

—¿Dónde?

—Hotel Carlton. Mañana a las siete de la tarde, en el salón La Cristalera. El señor Fútbol, con un sombrero Fedora en la cabeza, estará tomando un negroni.

—¿Un tipo con sombrero que bebe un cóctel?

—No lo detengan, es un hombre muy poderoso. Díganle que buscan información sobre Norberto Lopetegui. Mostrará interés. Luego le preguntan por El Pacto.

Y colgó.

La gente cree que una conversación se gana cuando se dice la última palabra, pero Garganta Profunda había cometido un desliz, se había descubierto. El informante anónimo era alguien muy cercano a la investigación que habían conocido en los últimos días. Quizá Cosme, quizá Borja. Alguien interesado en confundir al ertzaina Loizaga, en desviar el foco de atención de la policía. ¿Tan cerca estaban? Llamó a Román Escudero y le contó la conversación con Garganta Profunda.

46

El señor Fútbol tomaba un negroni bajo la majestuosa cristalera del hotel Carlton y en la cabeza tenía un sombrero Fedora. Ocupaba una discreta mesa junto al piano, con la pared a la espalda y la mirada al frente, vigilando el único sitio por donde podía acercarse una persona. En la mesa había dos sillas libres. Daba la impresión de estar esperándoles.

—Buenas tardes, señor Fútbol —saludó Loizaga.

Moreno de esquiar posiblemente en Suiza, unos cincuenta años, delgado, fibroso, capaz de correr una maratón, pensó Loizaga.

—¿Nos conocemos? No suelo olvidar una cara.

—Somos ertzainas —dijo Román.

El señor Fútbol puso cara de no comprender.

—De la policía vasca.

—No he quedado con ningún policía.

Parecía una negativa.

—Buscamos información de Norberto Lopetegui.

Sonrió.

—En tal caso, siéntense.

El camarero apareció raudo a servir a los nuevos clientes. Pidieron dos aguas con gas, pues eran funcionarios en su desempeño laboral.

El camarero volvió con el mandado, mientras tanto permanecieron callados, observándose. De familia muy rica, acostumbrado a la discreción, pero con tics autoritarios, pensó Loizaga.

—Ustedes dirán —comenzó el señor Fútbol.

—Norberto Lopetegui está secuestrado —afirmó el policía.

—Lo sé. Desde el 29 de noviembre.

Era la primera persona que reconocía abiertamente el secuestro del futbolista.

—¿Tiene usted algo que ver?

—¿Quién, yo? Ja, ja, ja. ¡Qué va!

No tenía acento. Posiblemente veranease desde niño en la Costa del Sol.

—Todo lo contrario, me siento perjudicado.

—¿Por qué?

—Yo dirijo un negocio legal que se llama «fútbol». La palabra «secuestro» no puede aparecer en la misma frase. Los actos delictivos no son bien recibidos en el «Planeta Fútbol».

—A no ser que el delito consista en hacer mucho dinero —apuntó Loizaga.

—Hacer mucho dinero no es ningún delito.

Y tomó un trago de su negroni.

—Depende de los medios que se utilicen.

—Nunca un secuestro. Yo no tengo nada que ver con el secuestro del futbolista.

—¿Cómo sabía usted lo del secuestro?

—Yo sé muchas cosas, no pienso decirles nada al respecto. Lo sé y punto.

Loizaga asintió. Si estiraba un poco más la cuerda, se rompía.

—¿Le gusta el fútbol, señor…?

—Señor Fútbol está bien. Claro que me gusta. ¿Se refiere a si veo los partidos? No, no veo ningún partido. Falta de tiempo. Les agradecería que fuesen más directos.

Eficaz, resolutivo, centrado en lo esencial.

—El Pacto.

—¿Quién les ha hablado de El Pacto?

—Una fuente anónima.

Se lo pensó dos segundos.

—¿Qué quieren saber?

Loizaga intentó disimular su cara de sorpresa, era la primera persona que reconocía su existencia.

—Todo. ¿Qué es El Pacto? ¿Qué tiene que ver con Norberto Lopetegui? Y lo más importante, ¿cómo repercute en el Athletic?

—¿Defienden ustedes los intereses del Athletic?

—Por supuesto. En Bilbao todos somos el Athletic.

—Entiendo.

Se despojó de su sombrero Fedora como quien se libera un rato del peso de su cerebro. Era calvo, razón por la que quizá cubriese su cabeza. ¿El tipo que decía controlar el fútbol tenía complejo de calvo? No somos nadie, pensó Loizaga.

—Les voy a explicar cómo funciona el fútbol.

Otra vez. Cualquier humano con patas que chutó alguna vez un balón conocía la verdadera esencia del fútbol. Y lo que era peor, estaba dispuesto a contárselo al resto de los mortales.

Se tomó el negroni y pidió otro al camarero.

—El Pacto es lo que permite que el fútbol exista como una inmensa maquinaria de ilusión. Por supuesto que dicha ilusión se traduce en dinero, en millones. Pero lo importante es la ilusión. La gente lleva una vida complicada, trabajo, pareja, familia, todo obligaciones. Y el fútbol es el único reducto que le queda a un tipo normal para encontrar las ganas de vivir que tenía de niño. Su equipo de fútbol le promete alegrías por un módico esfuerzo, comprar unas entradas, alguna camiseta, verlo en televisión. Nadie da tanto por tan poco. Además, no hace falta que nazcas en una familia rica, ni alto y guapo, inteligente o con una polla enorme. El fútbol es lo más democrático que existe. ¿Entendido?

Loizaga asintió con la cabeza.

—Pero el fútbol no funciona solo, no sale por generación espontánea, por ciencia infusa. Hay que trabajarlo, generar la maquinaria necesaria, engrasarlo, ajustar bien las piezas. Eso es El Pacto. Que los mejores jugadores jueguen en los grandes equipos de las grandes ligas, con los mejores entrenadores, las grandes televisiones y la prensa mundial. ¿Y todo para qué? Para mantener la ilusión de la gente. Somos una ONG.

—¿Una ONG?

—Exacto. Y el señor Fútbol es el guardián de El Pacto.

—¿Y Norberto Lopetegui?

—Uno de los elegidos. Un futbolista top mundial que puede formar parte de esta inmensa maquinaria. Por sus condiciones tiene que jugar en un gran equipo, nos es igual cuál, ni siquiera debe ser español. Nosotros le prometemos triunfar en el fútbol. Pero para eso tiene que firmar El Pacto.

—¿Todavía no ha firmado? —preguntó Loizaga.

—Todavía no. Hay algún pequeño inconveniente que ustedes no tienen por qué conocer.

—¿Y si no firma?

—No pasa nada. Se quedará jugando en alguno de los cientos de equipos que hay de relleno en la competición. Pero nunca triunfará en el «Planeta Fútbol». Y otro ocupará su lugar. La maquinaria no se detiene. El carrusel sigue girando, con o sin Norberto.

La explicación, cierta o no, era muy clara.

—¿Y el Athletic?

—¿Qué pasa con el Athletic?

—¿En qué lugar queda el Athletic?

—Amo el Athletic —dijo el señor Fútbol—. El club es la esencia de la ilusión que despierta este deporte. Los aficionados, sus sentimientos son admirables y me encanta. De esa fuente bebemos. Pero El Pacto está más allá. O incluso antes. Sin El Pacto no tendríamos fútbol.

Loizaga carraspeó.

—Mire, señor Fútbol. No es nada personal, pero puede meterse su teoría por el mismísimo culo. Creo que ambos utilizamos la misma palabra, «fútbol», para hablar de asuntos bien distintos. Puede que tenga usted razón, no parece tener un pelo de tonto. Pero no me juegue con lo que yo pienso. Mi fútbol son mis amigos, mi madre y mi hija, un niño dando patadas al aire mientras camina, un anciano que poco antes de morirse pregunta cómo ha quedado el Athletic.

—Es usted un idealista platónico —sentenció el señor Fútbol.

Eso sí que no lo esperaba, el tipo calvo que dirige el cotarro citando a Platón.

—Y le voy a decir algo más. Usted dice que el fútbol despierta la ilusión, pero es falso. La ilusión está primero y el fútbol después. La gente pone la ilusión en el fútbol, y de no existir, lo haría en otro asunto. El fútbol es prescindible, la ilusión es necesaria.

—Puntos de vista. Y ahora, si son ustedes tan amables, tengo un planeta entero que dirigir. Por cierto, cuando encuentren a Norberto díganle que la oferta tiene fecha de caducidad. No le esperaremos mucho, hay otros futbolistas deseando ocupar su lugar.

Al instante aparecieron dos matones detrás de las columnas a la simple indicación de su mirada. Por la forma de vestir no pertenecían a la seguridad del hotel Carlton, eran los guardaespaldas del misterioso señor Fútbol.

Loizaga miró a Román y luego al vaso.

—Buenas tardes —dijo Román, poniéndose en pie.

Entonces, el profesor, al levantarse de su asiento, sintió un repentino mareo que le hizo desplomarse al suelo, con gran estruendo y la intervención de los guardaespaldas, que lo ayudaron a incorporarse, «No es nada, no es nada», momento que aprovechó Román para robar el vaso vacío de negroni con las huellas del señor Fútbol.

Loizaga sabía que era inútil, que un tipo tan poderoso jamás se mancharía las manos en un intento de asesinato, pero le hacía ilusión aumentar su colección de vasos robados con huellas dactilares.

47

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

El sol entraba por la ventana del salón de visitas en el hospital.

—Usted no es el padre Aguirre.

—El padre Aguirre no podía venir y me ha pedido que venga en su lugar. ¿Qué tal se encuentra?

—En los minutos de descuento, padre…

—Loizaga, padre Loizaga.

Ni en mil existencias se había imaginado que ejercería de sacerdote, no es que tuviese nada en contra, más bien la falta de fe. Pero los designios del Señor son inescrutables, que diría el padre Aguirre. Por un momento pensó que su antiguo catedrático de Metafísica había fingido un viaje a Roma con entrevista papal para ponerle en tal tesitura. Lopetegui padre había pedido la presencia del sacerdote.

—Me queda muy poco en este mundo.

—Bueno, eso nunca se sabe. Cada vez duran más los partidos. Tenga usted fe.

Y le cogió la mano.

—Es usted muy joven. Tiene unas manos muy suaves.

Loizaga se sonrojó. Aunque ciego, veía más que muchos de sus compatriotas.

—Tengo entendido que es usted padre de un famoso futbolista.

Sonrió.

—El delantero centro del Athletic.

—Estará orgulloso.

—Muy orgulloso. En los casi ciento veinticinco años de existencia del Athletic siempre hubo un Lopetegui en sus filas. Mi hijo será el mejor de todos.

Si se queda, pensó Loizaga, pero a un padre no es necesario darle determinadas noticias.

—Por cierto, ¿cuándo juega el Athletic?

—El próximo lunes.

—¡Un lunes! Válgame el cielo. ¿Desde cuándo se juegan los partidos los lunes? En mi época los lunes no había ni periódicos. Solo La Hoja del Lunes, que sacaba unos dibujos de cómo iba la Liga, muy divertidos. Nosotros salíamos siempre dibujados como leones. ¡Qué tiempos!

Sonrió con cierta melancolía.

—Por cierto, ¿hace cuánto que no ve a su hijo? —preguntó Loizaga —. Uy, perdón por lo de ver.

—No se preocupe, padre. Son formas de hablar. Me suele visitar cada dos días, depende de los entrenamientos y los desplazamientos. Pero desde hace una semana no puede venir, está muy liado.

Secuestrado, piensa Loizaga.

—Tiene una tendinitis en el talón de Aquiles y está en París tratándose con el mejor especialista del mundo.

—¿Una tendinitis?

—Eso me ha dicho.

—¿Cuándo?

—Ayer mismo. Me llama todos los días.

Norberto padre estaba ciego, pero Loizaga puso la misma cara de tonto que cuando jugaba al mus y llevaba treinta y una de mano. Como siempre que tenía una jugada ganadora, Loizaga se dio mus.

—Buen hijo —respondió Loizaga.

El sol seguía calentando con ayuda del cristal de la ventana. Hacía buen tiempo para ser primeros de diciembre.

—Se preguntará para qué le he pedido a la cuidadora que llamara al padre Aguirre —continuó Norberto.

—Usted dirá.

—Quiero confesarme.

—Pero igual se confiesa usted mejor con el padre Aguirre —se apresuró a decir—. En dos días está regresando de Roma.

Mientras, las neuronas buscaban recuerdos antiguos del proceso de la confesión.

—No me queda tanto tiempo. Por favor, padre, me quiero confesar.

Que Dios me perdone, se dijo Loizaga mientras se santiguaba.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Señor le escucha por intermediación mía. Dígame.

—Hay una historia que quisiera contar antes de morirme.

—Le escucho.

Tomó aire.

—Yo no soy el padre de Norberto Lopetegui.

—No le entiendo.

—El futbolista Norberto Lopetegui no es mi hijo biológico.

El falso cura no salía de su asombro.

—Tres días antes de nacer, su madre y yo discutimos. Ella me gritó que quería a otro y que yo no era el padre de su hijo. Como el niño podía venir al mundo en cualquier momento, acordamos divorciarnos después. Pero su madre murió en el parto. Los médicos olvidaron un trozo de placenta y tuvo una infección general. De repente me encontré con un hijo que no tenía mis genes. Creo que obré en conciencia, padre, pensé qué era lo mejor para él y no dije nada. Le he querido siempre como si fuese hijo mío.

—A los ojos de Dios tú eres su padre, Norberto.

El hombre empezó a llorar. Quizá era la primera vez que veía llorar a un ciego. Cuando Loizaga se dio cuenta de las palabras que había pronunciado se sorprendió, habían salido de su boca sin la intervención de su voluntad. Por supuesto, no pensaba contárselo al padre Aguirre.

—Entiendo que su hijo no sabe nada de esta información —comentó el falso sacerdote.

—Nada.

—Y usted me lo ha contado en confesión.

—Puede hacer lo que le dicte su conciencia, padre. Yo no estaré aquí para juzgarle. Sé que le dejo una pesada carga, pero necesitaba compartir la verdad con alguien. Solo le pido que espere a que muera para decírselo, si le parece bien.

Loizaga le dio tres golpecitos en la mano que tenía asida desde el principio de la confesión, a modo de pacto. El Pacto. Un verdadero pacto.

—Una pregunta indiscreta —pronunció Loizaga con el mayor respeto posible.

El ciego sonrió como si fuese capaz de entender significados ocultos en el tono de las palabras.

—¿Quiere saber quién es el padre?

—Me mata la curiosidad, con perdón.

—Se lo diré si me promete no contarlo nunca. Se dice el pecado, pero no el pecador.

—Secreto de confesión.

Y Loizaga hizo un gesto de llevarse la mano al corazón, que por supuesto el enfermo no vio.

Lopetegui, convencido de su pronto fallecimiento, le indicó con la mano que se acercase y, con voz muy bajita, pronunció un nombre en el oído de Loizaga.

—¡Ostras!

—El mismo.

—Sí que se le da un aire.

—Ya veo que sabe quién es.

—Por supuesto. ¿Quién no lo conoce en Bilbao?

—¿En persona?

—No, no, solo de oídas.

Sonrieron.

—Lo que es la vida.

—Lo que es la vida.

Lopetegui padre cenó una sopa de fideos y dos croquetas de jamón. Aunque ya apenas comía, seguía teniendo muy vívido el recuerdo de las croquetas de jamón de su madre. Aquellas cosas rebozadas que sabían a frito de hospital solo tenían en común el nombre. Por supuesto, no se quejó, al contrario, dio las gracias a la joven que lo ayudó a comer.

Luego se retiró a dormir a su habitación.

Mientras le atrapaba el sueño, sintió por primera vez en años la sensación de alivio, se había quitado una pesada carga con la confesión al joven sacerdote. Ya podía morirse tranquilo.

Cerró los ojos y, en el transcurso de la noche, entró en coma.

48

El sábado muy de mañana, Norberto Lopetegui apareció caminando por la estación de trenes de Abando. Tenía barba de diez días y la misma bata con la que desapareció. Según testimonios presenciales mostraba evidentes signos de desorientación, como si hubiese estado encerrado en un zulo todo el cautiverio. A las siete de la mañana, había una pequeña multitud de gentes en la estación de trenes, entre pasajeros con destino y los borrachos sin él, como demostraba el número de vídeos colgados en las redes sociales. Ni el señor Fútbol sería capaz de esconder de nuevo el secuestro del delantero centro. A media mañana, medio mundo había visto a Norberto Lopetegui caminar por el vestíbulo de la estación de trenes con aires de pintor bohemio.

La versión oficial difundida por la propia víctima y todos los medios de comunicación contaba que el futbolista permaneció encerrado en una habitación de cuatro por cuatro, unos dieciséis metros cuadrados, sin ventanas, casi seguro que un sótano de algún chalé o caserío, en algún monte cercano a Bilbao, cerca del mar por el ruido de las gaviotas. No salió de aquellas paredes el tiempo que duró el secuestro. Nunca vio la cara de sus captores. Un amanecer, le pusieron un saco en la cabeza, lo montaron en una furgoneta y lo dejaron otra vez en Bilbao.

Las primeras fuerzas del orden que se personaron ante el liberado Norberto fue una patrulla de la policía local, llamados por el gran alboroto que surgía del hall de la estación. Andaban vigilando la zona para evitar posibles altercados, más aún un sábado mañanero, cuando detectaron una pequeña multitud de gente rodeando a la víctima, entre aplausos y vítores al Athletic. La cara de felicidad de los policías se acercaba a los agraciados del premio Gordo de la Lotería, los buscadores de pepitas de oro, un novato consiguiendo su

primer pilpil; habían encontrado las soluciones a los males del Athletic. Por supuesto que fueron considerados como verdaderos héroes —entrevista y esas famas fugaces—. Antes tuvieron que vérselas con una avalancha de bilbaínos entusiasmados, que no consiguieron sujetar, viéndose obligados a pedir refuerzos, muchos refuerzos, para terminar por sacar su arma reglamentaria apuntando al techo mientras rogaban que mantuviesen una mínima distancia.

Primero llegó Román casi al tiempo que Zurriola y Mintegi. Norberto estaba sentado en un banco del vestíbulo con sus piernas asomando por los faldones de la bata. Nada impúdico, en un futbolista las piernas son de dominio público. La cabeza gacha, como si semejantes muestras de afecto lo ruborizasen. Román, lanzando una mirada de desaprobación a la docena de agentes locales que custodiaban a Norberto, ordenó que lo llevasen de urgencia a la comisaría. No exponer a la víctima constituía una de las reglas básicas del manual del buen policía. En cuanto se lo llevaron, los trasnochadores decidieron que ya iba siendo hora de echarse a dormir.

En la comisaría lo esperaba su representante y dos abogados metidos en trajes caros. Loizaga no presenció la entrada por la propia prohibición de Román Escudero, quien no quería recibir una denuncia de la misma víctima, ¿qué hacía un profesor de Filosofía en una comisaría?, ¿denunciar la desaparición de su sentido común? De todos modos, había muchas cámaras de vigilancia. En ellas vio cómo, nada más llegar, el representante le comunicó algo al oído que alteró mucho al futbolista. Quería marcharse, pero los abogados lo disuadieron.

La declaración fue rápida. Norberto relató los hechos tal y como luego se difundieron por la prensa. Sin saber los motivos, la actitud del delantero resultó cortante en exceso, respuestas rápidas, en ocasiones con monosílabos. Aunque Román volvió una y otra vez sobre el relato del secuestro, los abogados, indignados, intervinieron, era un hombre rescatado de un cautiverio, en malas

condiciones físicas, agotado de mente, mañana haría una declaración completa y extensa.

El primer sitio al que acudió Norberto Lopetegui saliendo de la comisaría fue el hospital. Su padre seguía en coma. Al habla con la neuróloga, el futbolista comprendió que jamás recuperaría la conciencia. Lo que aguantase su corazón, horas, difícilmente días. El futbolista pidió que lo dejasen solo en la habitación para llorarle. Lo agarró de la mano, le dijo en confidencia palabras bonitas, le dio un beso en la frente.

A la media hora, salió disparado hacia otro hospital, tenía un equipo de especialistas esperando su llegada. Para Zurriola y Mintegi, visto desde la distancia que supone una vigilancia discreta, el futbolista era un torrente de energía. Los resultados del análisis médico —electro y eco, pruebas de esfuerzo y analíticas— demostraban que Norberto estaba en plenitud de forma.

Con los resultados debajo del brazo se fue a Lezama, había entrenamiento a las diez de la mañana. El nuevo entrenador le dijo que debía marcharse a descansar, pero el delantero se negó, necesitaba entrenar, volver a sentir el contacto con el balón, quería entrar en la convocatoria del partido del lunes y, si lo tenía a bien su nuevo míster, jugar contra el Girona. «Soy muy consciente —dijo— de la importancia del partido. Quiero ayudar». Por suerte había un periodista con la oreja puesta rondando cerca, así que enseguida todo Bilbao se enteró de las ganas de su héroe por salvar al Athletic.

A la salida del entrenamiento, siempre acompañado de una corte protectora, representante y abogados, se acercó al coche de la Ertzaintza que vigilaba sus movimientos. Ni Zurriola ni Mintegi se lo esperaban.

—Buenas.

—Hola —dijo Zurriola algo azorada.

De cerca era más guapo, pensó Zurriola.

—¿Sois de la Ertzaintza? —preguntó el futbolista.

—Sí —respondió Mintegi.

—Pues decidle a vuestro jefe que ya no hace falta más vigilancia. Se acabó. Muchas gracias.

Le hubiesen dicho que le competía al juez decir a quién vigilar o no, que la policía no trabaja al deseo del cliente, ni siquiera de la víctima, sino de la verdad. Pero no les dio tiempo, ya se marchaba.

—De lo contrario —se escuchó decir al representante—, pondremos una denuncia por hostigamiento policial.

Y señaló a los dos abogados en trajes caros que movían la cabeza como un perrito de juguete en la bandeja trasera de un coche.

Cuando Norberto Lopetegui entró de nuevo en su hogar tras nueve días de cautiverio, solo, pues obligó a sus perros guardianes a quedarse en el coche, Tilde estaba limpiando el polvo con el plumero. Aunque no escuchaba ni siquiera música en aquella casa, pues las grandes profesionales solo buscan la tranquilidad de sus señores, ama Loizaga sabía de la liberación de Norberto, fue informada por su hijo con un mensaje que de inmediato ambos borraron. La criada se pasó buena parte de la espera delante del espejo eligiendo la mejor expresión para recibirle. No quería ser muy afable, pues las chachas de alto standing siempre mantienen las distancias, pero se temía que le saliese su lado maternal.

Nada más verlo se dio cuenta de que había cambiado. Ya no entraba por la puerta el joven apocado superado por las circunstancias que escondía la mirada. El nuevo Norberto, quizá por obra del secuestro, era un adulto con cierta expresión cínica. La sonrisa fue la primera evidencia que observó ama Loizaga. Andaba el hombre más estirado, recto de hombros, con la testa esbelta y esa sonrisa

desconocida para Tilde. Aun así, ama Loizaga se abalanzó sobre su cuerpo abrazándolo. Durante muchas horas temió por su vida, no como una madre siempre teme por la vida de su hijo, pero casi.

Norberto, ante la efusión de su criada, no hizo más que quedarse quieto, impertérrito.

—Quisiera hablar con usted —dijo el señor con voz grave.

Ni unos buenos días ni un gracias. Matilde se puso a la defensiva atusándose la ropa.

—Usted dirá, señor.

—Voy a vender esta casa. Me trae malos recuerdos.

—Entendible, señor.

—No le he pedido su opinión.

Tilde se quedó cortada. No sangraba por la herida porque el propio sistema circulatorio se había congelado.

—Está usted despedida. Márchese inmediatamente de esta casa.

Entonces, con la mayor ceremoniosidad posible, ama Loizaga le entregó su plumero y se dio media vuelta. No pensaba discutirle ni media palabra, pero según salía de recoger sus cosas y se encaminaba hacia la puerta de salida, se giró y lo miró a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó ama Loizaga.

—Porque me da la gana.

—Te he tratado como a un hijo.

Entonces, el futbolista lanzó una mirada de odio que la criada tampoco había visto jamás.

—Ja, ja, ja.

La criada no entendía la risa, algo histriónica.

—Usted ya tiene un hijo. Un tal Loizaga. Un gilipollas, por cierto.

Y se reía con más hilaridad.

—Váyase o llamaré a la policía.

Ya estaba de más en el aquel sitio.

—Adiós, ama Loizaga —dijo el futbolista.

Al salir dio quizá el portazo más fuerte de su larga vida.

Porque le daba la gana.

Ama Loizaga, ya en su casa tomando un caldito, rompió a llorar. No sabía muy bien la causa. Al principio pensó que se trataba de su herido amor propio, engañada por un niño que se ganaba la vida en calzoncillos. Desde que investigaba para la Ertzaintza nunca fue descubierta. Norberto debió de ordenar que la siguiesen y, cuando se enteró que era la madre de Loizaga, en vez de despedirla, decidió utilizarla para su plan. Tampoco pasaba nada, pero siempre le gustó hacer las cosas bien, prurito profesional.

Luego supuso que no volverían a llamarla para futuras investigaciones, la policía contaría con gente más joven y preparada. Y le dolió.

Por último, afloró la profunda verdad. Lo había querido mucho, como a un hijo. Por eso necesitaba seguir llorando.

49

Delante de todos los medios de comunicación, radio, televisión y redes sociales, Norberto Lopetegui dio un pequeño golpecito sobre el micrófono para comprobar que se escuchaba. Alquilaron de nuevo el Palacio de Euskalduna, pero en esta ocasión no necesitaban figurantes, solo con los periodistas llenaron el auditorio. Daba la impresión de que había en el mundo más periodistas que noticias. Se habían acreditado casi cincuenta países deseosos de cubrir el caso del futbolista secuestrado. En los aledaños, una multitud de curiosos aplaudían al nuevo héroe de Bilbao. Una pantalla gigante en la trasera del palacio de congresos retransmitía en directo la rueda de prensa.

Román y Loizaga también asistieron. Y Anne, quien usó su acreditación de jueza para entrar en el evento. Los empleados del Euskalduna tenían orden de permitir el acceso solo a los periodistas, pero no se puede prohibir la entrada a la policía y la justicia. Los tres se sentaron al fondo, en un lugar discreto, cualquiera diría que para no ser vistos.

La expectación era máxima. Norberto vestía un traje color burdeos, entallado, con chaleco, barba rasurada, parecía un modelo, nada hacía imaginar sus días de cautiverio. Lo rodeaba la corte del Faraón, su representante, el asesor de imagen, guardaespaldas, fotógrafo particular, community manager y cuatro o cinco personas más cuyas responsabilidades desconocía Loizaga. Los primeros flashes dieron comienzo a la rueda de prensa.

—Quiero anunciar mi renovación por el Athletic.

Desde el exterior se oyó un estruendo parecido a cuando el Athletic mete un bacalao. En el interior, un murmullo de noticia importante.

Los ordenadores se llenaban de titulares: Norberto renueva por el Athletic. Todos estaban contentos menos Loizaga y sus amigos.

—Respecto de lo sucedido estos últimos días, voy a leer un comunicado.

Que la propia víctima no quisiera llamarlo secuestro ya daba mucho que pensar. A este respecto, tanto Loizaga como Román lo tenían bastante claro, pero necesitaban pruebas contundentes y cierto relajo de la opinión pública.

—En ningún momento fui retenido contra mi voluntad —leyó Norberto—. Repito, mi retiro fue voluntario.

Nueva andanada de flashes.

Román y Loizaga se miraron sorprendidos. No se lo esperaban. Anne sonreía. A ella no se la hubiesen colado con tanta facilidad, no por nada, simplemente no le gustaba el fútbol y su testosterona. A ella solo le gustaba el Athletic.

—El futbolista moderno está sometido a grandes presiones, los resultados, la prensa, los aficionados. Necesitaba unos días para respirar. Siento haberme ausentado en este momento tan importante para el club, pero —siguió leyendo— os soy sincero, no podía más. Mi salud mental…

Entonces, Loizaga cayó en la cuenta. Dos veces había escuchado a Norberto leer en público. La primera, con la Fundación Athletic, parecía un alumno de primaria silabeando, un tipo que había pasado más horas chutando un balón que leyendo, muchas más, ni una hora leyendo. Ahora lo escuchaba con asombro, por muy aprendido de memoria que tuviese el discurso, leía como un ratón de biblioteca. No parecían la misma persona.

—Pero he vuelto —leyó—. Y entre todos vamos a salvar al Athletic.

Gritos desde fuera, aplausos dentro de la sala. Fin de la declaración, no había tiempo para preguntas. El representante dio las gracias mientras el futbolista abandonaba el estrado rodeado de su gente. Por un momento, la escena recordaba a las apariciones públicas de los boxeadores profesionales o de las estrellas de la música. No estaba el asunto tan desencaminado, un buen golpe había dado y una buena canción vendida.

A Loizaga le entró la risa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Román.

—De lo mismo que se ríe Anne.

La jueza no dejaba de quitar la mueca de la cara.

—De lo tontos que habéis sido —dijo Anne.

—De lo tontos que hemos sido —repitió Loizaga.

50

Diecisiete días quedaban para las elecciones a la presidencia del Athletic, que es tanto como decir al trono bilbaíno. Los candidatos se esforzaban en convencer a los más de cuarenta mil socios. Cada futuro presidente tenía en cartera un entrenador distinto que llevaría al equipo hasta las más altas cotas de la gloria futbolística, un director deportivo y media estructura de Lezama apalabrada. La lista de antiguos jugadores en ambas candidaturas era inconmensurable. Había que ser muy del Athletic, y disponer de una memoria prodigiosa, para recordar los méritos de cada uno. Por supuesto que ambos proponían diferentes modelos de gestión, para un club donde innovar se hacía difícil pues se había construido desde la tradición.

Sin embargo, ambos candidatos coincidían en la importancia del llamado efecto Norberto. La primera fotografía oficial del renovado delantero fue al alimón, a la izquierda un candidato y a la derecha el otro. Más aún, no se permitió la existencia de una imagen por separado con cada presidenciable. Norberto era un activo de todos.

Quien sí recibió cientos de flashes fue la junta rectora que regía el club hasta las elecciones. El lunes 10 de diciembre, por la mañana, horas antes del decisivo partido, en el Palacio de Ibaigane, quizá en el último acto oficial del ya antiguo presidente, Norberto Lopetegui estampó su firma en un contrato que lo vinculaba al Athletic durante las próximas cuatro temporadas. Todos de acuerdo. Para simbolizar la unidad en las grandes decisiones, con la sede social al fondo, se juntaron esa misma mañana la directiva saliente y las personas más relevantes de las dos entrantes. Quien fuese importante en el presente y futuro del Athletic posó en la fotografía conmemorativa.

Loizaga tomaba un vino después de un lunes final de trimestre. Pidió un barril para zambullirse en él, pero solo servían vinos. En la

televisión del bar contempló la instantánea de lo acontecido unas pocas horas antes.

—Joder, ¡cuánto tío con traje! —dijo un parroquiano mientras se bebía un txikito.[24]

—Son los del Athletic —le informa otro que bebe un zurito.[25]

—Hostias, así vestidos no los he reconocido.

—Estos son los que mandan.

—Ya decía yo.

—Están festejando la renovación de Norberto Lopetegui.

El primero volvió a mirar la pantalla.

—Pa mí sigue siendo un traidor. A ver lo que hace esta noche.

—A ver.

Loizaga miró de nuevo la televisión. Encontró caras conocidas, pero echaba en falta a alguien muy importante. ¿Por qué no estaba Cosme Usandizaga en la fotografía de quién es quién en el Athletic?

Una vez en casa, tras comerse un arroz caldoso con chirlas y mojojones, se echó la siesta. Loizaga planificaba los partidos del Athletic igual que un futbolista profesional. Hoy era uno de esos días importantes, pues estaban en descenso y ya mediaba diciembre. El partido comenzaba a las nueve de la noche. La rutina era descansar tumbado (nada de sexo), vestirse para el partido, desplazarse al estadio y escuchar el himno en San Mamés. El mismo plan que un futbolista profesional. Por lo del sexo no había problema.

La siesta le trajo su sueño favorito. Loizaga camina por las calles de Bilbao en dirección al campo de fútbol. Hoy juega el Athletic. Lleva sobre el hombro las botas de fútbol por si tiene que saltar al campo. Hace años que no se las calza, pero en San Mamés nunca se sabe, como solo juegan los de casa. Él sigue llevando sus botas, aunque se teme que ya no le valgan —son de su época de juveniles y ya no es ni joven—. En el sueño de hoy se juegan ir a la final de la Copa, que por supuesto será en Madrid. Otras veces sueña que pueden ganar la Liga en el último partido. Hasta ahora nunca ha soñado con salvarse del descenso. Loizaga sabe que eso está en el apartado de las pesadillas. Comienza el partido. Está nervioso en la grada. Quiere jugar otra final y, en esta ocasión, ganarla. Si vencen hoy, tiene pensado secuestrar a Lionel Messi a base de bife de chorizo en un asador argentino mientras se dispute la final. El partido es malo, con muchas faltas y lesionados. Debido a la violencia del rival empiezan a escasear los espectadores en la grada, que son llamados para saltar al campo en sustitución de los que retiran en camilla. Faltando cinco minutos, Loizaga se queda solo en la grada, con su amigo Román. Enésimo lesionado de gravedad. El entrenador del Athletic, un tipo nuevo que nadie conoce, lo llama por su nombre, que se calce las botas. Loizaga salta al terreno de juego en la demarcación de extremo izquierdo. Quedan dos minutos más el descuento y el resultado es cero a cero. El Athletic está a un gol de meterse en la final de la Copa. Un compañero a quien no ve la cara, después de regatear a su defensor, dispara a gol, con tan mala puntería que el balón tiene una trayectoria muy alejada de la portería. Pero, casualidades de la vida, Loizaga, despistado, irrumpe en la dirección del balón, dándole el susodicho en el glúteo y desviando la trayectoria. El guardameta, sorprendido, parece que nada puede hacer por detener el balón impulsado por Loizaga con la parte más pensante de su cuerpo. El esférico rueda muy despacito hacia el gol. Y rueda y rueda.

Entonces se despertó.

«… Y de delantero centro…».

«… Norberto Lobo Lopetegui… en busca del ansiado bacalao».

«… De la mano de nuestro patrocinador Ultramarinos Gregorio Martín, vendiendo bacalao a los bilbaínos desde 1931. Gregorio Martín, el bacalao de toda la vida».

«… ¿Qué te parece que juegue de inicio Norberto Lopetegui?…».

«… Arriesgado después de estar inactivo estos últimos diez días. Pero el equipo está en descenso. Y creo que la titularidad dará ánimos al futbolista…».

—Buenas noches —saludó Loizaga.

—Buena noches, jóvenes —respondió Carmen.

—¿El nieto?

—Creciendo. En pocos años lo tenemos jugando en el Athletic.

—Falta nos hace —afirmó Román.

—Buenas noches, Bitortxu.

—Buenas noches, chicos.

«Comienza el partido en San Mamés. Ataca el Athletic…».

«… Internada por la derecha de Iñaki Williams, disparo y parada de Gorka Irazoz…».

«… Se le ve al Athletic con más brío…».

«… Están con muchas ganas. Parece que el nuevo entrenador les ha leído la cartilla…».

«… Centro desde la izquierda, remate de Lopetegui y… parada de Gorka».

«… Hasta Norberto parece otro jugador…».

«… Ha vuelto el delantero centro de la temporada pasada…».

«… Ha vuelto el Lobo Lopetegui».

«… Disparo de Iñigo Córdoba y… paradón de Gorka».

«… Quien está de regreso en San Mamés es el antiguo dueño de la portería local. Partidazo de Gorka Iraizoz defendiendo la camiseta del Girona».

«… Hasta ahora lo ha parado todo…».

«… Esperemos que no sea así toda la noche…».

A Loizaga le dio por pensar lo caprichoso que resultaba el destino. Un portero que defendió los colores del Athletic estaba hoy impidiendo el gol de un delantero que había sido acusado de traidor. Por supuesto que ninguno de los más de cuarenta y pico mil espectadores pensaba que el portero rival era un traidor. En cambio, del otro…

La renovación del contrato había tranquilizado a la inmensa mayoría de los bilbaínos. El culebrón había terminado con final feliz, Norberto seguiría vistiendo la camiseta del Athletic. Solo unos pocos, los más puristas, no acababan de confiar —un traidor siempre era un traidor —. No entendían por qué no había renovado meses antes. De todos modos, el buen fútbol de Norberto sería capaz de vencer las últimasreticencias. Solo dos personas en San Mamés, más alguna del palco, además del propio jugador, sabían la verdad. En realidad, Román y Loizaga solo sabían la mentira, pero pensaban descubrir la verdad. Loizaga tenía un plan, aunque le quedaban por atar muchos cabos sueltos.

«… Descanso en San Mamés. Athletic casi, Girona cero».

—Me he fijado en que no aplaudes a Norberto —afirmó Bitortxu.

—Tengo mis razones —le respondió el profesor.

—Pues así se lo diré a mi aita, «Loizaga no aplaudía a Norberto».

—Por cierto, ¿qué tal está tu aita? —preguntó el profesor.

A Bitortxu se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Se muere, Loizaga. Le ha dicho el médico que le quedan unos días.

Román le dio un abrazo.

—Entonces mi aita me ha dicho: «Vete a San Mamés, me gustaría escuchar mi último partido del Athletic contado por mi hijo». Y aquí estoy.

Loizaga le dio otro fuerte abrazo. Y luego Carmen.

—Pues dile a tu aita que ha dicho Loizaga que él y muchos como él son el verdadero Athletic. Y dile también que aquí seguiremos peleando.

—Por Bitor.

—Dale un beso grande de nuestra parte —pidió Carmen.

Bitortxu afirmó con la cabeza mientras le caían las lágrimas por la mejilla.

«Comienza la segunda parte en San Mamés, sin cambios en ambos equipos, se lo cuenta, lo narra, Raúl Jiménez. La emoción del bacalao, en Radio Popular-Herri Irratia…».

«… Centro desde la izquierda del Athletic, cabezazo de Lopetegui y Gorka toca el balón con los dedos y golpea al poste y sale…».

«… ¡No me lo puedo creer!…».

«… Paradón del portero del Girona…».

«… El Athletic merece el gol…».

«… Pero tiene delante a un porterazo…».

«… Cambios en el Athletic, entra al campo Iker Muniain…».

«… Muniain dentro del área, amaga con irse por dentro, se va por fuera… Penalti, el árbitro ha pitado penalti…».

«… Minuto 92. Penalti a favor del Athletic. Norberto Lopetegui coloca el balón en el punto fatídico…».

«… ¡Vamos, Norberto!…».

«… Hay que tener mucho valor para lanzar este penalti…».

«… Norberto levanta la cabeza, coge aire, se le ve decidido, va y… bacalao, bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao, Lobo. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao. Bacalao bacalao. Bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao bacalao de Norberto… Lobo … Lopetegui».

«… En San Mamés, Athletic 1, Girona 0. Te lo cuenta, lo narra… Raúl Jiménez».

«… Minuto 92 de partido, internada de Muniain por la izquierda, que es derribado y penalti. Lo pide lanzar el nueve del Athletic, que viene

de unos días de reposo mental y lo lanza a lo Panenka para anotar su primer bacalao esta temporada…».

«… Increíble…».

«… ¡Ha vuelto el lobo! ¡Ha vuelto Norberto Lopetegui!».

«… De la mano de nuestro patrocinador Bacalao Gregorio Martín, desde 1931 llevando la felicidad a los platos de los bilbaínos…».

«… Y bar El Eme, el de siempre, el único, con los sándwiches más famosos de todo Bilbao y su salsa secreta…».

«Final en San Mamés. Athletic 1, Girona 0».

Alegría infinita.

24Txikito: vaso pequeño con vino.

25Zurito: vaso pequeño con cerveza.

51

—Profe, ¿usted conoce a Norberto Lopetegui? —preguntó una alumna.

—¿Por qué tendría que conocerlo?

Loizaga no quería ni pronunciar su nombre. Los días pasaban y conseguía ordenar sus pensamientos. Tenía claro el hecho, pero no entendía el porqué, ni el cómo.

—Usted conoce a mucha gente importante.

—¿Podría pedirle un autógrafo? —rogó otra alumna.

—Es tan guapo.

—O una camiseta firmada.

—A mí que me firme en la piel.

—¿Por qué no lo invita a venir a clase?

—Yo no he dicho que lo conozca —esgrimió el profesor.

—Tampoco ha dicho lo contrario.

—¿De verdad conoce a Norberto Lopetegui?

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay tanto jaleo? —preguntó un alumno que se acababa de despertar.

—El profe conoce a Norberto Lopetegui.

—Y nos va a firmar unas camisetas.

Los perdía para siempre en la causa de la filosofía.

—¡Alto, alto, alto! —gritó Loizaga—. Yo jamás he dicho que conociese a ese jugador de fútbol.

—¡Oh!

Desilusión compartida.

—Pero da la casualidad de que sí lo conozco.

Gritos, algarabía. De esta subía la directora a restaurar el silencio perdido en la sacrosanta institución educativa, no se podía consentir que los niños estuviesen tan contentos.

—Aunque no nos caemos muy bien. Es mutuo.

—¿Le tiene envidia, profe?

—¿Quién? ¿Él a mí? —respondió Loizaga—. Es posible.

Rieron con estruendo.

—¿Le ha quitado la novia, profe?

—El profe no tiene novia, tonta. ¿No ves que es viejo?

—¿Y los viejos no tienen novia?

—Tienen amantes.

Tenía que reconducir la situación o se arrepentiría.

—¿Quién es para vosotros Norberto Lopetegui? —preguntó el profesor—. Pero levantamos la mano y respondemos de uno en uno.

—Un héroe.

—Jugó y metió gol. Y eso que estaba mal de la cabeza.

—Pero es gay.

—Eso no está demostrado.

—Mi primo, que conoce a un amigo suyo, dice que no es gay, que le gustan las chicas. Y mucho.

—Es el delantero centro del Athletic, profe, con eso está todo dicho.

Necesitaba redoblar los esfuerzos.

—Me refiero a la persona que está debajo del personaje.

—¿Qué personaje, profe?

—Es tan guapo.

—Y le gustan las chicas —dijo otra, atusándose el pelo.

—Y mucho.

El pitido final de la clase salvó de la deriva existencial a aquellos aprendices de la vida, en especial al profesor. Jamás un alumno perdería un minuto de su libertad, también llamada recreo, aunque apareciese el mismísimo Norberto con pantalón corto y botas con tacos. Bueno, así quizá sí, pero solo un minuto, ¡eh! La marabunta abandonó la clase al toque de corneta de zafarrancho y, en escasos segundos, Loizaga se quedó solo, para su regocijo.

Unas dos horas después, sucedió algo del todo inexplicable. Estaba el profesor en el departamento de Filosofía leyendo la prensa futbolística nacional en sus horas muertas, por eso de observar el tratamiento de héroe que dispensaban a Norberto, cuando don Miguel, el conserje, algo apurado, golpeó con delicadeza la puerta.

—La señora directora quiere verle —dijo don Miguel.

—¿La señora directora? —preguntó Loizaga, sorprendido.

—El mismo ser. O quizá es un no ser.

—Yo creo que es más bien un no ser. ¿Cómo va la lectura de Platón?

—En cuanto dejó de convencerme ha resultado divertida.

—¿Y qué quiere de mí la señora directora?

—¡Por la diosa Minerva que preside nuestra institución! —declamó don Miguel—. Para mí que necesita un curso urgente de idealismo platónico.

—¿Quién? ¿La directora?

—Como faro luminoso que guía nuestra academia.

—Es usted la única mente lúcida del instituto, don Miguel.

—Pero conviene que no me descubran.

Rieron.

Loizaga entró en el despacho de la directora.

—Buenos días, Loizaga. Siéntese, por favor.

—Buenos días.

—Acaba de llegar a mis oídos cierta información que me ha dejado alucinada.

Por Zeus, que diría Platón, ¿cuál de los cientos de irregularidades contra el pulcro sistema educativo habría infringido el poco presentable Loizaga? Solo esperaba que lo hecho no fuese un delito. El tono de la señora tampoco hacía presagiar un malestar furibundo, nada que no se pudiese arreglar con unas disculpas y un falso «no volverá a ocurrir». Pero nunca se sabe, hay grandes actores dirigiendo organizaciones.

—Y quisiera pedirle un favor.

¿Yo? ¿De mí a usted? El profesor no salía de su asombro. Como había visto muchas películas, no pensaba decir nada que luego pudiese ser utilizado en su contra. Esperó a que la directora lo hablase todo.

—Me han dicho que usted conoce, personalmente —pronunciado con rotundidad— a Norberto Lopetegui. ¿Sería tan amable de que me firmase esta camiseta?

Y sacó una camiseta del Athletic del cajón principal donde guarda las pertenencias más sagradas de una directora de instituto. La extendió ante sus ojos para que se viese bien que llevaba el número nueve a la espalda y el nombre de Lopetegui. Solo le faltó remangarse y enseñarle un tatuaje de su ídolo.

Acabásemos. El tipo al que Loizaga más detestaba de Bilbao en los últimos días tenía que firmar una camiseta a la única persona que amenazó con una orden de alejamiento.

—A mi nombre, por supuesto.

El profesor miró con extrañeza a la directora. Era la primera vez que le atribuía un nombre propio, que, por supuesto, no recordaba, si alguna vez lo supo.

—Minerva, me llamo Minerva.

¡Hostia! No lo sabía. De haberlo sabido hubiese echado sus risas con don Miguel. Minerva, la diosa de la sabiduría que presidía la fachada del edificio, también dirigía el instituto. ¡Qué apropiado el nombre! Hay gente que nace predestinada a ocupar determinados cargos. Y ahora que se fijaba, ¡joder!, si se daban cierto parecido, rubia, con esos rizos cayendo sobre los hombros, algunos años más, como si hubiese sido retratada de joven.

—Veré lo que puedo hacer.

Por supuesto, no pensaba pedirle un autógrafo a Lopetegui ni por todo el oro del mundo. Antes copiaba la firma del futbolista y rubricaba la camiseta, «Para Minerva, con amor». Amor mejor que cariño. Tenía que agenciarse un rotulador indeleble. Tenemos que cuidar a esta gente que rige los destinos de nuestras instituciones, se dijo.

52

A Loizaga se le acumulaban las preguntas y le huían las certezas. Así que preparó una de sus famosas cenas e invitó al policía y a la jueza. Tocaba reflexión. Los tres juntos siempre pensaban mejor que cada uno por separado. La jueza se puso como loca de contenta, una cena de Loizaga para hablar de los jugadores del Athletic. Román tenía, principalmente, mucho enfado.

La proximidad de las fechas navideñas encarecía el valor de algunos alimentos, pero Loizaga necesitaba expresar su estado de ánimo, pensó que los platos debían ser sofisticados y se pasó todo el sábado cocinando. A la hora convenida sonó el timbre del hogar del profesor.

—Buenos noches, guapo —dijo Anne, dejando en manos del anfitrión un objeto envuelto en papel de periódico con la soltura de una actriz premiada con el Oscar.

Loizaga miró sin disimulo. Ciertamente, se merecía el premio.

—¿Cómo me ves? —preguntó Anne.

—Más peligrosa de lo que te recordaba.

—Yo también te quiero.

Y le lanzó un beso.

Besugo al horno para cenar, la mejor expresión del estado de ánimo de Loizaga. Pero tenían tanto de que hablar, que comieron demasiado rápido.

—Contadme —ordenó Anne.

Los amigos se cruzaron las miradas. Empezaría Román.

—¿Dónde te has quedado? —preguntó el policía.

—Justo antes del secuestro. Fuimos a Madrid y Barcelona y poco más.

—Norberto Lopetegui fue secuestrado por tres individuos la mañana del 29 de noviembre. Eran de Bilbao, pues no tenían acentos extraños, y boxeadores, por cómo golpearon a la víctima. Y lo más importante, uno de los secuestradores le guiñó el ojo a ama Loizaga. Enseguida pensamos en Piedra, Papel y Tijera, unos matones del barrio de San Adrián que viven de delitos menores. Nos pusimos a buscarlos y estaban desaparecidos, desde la fecha del secuestro nadie los había visto.

Anne escuchaba con los ojos bien abiertos.

—Cuatro días después encontramos una pista en un bar de San Adrián. Resulta que Piedra, el grande, tenía una novia búlgara a la que le puso un piso de alquiler. La amenazamos con extraditarla y nos dijo que había escuchado a su chico de un trabajo en el polígono de Erletxe, en Galdakao. Y preparamos el dispositivo policial.

Loizaga carraspeó. Pedía intervenir.

—Unas horas antes de entrar en el polígono recibí una llamada de Garganta Profunda —apuntó Loizaga—. Me preguntó por nuestros viajes a Madrid y Barcelona y si habíamos descubierto algo sobre El Pacto. Yo le dije que no se preocupase, que teníamos una pista buena para liberar a Norberto, que en unas horas estaría todo resuelto. Y él gritaba que estábamos equivocados.

—Cuando entramos en el polígono —continuó Román— los secuestradores acababan de huir. Tuvieron tiempo, eso sí, de vestir a

unos maniquíes como si fuese Norberto, uno con la camiseta del Real Madrid y el otro con la del FC Barcelona.

—¿Un chivatazo? —preguntó la jueza.

—Estamos convencidos —respondió el policía.

—Muy convencidos —concretó el profesor.

—¿Sabéis quién fue el chivato?

—Lo tienes delante. Yo fui quien avisó a los secuestradores. Yo le dije a Garganta Profunda que todo se iba a solucionar en unas horas.

—¿Entonces…?

—Pensamos que Garganta Profunda es en realidad Norberto Lopetegui.

—O su representante. Una persona que actúa por orden del futbolista.

—¿Y por qué lo pensáis?

—Garganta Profunda nos llevó en presencia del señor Fútbol. Solo Norberto podía saber que estaba en el hotel Carlton. De hecho, estaba esperándolo.

Le tuvieron que explicar quién era el señor Fútbol y cómo fue su encuentro.

—¿Y con qué propósito?

—Despistarnos. Confundirnos.

—Hacernos creer lo que no es.

Sus palabras sonaban con mucha rotundidad.

—Tengo más información —apuntó Loizaga—. Mientras el futbolista estaba secuestrado fui a visitar a su padre. En realidad, me hizo llamar, bueno, llamó a un sacerdote amigo mío, el padre Aguirre, pero estaba en Roma. Así que fui yo en su lugar. Quería confesarse.

Anne empezó a reírse.

—¿Que fuiste a confesar a un creyente haciéndote pasar por un sacerdote? —preguntó Anne.

—El padre Loizaga.

Más risas hondas y sinceras.

—¿Con alzacuellos y todo?

—No hacía falta porque Norberto padre está ciego. Pero sí, con alzacuellos, para que me dejasen entrar en el hospital.

—Lo que hubiese dado por verte con…

Y puso su mejor cara de deseo.

—Chicos, por favor —interrumpió Román.

—Norberto padre me dijo que su hijo lo llamaba todas las noches, que estaba lesionado y había tenido que ir a París a tratarse del talón de Aquiles y por eso no podía ir a visitarlo. Pero hablaba con su padre todas las noches. ¡Estando secuestrado!

—Conclusión —concretó el policía—: no había secuestro. Era un montaje.

—Norberto Lopetegui no fue secuestrado. Fingió su secuestro.

—¿Para qué? —preguntó la jueza.

Dudaban.

—¿Para manipular a la opinión pública? ¿Algo relacionado con El Pacto?

—Y peor aún —apuntó Loizaga—. No lo podemos demostrar. Aunque encontremos a Piedra, Papel y Tijera. No dirán nada, ¿cómo van a confesarse autores de un secuestro que no era un secuestro? Dirán que estaban de ejercicios espirituales.

Anne los miró fijamente, primero a uno, luego al otro. A su entrenada mente de jueza algo no le encajaba.

—Pero ¿no habíamos quedado en que Norberto es un tonto futbolista que solo utiliza su cabeza para golpear un balón de fútbol?

—También yo lo pensé —dijo el profesor—. Cuando le escuché leer en un acto de la Fundación del Athletic pensé que se trataba de otro futbolista cortito de entendimiento.

—¿Entonces? Este plan es muy sofisticado.

—Un gran actor.

—¿Os ha engañado?

—Como a unos pardillos. También a ama Loizaga. Cuando Norberto volvió a casa después del falso secuestro, lo primero que hizo fue despedirla. Sabía desde el principio quién era, la manipuló para hacernos creer que era una persona débil, un niño que necesitaba el cariño de una madre. Para convencernos de que era un hombre tonto y débil.

—Y es un hijo de puta.

—Y un héroe, ahora que ha renovado por el Athletic —sentenció Anne—. Admítelo, os ha ganado.

—¡No! —gritó el profesor.

—No tenéis pruebas, ni siquiera tenéis delitos. Y ahora es el héroe de todo Bilbao, el hombre que va a sacar al Athletic del descenso. Podría librarse de la acusación de asesinar al lehendakari.[26] Más aún, ¡podría ser elegido el próximo lehendakari! Loizaga, querido mío, reconócelo. Te ha ganado.

El profesor daba cabezazos de rechazo.

—Fin del partido. Lopetegui 5, Loizaga 0.

26Lehendakari: presidente de la comunidad autónoma vasca.

53

No quería cocinar.

Apenas sonreía ante la presencia de su hija.

Su madre tampoco lo sacaba de su tristeza.

Ni sus ensoñaciones con Anne Campuzano.

Aceptar la derrota intelectual por un futbolista tonto y débil, un tipo que había construido un gran negocio gracias a su habilidad para tocar un balón con los pies, lo llenaba de un rencor indisimulado. Por primera vez que recordarse, salvo el asco que le producían los ricos sin mérito, Loizaga odiaba a alguien, pero no a un alguien abstracto. Loizaga odiaba a Norberto Lopetegui hijo, delantero centro del Athletic Club.

Y superarlo estaba resultando complicado. El tipo vivía en los medios de comunicación. Tenía más seguidores en Instagram que cualquier otro futbolista de la Liga. Iba camino de convertirse en el nuevo Cristino Ronaldo. En todos los rincones se contaba la misma historia, se hablaba de sus grandes virtudes humanas. Un ejemplo para todos aquellos individuos que sufren problemas de salud mental. Una persona con una identidad sexual amplia y diversa, quizá el primer gay estrella del fútbol. Una víctima de su triunfo social secuestrado por unos delincuentes para quitarle su legítimo dinero. Un alérgico luchando para tener una vida plena. Un hombre sencillo que tenía dificultades para leer y cierta imagen de simple. Un soltero guapo y deseado. El futbolista llamado a salvar del descenso al Athletic Club.

Nadie mencionaba las zonas oscuras del personaje, salvo Loizaga.

El juez al mando de la investigación del caso Norberto dio por buenas las explicaciones del futbolista, quien, aconsejado por sus abogados, negó la misma existencia del secuestro, como sucedía siempre en los casos de secuestro donde se pagaba el rescate. El juez aprovechó la ocasión para pedirle una camiseta firmada.

La Ertzaintza también abandonó la investigación. A veces, el juez paraliza un procedimiento judicial hasta que no se aporten nuevas pruebas. En esta ocasión, se ordenó dejar de investigar al delantero del Athletic. La orden vino de muy arriba. No había nada que hacer.

Ni los agentes Zurriola y Mintegi, ni tampoco su jefe, el oficial Román Escudero, aceptaron la orden. Los tres se cogieron unos días libres, la tensión por el desenlace del héroe local los había agotado, necesitaban vacaciones. Y estando al caer la Navidad, y como se les debía unos cuantos días de asuntos propios, no faltando a la verdad de estos días, continuaron investigando.

Norberto Lopetegui aumentó exponencialmente su vida pública. Ruedas de prensa, sesiones de fotos, firma de camisetas. Todos querían estar cerca del personaje de moda, candidato a hombre del año. Se lo rifaban las empresas, aunque más bien no era una rifa, sino una subasta. Se vendía al mejor postor en plena campaña de Navidad. Concesionarios de coches, joyerías de lujo, boutiques de marca, grandes cadenas hoteleras. Hasta las instituciones lo demandaban. Salvo los entrenamientos y la visita de madrugada a su padre en coma, el resto lo dedicaba a cobrar. Cuando acabado el día se encerraba en su nueva casa, un chalé en una urbanización de lujo muy cerca del mar, sin criadas que dan abrazos, podía mirar con satisfacción su cuenta bancaria. Así se lo imaginaba Loizaga, dándose un baño de dinero como el tío Gilito y riéndose de ese par de idiotas, el policía y el profesor, instrumentos necesarios en su enriquecimiento.

Porque un hecho estaba claro en la mente de Loizaga: el valor de mercado de Norberto Lopetegui se había multiplicado por diez desde

que recibió la primera amenaza. El resto era todo conjeturas, su intento de asesinato, su traición intentando fichar por otro club, hasta su identidad sexual.

Entonces, Loizaga se acordó del polvo de semen de bacalao.

Entró en internet y compró un botecito a nombre de la Asociación de Amigos del Bacalao. Nunca se sabe.

54

La alarma saltó una noche de martes. Norberto había jugado el día anterior en Mendizorroza, contra el Alavés, y aunque no metió ningún bacalao estuvo muy trabajador y participativo. Un empate a cero fuera de casa cuando el equipo luchaba por evitar el descenso parecía buen resultado. La actitud del renacido Lopetegui dejó satisfecha a la parroquia. Entonces, el nuevo entrenador dio el día del martes libre y el delantero estuvo dejándose sacar fotografías en media docena de comercios bilbaínos. Cuando Loizaga escuchó de boca de Román que Norberto había entrado en el hotel Carlton, se le encendió la mente. ¡A la hora de cenar!, se dijo, como si el destino le regalase una oportunidad. Así que cogió la bolsa donde tenía todo preparado y salió corriendo.

Román lo esperaba en la plaza Elíptica sentado en un banco con el hotel Carlton a sus espaldas. No podía entrar en el establecimiento sin ser descubierto, lo mismo que su amigo, así que Zurriola y Mintegi serían sus ojos en el interior. El policía le ofreció un auricular y ambos se sentaron en el centro del mundo, como una pareja de enamorados gais escuchando por la radio el partido del Athletic.

—Zurriola en la cafetería del salón La Cristalera y yo en la recepción de entrada —informó Mintegi—. No vemos al Lobo.

—Sin rastro del Lobo —se escuchó decir a Zurriola por el auricular.

—Supongo que estará en alguna habitación. O en un salón privado.

—Estaría bien saber si el señor Fútbol se aloja en el hotel.

—¿Quieres que pregunte en la recepción, jefe?

—¿Por el señor Fútbol? ¿Para que se descojone la recepcionista?

Tenía razón.

—Después pedimos la lista de clientes. Ahora abrid bien los ojos.

—La gente que se cree muy poderosa no se esconde —sentenció Loizaga—. Seguro que aparecen después de hacer lo que estén haciendo.

Un silencio largo. Debían de estar todos pensando qué coño hacían en el hotel.

—¿Y si son gais, jefe?

—Como si son del Real Madrid. Me importa un bledo.

—O del Barcelona.

—Tanto monta, monta tanto.

Silencio.

—¿Hay alguna mesa reservada en el salón de La Cristalera? —preguntó Loizaga.

—Voy a mirar —respondió Zurriola.

Los dispositivos de escucha de la policía estaban a falta de un hilo musical, pensó Loizaga, para reducir la tensión dramática. O quizá unos anuncios publicitarios («¡Bacalao de Bilbao, el mejor bacalao del mundo!»), que siempre entretienen.

—Sí. Hay una mesa con un cartel de reservado.

—¿Cuántos platos tiene?

—Dos.

—¿Y dónde está situada?

—Junto al piano.

La misma mesa donde se vieron hace unos días con el señor Fútbol.

—Podría ser. Comprueba si hay más mesas reservadas en ese salón.

Tiempo para otra cuña publicitaria («Confesiones padre Loizaga, ¡diga sus últimas palabras!»).

—Ninguna.

—Pues vigila bien. Algo me dice que enseguida aparecerán para cenar.

Qué suerte, pensó Román, que los dos amigos disfrutasen de unas merecidas vacaciones a la luz de la luna de Bilbao en un banco de la plaza Elíptica. Qué suerte no tener que escribir un informe donde se explicaba por qué esperaban a un famoso futbolista y a su misterioso acompañante.

Loizaga seguía inventándose cuñas publicitarias («¿Quiere engañar a su marido? Tapaderas Lopetegui, máxima discreción»).

—¡Lobo visto! —gritó Mintegi—. Repito, Lobo visto. Se dirige a La Cristalera. Lo acompaña un tipo bajito.

Loizaga no recordaba la altura del señor Fútbol, pues su encuentro se produjo sentados. Tenía su gracia que el hombre que controlase el fútbol mundial fuese también bajito.

—¿Es calvo? —preguntó Román.

—No lo sé. Lleva un sombrero.

—Es él. El señor Fútbol.

—Ya lo veo —afirmó Zurriola—. Han entrado en el salón… Se sientan en la mesa reservada…

—Esperamos a que les sirvan el primer plato —ordenó Loizaga mientras se tocaba el bolsillo del pantalón.

Había llegado el momento de solo ante el peligro. Para este trabajo no servía la Ertzaintza ni ninguno de sus miembros, pues todo podía acabar en los tribunales. Loizaga fue muy contundente. Ni Anne ni Román ni ninguno de los agentes. Solo él. Se quitó el auricular y le dio un abrazo a su amigo.

Entró en el hotel con una hoja que acababa de escribir donde podía leerse «señor Smith», como si fuese un taxista contratado para trasladar turistas al aeropuerto. Antes de entrar en La Cristalera se desvió hacia la cocina y buscó el cuarto de ropa de los empleados. En todos los restaurantes de hotel del mundo hay un sitio donde se visten los camareros. Lo encontró rápido y vacío de gente. Abrió el armario y se puso una chaquetilla. Llegado este momento, no sabía si iba a ser capaz de hacerlo.

Cuando entró en la cocina vio la comanda de la mesa reservada. Crema de boletus y merluza en salsa verde. De postre, milhojas de nata —los ricos siempre de nata, pensó Loizaga—. El profesor se tocó el bolsillo del pantalón, por enésima vez, para comprobar que llevaba encima el arma mortal. La crema de boletus reposaba bajo la lámpara de calor, esperando que el camarero recibiese la orden de servirla. Loizaga dudó.

En el salón de La Cristalera, Norberto Lopetegui y el señor Fútbol brindaban. Por la expresión del camarero habían pedido la botella de champán más cara del hotel, pues enseguida apareció el maître dispuesto a ejecutar la orden. Podían comer con cierta modestia, pero brindar pensaban hacerlo como la ocasión lo merecía. El sonido del corcho de la botella sonó bajo aquel espléndido techo de cristal a contrato de muchos ceros.

Zurriola no acababa de ver la marca de la botella, cuando apareció en escena el camarero portando las dos cremas. Tres pasos por

detrás caminaba Loizaga, sin chaquetilla, como si fuese un cliente.

—¡Hombre!, ¡qué ven mis ojos! Dios los cría y ellos se juntan.

El señor Fútbol ordenó a sus matones que se quedasen tranquilos. Dieron un paso para atrás y se volvieron a esconder en las columnas.

—El profesor Loizaga —dijo el señor Fútbol.

—¡De Filosofía! —exclamó el futbolista.

Rieron y mucho. Un clásico, el fútbol y el dinero riéndose de la filosofía.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó el calvo—. Creí que cenábamos en un restaurante prohibitivo para su pobre sueldo de profesor.

—Estaba tomando una copa con una amiga —señaló a Zurriola—, y no se preocupen por mi falta de dinero, paga ella, cuando de repente vuelvo del baño y me encuentro con el famoso futbolista y el misterioso dueño del fútbol.

—¿Se conocen? —preguntó Norberto Lopetegui, haciéndose el gracioso.

—No finjas, querido. Conozco al señor Fútbol porque me lo presentó Garganta Profunda. Es decir, tú mismo.

—¿Garganta Profunda? —vociferó Norberto—. Le voy a dar un consejo: tiene que dejar de ver películas de espías.

Pero Loizaga no había entrado en el hotel Carlton para escuchar consejos.

—¿Quiere un puro cubano? —dijo el señor Fútbol—. Se lo regalo. En este país ya nadie fuma puros. Me encantan los puros, es una sensación tan poderosa.

—¿Champán? ¿Están ustedes de celebración?

Se miraron buscando la aprobación mutua. A él sí podían contárselo. El mundo quizá no estuviese preparado para entenderlo, los aficionados al fútbol mejor que lo desconociesen, pero un vulgar profesor de Filosofía siempre podía ser un testigo silencioso. Además, ¿quién iba a creerle?

—Hemos firmado —comunicó solemne el señor Fútbol.

—¿Y puede saberse qué habéis firmado?

—El Pacto —puntualizó el futbolista con la misma solemnidad.

—¿Y qué coño es El Pacto?

—Un contrato exclusivo que tienen muy pocos futbolistas —informó el calvo bajito—. El Pacto garantiza el triunfo en el «Planeta Fútbol». Nosotros ponemos a disposición del firmante todo lo que necesita para triunfar.

—¿Todo?

—Todo. Gestión de profesionales, prensa favorable, formar parte de la plantilla de un gran equipo, contratos publicitarios, premios mundiales. Y millones, muchos millones.

—¿Y qué tiene que hacer el futbolista?

—Obedecer. Y correr detrás del balón.

El señor Fútbol cogió su cuchara y la introdujo en la crema de boletus. Norberto hizo lo mismo. Parecían unidos por un hilo invisible, lo que hacía el primero lo repetía el segundo un instante después. Quizá fuese una condición del contrato. Loizaga no quitaba ojo a la trayectoria de la cuchara. De repente, justo antes de introducir la crema en la boca, al calvo bajito le sobrevino una idea.

Volvió a dejar la cuchara en el plato, sin probarla. Norberto hizo lo mismo.

—Y olvídese de El Pacto. Es tan privado que, siento decirle, nadie conoce de su existencia. Ni conocerá jamás. Mejor que piense que todo ha sido un mal sueño.

—Lo iré contando por ahí —interrumpió Loizaga.

—Y aparecerás flotando en la ría de Bilbao —dijo el señor Fútbol, mirándolo a los ojos—, posiblemente a la altura de San Mamés. Ahora, si es tan amable, quisiéramos cenar, en privado.

La amenaza de muerte descolocó a Loizaga. Por primera vez sintió que su vida corría peligro. De continuar con el plan, ¿qué le pasaría a Loizaga? ¿Y a su madre? ¿Y a su hija?

El señor Fútbol volvió a coger la cuchara con la crema. Norberto replicó el movimiento.

—¿Por qué, Norberto? —dijo el profesor, agarrando del brazo al futbolista e impidiendo que comiese la crema.

Ambos soltaron de nuevo la cuchara.

—¿Y por qué no? —respondió el futbolista.

—Lo tenías todo. Podías ser eterno en el Athletic.

—Ahora sí que lo tengo todo. Y seré eterno en el «Planeta Fútbol».

—Serás un juguete roto —sentenció Loizaga.

—Ya es suficiente —zanjó el señor Fútbol.

E hizo un gesto con la mano para que apareciesen los matones. Entre dos lo cogieron por los brazos para elevarlo unos centímetros

del suelo. Loizaga hizo un gesto para que no interviniese Zurriola mientras lo alejaban en volandas de la mesa.

—¡Eres un mierda, Lopetegui! —gritó Loizaga—. ¡Y un puto traidor!

Norberto, que tenía la boca llena de la crema de boletus, le dedicó una peineta a modo de despedida.

—¿Qué tal está tu padre, Norberto? ¿Ya sabe lo del contrato? ¿Qué dirá cuando se entere? Traidor, puto traidor.

Pero los matones consiguieron que las palabras de Loizaga sonaran cada vez más lejos de los oídos del futbolista. Al asomarse a la calle trasera del hotel lo arrojaron como se tira la basura que apesta.

55

Loizaga tampoco quiso perdérselo. Cuando Román le comunicó la noticia por teléfono cogió su bufanda del Athletic más preciada y se la puso al cuello. Aquella prenda significaba mucho para el profesor. Había visto cientos de partidos del Athletic, entre otros la increíble victoria en Old Trafford. Su hija, que vio a su padre saliendo de casa, decidió acompañarlo. El fútbol podía ser el opio del pueblo, pero ella entendía que la muerte lo igualaba todo. También se animó ama Loizaga. Román esperaba en el portal con el coche. Anne ocupaba un asiento. Nadie dijo nada en el trayecto.

La comitiva fúnebre avanzaba por un pasillo del cementerio de Derio. Hacía el frío propio de mediados de diciembre. El aire presagiaba una próxima borrasca. Parecía querer empezar a llover, aunque todavía no se decidía. Las hojas caídas de los árboles daban vueltas y vueltas. El viento silbaba amenazante. Caras de tristeza entre las personas que acompañaban el ataúd, como no podía ser de otro modo. Y silencio. Solo se oían las pisadas de los vivos.

El féretro con los restos mortales de Bitor encabezaba el cortejo. Detrás, su hijo, Bitortxu, y demás familiares. También Carmen López. Era la primera vez que se veían todos fuera de San Mamés. El bueno de Bitor los había reunido por última vez. Román lloraba. Aunque fuese policía, siempre fue un tipo más sensible que Loizaga. Anne caminaba abrazada a la niña. Se llevaban bien. De no estar enterrando a Bitor, le hubiese preguntado a su hija cómo puede el fútbol ser un entretenimiento para dormir a la gente. Quizá en otras latitudes, para otras personas, el fútbol fuese una simple diversión. Pero para algunos de los allí presentes, pensó Loizaga, el Athletic era su vida. Algo que no se puede explicar como un sencillo espectáculo.

La comitiva se paró delante del nicho destinado a acoger los restos de Bitor. El sacerdote dijo unas sentidas palabras sobre la vida eterna, pero no la de los cuerpos, sino la del alma. Estamos rodeados de platónicos, se dijo Loizaga. Él tampoco creía en la eternidad de los cuerpos. Lo más eterno en que creía era el Athletic. En eso confiaba, que cuando todos los presentes faltasen, el Athletic seguiría existiendo. Rezaron.

Los operarios de la funeraria procedieron a introducir el ataúd en el nicho. Entonces, Loizaga pidió un segundo, miró a Bitortxu solicitando un permiso que fue concedido, se quitó del cuello su preciada bufanda y la colocó sobre el féretro. Ahora sí podían enterrar a Bitor. Su hija empezó a llorar. Todos lloraban y sonreían al tiempo. Otra oración por el alma de Bitor.

Y el silencio.

Loizaga y Bitortxu se dieron un enorme abrazo. El joven no hacía más que darle las gracias.

—Mi aita me hizo prometerle algo y te dejó a ti de testigo.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Loizaga, sorprendido.

—Me hizo prometerle que iría siempre a San Mamés.

—Tu aita era un sabio.

—Pero ya no será lo mismo. No estará esperándome en casa para contarle el partido.

—¿Tienes hijos, Bitortxu?

—Tres. Una niña y dos pequeños.

—Pues ya tienes a quien hablarle del Athletic. Y cuando seas muy mayor y no puedas ir al campo, como tu padre, alguno de tus hijos

volverá de San Mamés a contarte el partido. O los tres.

Se dieron otro gran abrazo.

—Y así, tu aita será inmortal.

Saliendo del cementerio, la cabeza digna, los ojos llorosos, arrastrando los pies en la gravilla del camino, se dieron de frente con otra ceremonia fúnebre que se internaba en el camposanto. ¡La muerte, qué laboriosidad!, pensó Loizaga. A simple vista eran miles de personas. Comandaba el enterramiento un joven varón en mangas de camisa portando una enorme bandera del Athletic que mantenía rígida y enhiesta, sin ondear. Detrás, el féretro, llevado en andas por media docena de altos mozos, trajeados de riguroso negro luto. Sobre la caja mortuoria, otra bandera rojiblanca cubriendo desde el crucifijo a los pies. Dos docenas de sacerdotes ataviados para la ocasión rezaban por el alma del ilustre fallecido. Tras ellos, los condolidos familiares, amigos, feligreses del fútbol, ofrecedores de respeto y curiosos sin más, que componían una banda sonora de toses, pisadas y murmullos. Una multitud de gentes que se perdía en la lejanía, más allá de los límites del camposanto.

Loizaga, al verlos venir, se puso nervioso.

—Imposible —musitó entre dientes.

El profesor era la única persona en el mundo al tanto de su plan. A nadie más le hizo partícipe, no había salido de su dura cabeza. Compró la proteína de bacalao en un cibercafé de la Gran Vía y la recogió en un local de la avenida de Urquijo disfrazado con una barba postiza. Convenció al oficial Escudero para buscar al futbolista con el ánimo de presionarlo y que cometiese un error. Una vez dentro del hotel Carlton nadie le vio acceder al cuarto de empleados, vestirse con la chaquetilla de camarero y entrar en la cocina. Zurriola

estaba vigilando al sospechoso, Mintegi en la recepción. Cenaron crema de boletus y merluza en salsa verde. Se decidió por la crema, quizá por respeto a la merluza, que tanto había hecho por la gastronomía vasca.

Loizaga se hallaba delante de la comanda y tenía en el bolsillo el bote de proteína de bacalao. Sabía que si adornaba la crema de boletus con aquel polvillo blanco, Lopetegui viviría una mala experiencia. Esperaba que un hotel de tan reconocido prestigio tuviese un inyector de adrenalina, pero no lo había comprobado. Tampoco pensaba quedarse a ver el espectáculo. Sacó con cuidado el bote de su bolsillo. Y de repente empezó a pesarle como si fuese de hierro, luego de iridio, de osmio, apenas podía mantenerlo en la mano.

—Imposible.

Loizaga no había matado a Norberto Lopetegui con proteína de bacalao porque no tuvo el valor de echarla en la crema de boletus.

Ahora bien, si se había terminado muriendo, y por casualidad se debiese a una intoxicación, resultaría muy difícil demostrar que era inocente. De hecho, seguía llevando el bote en el bolsillo del pantalón, la prueba del delito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anne—. Te has quedado blanco, como si hubieses visto un fantasma.

Esperaron el paso de la comitiva fúnebre echados en la cuneta del camino, casi pisando alguno de los panteones, dejando el paso a una multitud que se acercaba cada vez más, cuando de repente, impulsada por el viento, la bandera del Athletic se abrió ondeante y mostró un gran crespón de luto.

Loizaga estaba a punto de desmayarse cuando se le acercó Román.

—Lopetegui padre. Murió ayer.

—¿El padre? ¿Seguro?

—El padre también jugó en el Athletic —dijo intentando justificar tamaña multitud—. Estuvo en el último equipo que ganó la Copa.

—Lo sé, lo sé.

Por un instante la sangre volvió a fluir por sus venas. Había hecho muchas cosas poco presentables en su vida, pero nunca mató a nadie, al menos conscientemente. En aquel instante fatídico se dijo que ningún traidor conseguiría cambiarlo. En cambio, su padre, que en paz descanse, bien se merecía su respeto, así que se puso recto y observó en silencio el paso del cortejo fúnebre.

Al primero que distinguió en el tumulto fue al mismísimo Norberto Lopetegui, delantero centro del Athletic Club, de riguroso negro, gabán de marca y barba de tres días bien recortada. Cuando se cruzaron las miradas, el futbolista le dedicó una sonrisa demasiado generosa para estar enterrando a su padre. A su izquierda, una joven de mediana estatura, pelo rubio y todos los complementos de una influencer en un día en el cementerio. A su derecha, custodiando su caminar, Borja Sitrug de Noruega, representante del jugador, con cara seria. En la siguiente fila, el antiguo presidente del Athletic, a pocos días de ser relevado en el cargo tras unas elecciones. A su lado, su mano derecha, Cosme de Usandizaga, cojeando ostensiblemente, quien saludó con un gesto de la cabeza a Loizaga. Luego, una pléyade de jugadores actuales, antiguos, históricos, entrenadores, gentes del fútbol. Por último, las buenas gentes que querían al Athletic.

Todos miraban a Loizaga como si fuese el culpable de la muerte de Lopetegui padre.

Cuando por fin pasó el último de los asistentes al entierro del antiguo jugador, los del primer funeral reemprendieron la marcha. Unos van y otros vienen. Ellos, como siempre, a contracorriente. Ama Loizaga, la niña, Anne Campuzano, Román Escudero y Loizaga.

El profesor aprovechó la ocasión para meterse la mano en el bolsillo, abrir con disimulo el bote de la proteína de bacalao y dejar caer los polvos blancos en el camino de grava del cementerio.

Paseando en silencio, llegaron al coche.

—Llevo un rato dándole vueltas —comentó ama Loizaga a su hijo—, pero no caía, hasta que… ¿Te has fijado en la chica que acompañaba a Norberto? Era la que dormía en su casa, su novia, la que vi el día del secuestro.

56

—¿Cómo? Repítemelo —pidió Loizaga—. Román, escucha.

—La chica desconocida estaba al lado de Norberto en el entierro.

—¿Estás segura? —preguntó Román.

—Mejor si la hubiese visto en bragas, pero sí, estoy segura.

Fue una de esas intuiciones mutuas que de vez en cuando tenían. Se miraron pensando lo mismo, por fin. Necesitaban hablar con la chica. Urgente.

Román llamó a Zurriola y Mintegi.

El coche de Norberto Lopetegui salió del cementerio de Derio conducido por el propio futbolista, con la chica desconocida en el asiento del copiloto. No viajaba nadie más. El representante y la corte de guardaespaldas que vigilaban cada movimiento del nuevo rey Midas se desplazaban en otros vehículos. La caravana, visible a kilómetros de distancia, que parecía el presidente de un país extranjero en visita diplomática, fue dejando atrás la ciudad de Bilbao. Cuando tomaron la carretera de la Avanzada, Román dio la orden. En tres minutos, una unidad de la Ertzaintza apostada en la rotonda de acceso a Getxo desplegó su rutinario control antidrogas. Los ciudadanos demandaban mayor intervención policial ante el aumento de la delincuencia en la zona.

Norberto Lopetegui había pospuesto todos sus compromisos promocionales debido a la muerte de su padre. Era día de duelo y, además, debía parecerlo. No tenía ganas de sonreír y, también, le

aconsejaron que no sonriese. Tras la firma de El Pacto, casi todos los movimientos estaban consensuados. Le ordenaron que se fuese a descansar, pues mañana empezaban la grabación del documental para Netflix, donde aparecía como un joven triunfador sensible y cercano. Y una entrevista para France Football. Y sesión de fotos para una cadena de hamburguesas. Ah, también tenía un entrenamiento para preparar el partido del sábado.

Cuando Norberto vio el control policial maldijo su suerte, seguro que a él sí lo paraban. Los policías siempre detenían a los coches de alta gama, más que nada por curiosidad, o por envidia, o por tocar los cojones. Efectivamente, una mujer ertzaina fue dejando pasar vehículos repletos de familias con hijos para acabar ordenando al futbolista que se detuviese en el arcén. Norberto obedeció, mientras el resto de la comitiva fue obligada a continuar la marcha. Por supuesto, se quedaron unos metros por adelante esperándolo.

—Buenos días —saludó Zurriola—. Documentación, por favor. Y los papeles del coche.

El futbolista cogió del salpicadero la cartera y entregó el DNI. Zurriola comprobó la imagen.

—¿No sabe usted quién soy? —preguntó el futbolista, poniendo su mejor cara.

Zurriola volvió a mirar el DNI.

—Norberto Lopetegui —leyó—. No, no lo conozco. ¿Es usted pelotari?

—Soy jugador de fútbol. Del Athletic.

—¡Qué bien! Y yo soy ertzaina, de Bakio. Y esto es un control policial. Ahora, si es usted tan amable, necesito que salga del coche. Vamos a proceder a un análisis de consumo de drogas. Está usted obligado a someterse a la prueba. En caso contrario incurriría en un

delito que puede conllevar pena de prisión. ¿Entiende lo que le digo, señor futbolista del Athletic?

Norberto llegó a pensar que había sido abandonada por un compañero del gremio.

—Ponga un poco de saliva en este dispositivo, por favor.

El futbolista obedeció.

—Muy bien. Ahora espere un momento dentro del coche.

Zurriola entregó la prueba y la documentación a su compañero Mintegi, quien se metió en el coche de la Ertzaintza a comprobar quién sabe qué. Mientras tanto, la agente regresó al vehículo detenido.

—Documentación de la acompañante —ordenó.

La mujer sacó su cartera y entregó su DNI.

—¿Usted no jugará también en el Athletic femenino? —preguntó con cierta sorna Zurriola.

Efectivamente, lo más probable, había sido abandonada en el mismo altar el día de su boda. O quizá era simpatizante de la Real Sociedad.

—Salga del coche, por favor. Control de drogas. Tiene usted que dejar su saliva en este aparato.

La joven obedeció. Cogió el aparato con la mano derecha tras ponerse un guante de látex. Luego, con sumo cuidado, Zurriola entregó la prueba a Mintegi.

Ibone Álvarez Garate, veinticinco años, nacida en Bilbao, con domicilio conocido y huellas dactilares.

—Muy bien, muchas gracias. Pueden continuar su marcha. ¡Y aúpa Athletic!

Pero Norberto no respondió.

57

El sonido del móvil lo despertó. Eran las seis y media de la mañana y estaba llamando Román. Contestó a medio camino entre el sueño y la vigilia.

—¡La hemos encontrado! —gritaba su amigo—. ¡La huella coincide!

Loizaga no acababa de entender la razón de la llamada, menos aún la exaltación de la alegría en horas tan intempestivas. Debía de tratarse de algo bueno, pero no llegaba a comprender el qué.

—No te entiendo —dijo con un hilito de voz cavernosa.

—La huella encontrada en la botella que bebió Norberto donde estaba la proteína del bacalao.

—Sí.

—¡Ya sabemos de quién es!

—¿De quién? —preguntó Loizaga con el ímpetu vital recuperado.

—De su novia, de Ibone Álvarez Garate.

Loizaga se quedó confuso. La intoxicación con la proteína de bacalao se produjo en Barcelona durante un partido de Liga. Durante muchos días manejaron la teoría de un asesinato frustrado cometido por alguien que intentaba perjudicar al futbolista. Si daban con el dueño de la huella encontrarían al culpable. Fueron recopilando pruebas de todos los participantes en dicha expedición: futbolistas, entrenadores, preparadores físicos, responsables de material, directivos, más de cincuenta. Extendieron las pesquisas a otros posibles sospechosos, como su representante, los trabajadores de

Lezama, hasta robaron un vaso tocado por el mismísimo señor Fútbol. Cero coincidencias.

Unas semanas después, en un control aleatorio, la casualidad hizo que la señorita Ibone dejase sus huellas en un detector de drogas. Ciertamente, no serviría como prueba admitida por un juez, sería tan sencillo como preguntarse: ¿por qué motivo se somete a un control de tráfico a una ciudadana que viaja en el asiento del copiloto? A Loizaga, las objetividades judiciales le importaban menos que la puta kombucha. Lo que quería el profesor era entender cómo hostias había dejado la mujer su huella en la ciudad de Barcelona. Lo volvieron a comprobar. En las imágenes grabadas del partido no se veía a Ibone por ninguna parte.

Tardaron muy poco tiempo en confirmar la localización exacta de la sospechosa la noche en que fue intoxicado Lopetegui. A las veintiuna horas del lunes 5 de noviembre, Ibone acudía a las urgencias del hospital de Basurto. Según constaba en el informe médico, la causa fue un dolor abdominal de origen desconocido, acompañado de episodios intensos de vómitos y diarrea. La paciente, tras las correspondientes pruebas, fue diagnosticada de un proceso de gastroenteritis. Salió caminando por su propio pie a las veintitrés horas y cinco minutos, tras recibir una inyección de Primperan en la nalga derecha.

En el intervalo de tiempo transcurrido en el hospital, su pareja no oficial había estado a punto de morir delante de las cámaras. La proteína de bacalao produjo una anafilaxis inmediata a más de quinientos kilómetros de distancia. La teletransportación era todavía una ilusión científica, pensó Loizaga. Pero en la botella se halló la huella de su índice derecho. Solo existía una posibilidad, que Ibone hubiese preparado el compuesto mortal en Bilbao y luego le hubiese dicho a su novio que se lo bebiese por voluntad propia en Barcelona. Pero ¿con qué mentira lo había convencido de que se matase? Descabellado. ¿Qué tenía la chica en contra de Norberto para desear su muerte? ¿Por qué? ¿Dinero? ¿Infidelidad? ¿Por traidor a la causa

del Athletic? Y la pregunta más increíble a la que encontrar una respuesta: ¿qué ganaba la buena moza matando a su gallina de los huevos de oro?

Cuando Anne escuchó la historia de boca de Loizaga y Román, mientras daban buena cuenta de unas rabas y unos vermús, enseguida lo tuvo claro.

—A ti no se te ha ocurrido —argumentó Anne— porque tú no crees en las relaciones de pareja.

—¿Qué tendrá eso que ver? —contestó Loizaga.

—Mucho. Te impide entender cómo dos personas piensan como si fuesen una.

—Me he perdido, no te sigo.

—Que fueron los dos, querido Loizaga. Los dos diseñaron el plan, compraron la proteína de bacalao, prepararon la bebida unos días antes como demuestra la existencia de sus huellas, posiblemente después de robar una de las botellas que usa el Athletic a diario. Y luego Norberto ingirió el líquido según comenzaban el partido, en el mismo minuto que Ibone conseguía la mejor coartada del mundo a kilómetros de distancia, una urgencia hospitalaria.

—¿Y adónde nos lleva tu teoría? —preguntó Loizaga.

—A una conspiración para confundirnos —manifestó Román—. Yo lo veo claro. Han jugado con nosotros desde el principio. Sabían que los médicos del Athletic llevan siempre en el maletín inyectables de adrenalina. No fue un atentado, fue una puta cortina de humo.

—Pero ¿con qué propósito? —volvía a decirse Loizaga.

—¿Cuánto valor de mercado tiene en la actualidad Norberto Lopetegui en comparación al mismo jugador antes de la intoxicación? —preguntó Anne.

—¿Diez veces más?

—Como mínimo. Al principio de temporada era una joven promesa. Ahora se ha convertido en el jugador más importante de la plantilla. Y todo sin mejorar su rendimiento futbolístico. Al revés, ha jugado mucho peor al fútbol.

—¿Cien veces más?

—Cien veces más. Mirad su cuenta de Instagram. —Anne les enseñaba su teléfono móvil—. Antes solo lo seguíamos los aficionados del Athletic y en estos momentos tiene diez millones de seguidores. Y subiendo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Loizaga.

—Unos tres mil millones de personas adoran el fútbol. Digamos que podría anunciar calzoncillos en la mitad de los países del mundo.

Se miraron para corroborar que sus neuronas habían conectado. Pensaban lo mismo, daba igual quién lo transformase en palabras.

—Norberto Lopetegui ha firmado El Pacto con el señor Fútbol.

El Pacto sí que justificaba correr un pequeño riesgo con tu vida.

Un riesgo medido. Una amenaza calculada.

Además, la vida siempre estaba cuestionada.

Un día cualquiera vas paseando por la calle y te cae un tiesto en la cabeza.

Para morirse solo hay que estar vivo.

58

—¡Válgame el cielo!, ¡qué ven mis ojos! El oficial Escudero y su intrépido amigo, el profesor Loizaga. ¿Saben?, me recuerdan ustedes a dos personajes de novela policiaca —dijo Cosme Usandizaga.

—Cualquier día de estos —respondió Loizaga.

—Y bien, ¿a qué debo esta agradable visita en la hora de mi solitaria cena?

—Necesitamos respuestas —afirmó el ertzaina.

—Para eso, previamente son obligadas las preguntas —respondió el asesor principal del inminente expresidente del Athletic.

—De preguntas vamos sobrados. Lo que necesitamos son respuestas.

—Pues siéntense ustedes a la mesa. Prometo decirles toda la verdad si son capaces de hacerme las preguntas precisas.

Llamó al camarero, quien para su sorpresa escuchó de voz de su jefe que pusiesen dos cubiertos más a la mesa y sirviesen cena para tres.

—¿Son ustedes alérgicos a algún alimento?

—Solo a los platos mal cocinados, señor Cosme —expresó Loizaga.

Sonrió. Era de los suyos.

—Mejor nos tuteamos, ahora sí que podemos, ¡vamos a comer juntos!

—De acuerdo.

Habían pasado apenas unas semanas desde su anterior encuentro en el mismo lugar y hora, pero resultaba difícil identificarlo con aquella persona. Tenían la misma apariencia, pero, cómo decirlo, estaban ante una versión mejorada.

—Te veo más feliz. No sé si son imaginaciones mías —comentó Loizaga.

—Lo estoy, lo estoy. Mucho más feliz.

Entonces llegaron las primeras kokotxas de bacalao recién rebozadas. Cosme cogió una con los dedos y animó a sus invitados a hacer lo mismo. Estaban cojonudas. La expresión de los tres fue igual de placentera.

—¿Y a qué se debe tanta felicidad? —preguntó Loizaga.

—Lo dejo. ¿A qué día estamos hoy? ¿A 21? Me quedan seis días para dejar de ser directivo. La semana que viene tendremos nuevo presidente del Athletic.

—No será tan duro —opinó Román.

—Duro no es la palabra. Más bien frustrante.

Se quedaron callados esperando la explicación.

—Miradme bien —pidió Cosme—. Yo soy un niño de Santutxu que nací cojo por un problema en el parto y siempre soñé con ser jugador del Athletic. ¿Habéis querido alguna vez saltar a San Mamés vistiendo la camiseta del Athletic?

Parecía una pregunta retórica, pero el profesor, quizá bajo la abducción de las kokotxas, sintió la obligación de responder.

—De vez en cuando, alguna feliz noche —contó Loizaga—, sueño que voy a San Mamés con las botas de fútbol colgando del hombro. Y que según pasan los minutos se van lesionando nuestros jugadores, entonces el entrenador se ve obligado a llamarme para que salte al campo a defender la camiseta del Athletic. Sé lo que dices, Cosme.

—Pues imagínatelo siendo cojo de nacimiento. Amo tanto al Athletic que acepté ser directivo. Era mi forma de correr por el campo, de defender la camiseta.

Segundo plato, callos y carrilleras de bacalao en salsa vizcaína. Loizaga pidió más pan y una entrevista con el cocinero, quería la receta. Hacía mucho tiempo que Román no escuchaba a su amigo pedir la receta.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Román.

—Que se me fue el amor. El fútbol profesional nada tiene de romántico. Está lleno de intereses, dinero, enemistades, puñaladas, traiciones. Todo lo que va en contra de mi idea del Athletic.

—¿Te refieres al club?

—No, no. En el Athletic hay mucha gente buena. Y sé que también en otros equipos. Y qué decir de los aficionados. No, no, me refiero a lo que se llama el «Planeta Fútbol».

Ellos ya habían escuchado la misma expresión en boca de otro individuo.

—¿«Planeta Fútbol»?

—Los tipos que en realidad manejan el cotarro. Como asesor del presidente me ha tocado muchas veces nadar en esas aguas turbulentas. Lo dejo porque quiero volver a recuperar el amor de mi vida.

—Pero ya no será lo mismo, ahora que conoces la otra cara.

—No lo sé, ya te contaré. Quizá lo viva como el reencuentro con un primer amor. Quiero volver a sentir lo mismo.

Muy entendible.

—Nosotros veníamos a preguntarte por ese «Planeta Fútbol», pero no sé si ahora es oportuno.

—Todavía soy el vicepresidente económico del Athletic. Me tomaré mis respuestas como mi último tributo a la causa. Pero prometedme que nunca confesaréis la fuente de dicha información.

Loizaga se limpió la mano de restos de salsa vizcaína y se la ofreció a Cosme para sellar el acuerdo.

—Palabra de vasco —dijo Loizaga.

—Antes mejor disfrutamos del último plato y luego hablamos.

Bacalao al pilpil.

Nadie dijo nada.

En minutos.

Solo sonrisas de felicidad.

—Supongo que queréis saber qué está pasando con Norberto Lopetegui —dijo Cosme, rompiendo el silencio.

—El Pacto —afirmó Loizaga con voz profunda.

Cosme expresó una media sonrisa pícara.

—Es la primera vez que escucho a alguien llamarlo por su nombre. Casi nadie conoce de su existencia. Los jugadores que los firman, los

presidentes de algunos clubes, unos elegidos representantes…

—Y el señor Fútbol —intervino Román.

—¿También conocéis al señor Fútbol? Sois una verdadera caja de sorpresas.

Sirvió otra copa de vino a sus invitados. Luego dio un trago a la suya.

—En realidad no nos interesa el concepto «pacto» en abstracto —dijo Loizaga—. Yo también amo al Athletic y no estoy dispuesto a perder a mi amada.

Vaya, pensó Loizaga, ¿era el Athletic una entidad masculina o femenina?

—Nos interesa saber qué pacto ha firmado Norberto Lopetegui y si ha cometido algún delito para lograrlo —expresó el ertzaina.

—Y, por encima de todo —continuó Loizaga—, saber si nos ha engañado. No solo a nosotros, que somos dignos de ser engañados muchas veces, sino al Athletic, a ese amor del que hablamos.

Cosme tragó saliva.

—Lo diré solo una vez y luego juraré que jamás lo he dicho. Creo que lo hago porque necesito decírselo a alguien. Por favor —le indicó a Román—, avisa al camarero. Y dejad los teléfonos móviles sobre la mesa.

Los comensales obedecieron. No se puede decir que no a un anfitrión tan generoso. A los pocos segundos llegó el camarero.

—Quiero que cierres con llave este comedor y vuelvas a abrirlo dentro de treinta minutos. Antes traes una botella de The Macallan Double Cask 12 Años y tres vasos de whisky. Llévate los móviles,

también el mío —y lo sacó de su bolsillo—, y los dejas dentro del microondas. ¿Entendido?

—Treinta minutos.

—Exacto.

Y el camarero se dispuso a ejecutar la última comanda. Cosme abrió la botella, sirvió un sorbo de whisky en cada vaso y esperó a escuchar el sonido de la cerradura. Luego los invitó a brindar.

—Por el Athletic.

—Aúpa Athletic.

—Aúpa.

Cogió todo el aire que pudo con los pulmones.

—Norberto Lopetegui ha firmado El Pacto con el señor Fútbol. Y no lo ha hecho hasta que su padre, recientemente fallecido, entró en coma irreversible hace unos días.

Loizaga hizo ademán de preguntar.

—Por favor, no me interrumpas. Luego, cuando acabe, si te queda alguna pregunta me la haces.

El profesor se acordó de sus alumnos, pues eran las mismas palabras que solía decirles en tales ocasiones.

—Norberto Lopetegui quería firmar El Pacto, pero por nada del mundo deseaba que su padre se enterase. Por eso firmó un preacuerdo, que para nada servía, por el cual el acuerdo se firmaría tras la muerte de su padre. El señor Fútbol lo apretó con los tiempos, le dijo que el tren de la oportunidad pasa una sola vez en vida, y que tenía cientos de jóvenes deseando ocupar su sitio. La fortuna hizo que Lopetegui padre entrase en coma unos días

después. Una vez firmado, el futbolista queda bajo la protección del señor Fútbol. Esto implica máxima cobertura mediática, derechos publicitarios, estrellato futbolístico mundial. También supone jugar en un club grande.

Loizaga puso cara de réplica.

—No, el Athletic no es un grande. Lo es en otro sentido, a mi entender el más grande del mundo. Pero no lo es en el «Planeta Fútbol». Jugar y ganar la Champions, internacional absoluto y estrella de un país capaz de ganar el Campeonato del Mundo o la Eurocopa, cien millones de seguidores en Instagram. Y el trozo gordo del pastel, los contratos publicitarios. La gente no lo sabe, pero se manejan cantidades por encima de las fichas anuales. Los jugadores que firman El Pacto podrían jugar gratis para sus clubes si se quedasen con el total de sus derechos publicitarios. Suelen ir a medias.

—¿Y todo eso ha firmado Norberto? ¿Entonces por qué ha renovado con el Athletic?

—Es la condición que se le ha puesto al jugador, que deje una buena cantidad de dinero en el club. Lo que va a pasar es lo siguiente. Norberto jugará esta temporada en el Athletic y cuando el equipo esté salvado de la amenaza del descenso se procederá a su traspaso, obligado por las circunstancias, pues nadie quiere que abandone el club de sus amores. De cómo se gestione esta información quedará como culpable el jugador o el nuevo club, quizá su representante, esperemos que nunca el Athletic. Pero es ley de vida, dirán, el pez grande se come al pez chico. Los nuevos seguidores lo adoptarán como si hubiese crecido en el parque de su barrio. El nuevo club empezará a vender su imagen de tipo trabajador y campechano. Los medios de comunicación se volcarán en ensalzar las grandes virtudes del jugador, un futbolista único, irrepetible, marcará una historia, próximo Balón de Oro. Y en el Athletic, la temporada siguiente, habrá un chaval corriendo por San

Mamés dispuesto a dejarse el alma por ilusionarnos a todos los athleticzales.

—Una última pregunta —rogó Loizaga—. ¿Se puede saber con qué gran club ha fichado?

—¿Y qué más da? En este sentido son todos iguales.

—También es verdad.

El resto del tiempo que faltaba para que se abriese la puerta lo emplearon en dar buena cuenta de la botella de The Macallan.

—Por cierto, Loizaga, tienes un vaso mío y me gustaría que me lo devolvieses. Le tengo mucho aprecio a mi menaje.

—Dalo por hecho.

Y volvieron a servirse una pequeña dosis del licor espirituoso.

—¡Aúpa Athletic!

—¡Aúpa!

59

La mayor lección de una derrota, desaparecidas las ganas de matar a alguien, era que la vida continuaba. A Loizaga no le gustaba perder, y por ello rehusaba competir, pero en ocasiones no quedaba más remedio. Un futbolista que silabeaba al leer le había hecho creer en amenazas, el intento de asesinato con bacalao y, por último, un secuestro.

Acéptalo, se dijo.

Un tipo cuyo mérito consistía en cabecear un balón había manipulado a ama Loizaga haciéndole creer que era un joven con falta de cariño maternal. El mismo que usó los medios de comunicación para transmitir una identidad sexual difusa.

Acéptalo, volvió a decirse.

Norberto Lopetegui vendía camisetas con su nombre en todas las ciudades del mundo. Y había firmado un contrato secreto para conseguir un asiento en la mesa de la fama futbolística. Quién sabe si con Pelé, Maradona y Messi.

Olvídalo.

Pero no podía, para su sorpresa, pues se tenía por otro tipo de persona.

Hacía tiempo que no odiaba tanto.

Un odio profundo.

Irracional.

Román Escudero, movido por el afán de la justicia, mandó investigar las nuevas coincidencias del «caso Norberto», en especial los últimos días de Lopetegui padre, cuya presencia viva suponía el único obstáculo para que su hijo firmase El Pacto. El gerente del hospital fue bastante reacio a colaborar con un oficial de la Ertzaintza que no tenía una orden judicial, la visita era a título personal, una comprobación rutinaria a petición de la familia, le dijo. ¿Quién podía negarle un favor al delantero centro del Athletic?

—Si no le importa me gustaría hablar con el futbolista —expresó el gerente.

—Por mí de acuerdo. Aquí tiene el teléfono. —E hizo el ademán de dejarle el móvil—. Pero recuerde que Norberto juega esta noche un partido trascendental frente al Valladolid. No sé si deberíamos molestarlo.

El gerente dudó. La experiencia le decía que la negativa a los deseos de la gente importante siempre generaba problemas al hospital.

—¿Qué quiere?

—He visto que tiene unas cámaras de vigilancia apuntando a la entrada del hospital. Quisiera echar un vistazo a una grabación.

Accedió.

El vigilante de seguridad tecleó su ordenador y apareció una carpeta con el día de marras. Las tres cámaras cubrían con claridad el acceso a la puerta principal y una gran parte del aparcamiento. La noche que Lopetegui sufrió el coma irreversible un impresionante Mercedes negro con cristales tintados entró en el parking del hospital y, tras dos maniobras, se colocó en una buena posición para salir huyendo. A los cinco minutos, bajó del vehículo un varón de mediana altura vestido con una bata azul de enfermero. En ningún

momento, en el tránsito entre el aparcamiento y la entrada principal, pudo verse el rostro del individuo. Más aún, dio la impresión de que hizo todo lo posible por no mirar directamente a la cámara.

Nadie más se apeó del Mercedes.

Los minutos de grabación pasaban y Román sintió que se desvanecía el caso. Un coche negro en un aparcamiento de hospital nunca fue condenatorio. Empezaba a temerse que el falso enfermero regresase tras realizar su trabajo para volverse por donde habían venido. O peor aún, que el enfermero fuese de verdad y su pareja en el coche estuviese hablando por teléfono poco antes de regresar a su hogar. El vigilante dedicó una mirada de incomprensión al ertzaina.

Pero quiso la fortuna, y el vicio de fumar, nunca tan bien ponderado como se merece, que la ventanilla del asiento trasero derecho del Mercedes se bajase sin dejar ver rostro alguno. Una humarada brotó del vehículo. Poco después asomó una mano con un puro de tamaño considerable. Román enseguida distinguió el habano cubano. Luego, un golpe de ceniza para el suelo y vuelta a subir la ventanilla. El vigilante desconocía el motivo de la sonrisa de Román. Cinco minutos después, sin que nada se moviese en la pantalla, apareció el enfermero, ya no vestía la bata azul, se conoce que había terminado su jornada laboral. El coche arrancó raudo, como alma que lleva al diablo.

Parecía más que evidente. El señor Fútbol había incentivado la firma de El Pacto por parte de Norberto Lopetegui. Ya no quedaban impedimentos.

Lo estuvieron discutiendo Román y Loizaga. Ambos coincidían en lo esencial, que de no hacer nada el partido tendría un solo ganador, Norberto Lopetegui, y unido a la amenaza de Cosme Usandizaga —«el futbolista jugará en otro equipo la temporada que viene»—, el triunfo se convertiría en título de Liga, Copa y Champions.

Diferían, eso sí, en las medidas a tomar. Román era partidario de apretar a la chica, pues le parecía la parte más vulnerable del futbolista. El hecho de que la mantuviese oculta debía significar algo, aunque no podía precisar qué. Loizaga, sin embargo, abogaba por chocar directamente contra Norberto. Por ejemplo, una tranquila charla para informarle de que su padre fue ayudado a morir por obra y gracia del señor Fútbol. Y luego, una vez noqueado, decirle que no se preocupase, que su padre no era su padre, según confesión católica a un falso sacerdote. Y, por último, negarse a contarle de quién se había enamorado mamá. ¡Que se joda!

La razón de las diferencias radicaba en los motivos. Román perseguía la justicia ante las actividades de un individuo que, por muy jugador del Athletic que fuese, había cometido una cantidad importante de delitos, amén de gastar los dineros del erario, y todo para su provecho personal. Su estrategia era apretar a la novia para que confesase. Loizaga solo quería ver la cara del cabrón de Lopetegui aceptando que, aunque hubiese ganado su mierda de partido, por muy puto millonario que fuese, viviría el resto de su existencia sin saber quién era su padre. Necesitaba tan solo unos minutos en la grata compañía de Norberto.

Como las dos opciones no eran contrapuestas, llegaron a un acuerdo.

—Tú haz lo que quieras —concluyó Loizaga—, que yo haré lo que debo.

60

El profesor Loizaga debería haber empleado sus primeros días de vacaciones navideñas en olvidarse de los gritos y la desidia, las miradas de incomprensión de los alumnos, la obligación de juzgar el aprendizaje humano, los putos exámenes que solo servían de control social, y todas esas cositas que engrandecen el trabajo de un profesor. No hizo falta.

En su lugar debería haber empezado su enfado anual con la Navidad, sus falsos propósitos de bondad, las tonadillas navideñas y toda la parafernalia de compras, regalos y loterías (¡es que nadie iba a decir nada!). Tampoco lo hizo, nadie puede olvidar lo que ni siquiera ha recordado.

Su mente estaba ocupada en Norberto. A full, que diría Tilde.

En tal caso, en condiciones normales, Loizaga debería haberse pasado las vacaciones navideñas siguiendo discretamente los pasos de Norberto, estudiando sus rutinas, qué hacía y con quién, quizá detrás de un disfraz de viejo jubilado, una txapela, ropa de segunda mano y barba postiza, ¡nadie se fija en los viejos y menos en Navidad!, a fin de encontrar el mejor momento para decirle cuatro verdades al tal Lopetegui. Tampoco lo hizo.

La culpa fue del bacalao.

Andaba Loizaga caminando por la Gran Vía de Bilbao cuando se topó de frente con una enorme pantalla que colgaba de unos grandes almacenes, donde se veía a un sonriente Norberto Lopetegui a tamaño gigantesco. Fue como una aparición demoniaca, por un momento pensó si no estaba soñando. Cuando se recuperó de la

impresión pudo ver de qué se trataba. Era un anuncio. La salida al mercado de un nuevo producto.

«Bacalao de Bilbao. El bacalao de los campeones».

—No, eso sí que no —oyeron decir los que estaban cerca.

En Bilbao el bacalao siempre fue un asunto sagrado.

Y, en letras más pequeñas, la invitación para que conociesen, de la mano del mismo Norberto, la nueva gama de productos bendecidos por el gran futbolista.

Ahora mismo.

En el interior de los grandes almacenes.

En la última planta, al lado de la cafetería.

Incluso podían comprar su libro, una mezcla de recetas y biografía titulada Amo el bacalao, y llevárselo firmado por el mismísimo Norberto.

Arrastrado por una fuerza irrefrenable, entró en el centro comercial y subió a las escaleras mecánicas para acceder al último piso.

Loizaga interpretó la presencia del traidor en unos grandes almacenes como una oportunidad del destino. Piso tras piso fue haciéndose más consciente de lo difícil de acercarse a los poderosos, que gastan muchos dineros en protegerse del resto de los mortales. ¡Y allí estaban ellos! ¡Loizaga y Norberto! ¡Qué paradoja! Mientras el resto de los jugadores del Athletic disfrutaban de unas vacaciones en lugares exóticos e inaccesibles, Lopetegui vendía bacalao en la Gran Vía de Bilbao.

En la planta tercera cogió una gorra de un expositor para camuflarse.

Tendría una sola oportunidad.

Al final de las escaleras mecánicas había una larguísima cola de personas esperando. El profesor jamás había creído en el destino ni esperado tanto tiempo a que le firmasen un libro. ¡Un libro! ¡De un futbolista! ¡Un tipo que no sabía ni leer! ¡Si fuese alguno de los herederos de Platón…!

Desde su posición en la cola no se veían matones ni gente de seguridad. Loizaga asomó la cabeza para volver a esconderla. Norberto estaba sentado y firmando libros sobre un escenario elevado. Lo custodiaban dos enormes carteles con la misma imagen de la valla publicitaria. Nadie más en el escenario, cual cantante de rock o estrella de Hollywood, ¡qué cojones!, parecía un endiosado futbolista firmando libros.

No sabía qué decirle primero: si su padre había sido asesinado por el señor Fútbol o si su padre no era su padre. ¿Cuál de las dos noticias le haría más daño?

La cola avanzaba despacio.

—Buenos días —dijo Norberto sin levantar siquiera la cabeza—. ¿A nombre de quién dedico el libro?

—Loizaga, por favor.

El futbolista levantó de inmediato la cabeza. Media docena de matones hinchados por el culo tras años de gimnasio se pusieron en guardia ante la expresión de sorpresa de su cliente, pero los contuvo con un gesto de la mano.

—¡Hombre!, Loizaga. ¿A qué has venido? ¿A reconocer tu derrota?

—Tengo dos noticias que darte, ¿por cuál quieres que empiece, la mala o la peor? —replicó Loizaga.

—Se me acaba de ocurrir una dedicatoria: para mi enemigo Loizaga, el tío más tonto de Bilbao.

—Pues el tonto te dice que tu padre no falleció de forma natural. El señor Fútbol lo ayudó a morir para que firmaras El Pacto.

—¡Mentira! —exclamó Norberto.

—Qué ironía. Tú querías proteger a tu padre y lo mataste.

Se quedó pensando el razonamiento.

—Los dos sabemos que el señor Fútbol es capaz de eso y más.

Norberto hacía la digestión de la noticia.

—Pero tampoco te preocupes mucho. Tu padre no era tu padre. Me lo dijo poco antes de morir, en confesión. Tu madre tuvo una aventura, se iban a separar, pero luego se murió en el parto. Por supuesto, no pienso decirte quién se folló a tu madre.

—Eres un grandísimo hijo de puta —soltó Norberto.

—¿Quién, yo?

Y el futbolista hizo un gesto con la cabeza.

Todo sucedió con suma rapidez. Dos hombres de casi dos metros, con absoluta discreción, cogieron a Loizaga de los brazos mientras Norberto le colocaba su libro dedicado debajo del sobaco. Acto seguido, y sin tocar el suelo, lo llevaron en volandas hasta un ascensor cercano, donde entraron para bajar al sótano, en silencio; el profesor pensó que cualquier palabra empeoraría la situación. Una vez en el sótano le soltaron, primero del brazo y luego dos puñetazos.

El primero le rompió la nariz.

Y el segundo lo dejó tendido en el suelo tras un impacto en el hígado.

61

—Hostias, Loizaga. ¿Qué te ha pasado?

—Un marido ultrajado —respondió con la nariz hinchada.

Nadie lo creyó, todos se conocían en el txoko. Y también conocían a Anne.

—Espero que no hayas perdido el gusto para cocinar —Óscar.

—Ahora mismo lo comprobamos.

—¿Y qué tenemos de comer? —Palacín.

—Sorpresa.

Estuvo días pensando el menú. Escabeche de txitxarro con vinagreta de kombucha en homenaje a Tilde. Trampantojo de atún rojo a la plancha por Norberto Lopetegui.

—¡Hostias, Loizaga, si es sandía! —Santi.

Y de plato final, un bacalao con dos salsas, una roja y otra blanca, haciendo unas bandas, roja y blanca, roja y blanca.

—¿Y este plato? —Josean.

—¿Es nuevo? —Mikel.

—¿Cómo se llama? —Iñaki.

—Bacalao Athletic —afirmó Loizaga, todo orgulloso—. Lleva una salsa vizcaína roja y un pilpil muy blanquito.

Comieron en silencio, concentrados. Al terminar llegaron los aplausos. En muy pocas ocasiones se aplaudía en el txoko. Solo cuando la ocasión realmente lo merecía.

—Muy bien —dijo Loizaga, dando por terminada la cena—. Aprovechando que no está Román, por cierto, ¿alguien sabe por dónde anda Román? Hace tres días que no lo veo.

Se encogieron de hombros.

—Creo que tiene un caso nuevo —Maguregui—. Dijo que no podía venir a cenar, que estaba muy ocupado.

—Vale. Aprovechando que no está el señor policía, tengo una pregunta para vosotros.

—¿Para quién?

—Óscar Elizondo, Javier Palacín, Mikel González Vara, Iñaki González, Javier Maguregui, Josean Manso y Santiago Aguirrezaldegui —se quedó mirando uno a uno a sus amigos mientras pronunciaba sus nombres—, ¿me podéis explicar a quién se le ocurrió la idea de amenazar a Norberto Lopetegui?

—¿Nosotros?

—¿Cómo?

Todos pusieron su cara de fingir. Había jugado muchísimas veces con ellos al mus y sabía cuándo mentían.

—Primero mandasteis un mensaje de amenaza al club, después lanzasteis octavillas antes de un partido y por último la pintada en la explanada del estadio. Fuisteis vosotros.

—¿Por qué lo dices?

—No tienes pruebas.

Loizaga sonrió. Quería mucho a sus amigos.

—Primero: las acciones fueron ejecutadas al día siguiente de una jamada en el txoko. Como si alguien hubiese dicho las palabras mágicas «no hay cojones». Estos actos siempre me parecieron una txirenada muy propia de una cuadrilla de amigos.

Sonrieron.

—Segundo: hace años que no escuchaba la palabra, ya nadie se atreve a usarla en público, resulta demasiado viejuna. Y de repente la oí, aquí, en el txoko.

—¿Qué palabra?

—Maricón. La misma de la pintada. ¿Os acordáis? «Norberto maricón».

Todos miraron a la misma persona.

—Y tercero y definitivo: hay un traidor. Alguien se ha ido de la lengua y lo ha contado todo.

—Yo no he sido —se apresuró a decir el menos listo de los amigos.

Loizaga comenzó a reír con fuerza. Era mentira. No había ningún traidor.

—Pues eso, como no está presente el ertzaina Román Escudero, única persona en el lugar con obligación de denunciar un delito, ¿qué os parece si nos olvidamos del asunto para siempre?

Asintieron con la cabeza.

—¡Ah! La próxima vez que hagáis un «a que no hay cojones», me avisáis, o me enfadaré mucho. Mucho.

—Te lo dije —comentó alguien.

—¿Qué? ¿Echamos un mus?

62

Román Escudero urdía un plan mejor que acercase a Lopetegui y dejar que te rompan la nariz. Aunque Loizaga daba por bien empleado el estado de su hueso nasal, a su amigo el triunfo le parecía más bien pírrico, que el traidor conociese el nombre de quien ayudó a su padre a morir teniendo una enfermedad terminal no le parecía suficiente. Bastaba con no dar valor a las palabras de un individuo insignificante y resentido, que era capaz de acusarse del asesinato de Kennedy con tal de quedar por encima en una discusión.

A Román le movía la justicia y necesitaba un delator de verdad.

Tuvo que hacer unas cuantas llamadas, pues, con los años, había perdido la pista de Ainhoa. Pero los agentes jóvenes no la conocían. Por suerte, en un departamento cercano, otro oficial de la vieja guardia le había seguido el rastro, aunque por cuestiones que no venían al caso. Ainhoa ahora trabajaba en un luminoso edificio de la Gran Vía con más de cien años de antigüedad.

Román esperó a que Ainhoa terminase su jornada laboral y saliese a la calle.

—¡Qué ven mis ojos! El agente más guapo que tiene la Ertzaintza.

—Oficial. Ascendí.

—Román Escudero, oficial de la Ertzaintza. Ya sabía yo que llegarías lejos.

El policía se ruborizó, ahora recordaba que solía pasarle en presencia de Ainhoa.

—Tú también has prosperado, por lo que veo —afirmó Román mientras contemplaba la grandiosidad del portal.

—¿Tomamos un café?

La mujer lo agarró del brazo y le habló al oído mientras caminaban.

—En esta comunidad se creen que soy una bróker agresiva que trabaja en la bolsa de New York.

—Y no les falta razón —puntualizó el policía.

—Es verdad. Pero esta gente no tiene ni idea de inglés. Heredaron la riqueza sin ningún esfuerzo, no han dado un palo al agua en su vida. ¡Como para aprender inglés! Se saben cincuenta palabras para parecer muy modernas, pero son unas pijas viejas y frígidas.

Al instante, Román recordó que para Ainhoa los habitantes del mundo se reducían a la totalidad de las mujeres. Los hombres eran mecanismos biológicos primitivos. Tras quince años, seguía siendo igual de divertida y muchísimo más guapa, pensó Román.

Entraron primero en la farmacia, pues ella necesitaba «de sus cosas». La dependienta, quien conocía a Ainhoa como cliente habitual, miró a Román con todo el odio femenino del mundo concentrado. Román entendió el significado y no lo tomó en consideración. Luego buscaron un local cerca del Guggenheim, donde pudieran pasar por una pareja de turistas adinerados.

Pidieron dos cervezas, la de ella sin alcohol.

—Perdón —dijo Román—. Lo había olvidado.

Ainhoa no bebía, pues afirmaba con rotundidad que el alcohol, además de ser poco saludable, envejecía la piel. Y ella vivía de su cutis, entre otras virtudes.

—Y bien, ¿cómo te va la vida?

—¿De puta? Muy bien. Compagino el negocio tradicional con OnlyFans. Ahora tengo pocos clientes físicos, antiguos amigos, casi no cojo gente nueva. Me tiene que gustar. Pero seguro que no me has buscado para que yo te cuente cómo ha cambiado mi profesión con las nuevas tecnologías.

El policía hizo una caída de ojos.

—¿Ha llegado el momento de pagar mi deuda?

Ainhoa se pasó la mano por la cicatriz que tenía debajo de la oreja. Se conocían de un mundo anterior, en especial, de una noche cuando Román entró en un club de alterne y se encontró a un proxeneta colocado de cocaína dando una paliza mortal a una de sus putas.

—Un pequeño favor, nada más. Me siento mal, pero no encuentro otra solución. Solo si quieres, ¿me lo prometes? No estás obligada a…

—¿Quieres dejar de justificarte? ¿Qué tengo que hacer?

Román sacó una fotografía del bolsillo interior de la chaqueta.

—Norberto Lopetegui.

—¿Sabes quién es?

—Seré puta, pero vivo en Bilbao.

—Perdón.

—Y soy la primera seguidora del Athletic. ¿Qué hay que hacer?

—Follártelo.

—¿Nada más?

—Y unas fotografías.

—Eso ya lo suponía.

Entonces puso cara de cierta preocupación.

—Pero ya te he dicho que soy muy del Athletic y Norberto es su delantero centro.

—Tiene firmado un contrato para irse a un club más grande.

—No hay club más grande que el Athletic.

—Un club más rico.

—Ah, vale. Pues entonces, de mil amores.

Se cortaron de despedirse con un «aúpa Athletic» por no llamar la atención. Los turistas en Bilbao no suelen gritar consignas locales.

Rueda de prensa. Norberto Lopetegui, gracias al parón navideño, confiesa que va a pasar unos días de descanso fuera de Bilbao.

Dos billetes para Ibiza.

Accidente involuntario de su novia Ibone con el coche cuando circulaba por las calles de Bilbao. Le dieron por detrás. Lesión de cervicales. Reposo en casa.

Vuelo a Ibiza, solo. Importante reunión con el señor Fútbol. Diseño de la nueva estrategia para el año entrante.

Nochebuena en Ibiza.

Por casualidad, aparece Ainhoa en la discoteca Ushuaia.

Cuando Román Escudero tuvo entre sus manos las fotografías de la Nochebuena ibicenca se fue directo al apartamento de Ibone Álvarez. Lucía un aparatoso collarín en el cuello y dejó pasar a Román después de mostrarle su identificación de ertzaina.

—Perdone la molestia —dijo Román una vez sentado en el sofá del salón—, pero sentía la necesidad de venir a contarle algo, a título personal. Creo que ha sido usted objeto de un engaño.

—¿A qué se refiere?

—¿Es usted la novia de Norberto Lopetegui?

Ibone expresó un repentino desagrado.

—No entiendo qué importancia puede tener…

—Estamos investigando el intento de asesinato de su novio. Le pongo al corriente. Norberto es alérgico al bacalao. Antes de un partido en Barcelona, alguien introdujo proteína de bacalao en su botella de agua, produciéndole un shock anafiláctico mortal, de no ser por una inyección de adrenalina que le suministraron los médicos en el mismo campo. Siendo usted su novia, entiendo que sabe de lo que hablo.

—Por supuesto.

—Había una huella dactilar en la botella que no pertenecía al jugador. Suponemos que pertenece al ejecutor del intento de asesinato.

—¿Y?

—Esa huella es suya.

—No puede ser, yo estaba a kilómetros de distancia.

—En el hospital de Basurto, lo hemos comprobado. Lo que nos lleva a pensar que usted manipuló la botella en Bilbao y luego su novio se la bebió en Barcelona. ¿Por qué quiso asesinar a Norberto?

—Vaya estupidez. ¿Qué motivo voy a tener yo para matar a Norberto? Nos vamos a casar.

Había tardado menos tiempo del esperado, pensó el policía.

Y sacó un sobre blanco cerrado con las fotografías de Ibiza en su interior.

—¿Tiene un bolígrafo? Escriba mi número de teléfono.

Se lo dijo.

—Aquí está la prueba de que ha sido engañada. Solo quiero una declaración de la falsa intoxicación y del falso secuestro. Cuando esté preparada, me llama. Buenas tardes.

No quiso quedarse a ver la cara de Ibone. No disfrutaba de las desgracias ajenas. Y, sobre todo, no le gustaba conseguir algunos fines con determinados medios.

Esperó la llamada de Ibone en las siguientes horas, pero no se produjo.

Quizá Román también estaba equivocado. Ni narices rotas ni fotografías de infidelidad. Los malos siempre salen ganando. Tienen tanto poder que no importa cómo juegues tus bazas, si te das mus o no, si envidas o lanzas un órdago. Ellos siempre ganan. Juegan con las cartas marcadas.

63

Mientras cortaba cebolla, Loizaga encendió la radio para escuchar la actualidad del Athletic.

«Interrumpimos la entrevista al nuevo presidente del Athletic para contar una noticia que acaba de llegar a nuestra redacción».

De repente se hizo un largo silencio, extraño. El locutor debía de estar leyendo la noticia que le acababan de pasar.

—¿Es esto cierto, señor presidente? —preguntó el locutor.

—Sí.

Otro largo silencio.

«Querido oyentes… Norberto Lopetegui…».

Le estaba costando decirlo.

«… el delantero centro del Athletic…».

Loizaga se temió que había llegado el momento de quitar el velo y descubrir la verdad. Habían pasado dos días del Año Nuevo, ya podían anunciar la marcha del futbolista más prometedor de la cantera del Athletic a otro club más rico. Loizaga no tenía ni curiosidad por saber cuál era.

«… ha sido atropellado a la salida de su vivienda por una conductora. El vehículo ha pasado tres veces por encima de sus piernas. Todo indica que Norberto tenía una relación sentimental con la joven. Trasladado al hospital de Basurto, nos informan de que el

futbolista ha sido intervenido de la amputación de sus piernas con el fin de salvar su vida».

—Al final se va a cumplir la voluntad de Lopetegui padre, que su hijo Norberto jamás juegue en otro equipo que no sea el Athletic.

Ni la cebolla iba a conseguir que llorase.

NOTA DEL AUTOR

Los personajes son personas irreales.

Y el Athletic no descendió.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (www.alreveseditorial.com) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,

Los días de mercurio

Los otros títulos

de la serie Loizaga




ALREVÉS
Milhojas
de jamón
JOSÉ FRANCISCO ALONSO
UNIVERSO
LOIZAGA


ALREVÉS
Pisto a la bilbaína
JOSÉ FRANCISCO ALONSO
UNIVERSO
LOIZAGA

191

ALREVÉS

Bacalao de Bilbao

JOSÉ FRANCISCO ALONSO



UNIVERSO LOIZAGA

